JAVIER PÉREZ

VIOLÍN NEGRO EN ORQUESTA ROJA

¿QUÉ OCULTA EL SECUESTRO DE UN JOVEN COMISARIO RECIÉN DESTINADO A LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA?

LXI PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

algaida

JAVIER PÉREZ

VIOLÍN NEGRO EN ORQUESTA ROJA

LXI PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

La novela *Violín negro en orquesta roja,* de Javier Pérez, resultó ganadora del LXI Premio de Novela Ateneo Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.

Al barquero de la laguna Estigia,
por si no lleváramos monedas.

I Parte
Agosto de 1936

Dice Solzhenitsyn en su *Archipiélago Gulag* que fue cerca de Moscú, pero otros cuentan que fue en Kiev, y otros sitúan los hechos en Lugansk.

El caso es que se estaba celebrando una conferencia de distrito del Partido y la presidía el nuevo secretario del Comité Regional, justo después de que su antecesor fuese encarcelado. La conferencia concluyó con una resolución política de apoyo a las directrices del camarada Stalin.

Como era de esperar, todos los asistentes se pusieron en pie y prorrumpieron en aplausos para que la resolución no se aprobase por unanimidad, sino por aclamación. La ovación fue tremenda.

Tres minutos, cuatro minutos, cinco minutos, y el aplauso seguía manteniendo su energía, aunque comenzasen a doler las palmas de las manos y a entumecerse los brazos. A los siete minutos, los mayores comenzaban a quedarse sin aliento.

Seguramente la mayoría pensaba que aquello era una estupidez, ¿pero quién sería el primero que se atrevería a parar? Quizás hubiese podido hacerlo el nuevo secretario del Comité Regional, que estaba en la tribuna y acababa de dar lectura a la resolución, pero él ocupaba el puesto de un tipo al que acababan de encarcelar por falta de entusiasmo. ¡Y en la sala había miembros del NKVD aplaudiendo de pie, y controlando quién paraba primero!

Así que los aplausos siguieron. Ocho minutos. Diez minutos. ¡Ya no había remedio!¡Estaban perdidos! ¡Eran hombres muertos! ¡Ya nadie podría parar hasta que se derrumbase de un ataque al corazón! Los del fondo por lo menos podían simular que aplaudían, pero en las primeras filas no había modo de escaquearse.

Diez minutos.

El director de la fábrica de papel de la ciudad miró a su alrededor viendo cómo podía pararse aquello, pero no encontró ningún aliado. Estaban todos dispuestos a aplaudir hasta que los tuviesen que sacar de la sala en camilla.

En el minuto once, el director de la fábrica de papel sonrió a los presentes, dio las gracias, y ocupó su asiento en el estrado. Así se produjo el milagro: todos dejaron de aplaudir y volvieron a sus sillas.

Parecía que todo se había arreglado, pero era justamente lo contrario: así es como se ponen en evidencia los hombres independientes. De esta manera los eliminan.

Aquella misma noche el director de la fábrica fue arrestado. Lo condenaron a diez años por cualquier otro motivo, y cuando aceptó su sentencia, el juez que lo condenó le dijo:

—¡Y nunca sea el primero en dejar de aplaudir!

Mala suerte, compañero. El engranaje de la estupidez tiene los dientes muy duros.

I

—Los que se dejan llevar por la corriente van siempre hacia abajo —dijo Göring con gesto irónico.

—De acuerdo. ¿Pero quién convencerá al agua de que suba las escaleras? —repuso Hitler.

El Führer había hablado y todos callaron. Por lo común era él quien trataba de encender los ánimos del resto, tachando de derrotista a quien opusiera argumentos materiales a sus arranques de voluntarismo, pero aquel día prefería ser la voz de la prudencia. Ya no se trataba de ensayar discursos, sino de enfrentarse a los hechos: en España se acababa de desatar la guerra y todos sabían que ese era sólo el preludio de lo que vendría luego.

—Era inevitable —recapituló Ribbentrop, que gozaba de la simpatía de Hitler tras su triunfo al lograr firmar con los ingleses el acuerdo naval que permitía a Alemania reconstruir parte de su flota.

—Mejor ahora que más tarde —se sumó Göring—. Al menos ahora podremos saber cuáles son las intenciones de cada cual y jugar nuestras cartas en consecuencia.

Hitler se levantó de su asiento y comenzó a pasear por el salón, marcando con sus pasos el ritmo del silencio. Todos aguardaban lo que tuviese que decir, pero Hitler también dudaba. El Consejo de Ministros solía durar un par de horas, pero aquella mañana llevaban reunidos desde las ocho y ya eran casi las doce. Los asuntos nacionales habían ocupado los primeros cuarenta y cinco minutos y desde entonces sólo se discutía el laberinto internacional.

La situación era muy delicada para Alemania y no había una solución que pudiesen considerar buena. Tras el impago de las reparaciones de guerra impuestas por el Tratado de Versalles, las potencias aliadas, encabezadas por Francia y Gran Bretaña, estrechaban el cerco en torno al régimen nazi, amenazando al país con una nueva invasión como las que ya tuvieran lugar menos de diez años antes. Para los nazis era de vital importancia impedir que se repitiese aquella humillación, que daría al traste con toda su credibilidad ante la población, pero no contaban con armas ni mucho menos con un ejército preparado para enfrentarse a las

fuerzas aliadas. Su debilidad era tan extrema que hasta temían un ataque preventivo por parte de Checoslovaquia, como advertían algunos informes de inteligencia.

Sin embargo, la guerra de España podía concederles el tiempo que necesitaban para incrementar su potencia militar, y sobre todo la ocasión de demostrar que el verdadero enemigo era el comunismo soviético, ansioso por extender la revolución proletaria a toda Europa.

—Los ingleses, sobre todo, no apoyarán a la República en España —aseguró Ribbentrop—. El caso de Francia es más complicado, pero creo que tampoco pasarán de las buenas palabras. Temen la victoria de Franco, que puede fortalecernos a nosotros, pero temen también la victoria de los republicanos, que ya no son tales, sino una amalgama de milicias revolucionarias y sindicales deseosas de echarse en brazos de Stalin. Para ellos, ningún bando es bueno.

—Para ellos ninguno es bueno, cierto. Pero lo importante es saber a cuál de los dos consideran peor, porque el escenario se repetirá en el futuro —apostilló Göring.

—Los ingleses, sin duda, detestan más la idea de una revolución. No olvidemos que Marx escribió sus tesis pensando en Inglaterra, su concentración industrial y sus masas obreras —repuso Ribbentrop.

—No lo creo —terció Hjalmar Schacht, ministro de Economía—. Los ingleses detestan la revolución o la apoyan según quien la haga. Y creo, señores, que los ingleses desprecian a los rusos y nos odian a nosotros. No pierdan de vista esa idea.

Goebbels tamborileó con los dedos sobre la mesa. Hasta ese momento había estado tomando notas y las había convertido en un esquema, como era su costumbre.

—Estoy completamente de acuerdo con el doctor Schacht. No debemos fiarnos demasiado del sentido del orden británico. Es cierto que temen a los rusos porque no quieren que Stalin extienda su revolución proletaria, ¿pero qué demonios producen los rusos? Los ingleses detestan por encima de todo la competencia, que les hace perder dinero. Si hay una revolución pueden lanzar su ejército contra ella, pero no es tan fácil luchar contra la competencia de nuestras fábricas, que producen más y mejor que las suyas, y eso seguramente los inducirá a ir a la guerra contra nosotros y no contra los rusos. La única ideología de los ingleses es el enriquecimiento y por eso les estorbamos más nosotros que los soviéticos.

—Inglaterra es, en cierto modo, un país hermano —trató de

suavizar Hitler.

—Los ingleses son sólo hermanos de su billetero y padrastros de lo que puedan saquear —insistió el ministro de Propaganda—. En cuanto a España, y para mantenerlos calmados por un tiempo, creo que hay que aprovechar la ocasión. Mi opinión es que, en el actual estado de las cosas, debemos intervenir en España para demostrar que somos un freno contra el comunismo.

—¿Y qué tal si nos olvidamos del asunto y demostramos así que nuestra prioridad es la paz? —propuso Hess, siempre conciliador.

Hitler hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tú entiendes paz, pero ellos entenderán debilidad —sentenció —. La cuestión es que los aliados quieren utilizarnos como punta de lanza contra los soviéticos, y Stalin espera, entre tanto, que nos enfrentemos a Francia e Inglaterra para poder lanzar luego su ejército a la conquista de Europa entera. Los aliados de Versalles y los soviéticos son enemigos irreconciliables, pero nosotros estamos en medio. Si participamos en la guerra de España, queda claro que nos ponemos en contra de los soviéticos... ¿Nos interesa semejante opción cuando son los soviéticos los únicos que están apoyando nuestro rearme?

—En contra de los soviéticos, sí, pero no de parte de británicos y franceses —matizó Goebbels—. Tanto los rusos como los aliados apoyan, en teoría, a la República. Los rusos por razones ideológicas y los aliados por esas tonterías de la legitimidad democrática que tanto les gusta pregonar y que tan malamente aplican en sus colonias. Apoyar a Franco supone, en realidad, enfrentarse directamente con los rusos haciendo el trabajo sucio a los aliados, que no quieren, ni locos, que en España venzan las milicias comunistas. Porque se trata, en realidad, de una guerra entre milicias comunistas y un ejército nacionalista. Venza quien venza, la democracia no volverá. Y lo saben.

—Pero vayamos a lo que importa: yendo a España, ganamos tiempo —sentenció Göring.

—Los aliados no vendrán contra nosotros mientras les sacamos las castañas del fuego en España —se sumó Ribbentrop.

—El peligro está en que nos ataquen los rusos —advirtió Hess.

Goebbels negó con vehemencia.

—Stalin no renunciará a la idea de usarnos como ariete contra las potencias occidentales. España es una pieza demasiado lejana para él como para jugarlo todo a esa carta. Hagamos lo que hagamos en España, Stalin esperará a que se desate la guerra entre nosotros y los aliados. Y esa guerra es la que hay que retrasar todo

lo que se pueda. Si ahora lanzan una invasión contra nosotros, como la de los años veinte, no podremos hacer nada para detenerlos. Incluso si los puñeteros checoslovacos nos atacan por el sur lo pasaremos mal.

Hitler se golpeó la mano izquierda con el puño derecho.

—¡Iremos a España! —decidió.

II

Evgeni Manchev también iba a ir a España.

Se lo habían presentado como una recompensa por la magnífica labor realizada en Ucrania y estaba convencido de que, aunque no fuera una promoción directa, se trataba de una gran oportunidad para ascender en la siempre dura escalera del Partido.

En España había mucho trabajo por hacer. Los fascistas habían conseguido algunos triunfos, pero carecían casi completamente de industria y las masas obreras permanecían fieles a la República. El problema residía en que dentro de la República había multitud de facciones, y no todas afines al comunismo.

Estaban por un lado los defensores de la democracia y la legitimidad institucional: a esos había que usarlos como escaparate para que diesen la cara frente al mundo, pero manteniéndolos apartados de cualquier resorte de poder. No eran más que una manada de burgueses y mequetrefes, parásitos de las clases obreras, que renunciaban temporalmente a una parte de sus privilegios a la espera del momento en que fuera posible regresar al viejo orden. Ya se les ajustarían cuentas más tarde, como sucedió en la Unión Soviética con los mencheviques.

Por otro lado, estaban los anarquistas, casi todos trotskistas peligrosos y gente sin ningún sentido de la organización. Los anarquistas eran una peste casi peor que los fascistas, y había que emplearlos como fuerza de choque para que se desgastasen en el frente y poder aniquilarlos con facilidad después de la victoria. O incluso antes, si era necesario.

Había también grandes grupos socialistas y sindicalistas, gente tibia y sin coraje que lo único que pretendía era seguir mendigando mejores condiciones a los patronos burgueses y capitalistas, sin tomar en sus manos los medios de producción. Esos no querían la revolución, sino una versión edulcorada y corrupta del capitalismo que decían detestar.

Contra todos esos, y algunos más, tendría que luchar organizando las células comunistas y creando la columna vertebral de un verdadero ejército popular, recio, disciplinado y sin complejos, que emplease a fondo en España la escoba del

proletariado.

Estaba seguro de que encontraría resistencia. Tanta o más que en Ucrania, porque los españoles eran gente terca, supersticiosa y aferrada a su miseria de pequeños campesinos propietarios. Como los malditos *kulaks*. Y los trataría igual que a los malditos *kulaks* que saboteaban las cosechas para matar de hambre a los obreros de las ciudades: sin piedad. Al enemigo se le doblega, y si no quiere doblegarse, se le extermina.

Seguramente habían pensado en él para ir a España por eso: por su dureza con los enemigos de la revolución.

Llevaba cinco años recorriendo los pueblos y los campos de Ucrania en busca de las cuotas de alimentos que los campesinos se negaban a entregar. Al principio se rebelaban, pero poco a poco se habían ido convenciendo de que era inútil toda resistencia, y en lugar de enfrentarse abiertamente con los agentes del NKVD, quemaban sus propias cosechas o mataban los animales de trabajo para no entregarlos a los *koljoses*.

Todo había empezado en el 29, cuando él apenas tenía veinticuatro años. En aquel momento Stalin decidió la colectivización total de las tierras, el ganado y la maquinaria, acabando con los privilegios de los *kulaks*, los campesinos ricos que mantenían en su poder los mejores terrenos y no cumplían jamás con las cuotas que se les exigían. Las revueltas con que se resistieron los *kulaks* fueron tantas y tan continuadas que hubo que echar mano entonces de brigadas de obreros industriales, armados a toda prisa, para someterlas. Los *kulaks* se vengaron matando veinte millones de caballos, más de la mitad de todos los que había en el país, para privar al ejército de monturas y para impedir que las tierras fuesen explotadas por los campesinos pobres a los que se les habían asignado. ¡Valientes miserables!

Como respuesta, y también como escarmiento, se deportó a distintos lugares a tres millones de disidentes. Eran tantos que no había medios de transporte para todos y a algunos se les dejó en medio de la estepa. En sólo dos meses, habían muerto quinientos mil, pero no fue bastante. Quizás aquel hubiese sido el momento de matarlos a todos.

Manchev detuvo sus pensamientos para liarse un cigarrillo. Luego lo encendió, mirando las últimas luces del horizonte. Ucrania sería la mejor tierra del mundo si no fuese por aquella maldita gente que la poblaba.

Las cosas parecieron calmarse después de las deportaciones de 1929, pero el mal ya estaba hecho y, dos años después, en el 31,

comenzaron las hambrunas por todo el país, llevándose por delante a millones de personas inocentes. Los obreros de las ciudades se extenuaban trabajando y no tenían nada que llevar a sus familias, y todo porque aquellos malditos campesinos no estaban dispuestos a trabajar una tierra que ya no consideraban suya. Su idea estaba clara: cultivar lo justo para comer ellos, esconderlo, y matar de hambre a los proletarios de las ciudades hasta que el comunismo entero se desmoronase por hambre.

Fue una suerte entonces contar con un líder decidido como Stalin. Desde Moscú se ordenó que se requisase cualquier cantidad de comida que se encontrara, y que si alguien debía morir de hambre, fueran los campesinos. Y así sucedió: murieron por millones, y cuando los graneros de las ciudades estuvieron llenos y el abastecimiento de los obreros garantizado, siguió la requisa para exportar el grano y dar una lección a los *kulaks*. Aun así, al enterarse de que se les requisaría la cosecha, los campesinos comenzaron a quemar los campos de trigo y a enterrar el grano antes que a entregarlo.

Los líderes locales, en lugar de cumplir con las instrucciones que recibían, se pasaron en muchos casos al bando de los *kulaks*, y ahí fue cuando lo llamaron a él para poner orden y reprimir la traición. Detuvo a cientos de comisarios locales, secretarios, subsecretarios y miembros del Partido a los que les temblaba la mano al aplicar la ley a sus vecinos. No tuvo piedad con ninguno: se les detenía en sus casas, en sus oficinas, en las calles incluso. Se registraban sus graneros y se encontraban las pruebas de los complots que organizaban junto a otros traidores, aunque escondieran los papeles en los tabiques de sus casas o en el ataúd de un hijo muerto, como había sucedido en una ocasión.

Y así fue hasta agosto del 32, cuando entró en vigor la llamada Ley de las Cinco Espigas, que condenaba a diez años de trabajos forzados en Siberia a quien destruyese o dañase la producción o los medios productivos. En tres meses fueron fusiladas cien mil personas, pero ni aun así se llegó a la cuota requerida de cereal. Ni siquiera a la mitad.

La situación se volvió tan grave que en octubre de aquel año enviaron a Molotov al frente de una comisión extraordinaria para poner orden. Molotov fue quien le puso a él al mando de una brigada especial y quien le dio carta blanca para reprimir a los *kulaks* como mejor le pareciese.

Y eso había hecho desde entonces, hasta amansarlos. Detenido tras detenido, fusilado tras fusilado, deportado tras deportado, hasta

que los campesinos perdieron cualquier esperanza de salirse con la suya y empezaron a cooperar. Desde entonces, en menos de cuatro años, la producción se había duplicado.

Y así sería también en España. Porque la situación de España era muy similar a la de Ucrania, con la turba campesina enfrentada a la clase obrera de las fábricas: los fascistas contaban únicamente con el apoyo de los campesinos propietarios. Por tercos y orgullosos que fueran, los verdaderos proletarios acabarían con ellos desde el mismo momento en que lograsen la unidad de acción. Los malditos campesinos no podrían, tampoco en España, resistir el empuje de las clases trabajadoras, y tendrían que ver colectivizadas sus tierras para destruir de una vez por todas la raíz de las desigualdades.

En España sería fácil: organizar un verdadero ejército, vencer a los fascistas y ajustar luego cuentas a los tibios y a los traidores a su clase.

Manchev dio la última calada a su cigarrillo y se dispuso a volver a la isba donde dormía aquellos días. Entonces vio que un camión se acercaba por el camino. Tenía las luces encendidas y levantaba una gran polvareda. Un soldado le hizo señas desde la parte de atrás. Manchev fijó la vista, pero no consiguió reconocerlo. De todos modos, devolvió el saludo.

—¡Evgeni Mijailovich!, ¿cómo te va? —gritó el soldado cuando el camión se hubo detenido junto a la isba.

Un par de soldados salieron de la construcción a averiguar quién se había acercado, pero al ver a Manchev charlando con los ocupantes del camión regresaron a sus asuntos.

—¡Viejo zorro, me alegro de verte! —gritó el conductor, dando una palmada en la espalda a Manchev.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Yasnaiev. Estuvimos juntos en Kolnovo, cerca de Kiev... —gritó un tercero.

Manchev frunció el ceño, mirando más detenidamente a los tres hombres. No le dio tiempo a nada más: el conductor le tapó la boca mientras el que iba en la parte trasera le puso una bayoneta junto al cuello. El tercero lo subió casi en vilo a la parte trasera del camión.

—¡Vamos a beber una botella! ¡Estamos aquí al lado, junto al río! —gritó uno de ellos por si alguien salía de la isba.

Manchev intentó gritar, pero no pudo. Acababa de ser víctima del mismo engaño que tantas veces había practicado con los incautos de los comités locales, que ni siquiera sospechaban que nunca más verían a los suyos.

El camión siguió rodando durante horas por un camino que nadie podía saber si tendría final o no.

III

Tres días mas tarde, Manchev aún no había aparecido y su tío comenzó a inquietarse.

Manchev no solía mencionar, ni siquiera ante sí mismo, que gran parte de su fulgurante carrera como comisario político la debía a ser hijo de una hermana de Skryabin, más conocido como Molotov.

Molotov sólo era un apodo, pero lo usaba desde hacía tanto tiempo que había sustituido ya para siempre a su apellido. Significaba «el del martillo» y hacía referencia a su constante lucha contra los elementos opositores, los rebeldes y cualquiera que se desviase lo más mínimo de la ortodoxia del Partido.

Lenin, por su parte, lo había apodado «culo de piedra» pero ya quedaban muy atrás los tiempos en que alguien se atrevía a mencionar aquel insulto en su presencia, o incluso estando él en la otra punta del país.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —gruñó Molotov repasando uno a uno los informes negativos.

En realidad, su sobrino le importaba muy poco. Lo que realmente le irritaba era que lo hubiesen sorprendido de aquel modo, acostumbrado como estaba a gobernar los hilos de la política con habilidad de maestro.

A Molotov le sobraba experiencia. Había sido arrestado quince, veinte, treinta veces por la Policía zarista. Ni siquiera recordaba el número exacto, pero siempre había conseguido escabullirse luego, tanto de Volgoda como de la remota Irkutsk. Cuando se inició la Revolución, la de febrero del diecisiete, fue uno de los pocos que se atrevió a permanecer en Petrogrado. Allí dirigió *Pravda,* el periódico ilegal del Partido, y se hizo amigo de Stalin. Luego vinieron la guerra civil, las intrigas, las luchas por el poder, siempre al lado de Stalin, teniendo que enfrentarse con personajes como Trotsky o el propio Lenin, que no lo apreciaba demasiado. Había acumulado demasiados enemigos: Kamenev, Ziviev, Bujarin... pero ya les había ajustado las cuentas después de la Gran Purga desencadenada por la muerte de Kirov. Los peores habían sido Lenin y Trotsky, pero Lenin murió y Trotsky tuvo que exiliarse, y

allí estaba él, dirigiendo la requisa del grano de los *kulaks* ucranianos, dueño de la vida y la muerte de millones de personas.

Pero todo podía irse al traste por aquel idiota de Manchev.

—¿Habrá desertado? —se preguntó en voz alta.

En ese caso, lo mataría con sus propias manos cuando lo encontrase. Un desertor en la familia podía ser razón suficiente para hacerlo caer en desgracia. Cualquier cosa podía ser suficiente y él lo sabía mejor que nadie. Intentar cargar un poco más los trenes, por ejemplo, o añadir vagones a un convoy para aumentar la eficiencia de los transportes, había costado la vida al comisario del pueblo para los Transportes, Nikolai Karlovich von Meck, acusado de sabotear los ferrocarriles de la URSS desgastando las vías y los vagones con sus procedimientos. Le sucedió Kaganovich, que decidió formar trenes aún más largos y pesados, pero Kaganovich, en vez de ser fusilado, recibió por ello la Orden de Lenin, y los que habían acusado a Von Meck terminaron en el paredón por derrotismo y falta de fe en la capacidad de los transportes socialistas.

¿Cuántos habían ido camino de Siberia por tener un familiar traidor, o simplemente viviendo en el extranjero? ¿Cuántos habían sido condenados a diez años sólo por ser familiares de alguien que había contado un chiste antisoviético? ¿Cuántas de esas deportaciones y penas de muerte había firmado él mismo? Ya ni siquiera se tomaba la molestia de leer los papeles que Stalin le pedía que firmase.

¿Y si a Manchev lo habían secuestrado sus enemigos políticos y trataban de arrancarle una confesión? ¿Qué sucedería si aparecían un día con un papel firmado por Manchev en el que se le declaraba trotskista, o cualquier otra cosa? ¿Qué sucedería si en ese papel se hablaba de sus contactos en el extranjero? ¿Y si a alguien se le ocurría añadir a la declaración que lo había hecho incitado por su tío? Manchev firmaría. Firmaría como cualquiera. Y diría que, en familia, hablaban de derrocar al régimen. Diría que, en privado, formaban un grupo antisoviético. Diría que la Tierra era cuadrada, plana y con tres pares de cuernos. Como todo el mundo...

Tenía que encontrarlo a cualquier precio, y no sólo por precaución, sino también para mantener su prestigio: no podía crearse el precedente de que alguien secuestrara e hiciera desaparecer a un familiar del presidente de los Comisarios del Pueblo. Y menos aún en una región sublevada, donde los campesinos quemaban las cosechas y preferían morir de hambre a cumplir con su obligación de alimentar a los obreros de las

ciudades.

Y aún había una razón más: saber quién podía estar detrás de aquello para poder así cubrirse las espaldas a tiempo. Quien quiera que lo hubiese hecho estaba bien informado. Podía tratarse incluso de alguno de sus propios hombres y, en ese caso, cuanto más se esforzase en buscarlo más débil se mostraría. Era mejor encargar el trabajo a alguien de fuera...

¿Quién podía hacer algo así? ¿Los propios campesinos? ¿*Kulaks* que se vengaban de todo lo sufrido? Posible, pero muy improbable. Lo primero, porque ya no debía quedar un sólo *kulak* en doscientos kilómetros a la redonda, y lo segundo porque ninguno de ellos se atrevería a presentarse en los alojamientos ocupados por el NKVD disfrazado de soldado y con un camión militar.

Eso era todo lo que sabía. Un sargento y dos soldados, con un camión militar, habían saludado efusivamente a Manchev, que les había devuelto el saludo. Luego se subió con ellos al camión y se fueron, entre risas.

No eran campesinos. No eran unos desharrapados cualquiera.

¿Y el exterior? Algo se estaba moviendo en el exterior. Aún no sabía de qué se trataba, pero su instinto le decía que algo grave se cocinaba en Europa. El primer estallido había sido la guerra de España, pero la tensión acumulada electrizaba el aire en cada reunión a pesar de que todos se esforzaban en mostrar su mejor voluntad, en especial desde que los nazis llegaran al poder en Alemania. Los malditos nazis eran la clave. Tarde o temprano tendrían que enfrentarse con ellos, pero si conseguían que primero entrasen en guerra contra ingleses y franceses, luego podrían extender la revolución socialista por Europa entera sin apenas esfuerzo. Eso era lo ideal, pero para conseguirlo había que afrontar dos problemas a cada cual más grave: que de momento los alemanes no tenían fuerzas militares para resistir ni media hora un ataque combinado de los aliados, y que los aliados pensaban exactamente lo mismo, o sea, utilizar a Alemania como ariete contra la Rusia soviética para luego hacerse los dueños de todo sin esfuerzo alguno.

¿A quiénes odiaban más los aliados? ¿A los nazis o al comunismo ruso? Esa era la gran pregunta. Con los alemanes estaba claro: de momento odiaban más a los aliados occidentales, que trataban de cobrarles las anualidades del Tratado de Versalles, que a los rusos, con los que simplemente tenían diferencias ideológicas. Y ese empecinamiento de los aliados en sacarle a Alemania hasta la última gota de sangre era lo que tenían que aprovechar. Por un

lado, era conveniente ayudar a los alemanes a rearmarse para que hiciesen daño a los aliados, y por otro resultaba de la máxima importancia ayudar al comunismo a instaurarse en España, con una rápida victoria en su guerra civil. Un gobierno comunista en España sería el paso definitivo para atrapar por completo a la Europa burguesa entre dos frentes.

Ese era el plan, pero los alemanes, los muy idiotas, parecía que iban a participar en la guerra de España ayudando a los insurrectos. Stalin casi había echado espuma por la boca cuando se lo dijo. A él, de todos modos, le parecía un inconveniente, pero no un problema. Los nazis podían apoyar a un bando y ellos a otro, sin ningún problema. Podían enfrentarse en aquel tablero y mantener al mismo tiempo toda la cooperación militar, como dos amigos que trabajan en la misma fábrica y luego, por las noches, se despellejan jugando al ajedrez. ¿Qué era España mas que un juego secundario en un escenario secundario?

Ellos enviarían sus tanques y sus asesores militares a la República y que Hitler enviase sus aviones a los insurrectos. Franco sólo contaba con campesinos, sin ninguna base industrial. No tenía ninguna opción.

¿Pero qué estarían tramando los ingleses y los franceses entre tanto? ¿Qué estarían tramando los Estados Unidos?

¿Pretenderían chantajearle los alemanes? ¿O era cosa de los aliados? Si el asunto de Manchev estaba relacionado con la política internacional, seguramente lo habían organizado los alemanes.

Fuera como fuese, la solución pasaba por recurrir a métodos de investigación distintos de los habituales. Tenían agentes por todas partes, sobre todo en Alemania, pero el interior era distinto: en el interior, el control era tan férreo que la información circulaba con dificultad. Cuando controlas un país hasta el punto en que él controlaba la URSS, la información deja de fluir y llega un momento en que todo el mundo se limita a contarte lo que cree que quieres oír. Cualquiera denunciaría a un vecino que sintonizase una emisora occidental, pero hablar de un hombre retenido al que están interrogando era meterse donde nadie te llama. Nadie hablaría de eso.

Sería inútil poner a todo el NKVD o la GPU a buscar a su sobrino. Y no sólo inútil, sino también peligroso en caso de que el NKVD o la GPU estuviesen detrás del asunto. Tenía que ser alguien de fuera que, al mismo tiempo, pudiese llegar a averiguar qué se estaba cocinando. Porque su instinto le decía que algo se estaba moviendo. Tenía que ser alguien que desconcertase a los que lo

habían organizado. Cualquier pieza de la maquinaria sería inmediatamente devorada por la maquinaria, o reintegrada a su función inicial: neutralizada. Tenía que pensar otra cosa: alguien que husmeara pero sin ponerlo en evidencia ni dejar al mismo tiempo cabos sueltos que sirviesen de apoyo a sus adversarios.

El tema de Manchev tenía prioridad absoluta. Y ya se vería lo que salía a la superficie cuando tirase de aquel hilo.

IV

Cuando uno de los guardias se acercó a él y le ordenó que le siguiera, Anatoli Lukhin pensó que había llegado su hora.

Durante unos instantes trató de repasar los últimos días en busca de la falta que le hubiera señalado para el matadero, pero enseguida se frenó a sí mismo, negándose a entrar en aquel juego: primero no pudo comprender por qué habían tardado tanto en detenerlo, luego no comprendió por qué lo habían detenido y ahora tampoco iba a entender por qué lo ejecutaban.

Esa era la mecánica del país entero en los últimos años, y en particular la de Solovki. Al campo de internamiento de Solovki le apodaban el elefante[1], y en toda Rusia se hablaba de entrar en tratos con los elefantes cuando te detenían o te metían diez años de condena. Razonar con Solovki era justamente como intentar razonar con un elefante.

Solovki había sido el primero de lo que luego se convertiría en una amplísima red de campos de concentración y de trabajo, donde en los últimos quince años habían ido a dar con sus huesos varios millones de ciudadanos soviéticos.

Situado en el archipiélago Solovetsky, en el mar Blanco, el lugar era conocido por sus grandiosos monasterios y por su importante papel como fortaleza militar durante varias guerras. Aunque ya había sido utilizado antes por la GPU, en 1926 se convirtió definitivamente en prisión, un cometido para el que era ideal por su situación remota e inaccesible, y también porque los zares lo habían utilizado tiempo atrás para ese mismo fin. Las autoridades estaban tan orgullosas de su funcionamiento que hablaron abiertamente de él, pero tras recibir fuertes críticas en Occidente por el trato que se daba a los prisioneros utilizados en la construcción del canal del mar Blanco, remozaron los edificios, modernizaron las instalaciones y hasta enviaron al famoso escritor Máximo Gorki a que escribiese una novela sobre lo bien que vivían allí los trabajadores. Los presos tenían puestas sus esperanzas en Gorki para mejorar sus condiciones de vida, pero el defensor del proletariado ni siquiera llegó a hablar con ellos personalmente. Al final, Gorki cumplió estupendamente el encargo, convirtiéndose así en el primer autor moderno en escribir

una encendida alabanza a la esclavitud y los trabajos forzados. Nadie había caído tan bajo desde tiempos de Calígula.

En 1933, el NKVD tomó el control de Solovki y se incrementó notablemente el número de prisioneros, lo que por una parte fue ventajoso para ellos, al poder pasar más desapercibidos entre los guardianes, y por otra fue peor, pues el hacinamiento hizo aún más insalubres las condiciones de vida del campo.

Por eso a Anatoli Lukhin no le importó por qué lo apartaban del resto y lo conducían al despacho del comandante. Estaba dispuesto a firmar cualquier confesión que le presentasen y a terminar cuanto antes. Lo único que temía era que le acusaran de esconder un arma, o cualquier otro objeto, porque por mucho que confesara no podría decir dónde la guardaba. Ese era el sistema que empleaban habitualmente con aquellos a los que les apetecía torturar por pura diversión.

En el despacho del comandante, sin embargo, lo esperaban dos guardias desconocidos. Llevaban insignias de oficiales y no los había visto nunca. Lukhin saludó al director y recibió un gruñido por respuesta. Luego comenzó el interrogatorio oficial.

—Nombre.

—Anatoli Ivanovich Lukhin.

—Fecha y lugar de nacimiento —preguntó el comandante, que simplemente cotejaba las respuestas con el expediente.

—Leningrado, 4 de mayo de 1877.

—Delito por el que se le condenó y duración de la condena.

—Artículo 58, apartado decimotercero. Veinte años. Recibí luego, ya en el campo, una segunda condena de diez años...

El comandante alzó la vista, mirándolo con severidad.

—¿Sirvió usted en la Policía zarista, entonces? —le interrumpió.

—Sí, ciudadano jefe —respondió Lukhin impasible.

El comandante se permitió sonreír. Lukhin era del tipo de presos a los que no se permitía llamar señor a sus superiores, ni tampoco camarada, porque ni era ni podría ser nunca miembro del Partido.

—¿Y cómo es que no lo hemos fusilado? —preguntó.

—Yo tampoco lo entiendo. Ahí está mi confesión completa, pero si cree que me he olvidado algo estoy dispuesto a reconocer cualquier delito que se me impute siempre que sea cierto. Cometí muchos y no es fácil recordarlos todos de una sola vez.

El comandante repasó el expediente durante un par de minutos. Luego chasqueó la lengua.

—No es necesario: con lo que hay aquí es suficiente para fusilarle treinta o cuarenta veces.

—Estoy seguro de ello. No comprendo el retraso.

El comandante miró con dureza a Lukhin, tratando de averiguar si se estaba burlando de él. La palabra retraso era casi un anatema. Nadie podía pronunciarla sin esperar las más duras consecuencias.

—Pues hoy tampoco le fusilaremos. Estos camaradas preguntan por usted. Firme aquí y váyase con ellos.

Toda la indiferencia de Lukhin se desmoronó de pronto.

—¿Me trasladan? —preguntó, temeroso.

—Firme y váyase. No tiene derecho a hacer ninguna pregunta.

Lukhin hizo de inmediato lo que se le pedía y acto seguido los dos hombres lo cogieron, uno por cada brazo, y lo metieron en un camión casi nuevo. Lo que más le preocupaba era que iba solo con sus dos guardianes, oficiales del NKVD ambos, en vez de compartir el espacio con otros quince o veinte prisioneros.

¿Qué pensarían hacer con él? Aquello no encajaba para nada. No había necesidad de llevarlo lejos ni para interrogarlo ni para ejecutarlo. No había necesidad de llevarlo a ninguna parte para nada en absoluto. Temía que, en cualquier momento, le mandasen bajarse y le pegaran un tiro, pero no llegó a suceder. Bien pensado, si hubiesen querido matarlo lo hubiesen hecho delante de todo el mundo, para que sirviera de escarmiento.

El viaje se prolongó durante tres días enteros, y en ese tiempo se subió a un barco, a dos trenes y a varios camiones más, sin que en ningún momento sus guardianes se separasen de él ni le dirigieran la palabra. Las pocas veces que les preguntó algo le ordenaron tajantemente que se callase, y eso hizo. Pero cuando llegaba la hora de comer le daban lo mismo que ellos comían, y esa no era una mala señal. De hecho, no esperaba que le diesen nada en absoluto. Viajar con sólo dos personas más y comer durante el viaje era algo tan inaudito que casi podía considerarlo unas vacaciones. Nadie le creería si alguna vez regresaba al campo y lo contaba.

Lo peor era que le sobraba tiempo para pensar. En el campo también tenía todo el tiempo del mundo, pero no era lo mismo: una vez que te sientes encajado en la rutina, el pensamiento se vuelve también rutinario, y rueda cuesta abajo por los senderos ya trazados por otros pensamientos, como le sucede a la lluvia con las viejas torrenteras. Cuando viajas, sin embargo, los viejos surcos desaparecen y el pensamiento ha de buscar nuevas rutas, y a menudo se ve embarcado en peligrosas travesías por regiones que preferiría no frecuentar.

Al fin, una tarde el camión se detuvo junto a un cuartel y los hombres del NKVD lo bajaron a empujones. Era impensable que lo

hubieran obligado a hacer semejante viaje sólo para fusilarlo mejor, pero de todos modos se sintió aterrado. Ya no estaba preparado para morir: eso era lo peor de haber concebido una esperanza.

Sin dar explicación alguna, los dos oficiales entraron en el pequeño recinto y lo introdujeron en una habitación. Sólo había una silla y una mesa, pero Lukhin prefirió permanecer en pie.

A los pocos minutos entró un hombre vestido de traje y corbata, el primero que veía en mucho tiempo después de los andrajos de los prisioneros y los omnipresentes uniformes de la GPU, la milicia, la escolta y el NKVD. El hombre llevaba una cartera de cuero, como si fuese un profesor universitario. Lukhin entrecerró los ojos, intentando recordar aquel rostro, y luego se echó atrás, como si hubiese recibido una bofetada.

—¿Me conoce? —preguntó el hombre.

—Viacheslav Molotov —musitó Lukhin, sin acabar de creérselo.

Molotov volvió a salir y ordenó que trajesen otra silla. Un soldado cumplió de inmediato su orden, y los dejó a solas de nuevo.

—Siéntese, por favor —rogó Molotov, haciendo él otro tanto al otro lado de la mesa.

Lukhin se miró las alpargatas de corteza, con el ceño fruncido. Aquello no encajaba en ninguna de sus previsiones.

—Veo que me recuerda, Anatoli Ivanovich —comentó Molotov.

Lukhin suspiró. Volvía a ser el hombre al que nada le importaba.

—Por supuesto. ¿Cómo iba a olvidarle?

—La vida da muchas vueltas... —dijo Molotov sin un asomo siquiera de rencor.

—Muchas. Y puede dar muchas más aún.

—¿Todavía me amenaza?

—Por supuesto que no —aseguró Lukhin.

—Pero piensa que puede fusilarme dentro de unos años...

—Sólo si usted quiere. En estos momentos puede hacer conmigo lo que le plazca.

Molotov sonrió.

—No sólo en estos momentos. Hace años que puedo hacerlo y yo soy el que le ha mantenido con vida todo este tiempo. En su expediente hay una nota que obliga a consultar directamente con Moscú antes de ejecutarle o incluso para trasladarle a los trabajos generales, y todo el mundo prefiere dejarlo para el siguiente. A la gente no le gusta llamar a Moscú...

—Gracias. Nunca entendí...

—Nunca entendió por qué en el campo conseguía con cierta facilidad esos puestos por los que los demás matarían a su madre,

¿verdad?

—Así es —reconoció Lukhin—. Todo el mundo me consideró un soplón. Sólo un soplón podía tener tanta suerte.

—Eso pensé que sucedería. Y me hizo gracia. Proteger a tu peor enemigo para que hasta los demás presos lo rechacen. No podía saberlo, pero era usted un enchufado, como los otros pensaban. Y yo era su padrino. ¿Qué le parece?

Lukhin apretó los labios.

—¿Debo entender que quería matarme personalmente?

—Esa es una opción que nunca descarté del todo, pero siempre pensé que podría serme útil más adelante. Y ya ve: ha llegado el momento. Le he hecho traer para ofrecerle un trato. Un pacto de antiguos enemigos.

Lukhin frunció el ceño.

—No entiendo qué puede ganar con eso.

Molotov se echó hacia atrás en la silla.

—Cuando no puedes confiar en los amigos tienes que confiar en los enemigos. En estos momentos mi posición me impide confiar en nadie más, así que he acudido a usted y le pido que se haga mi aliado. Yo le he mantenido con vida y seguiré haciéndolo. Le doy mi palabra. Palabra de enemigo. Y le pido otro tanto. Le pido que empeñe su palabra, porque confío plenamente en ella.

La cabeza de Lukhin estaba a punto de estallar. Eligió la única salida que se le ofrecía.

—De acuerdo. Le doy mi palabra —cedió. Había pensado quinientas maneras distintas de oponerse a convertirse en delator, pero ninguna de negarse a hacer un trato como aquel.

Molotov colocó sobre la mesa la cartera de cuero.

—Ha desaparecido un hombre —comenzó.

Lukhin se sorprendió a sí mismo con una sonrisa irónica, pero la borró enseguida.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó en vez de probar una cualquiera de las respuestas que se le pasaban por la cabeza. «¿Ah, sí? Pues es extraño. Por aquí nunca desaparece la gente...», era la más inmediata.

No necesitó decir nada. Molotov le entendió perfectamente.

—Este en concreto es un comisario del pueblo, había sido destinado a la guerra de España, y cinco días antes de que partiera se lo llevaron tres hombres en un camión militar, haciéndose pasar por amigos suyos para no levantar sospechas.

—Un asunto bastante común, ¿no cree?

—No tan común. Era mi sobrino. Nadie se hubiese atrevido a

tocarle sin que yo lo supiera.

Lukhin apretó los labios.

—Entiendo que me cuenta todo esto porque no le importa que le hable con franqueza. ¿Es así? —preguntó.

—Se lo ruego —repuso Molotov con su mejor gesto de diplomático.

—Yo veo dos posibilidades: o lo ha capturado algún enemigo que usted pueda tener... No digo que...

—Diga lo que quiera. Esa es la posibilidad en que había pensado ya.

—Bien. Pues son sus adversarios políticos o es un grupo cualquiera y ha sido una casualidad.

Molotov frunció el ceño.

—¿Una casualidad?

—Sabe de sobra que es posible. Un jefe de milicia cualquiera ha recibido órdenes de detener a cincuenta *kulaks*, opositores, espías, saboteadores o lo que sea. Trabaja como un loco y detiene a una docena. Pero le faltan casi cuarenta. Se lo dice a su jefe y lo amenazan con formar parte del cupo. Y ese jefe de milicia manda a sus hombres a detener al primero que encuentren. En Leningrado cogían gente en los tranvías para completar los cupos de espías y traidores. ¿Por qué no iba a pasarle a su sobrino?

—¿En un destacamento militar y con su uniforme de comisario?

—¿Y por qué no? Así volvieron diciendo: mira camarada, este estaba disfrazado de comisario y vale por dos.

—He preguntado en todas partes —opuso Molotov.

—No hay nada que preguntar. Su sobrino seguramente se resistió. Entonces es posible que alguien le pegase un tiro allí mismo y contase una bonita historia de lo que estaba haciendo el detenido cuando lo cogieron. Anotaron un nombre cualquiera y lo enterraron junto a un árbol. Es inútil preguntar por él. Puede estar en cualquier parte.

A Molotov pareció satisfacerle la respuesta. De hecho, pareció aliviado.

—Ojalá sea eso lo que ha sucedido. ¿Y si lo ha cogido alguien que me quiera perjudicar? Quiero que lo busque.

Lukhin meneó la cabeza.

—Es inútil. Si no lo ha encontrado el aparato del Estado, ¿dónde lo puedo buscar yo?

—En los sitios donde no hablarían si supiesen que yo escucho. Rusos blancos, trotskistas, o incluso entre los propios miembros del Partido. Le daré una orden directa por escrito y podrá preguntar a

quien quiera —ofreció Molotov.

—Y luego irán detrás de mí deportando a todos los que hayan hablado conmigo. ¿No es así?

—No. Puede hablar con quien quiera y le garantizo que no habrá represalias. Desconfío aún más de mis camaradas que de mis enemigos.

Lukhin pensó en lo que sería vivir tranquilamente, libre y con un salvoconducto en el bolsillo, y no tuvo fuerzas para negarse.

—Puede estar en cualquier parte. O en ninguna. Es casi imposible encontrar a un hombre que ha desaparecido.

—Nosotros los encontramos constantemente, y usted también los encontraba en otros tiempos. ¿No es así? ¿Cuántas veces me encontró a mí? ¿Seis?, ¿siete? Tantas que ni usted ni yo recordamos el número exacto. Hable con los popes. Con los ferroviarios. Siempre hay un rumor en alguna parte, aunque sea falso...

—No creo que pueda encontrar un solo pope. No creo que haya nadie que hable conmigo, o que me diga algo distinto a lo que le dirían a usted.

—Seguramente tenga razón, pero el solo hecho de que sea usted quien les pregunte les hará replantearse muchas cosas, y quizás eso baste para saber lo que de otro modo no sabríamos nunca.

—No lo sé. En todo caso necesitaré gente... No puedo hacer este trabajo yo solo.

—¿Quiere que busquemos a alguno de sus antiguos compañeros? Puede que seamos capaces de encontrar a alguno...

Lukhin lo pensó unos instantes y negó con la cabeza.

—No. No me creerían. Pensarían que se trata de una trampa y me cortarían el cuello a la menor oportunidad. Quizás yo hubiese hecho lo mismo si un antiguo compañero me hubiese propuesto algo similar, en estos tiempos. Prefiero poder contar con el aparato del Estado. Si necesito ayuda, prefiero poder contar con el NKVD, la GPU o la milicia.

—Delo por hecho. Le daré un número de teléfono al que deberán llamar todos los que tengan alguna duda de que se le ha encargado una misión de absoluta prioridad. Podrá darle órdenes casi a cualquiera. Pero tenga en cuenta que no podrá dar muchas explicaciones: su poder se basa en el desconcierto.

—De acuerdo, entonces —aceptó Lukhin.

Molotov le tendió la mano y se la estrechó brevemente.

—Pasemos entonces a los detalles —anunció, sacando casi un centenar de hojas de su cartera.

1 Se trata de un juego de palabras. El nombre de este centro de internamiento era Campo Solovki para Propósitos Especiales. Su nombre en ruso es Solovetsky Láger' Osóbogo Naznachenia (SLON), y *slon*, en ruso, significa «elefante».

V

Cuando Lukhin llegó a su nuevo alojamiento, se tiró en la cama y trató de poner en orden sus ideas. No era fácil acostumbrarse a ser libre, a que le tratasen como a un superior y a tener que tomar decisiones en lugar de esperar lo que decidieran otros. Tal vez lo peor de la cautividad había sido el hábito de entregar su destino a manos ajenas y la pérdida de cualquier atisbo de iniciativa.

Quince años en los campos habían dejado otras muchas secuelas físicas. Tardaría meses en recubrir con algo de carne el manojo de huesos en que se había convertido su cuerpo, y quizás no lograse nunca dejar de pensar en el pan como una golosina, o de buscar escondites donde guardar cualquier cosa comestible que pudiese conseguir.

Lo habían vestido decentemente y lo habían alimentado como a un ser humano durante dos días, pero la fiera famélica y harapienta que habitaba en su mente no iba a contentarse con tan poca cosa para desaparecer. Esa fiera era su principal enemigo, con sus costumbres de *zeko*[2], sus automatismos de esclavo y sus recelos de alimaña.

¿Cuánto tardaría en aprender a ser libre? Tenía que darse prisa. Su libertad, precisamente, dependía de cumplir con la misión que se le había encomendado, pero no podría hacerlo si no conseguía deshacerse de todo su macuto de recelos, terror y brutalidad. Se encontraba en una situación parecida a la de aquel pianista, un concertista famoso del que era incapaz de recordar el nombre, que había sido condenado a quince años como enemigo del pueblo y enviado a cortar árboles a la taiga. Dos años después de iniciada su condena, a un jefe de campo se le ocurrió llamarlo para que tocase durante un acto cultural, pero el pianista ya no pudo hacerlo, porque sus dedos se habían retorcido completamente en el frío polar.

Lukhin sentía que toda su agudeza se había mellado también. Ya no podría interrogar a nadie, ni deducir nada. Había sido un hombre sagaz, decían que astuto, decían que perspicaz, decían que observador y detallista, pero toda aquella afinación mental había desaparecido bajo los golpes del campo como el filo de un hacha

empleada en tallar rocas.

Tenía que pensar. Era el primer instante en que verdaderamente quedaba a solas con sus reflexiones, sin condicionantes. Un hombre como Molotov le había pedido que se enterase de dónde podía estar su sobrino, exigiéndole solamente que le informase de lo que fuese averiguando. Los informes se debían presentar una vez por semana. Sólo eso. A cambio le daba un salvoconducto y una prioridad que le permitiría hacer lo que le diese la gana en prácticamente cualquier sitio. ¿Quién iba a atreverse a dudar siquiera de una orden directa de Molotov?

Pero a Lukhin la realidad no le cuadraba. ¿Qué podía hacer él que no hiciesen mejor los órganos del Estado?

El primer problema que debía resolver estaba en él mismo: no sabía qué parte de sus recelos se debía a la situación real o a todo lo que había sufrido en los últimos años. En realidad, no sabía qué parte de sí mismo había sobrevivido a la estancia en el campo de concentración y cuáles de las voces que escuchaba procedían de aquel infierno. Lo primero, era encontrarse.

Buscar lo que pudiese quedar del hombre que una vez fue. Tratar de recordar en qué había creído, y si había deseado alguna cosa, además de un sitio seco para dormir, una camisa sin agujeros y cien gramos de pan.

—Y para encontrarse, lo primero es ubicarse —se dijo en voz alta.

Lukhin se sentó en la cama y miró a su alrededor.

Era una típica habitación de oficiales, con dos camas, aunque ya le habían dicho que su compañero de habitación estaría fuera unos cuantos meses, lo que era como explicarle que le habían dado una habitación para él solo. Las camas eran de madera y resultaban firmes. La suya estaba cubierta con una colcha verde claro, y tenía dos sábanas. En la habitación había además dos armarios, para que los oficiales guardasen su ropa, y una mesilla de noche, sobre la que reposaba una jarra en su bandeja, con mantel blanco, y cuatro vasos.

En el centro de la habitación había una mesa redonda, con mantel y florero, y cuatro sillas para que los oficiales se pudieran sentar a trabajar o jugar a las cartas. Al lado de cada cama había también una pequeña lámpara para que cada oficial pudiese leer o estudiar de noche sin molestar a sus compañeros.

El suelo de la habitación era de madera y estaba cubierto por una alfombra azul oscuro, modesta, pero cómoda.

Lukhin tuvo que reconocer que el alojamiento de los oficiales

era muy parecido al que él recordaba, pero había mejorado mucho en organización. Allí era más fácil trabajar y vivir cómodamente que en los viejos cuarteles zaristas.

El alojamiento contaba también con una cocina, con su fogón y su fregadero, y hasta sus armarios para guardar los útiles. Todo estaba limpio y ordenado. Las paredes eran de colores suaves y la impresión era buena, y hasta mejoraba cuando se miraba por la ventana y se veía el pequeño huerto del que disponía cada grupo de oficiales para cultivar frutales y hortalizas.

—Bien. Estoy en una instalación militar. En Rusia. Las cosas sólo cambian hasta cierto punto. La gente de ahí fuera habla mi idioma —enunció sin preocuparse de que alguien pudiera estar escuchándole—. Y ahora, veamos... ¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí? ¿Qué quieren que haga y qué quiero hacer yo?

Lukhin suspiró. Aquellas preguntas podían quedar para más adelante. Lo primero era reconocer el lugar y comprobar su propia posición sobre aquel nuevo tablero en el que debía intentar sobrevivir. Ya se vería más tarde si le había tocado jugar como peón, como alfil, o como pieza a punto de ser sacrificada en un capricho del jugador.

Lukhin abandonó su habitación para echar un vistazo al resto del edificio de oficiales. El salón le gustó especialmente: era una pieza de unos cuarenta metros cuadrados con tres o cuatro mesas grandes, acompañadas de sus cuatro sillas. Además, alrededor de las paredes, estaban colocadas docenas de sillas plegables, para poder organizar reuniones de hasta treinta personas. La alfombra era mejor que la de las habitaciones, y hasta se habían tomado alguna molestia en decorar con papel pintado las paredes.

La puerta de salida al exterior era doble, para combatir el frío de invierno. Afuera en el patio, se veía la actividad típica de un cuartel militar.

Lukhin miró enseguida el perímetro y vio las alambradas, y los postes, y la gran puerta de entrada, vigilada por los hombres del cuerpo de guardia, pero enseguida se dio cuenta de que todas aquellas precauciones se tomaban para que no entrasen extraños y no para evitar que saliesen los que estaban dentro.

Un oficial pasó a su lado y lo miró con extrañeza. Lukhin se dio cuenta de que seguía con sus ropas de civil y aún no se había puesto el uniforme que le habían dado, así que regresó a toda prisa a su habitación. No quería tener un problema tan pronto. Sin embargo, ya se debía haber corrido la voz de su presencia, pues los tres o cuatro oficiales que se encontró se limitaron a saludarle con la

cabeza sin mirar apenas su indumentaria.

Se vistió a toda prisa y, sin mirarse apenas en el espejo, se dirigió de nuevo al patio. Quería hacer la prueba definitiva: salir.

Llegó hasta el enorme portón de dos hojas, de pino alexis macizo, y se dirigió al militar que mandaba la guardia.

—¿Puedo salir? —preguntó.

El oficial de guardia frunció el ceño.

—Debe darme su nombre.

—Anatoli Lukhin.

—¿Grado?

—No lo sé...

—Lleva uniforme de capitán... —apostilló el oficial de guardia mientras buscaba en los registros.

—Gracias. Capitán Anatoli Lukhin, entonces.

El oficial de guardia encontró una anotación.

—Debe ir a ver al comandante antes de salir, camarada capitán.

Lukhin estuvo a punto de decir que él no era un camarada, ni mucho menos, pero en lugar de eso preguntó cómo llegar al despacho del comandante.

El oficial de guardia ordenó a dos soldados que lo acompañasen.

Lukhin temió que todo empezase de nuevo, pero los dos soldados se cuadraron ante él y le pidieron amablemente que los siguiera.

Cuando tras una breve espera entró en el despacho del comandante de la guarnición, el general al mando lo saludó de manera amistosa y le ofreció asiento.

—¿Está cómodo en su alojamiento? —le preguntó en primer lugar.

—Sí, mucho. Está todo perfecto.

—¿Desea alguna cosa?, ¿podemos ayudarle en algo? Esto no dejar de ser un cuartel, pero podemos intentar mejorar algunas cosas...

—No es necesario. Está todo muy bien —respondió Lukhin.

El comandante de la guarnición sacó una carpeta de su cajón y la colocó sobre la mesa.

—Tengo instrucciones de ponerme a su disposición. Si prefiere residir en la ciudad, podemos poner los medios para ello, pero de momento, y por precaución, me permito recomendarle que viva aquí durante un tiempo. Puede ir y venir a la ciudad cuando mejor le parezca, o viajar a donde tenga que viajar. No conozco su misión ni estoy autorizado a preguntarle por ella, por lo que le ruego que lo tenga en cuenta y no me haga ningún comentario sobre su

trabajo.

—Lo tendré en cuenta, muchas gracias.

El comandante le alargó un papel al antiguo comisario zarista.

—Memorice este número de teléfono y llámame en cualquier momento que necesite refuerzos, material, o si precisa que vayan a buscarle a alguna parte. Por supuesto, puede tener vehículo y conductor propio, con escolta armada o sin ella. Pero si surge algún problema, llame de inmediato.

Lukhin seguía perplejo las explicaciones, logrando apenas asentir.

—¿Tiene alguna pregunta? —finalizó el comandante de la unidad.

—Ninguna. Si se me ocurre algo, le preguntaré.

—A cualquier hora. No lo olvide.

Lukhin respiró hondo y tendió la mano al comandante, que se la estrechó con fuerza.

Ya se marchaba, cuando se giró un instante.

—Sí, creo que tengo una pregunta.

—Dígame.

—¿Sabe usted quién soy y qué cargo ocupaba antes de la Revolución?

El comandante de la base arrugó el gesto, mirando hacia la mesa.

—Era usted comisario de la Ojrana y estaba preso en Solovki, pero todo eso, se lo aseguro, no es asunto mío.

—No tengo más preguntas. Muchas gracias —se despidió Lukhin, sintiendo renacer un viejo rescoldo en su interior. Sólo era cuestión de avivarlo hasta que aquel viejo calor reconquistara todo su cuerpo.

Ya había respondido la pregunta más importante. No era un reo. No era un prisionero. No era un rehén. Era el comisario Lukhin, de la Policía de su Majestad Imperial. No sabía por qué, pero había vuelto.

---

2 Así era como los presos de los campos de trabajo se llamaban entre sí, especialmente los condenados por el artículo 58, presos políticos y enemigos del pueblo, a los que se mantenía siempre aparte de los comunes, simples ladrones y criminales. El sistema penitenciario indicaba que los presos comunes habían cometido errores, pero no eran enemigos del pueblo, mientras que los del artículo 58 debían ser aplastados. Por esa razón, todos los cargos de confianza de los campos recaían siempre en ladrones y asesinos, y nunca en un reo del artículo 58.

VI

Un samovar, en París, es mucho más que un utensilio para preparar el té y mantenerlo caliente: es casi un altar en torno al que se reúnen los nostálgicos de la vieja Rusia para celebrar su fidelidad a la tradición y su terco enfrentamiento contra el olvido.

En la pequeña salita, las mujeres se miran demasiadas veces las manos, recogidas en el regazo. Los hombres encrespan recios bigotes, pero sus ojos no consiguen iluminarlos de verdadera fiereza. Son los militares derrotados de la guerra civil, que se reúnen para convencerse de que siguen siendo militares y descubren, después de toda la tarde, que se han reunido para recordar que siguen siendo los derrotados.

Su anfitrión, aquella tarde, era Nikolai Skoblin, buen amigo de Yevgeni Miller, el presidente de la ROVS, la Asociación de Militares Rusos.

La ROVS era una organización de exiliados que trataba de mantener en pie la idea de una restauración monárquica en Rusia, tras acabar con el poder de los comunistas. Durante los primeros años pensaron de veras que podían conseguirlo, pero a medida que pasaba el tiempo y los soviets se afianzaban en el poder, normalizando las relaciones con el resto de naciones que en su momento dijeron combatirlos, las reuniones políticas eran cada vez más difusas, y las meramente sociales, más frecuentes.

El principal tema de discusión ya no era qué se podía hacer, sino qué había sucedido. Desde el primer conato de revolución habían infravalorado a sus adversarios, sinceramente convencidos de que toda aquella caterva de desharrapados nunca podría poner en pie un ejército, y mucho menos, después, hacer que funcionase el país y conseguir mantenerse en el poder. Sin embargo, los comunistas habían conseguido en primer lugar ganar la guerra civil a las fuerzas imperiales y luego poner en marcha una verdadera modernización e industrialización de Rusia. El peor problema al que los partidarios del viejo régimen debían enfrentarse, por tanto, era contemplarse a sí mismos con realismo: si los soviets eran una verdadera basura, pero habían conseguido que el país mejorase, ¿en qué lugar quedaban ellos?

Los soviets habían ganado la guerra civil porque el Ejército Imperial era un nido de ineptos, donde se ascendía por línea de nobleza y sólo de casualidad, de verdadera casualidad, aparecía alguna vez un mando capacitado para dirigir las tropas en el combate. Los soviets habían ganado la guerra civil porque habían conseguido producir armas en sus fábricas y habían logrado organizar a sus tropas, mientras que los imperiales parecían fiarlo todo a una especie de mágica superioridad en la que todo se haría más tarde, por sí mismo, y porque no podía ser de otro modo. Los soviets habían conseguido que el país comenzase a producir porque a pesar de sus deplorables métodos y de todos sus tremendos errores, exigían que todos trabajasen, en vez de conformarse con que un tercio del país alimentase a dos tercios ociosos. Los soviets producían la cuarta parte que cualquier país occidental, cierto, pero aun así eso era el doble de lo que se producía en tiempos de los zares. ¿Cómo era posible tal cosa?

Ese era el tema más habitual de sus conversaciones, pero aquella tarde tenían algo importante de que hablar, y Skoblin sugirió a los otros tres hombres que se acercaran a la chimenea a fumar juntos un puro. Las mujeres, por su parte, acordaron una partida de cartas, haciendo muy ostentosos gestos de que no les interesaba para nada lo que hablasen sus maridos.

Para la esposa de Skoblin ya era un éxito impensable que aquellas damas hubieran aceptado por una vez ir a su casa. Nunca olvidarían, por supuesto, que Nadezhda Plevitskaya había sido bailarina folclórica, y menos aún su tez gitana, pero al fin estaban allí, aceptándola como anfitriona, y Nadezhda estaba dispuesta a imponer su presencia en cualquiera de las reuniones sociales a las que, por gusto o por necesidad, invitasen a su marido.

Skoblin tampoco era muy popular en la ROVS, especialmente desde que algunos miembros de la organización le acusaran públicamente de ser agente del NKVD, el servicio secreto soviético. Tras unas cuantas escenas desagradables y las correspondientes explicaciones, el asunto se resolvió finalmente a favor de Skoblin, que siguió su carrera ascendente gracias a sus magníficos contactos en Berlín, en especial después de la llegada de los nazis al poder.

De eso hablaba precisamente el grupo masculino, de pie junto a la chimenea, en la que ardían lentamente un par de troncos.

—No podemos esperar nada de ellos —gruñó el general Turkul, erizando su diminuto bigote, muy similar al de Hitler.

—Aun así, mi general, parecen los únicos dispuestos a ayudarnos con algo más que palabras —respondió el capitán Alekseyeiev,

secretario personal de Skoblin y primogénito de una vieja familia aristocrática de San Petersburgo.

—Advenedizos y chusma, como los soviéticos. Eso son los nazis —insistió Turkul—. Pasen lista si no, caballeros: Hitler, un hombre sin oficio ni beneficio, pintor, bohemio... ¡un muerto de hambre! Göring, ganándose la vida como taxista aéreo hasta hace nada. ¿Saben que se fugó con la esposa de un cliente? Goebbels, profesor de instituto: latín, griego, o alguna mamarrachada por el estilo. Y Himmler, ¡criador de conejos! ¡Maldita sea! ¡Sólo von Ribbentrop parece un auténtico caballero!

Los demás rieron y eso envalentonó a Turkul.

—¿Y Heydrich?, ¿qué hay de ese tipo que se las da de gran hombre al que va usted a ver? Instructor de yate, después de que lo expulsaran de la Marina con deshonor por un asunto de faldas. ¡Por Dios! ¡Son tan horribles como los nuestros! —concluyó el general, que siempre había defendido la idea de entenderse con los ingleses, más aristócraticos y más afines a su propia clase y la de la mayoría de los militares zaristas de la ROVS.

—No podemos permitirnos rechazar la ayuda que se nos ofrece —repuso el general Miller, presidente de la ROVS—. Los nazis son los únicos que están dispuestos a hacer algo, y si alguien puede acabar con Stalin serán ellos. Nadie más moverá un dedo. Ni los franceses con su *fraternité* ni los ingleses con su nariz alzada. Si alguien manda un día un ejército contra Stalin serán los alemanes. Al resto es como si les diera pereza hacer algo, o como si les coincidiera en su agenda con un baile.

—Los alemanes no tienen donde caerse muertos —opuso Turkul —. Todos sabemos que temen una invasión por parte de Checoslovaquia, y que no sabrían cómo detenerla, porque no tienen fuerzas para ello. ¿Cómo puede ser una amenaza para Stalin un ejército incapaz de batir a los checoslovacos?

—Es una cuestión de potencial. Los alemanes no tienen armas, pero son un pueblo poderoso. No los infravalore, general —repuso Skoblin—. Desde que comenzó la guerra de España se están rearmando a toda prisa mientras los aliados miran hacia otro lado. Pronto podrán poner en pie de guerra un gran ejército. Y cuanto más nos riamos de ellos, más grande será esa fuerza.

—Ese pronto que usted menciona será para ellos demasiado tarde. Y además, aun en el supuesto de que pudiesen formar algún día un verdadero ejército, ¿contra quién lo emplearían? ¿Contra Stalin, o contra Francia e Inglaterra, cuando los invadan de nuevo para cobrarse los atrasos de Versalles? —arguyó Turkul.

—Nuestro trabajo consiste en ayudarlos a elegir —contestó Skoblin—. Y de momento creo que tienen claras sus preferencias. O al menos, estoy seguro de que les preocupa más Rusia que lo que sucede en Occidente.

—Hasta que en Occidente no les cuadren las cuentas y se acuerden de que Alemania les debe dinero —repuso Turkul—, y entonces, de golpe, los alemanes necesitarán la ayuda de los rusos y nosotros nos veremos con la soga al cuello. No lo olvide: Stalin tiene una idea y los ingleses y los franceses sólo hablan con su cartera.

—Bueno, todo eso es hablar por hablar en este momento. Seamos prácticos: ¿hay alguna novedad? —preguntó el general Miller, tratando de atajar aquella discusión mil veces repetida.

—Nada que no le haya contado ya, general: que los servicios de inteligencia alemanes detectan extraños movimientos en Rusia. Aún no saben qué es lo que sucede, o no han querido decirlo, pero algo se está moviendo.

—Siempre hay movimientos en Rusia. Nadie puede estarse quieto en un país así —respondió Turkul—. Un objetivo quieto es un blanco perfecto.

Los cuatro hombres parecieron ponerse de acuerdo para dar una larga pitada a sus puros. Cada uno, por su lado, pensaba lo que podía significar aquel movimiento. Al final fue Alekseyeiev el que se sintió obligado a realizar en voz alta la pregunta.

—¿Se está organizando una verdadera oposición interna o es una rencilla, como las que estamos acostumbrados a ver?

El general Miller y Skoblin se miraron un instante.

—Sea lo que sea, puede ser una oportunidad —repuso el general, antes de cambiar de tema.

VII

Lukhin pasó dos días dando vueltas por el campamento, parando de vez en cuando a algún soldado para preguntarle cualquier tontería. Luego, cuando se cansaba de ver cómo lo rehuían, pedía que lo llevasen a la ciudad y observaba detenidamente los cambios que se habían producido en la vida diaria de la gente en los últimos quince años.

De no haber sido porque todo el mundo seguía hablando ruso y todos continuaban con el mismo aspecto de siempre, hubiese creído que estaba en otro país. Todo estaba más limpio y la gente parecía más laboriosa. Pero también más triste. Habían desaparecido los mendigos de las calles, pero ya nadie te miraba a la cara, y los ojos huidizos, buscando el suelo, eran los más habituales cuando se miraba fijamente a alguien.

En su alojamiento, con los oficiales con los que compartía vivienda, aún era peor: seguramente no se había corrido la voz de cuál era su misión, pero sin duda todos sabían que era un antiguo comisario de la policía secreta zarista y que, a pesar de ello, estaba allí con plenos poderes. Semejante prodigio era como encontrarse, literalmente, ante un muerto viviente que pudiera hacer todas las preguntas que quisiera, y aún peor, tuviese autoridad para exigir respuestas.

Lukhin estuvo varias veces a punto de sucumbir a la tentación de saber qué había sido de su familia, pero consiguió contenerse. Su hijo había muerto en la guerra civil. Su hija murió también algún tiempo después, víctima de la tuberculosis, y prefería no saber qué había sido de su mujer, la única de la que nadie le había dicho una palabra en diez años.

En su caso, ni siquiera había sido condenado a diez o veinte años de destierro sin correspondencia. Su condena era a muerte, apelada por alguien que falsificó su firma y aceptada la apelación por la misma letra de mayúsculas puntiagudas que había solicitado benevolencia en su nombre. En su momento se indignó terriblemente con aquel truco miserable, pero no tardó en sentirse también indiferente ante aquellos juegos de marionetas de cara a un archivo que nadie leería jamás.

Sin embargo, la privación de correspondencia se había mostrado un castigo más eficaz que las palizas, el hambre, o las celdas de aislamiento: después de todos aquellos años sin establecer más contacto con el exterior que los testimonios de los prisioneros recién llegados, casi no sabía moverse en su propio país y temía complicar la vida a su esposa en caso de que tuviera aún algún tipo de vida.

Y además, ¿qué iba a decirle que no comprometiese a ninguno de los dos?

Querida Asha:

He salido de Solovki, pero no puedo ir a verte aún, ni sé cuándo podré ir, ni si me mandarán mañana de vuelta allí, o me fusilarán aquí mismo, en algún camino. Ni puedo contarte lo que hago, ni preguntarte lo que no puedas contar.

¿Iba a decirle eso? Imposible. Era mejor no escribirle. Era mejor no regresar y permitirle administrar su olvido. Porque estaba seguro de que ella le habría olvidado por completo, si no la habían represaliado como esposa de un oficial zarista y se frotaba los moratones del frío en algún agujero de Siberia. Cuando mataron a su hijo en la guerra, Asha lo miró como si lo hubiera degollado él mismo, y desde entonces estaba seguro de que lo odiaba.

Y era normal. ¿Qué otra cosa podía pedirle a aquella pobre mujer, después de que perdiese su belleza y a su hijo? Tenían una hija, pero los dos sabían que la enfermedad no la perdonaría. Él tenía el trabajo, los amigos y los enemigos, ¿pero qué podía pedirle a ella después de la muerte de Kolya?

¿Qué habría sido de ella? Una de cal, y una de arena. Un marido zarista y un hijo bolchevique muerto por la Revolución. ¿Qué habría pesado más en su expediente? Cuando supo que su hijo se había unido a los comunistas, Lukhin bramó de rabia, pero no dejó de estar orgulloso de él. Cuando se enteró de que había muerto se ratificó en su idea de luchar hasta el último aliento contra los bolcheviques. Habían seducido a su hijo y lo habían llevado a la muerte. Además de su sentido del deber, tenía razones personales para odiarlos. Podía parecer un extraño razonamiento, pero era el mismo que seguía su esposa, y por eso sabía que ella lo detestaba: todos lo culpaban a él de que su hijo se hubiese ido con los comunistas.

¿Y tenían razón? Quizás... ¿Pero qué demonios puede saber uno de lo que hará un hijo? Hablas con él, tratas de educarlo, le cuentas lo que piensas y le enseñas lo que está bien y lo que está mal, pero precisamente porque tú se lo enseñas, decide hacer todo lo

contrario, quizás porque para eso es hijo tuyo, o porque cree que no te has preocupado de él lo suficiente, o porque ha escuchado las quejas de su madre. Y un día se convierte en tu enemigo, y no sólo en teoría, sino con un arma en la mano. ¿Qué puedes hacer entonces? ¿De quién fue la culpa?

Pero eso ya no tenía ninguna importancia. Hacía dieciocho años que había muerto su hijo, veinte su hija, y veintidós que no veía a su esposa ni tenía noticias de ella. Sólo quedaba él. ¿Qué era él?

Se había convertido en un muerto viviente, una especie de fantasma que se aparecía en carne y hueso sin poder evitar que los demás se horrorizasen de su presencia. ¿Qué diablos puede hacer aquí un comisario zarista?, se preguntarían seguramente sus compañeros de alojamiento.

Eran correctos con él, e incluso intentaban mostrarse amables, pero cualquier pregunta sobre cómo se vivía y qué había cambiado en Rusia en los últimos años la respondían recitando de memoria los mismos textos que le habían obligado a él a leer en la cárcel.

—¿Tú también has estado en Solovki? —le preguntó a uno de ellos.

—Nunca estuve allí. ¿Por qué me preguntas eso? —respondió el aludido, manteniendo a duras penas su sonrisa. Era un capitán de infantería gordo y rubio.

—Porque respondes las mismas cosas que allí teníamos que responder los presos —contestó Lukhin. Los otros tuvieron que reírse, aunque a partir de ese momento el vodka les supiese a queroseno y su compañía a Purgatorio.

Pero los fantasmas son así: salen de su tumba, se aperecen, y no es fácil encontrar un exorcista en un país donde se ha deportado a todos los popes. El exorcista sería él mismo: metido en el cuartel no iba a conseguir nada. Era la hora de ponerse en marcha. Quizás no pudiera hacer nada, pero aprovecharía para ver, mirar y fijarse en todo lo que pudiera, aunque sólo le sirviese para contar algo jugoso si lo enviaban de vuelta al campo de prisioneros.

Antes de amanecer el tercer día, se presentó en el puesto de guardia y pidió un vehículo y un conductor lo antes posible. Enseguida empezaron a sonar voces y poco después se encendieron algunas luces. En menos de veinte minutos, un teniente estaba junto a él al volante de un camión.

—Vamos —dijo Lukhin solamente.

El conductor no hizo ningún comentario hasta que, poco después de abandonar la guarnición, llegaron a un cruce.

—¿Qué camino tomo, camarada capitán?

—Hacia Guldianovo. Y no me llame camarada. Soy un oficial zarista.

Contra lo que Lukhin estaba acostumbrado a ver durante aquellos días, el teniente no reaccionó con sorpresa.

—Le ruego que cumpla su trabajo y no entorpezca el mío. Cada vez que dice eso hay un hombre obligado a denunciarle, haciendo perder el tiempo a un superior. Y además, es mentira: quizás fue usted un oficial zarista, pero ya no lo es. Veo perfectamente su uniforme y obedezco sus órdenes porque sé a ciencia cierta que no es un disfraz.

Lukhin apretó los labios, reprochándose lo infantil de su conducta. Se portaba como un niño al que han hecho rey por una tarde.

—Tiene razón, teniente. Perdone —respondió. Aquel hombre le había contestado en pocos segundos algunas de las preguntas que más le inquietaban. Y con precisión: no era un oficial zarista, sino un oficial soviético, le gustase o no. Y tendría que acostumbrarse a ello.

En eso fue pensando las cuatro horas que tardaron en llegar a su destino. Tantas como frases intercambiaron en todo el camino.

Cuando Lukhin se encontró ante la pequeña cabaña donde había sido secuestrado el sobrino de Molotov, se bajó del camión y echó un vistazo. La casa estaba abierta y entró para comprobar qué se veía desde dentro.

En el informe decía claramente que Evgeni Manchev estaba delante de la puerta y, cuando llegó el camión, se alejó un poco y tres hombres lo abrazaron como si fuesen amigos de toda la vida.

—Teniente, por favor, vaya hacia aquellos árboles junto al río, y acérquese lentamente con el camión.

—A la orden.

Lukhin volvió a entrar en la casa y comprobó que por una de las ventanas podía verse perfectamente cómo se acercaba el vehículo. Aunque estuviesen todos borrachos, cosa nada improbable, seguramente se extrañarían de tener una visita en un lugar como aquel. Además, el ruido del motor se escuchaba claramente, por mucho que hablaran a voces o estuviesen gritando.

—Bájese del camión y acérquese a la puerta, por favor —pidió Lukhin.

El teniente hizo lo que le pedían.

Sin embargo, los que vieron el camión seguramente no pudieron ver al conductor, sobre todo si lo aparcaron en aquella esquina de la casa. En total, eran seis hombres. Manchev y otros cinco. Tres de

ellos hablaron del camión y dos únicamente recordaban a los hombres que se bajaron de él. Uno grande y con aspecto de tártaro, otro más delgado y rubio, y otro con parte del pelo blanco, a pesar de que no parecía viejo.

Ya conocía el lugar.

Sólo le faltaba interrogar a aquellos hombres, aunque ya se lo hubiesen preguntado todo cien veces.

Estaba en marcha.

VIII

Cuando al día siguiente se encontró ante sí a los cinco hombres que acompañaban a Manchev en el momento de su secuestro, Lukhin disolvió cualquier duda que pudiera quedarle sobre el alcance de sus poderes: en ningún tiempo y bajo ningún régimen político era posible, en Rusia, reunir a cinco hombres en un sólo día, ni siquiera en el supuesto de que hubiesen estado encerrados en la misma celda y a doscientos metros de donde se les requería.

Lukhin los saludó uno por uno y, nada más sentarlos frente a él, comprendió que ya los habían interrogado varias veces, y no precisamente con suavidad. Su método tenía que ser distinto y ofrecer algo que ningún oficial de la GPU o del NKVD hubiese podido ofrecerles antes. Había estado pensando en ello toda la noche y creía haber encontrado la clave: discreción. ¿Quién más podía ofrecer semejante cosa?

—Empecemos de nuevo por el principio, caballeros —comenzó, eludiendo intencionadamente la dialéctica bolchevique.

Los cinco asintieron con mansedumbre.

—En primer lugar, quiero decirles que no se va a levantar acta alguna de lo que digan, ni se les va a pedir que firmen su declaración. Como conozco la velocidad a la que corren los rumores, les informo de que mi misión es de carácter especial y no sigo los cauces oficiales. Nada de lo que me digan podrá perjudicarles en modo alguno, porque no hablaré con nadie de lo que me digan. ¿Comprendido?

Todos asintieron de nuevo, pero Lukhin se dio cuenta de que hubiesen hecho el mismo gesto si les hubiera dicho que estaban hablando con san Basilio en persona. La diferencia, por tanto, tenía que marcarla el tipo de interrogatorio.

—Comencemos, entonces. ¿Quién de ustedes fuma?

Los cinco soldados, un sargento y cuatro soldados, en realidad, acusaron el golpe. Cuatro de ellos afirmaron ser fumadores.

—¿Y usted, por qué no fuma? —le preguntó Lukhin al quinto, un hombre con la nariz torcida.

—No sé, no me gusta cómo se pone la gente cuando se queda sin tabaco... Supongo que por eso, y porque no me acabó de gustar

nunca.

—¿Sabe usted que no fumar es propio de anarquistas? Su rechazo al tabaco puede ser una desviación política.

El aludido se puso tenso en su asiento, pero los demás sonrieron.

—No se lo tomen a broma, porque lo digo absolutamente en serio. ¿Saben lo que decían los viejos anarquistas? Si no eres capaz de liberarte del tabaco, ¿cómo quieres liberarte del patrono? Por eso los verdaderos anarquistas no fumaban.

—Comenzaré a fumar, entonces —aseguró el de la nariz torcida.

—¿Y beber?, ¿hay alguno de ustedes al que no le guste el vodka?

Todos negaron.

—¿Y a Manchev le gustaba?

—Por supuesto —respondió el sargento.

—¿El día que se lo llevaron había bebido? —quiso saber Lukhin.

—No. No mucho. Un par de vasos. No hacía mucho que habíamos llegado —repuso el sargento—. En el puesto estábamos jugando a las cartas y acabábamos de empezar.

—¿Y a qué jugaban?

—Al durak.

Lukhin esbozó un gesto despectivo.

—El durak vale la pena jugado entre cuatro. Con seis jugadores no es ni parecido.

—Manchev y Mateiev solían jugar al ajedrez. Al durak sólo jugábamos cuatro —explicó el sargento señalando a un soldado pequeño y pelirrojo.

Lukhin lo señaló con el dedo.

—O sea que usted juega al ajedrez.

—¿También es un juego anarquista?

Lukhin tomó nota del tono de la respuesta y sonrió.

—En absoluto. Es el más científico de los juegos: nadie puede decir que ha perdido una partida porque ha tenido mala suerte. ¿Conoce a alguien que se queje de los alfiles que le han tocado en el reparto?

—Eso es cierto —reconoció el pelirrojo.

—Y ya que es usted jugador, ¿cómo suele salir? ¿Cuál es su apertura favorita?

El pelirrojo se lo pensó un momento.

—Depende del adversario.

—Suponga que juega conmigo, ahora mismo, y juega con blancas —insistió Lukhin.

—Supongo que peón de rey.

—Prefiere lo conocido, ¿eh? Prudencia ante todo...

—¿Y quién me dice que no es usted el campeón de Rusia? —se animó el soldado Mateiev.

Lukhin se frotó las manos un instante.

—Caballeros, yo les comprendo. Prudencia, tranquilidad y que pase cuanto antes este chubasco de mala suerte que ha caído sobre nuestras cabezas. Apretar los dientes y tirar para adelante, a ver si no llueven muchos palos... Lo comprendo de veras. Pero el caso es que tenemos que encontrar a Manchev, y cuanto más tarde en aparecer, más se complicarán las cosas y más fácil será que alguien crea que una decena en el norte les refrescará la memoria. Cortar árboles en la taiga, o construir un canal en el Ártico siempre ayuda a recordar.

Los cinco hombres, todos, se movieron incómodos en sus asientos.

—Yo, se lo aseguro, no voy a proponer tal cosa ni, como les dije, informar de nada en absoluto de lo que se hable aquí. Pero les aseguro que les conviene ayudarme, porque si no consigo encontrar a Manchev seguirán molestándoles, y cada vez con peores modos. Se dan cuenta, ¿no?

Los cinco asintieron.

—Ya hemos contado todo lo que sabemos. ¿Por qué íbamos a ocultar nada? —dijo uno bajo y gordo, que no había despegado los labios hasta ese momento.

—Pues no lo sé. ¿Porque son parte de la conspiración?, ¿porque recibieron dinero de una potencia extranjera? ¿Cómo, si no, iban a secuestrar a un oficial superior en compañía de cinco hombres armados sin que estos se enterasen siquiera?

El aire se detuvo en la sala. Lukhin los miró de uno en uno, hasta que vio que comenzaban a sudar. El silencio duró un minuto entero.

—Por supuesto, es una enorme tontería —aflojó Lukhin, sintiéndose cada vez más cómodo en su papel— pero se lo digo para que se hagan cargo de que es mejor colaborar.

—Ya colaboramos en todo. ¿Qué más podemos hacer? —ofreció el sargento.

—Respondan a mis preguntas con la verdad. Pero no con cualquier verdad, sino con la verdad más absoluta. Si lo hacen, yo les guiaré hasta donde pueden ayudarme y redactaré un informe que les exonere de toda culpa.

—Pregunte lo que sea.

Lukhin se echó hacia atrás en su asiento.

—¿En qué consistía exactamente su misión en esa región?

—Combatíamos la resistencia de los *kulaks* a entregar su cuota de grano —respondió el sargento de inmediato.

Lukhin chasqueó la lengua.

—¿Lo ve? Esa es la clase de respuesta que no me sirve para nada.

—Es lo que hacíamos —insistió el sargento.

—Lo sé. Pero yo quiero saber qué es lo que hacían en concreto. Si torturaban a los aldeanos, si registraban sus casas, si cogían como rehenes a sus hijos. ¿Cómo conseguían sacarles el trigo que no querían entregar?

—Todo eso y algunas cosas más. A veces incendiábamos las casas de los que habían guardado algo —repuso el sargento.

—Bien. Comenzamos a entendernos. Yo le escucho contar eso y entiendo que la población local podía ser enemiga de Manchev. ¿Me equivoco?

—Está en lo cierto.

—¿Se aprovechaban además de sus mujeres?

El sargento titubeó.

—Respóndame usted —ordenó Lukhin señalando al de la nariz torcida.

El soldado comenzó a temblar. La respuesta era obvia, pero Lukhin seguía insistiendo en escucharla.

—Manchev lo hacía a veces, sí.

Lukhin sonrió.

—No voy a preguntarles si ustedes también lo hacían. Tenemos, por tanto, que había mucha gente en la región encantada de dar un escarmiento a Manchev, y no sólo por razones políticas, ¿no es así?

—Así es.

—¿Quién, aparte de ustedes, sabía dónde iban a pasar la noche? —preguntó Lukhin, dirigiéndose de nuevo al sargento.

—Nadie salvo nuestros superiores. La más elemental prudencia así lo aconseja. En ocasiones operábamos con grupos enteros de milicianos, pero aquel día nos separamos de ellos para unirnos al día siguiente a otra unidad.

—¿Y quién sabía eso?

—Nuestros superiores en Kiev, y supongo que los superiores directos de Manchev en el NKVD.

Lukhin tomó nota para seguir más adelante ese hilo, pero no le pareció prudente preguntarles a aquellos hombres lo que podría saber fácilmente por otros conductos.

—Bien, perfecto. Ya tenemos algo interesante. Y ahora,

háblenme de los hombres que llegaron en el camión y se llevaron a Manchev.

—Eran tres y...

—Conozco la descripción. Casi me la sé de memoria —interrumpió Lukhin.

—¿Qué quiere saber entonces?

—Acento, modo de hablar. ¿Parecían de algún lugar?

—No. Nos pareció gente normal. Rusos normales.

Lukhin golpeó la mesa.

—¿Y no les extraña que en medio de Ucrania la gente hable sin acento ucraniano? Ustedes son todos rusos, por lo que sé, pero estaban desplazados allí en misión oficial.

Todos asintieron.

—Pero si los secuestradores hubieran sido gente local, les habrían parecido ucranianos, ¿no? Porque Ucrania está llena de ucranianos...

—O sea que también eran de fuera... —propuso el pelirrojo mirando fijamente a Lukhin.

—Dígamelo usted.

—Sí. Seguramente, sí. No eran *kulaks* disfrazados. Estoy seguro. Ni tenían tampoco ese acento de los ucranianos, ya sabe usted...

—Tiene razón —se admiró el de la nariz torcida, que también recordaba las voces.

—¿Lo ven? Ya tenemos algo más. Si a ustedes les pareció gente normal, es que también eran de fuera. Esa es la clase de verdad que yo necesito. Hablemos ahora del camión. ¿Cómo era el camión?

—Un camión militar normal, un GAZ. Con toldo en la parte de atrás —respondió el sargento, mucho más abiertamente que otras veces.

—En nuestro país, los camiones no son tan normales como quisiéramos. ¿Tenía abolladuras o alguna marca?

—Ninguna —respondió el soldado más gordo.

—Los demás también lo vieron, seguramente —señaló Lukhin.

Todos reconocieron haber visto cómo se acercaba el camión.

—O sea que la prudencia indica que no digan dónde van a pasar la noche, pero viene un camión desconocido y no salen a ver quién es y qué ocurre... Explíquenme eso.

—Afuera estaba Manchev, y salimos. Entonces escuchamos cómo lo saludaban por su nombre y su patronímico, y luego oímos risas. No sospechamos nada —respondió el único soldado que no había dicho nada hasta ese instante.

—¿Y el camión no llevaba ninguna insignia?

—No llevaba nada. Ni marcas ni nada. Era un camión nuevo.

—¿Nuevo?

—Sí, con algo de polvo del camino, pero nuevo. Ni abolladuras, ni marcas. Nuevo.

Lukhin pensó que ahí podía tener su pista. ¿Cuántos camiones nuevos se asignaba a cada unidad en aquellos tiempos, y quién tenía acceso a ellos? Desde luego, no una unidad cualquiera de la milicia destinada a perseguir campesinos hambrientos. Los camiones nuevos no eran para cualquier unidad ni se enviaban a cualquier parte. Eso podía saberlo incluso alguien que llevaba casi veinte años en prisión.

—Bien, de acuerdo. Pues es todo, caballeros. Redactaré un informe positivo sobre su colaboración —concluyó Lukhin saliendo de detrás de su escritorio y estrechándoles la mano uno a uno.

IX

La búsqueda de aquel camión resultó ser un trabajo aún más duro de lo que Lukhin había supuesto. Tenía que enterarse en primer lugar de cuáles eran las fábricas que producían los camiones militares y luego, averiguar qué modelos producía cada cual. Por lo que le habían dicho, la principal industria era la fábrica de automóviles Gorky, en las cercanías de Nizny Novgorod, pero quería asegurarse.

Luego tendría que ponerse en contacto con la fábrica y preguntar a quién se habían enviado camiones en los últimos tres meses.

Había un montón de cosas que hacer y el tiempo apremiaba. Además, Lukhin acabó reconociendo ante sí mismo que trabajaría mejor pudiendo hablar con alguien sobre el asunto. Lo más conveniente era pedir un ayudante. ¿Pero quién?

Uno cualquiera serviría: cualquier oficial del NKVD con cierta experiencia. ¿Qué más le daba a él que se enterasen de lo que traía entre manos? Luego pensó que el elegido sería un estorbo para Molotov y no quiso cargar sobre su conciencia el destino del elegido. Lo mejor era elegir a alguno de los suyos, otro viejo oficial zarista que se estuviera pudriendo en alguno de los cientos de campos de trabajo que combinaban la penitenciaría política con la explotación económica del inmenso territorio de la URSS.

¿Pero habría alguno que sirviese aún para algo? No se consideraba mejor que la mayoría, pero no dejaba de sorprenderse de su capacidad para recuperar de entre sus propios escombros los restos del hombre que había sido en otro tiempo. ¿Y qué habría sido de los demás? ¿Qué habría aún dentro de ellos? ¿Encontraría a alguno capaz de comportarse aún como un viejo comisario, pensar de manera independiente y actuar sin miedo? Ni siquiera estaba seguro de sí mismo...

Lukhin suspiró.

Cuando pasa el tiempo y todo se vuelve contra ti, abandonas tu identidad como un disfraz inútil que no te sirve para entrar en la fiesta que querías. Y dejas de ser el panadero, el contable, el campesino o el comisario para convertirte en otra cosa, en lo que

sea, en el encargado de cortar el pan, si tienes mucha suerte, o en el obrero TELDEC con una herradura estampada en el pecho de la camisa. TELDEC: Temporalmente en Labores de Caballo. Las autoridades de los campos no se burlaban. Sabían muy bien lo que hacían. ¿Por qué no iba a convertirse un hombre en caballo? ¿Por qué la piel, o el disfraz de caballo iba a ser peor que cualquier otro? Llevaban una herradura como escudo, los alimentaron de gachas de avena durante meses y cuando algún gracioso, a punta de látigo, les hacía relinchar, relinchaban. Había sido TELDEC y ahora era HUPRO: Humano Provisional. No era un loco, no era un acercoso[3], no era un despojo tembloroso sobre las tablas de un barracón. ¿Pero qué habría sido de los demás? ¿Qué podía quedar de ellos? ¿Encontrarían en alguna parte la vieja piel de policía para servir de algo?

Cuando disolvió sus últimas dudas, escribió un par de nombres en un papel y pidió a un ordenanza que llevase la carta al general. En ella se pedía que buscasen a alguno de aquellos dos hombres lo antes posible, pues necesitaba su ayuda. Eran hombres competentes y fiables y seguramente se alegrarían de salir del cautiverio, sobre todo Estrilov, que había dejado atrás a tres hijas pequeñas.

Aquella misma tarde, sólo cuatro horas después, el general le contestó, también por escrito, que las personas solicitadas llevaban muertas más de diez años. Era una nota escueta pero absolutamente clara, sin eufemismos ni medias verdades.

Lukhin sintió deseos de preguntar por las circunstancias o el paradero de las familias, pero comprendió que no serviría de nada, salvo para agotar sus propias fuerzas y entregarse a la rabia o a la melancolía. Lo mejor era mirar hacia adelante: hizo memoria, escribió otros cinco nombres y pidió que le enviasen a los dos primeros que encontrasen. Al día siguiente, recibió la misma respuesta: todos estaban muertos.

Hasta ese momento Lukhin no había sido consciente de la magnitud de su buena fortuna, pero tampoco de lo solo que se encontraba en realidad. Necesitó media botella de vodka para recordar otros veinte nombres y pedir al ordenanza que llevase al general la nueva lista. En aquella lista ya no estaban solamente los hombres fiables y competentes. Ni siquiera había limitado la lista a los que podían servirle de algo: había apuntado a todos, absolutamente a todos los que recordaba.

Al anochecer, le entregaron la respuesta: no ha sido posible encontrar a dos hombres disponibles para el servicio de entre los que ha propuesto. El único que podría presentarse era Vassili

Ivanenko.

—¿Ivanenko? ¿Vassili Ivanenko? ¡Por todos los diablos! —gritó Lukhin aún borracho.

Luego, a medio vestirse, fue a la vivienda del general a pedirle que, sin tardar un minuto, hiciera que le enviasen a ese hombre.

Vassili Ivanenko había trabajado a sus órdenes en la comisaría de San Petersburgo hasta el año dieciséis, cuando lo licenciaron por alcohólico. Casi veinte años después debía de tener por lo menos setenta años, pero era el único que había sobrevivido a todo: al alcohol, a las purgas y a su propia esposa, que a veces le pegaba cuando llegaba a casa borracho.

Ivanenko no se avergonzaba de contarlo a sus compañeros de la Ojrana. «Ya veis, un interrogador de prisioneros al que le pega su mujer. Así es la vida...», solía decir cuando aparecía por el trabajo con alguna magulladura.

Vassili Ivanenko estaba bien en todas partes y se adaptaba a todo. Cuando cogían a un sospechoso, estaba contento. Cuando se les escapaba un prisionero, estaba contento. Cuando le dolían los huesos o cogía un resfriado, estaba contento. Y cuando lo despidieron por sus continuas borracheras se encogió de hombros y dio las gracias a Lukhin, porque seguramente sería una buena cosa. Lo más probable era que estuviera feliz en el campo de concentración, cortando madera o trabajando en una presa, y se alegraría de que lo llamasen para reunirse con su antiguo jefe.

Así fue.

Tres días después, calvo y somnoliento, se presentó a Lukhin, que lo recibió con un abrazo.

Ivanenko no esperaba encontrarse con su antiguo jefe y así se lo dijo, quizás con demasiada franqueza.

—Comisario Lukhin... No esperaba verle hasta llegar al Infierno... —acertó a comentar.

—Estábamos en distintas sucursales —respondió Lukhin.

—¿Y para qué me ha llamado?

—Para lo de siempre. ¿Para qué te iba a querer?

Ivanenko entrecerró los ojos y se encogió de hombros.

—Aquí alguien se ha vuelto loco, pero bueno... ¡qué más da! —se resignó.

—El mundo entero se ha vuelto loco y quizás eso sea lo que nos da esta oportunidad. Así que es mejor no desaprovecharla. Nos vamos a Moscú.

—¿A Moscú?¿A cualquier sitio de Moscú o directamente a Lubianka? —se preocupó Ivanenko, mencionando la temida sede y

prisión del NKVD.

—Ya te lo contaré por el camino. Tenemos tiempo de sobra.

Ivanenko frunció el ceño.

—Bueno. Pues a Moscú. Hace años que no voy...

---

3 Los presos llamaban «acercosos» a los moribundos. La denominación tiene su origen en una muestra de humor negro: la idea de que los moribundos «se estaban acercando al verdadero socialismo».

X

La situación en Madrid era complicada, pero el general Gorev estudiaba los planos con optimismo en compañía del general Berzin, consejero militar jefe de las tropas republicanas.

Tras la sorpresa inicial, el frente de Madrid se había estabilizado, una vez que las columnas de milicianos lograron detener a las fuerzas del general Mola en los pasos de Guadarrama. Si los sublevados perdían la iniciativa y daban tiempo a las milicias obreras para organizarse, no tardaría en imponerse la superior capacidad industrial de la República. El primer golpe había sido detenido y sólo quedaba ya convertir a las masas trabajadoras en un verdadero ejército que barriese a los fascistas.

—Lo que le falta a esta gente es organización y disciplina —se quejó Berzin.

—Para eso estás tú aquí —bromeó Gorev.

Jan Berzin, de origen letón, tenía fama de hombre duro. Había sido uno de los impulsores del terror rojo durante la guerra civil rusa y el impulsor de la toma de rehenes entre los civiles para doblegar a las tropas zaristas. Posteriormente, en 1921, participó en la sangrienta represión de la revuelta de Kronstadt, un controvertido episodio en el que el Ejército Rojo, al mando de Berzin y Tujachewsky, aniquiló las protestas de los marinos del Báltico, que pedían mejores condiciones para los obreros. Al tratarse del uso de tropas para reprimir una protesta obrera, muchos encontraron paralelismos entre esta acción y la política de los zares, lo que originó duras disputas en el seno del Partido Comunista. Al final, no quedó duda alguna: los zares reprimían a los trabajadores que querían librarse del yugo explotador, mientras que ellos cortaban de raíz un intento contrarrevolucionario encabezado por espías y saboteadores. No hubo piedad con los marinos y Berzin jamás se había arrepentido de haberse empleado con la máxima contundencia.

Su experiencia en el combate, su determinación a la hora de cumplir órdenes sin preguntar contra quién se disparaba y su pertenencia a los servicios de inteligencia militares, la GPU, lo convirtieron en el candidato perfecto para convertirse en jefe de los

consejeros militares que la URSS envió al bando republicano. En España se le conocía bajos los apodos de Donizetti, y más comúnmente, Grishin.

Gorev era su ayudante principal, y quien ejecutaba la mayor parte de los planes militares. Perteneciente también a la GPU, Vladimir Gorev tenía amplia experiencia en la organización y dirección de redes de espionaje, que ya había ejercido como asistente militar en China y agregado en la embajada rusa en los Estados Unidos.

Durante la guerra civil rusa combatió en el bando bolchevique y, acabada esta, fue enviado a Alemania para que cursara estudios militares. Posteriormente, en 1933, fue el primer jefe del cuerpo de ejército motorizado soviético, con lo que se convirtió en el máximo especialista europeo en manejo y despliegue de blindados y carros de combate. Por esta razón fue transferido a España, ya que se esperaba que ayudase a dar mejor aprovechamiento a los tanques que Rusia enviaba a los republicanos, un material del que carecían casi absolutamente los insurrectos al principio de la guerra.

—Disciplina —repitió Berzin—. Y que unifiquen el mando de una buena vez. No se puede hacer la guerra sin un mando unificado bajo un puño de hierro.

—Ya aprenderán —despreció Gorev— ¿Qué pasó en el desembarco de Baleares? Un fiasco. ¿Y la ofensiva de Córdoba? Otro desastre. Y todo porque no eran capaces de ponerse de acuerdo sobre lo que había que hacer, mientras el enemigo pasaba constantemente tropas desde África. Cuando quisieron hacer algo ya era demasiado tarde. Son unos malditos inútiles.

—Aquel hubiera sido el momento —lamentó Berzin—. En Aragón los anarquistas no han conseguido nada, y los sublevados vienen desde Extremadura hacia aquí, dejando un río de muertos a su paso. No hay más salida que formar un ejército popular verdadero, sin representantes de partidos, sin asambleas, sin gente que opine a todas horas. Aquí cualquier muerto de hambre tiene una opinión, pero a la hora de la verdad huyen como conejos. ¿Y sabes cuándo huye la gente? Cuando no tiene miedo a sus superiores. ¿Huían acaso los nuestros?

—Muy pocos —reconoció Gorev.

—Pues eran campesinos y obreros sin preparación militar, como los que nos encontramos aquí. Pero temían más a los comisarios que a los cadetes blancos. Y no huían. Ahora tenemos a los falangistas disparando con nuestros propios fusiles y a los carlistas apuntándonos con nuestros propios cañones. ¿Cuánto material se ha

perdido?

—En cuanto lleguen los tanques les daremos una buena lección —trató de alegrarse Gorev—. Y hasta entonces, el frente resistirá. Los sublevados van triunfando en el campo, pero en las ciudades tienen poco que hacer contra los milicianos, que es donde mejor se desenvuelven. No van a entrar en Madrid. Las cuencas industriales del norte resisten y todo el Mediterráneo es nuestro. En realidad no están conquistando nada que valga la pena: conquistar Castilla es como hacerse amo de la estepa. Y Guipúzcoa aún resiste. Yo soy optimista —concluyó Gorev.

En ese momento, una joven rubia y de ojos verdes llamó a la puerta. Era Irina, la intérprete.

—El general Rojo les espera —anunció.

Los dos militares soviéticos hicieron un gesto de disgusto, como si en lugar de la intérprete hubiese aparecido una enfermera para recordarles que debían tomar una medicina desagradable.

Vicente Rojo era uno de los principales mandos de la defensa de Madrid, pero a pesar de su lealtad a la República se confesaba devoto católico y poco, o nada, afín al comunismo. Luchaba por la República porque había jurado lealtad a la República y porque creía en la democracia, pero la revolución obrera y proletaria le traía absolutamente sin cuidado y no se tomaba demasiadas molestias en ocultarlo.

—Vamos a ver a ese pobre idiota —gruñó Gorev.

—Como ganemos esta guerra, me encargaré personalmente de que encabece la primera purga. Es imposible hacer nada con gente así —sentenció Berzin.

XI

El número veintiocho de la Prinzalbrechtstrasse era un imponente edifico, cuadrado y gris, muy del gusto de la vieja administración prusiana que lo construyó. Tras sus muros se habían ido concentrando lentamente las distintas oficinas de la seguridad paralela que el gobierno nazi había montado, solapando las instituciones y las oficinas de seguridad tanto civiles como militares.

La Gestapo, Policía política, creada tres años atrás a partir de la policía secreta de Prusia, había ido ampliando paulatinamente sus competencias a costa de la Policía Criminal. En la misma línea de actuación, pocos meses atrás se había creado la SD, Oficina de Seguridad, con la intención de dotar al Partido Nazi de un instrumento de inteligencia paralelo al del Estado y en clara competencia con el Abwehr, el servicio de inteligencia del Ejército.

Al frente de la SD se nombró a Reinhard Heydrich, y desde entonces ocupaba un par de oficinas en la cuarta planta sin más personal que el propio Heydrich y su secretario, que se ocupaba tanto de tareas administrativas como de cualquier cosa que fuera surgiendo.

Heydrich era el tipo de nazi que le gustaba a Hitler y contaba también con plena confianza por parte de Himmler, el jefe de las SS.

Heydrich era hijo de un cantante de ópera y de una actriz, y en los años veinte se había enrolado en los Freikorps, los cuerpos voluntarios que se enfrentaron a la revolución comunista alemana, frenando el sueño marxista de extender la dictadura del proletariado a toda Europa después de su triunfo en Rusia.

Animado por esta experiencia de combate, solicitó su ingreso en la Marina, y tras sufrir graves problemas por no ser de origen noble, consiguió finalmente ser aceptado gracias a sus impecables resultados en los exámenes y, también, a su destacada habilidad como espadachín, algo muy apreciado en los más selectos círculos militares.

En la Marina sirvió a las órdenes del almirante Wilhelm Canaris, y ahí nació su enemistad personal con el que luego sería jefe del

Abwehr. Todo se debió a un asunto de mujeres: Heydrich mantenía una relación sentimental con la hija de un alto oficial, pero en lugar de casarse con ella prefirió casarse con la hija de un maestro de escuela, razón por la que Canaris montó en cólera y lo sometió a un tribunal de honor. Durante el juicio, Heydrich reconoció haber dado palabra de matrimonio a la hija del alto oficial, y se disculpó por su conducta, pero alegó que amaba a otra y no podía tampoco faltar a su palabra jurándole amor y fidelidad ante el altar a una mujer que no amaba. El tribunal, escandalizado en realidad porque hubiese rechazado a la hija de un noble para casarse con una mujer de clase ínfima, lo expulsó de la Marina de manera fulminante.

Recién casado y sin trabajo, Heydrich tuvo que dedicarse entonces a dar clases particulares de navegación en yate hasta que, en 1931, se enteró de que el Partido Nazi buscaba personal y se unió al partido en busca de trabajo. Su esposa, ferviente nazi y afiliada al partido desde años atrás, consiguió que lo aceptasen y selló así su destino.

Desde ese momento, su carrera fue un ascenso constante. A pesar de que no tenía experiencia policial alguna, los nazis contaban por entonces con muy pocos empleados que supieran morse o conocieran cualquier rudimento de comunicaciones, así que lo asignaron a seguridad. Heydrich dominó muy pronto todos los entresijos del aparato policial interno y se convirtió en brazo derecho de Himmler.

Al año siguiente su estrella estuvo a punto de eclipsarse cuando algunos de sus compañeros, celosos de sus ascensos, le denunciaron como mestizo judío. Se abrió entonces una investigación y Heydrich consiguió que la versión oficial afirmase que la que era judía era la segunda esposa de su abuelo, no su abuela, y así se enterró el asunto, aunque Canaris decía guardar pruebas de lo contrario para utilizarlas cuando fuese conveniente. Este fue el segundo enfrentamiento grave entre Heydrich y Canaris.

En 1933, y tras la llegada al poder de los nazis, Heydrich fue destinado a Múnich como jefe de Policía de Baviera y recibió el encargo de tramar la conjura contra Röhm que acabaría en la purga del Partido Nazi conocida como «Noche de los Cuchillos Largos». Hasta ese momento, Heydrich había sido amigo personal de Röhm, que incluso había ejercido de padrino de alguno de sus hijos. Sin embargo, eso no salvó a Röhm de recibir una bala en la cabeza, acusado de participar junto con Strasser en una conjura contra Hitler, además de ser un notorio homosexual, algo inaceptable para los nazis.

En 1936 regresó a Berlín como jefe de la Gestapo y al frente de la recién creada SD, y allí, en la pequeña oficina del cuarto piso, era donde prefería pasar el tiempo, lejos de las molestias y las visitas constantes que sufría en el piso de abajo. Heydrich era un gran violinista, digno de cualquier buena orquesta, y se permitía incluso tocar el violín de vez en cuando en su despacho. Pero cuando en las demás plantas oían su violín, todo el mundo se temía lo peor.

Aquella mañana, sin embargo, estaba de buen humor y charlaba animadamente con Naujocks, su secretario, mientras esperaban la visita programada.

—La guerra de España parece que va mejor de lo esperado. En cuatro meses, Franco ha conquistado medio país —dijo Naujocks.

—Eso es malo, créeme. Debería durar cinco años, por lo menos —respondió Heydrich.

—¿De veras?

—Los aliados callarán ante nuestro rearme todo lo que dure la guerra en España. Después los tendremos de nuevo encima, reclamando la deuda de Versalles y pidiendo cuentas de los aviones y los barcos construidos. Ya sabes que nominalmente apoyan a la República, pero en el fondo nos ayudan a nosotros...

Naujocks asintió.

—Temía que los ingleses atacaran a nuestros barcos de transporte de tropas —comentó.

—Todos los temíamos. Pero nuestros barcos llegaron, saludando con las bocinas a los ingleses. ¿Quieres una prueba mayor de que están encantados de que ayudemos a Franco?

—Ya... ¿Y los rusos?

Mencionar a Rusia fue como un conjuro que hizo materializarse a la visita que esperaban. Un ordenanza llamó a la puerta y Heydrich ordenó que se hiciera pasar al visitante. Era Nikolai Skoblin, que acababa de llegar de París.

Heydrich se levantó para saludarlo y pidió a su secretario que los dejase a solas.

—Me alegro de verle, amigo Skoblin —se felicitó el alemán.

—Lo mismo digo —respondió Skoblin un tanto envarado. Había tratado con varios altos cargos nazis, incluso conocía a Himmler, pero Heydrich le producía una especie de nudo en el estómago.

—¿En qué podemos ayudarnos?

Skoblin esperaba que le preguntasen primero por la vida en su país, por su familia y por el viaje. No estaba acostumbrado a aquellas conversaciones sin preámbulos que tanto se estilaban en Alemania, y dudó un instante.

—En la ROVS están ganando peso los partidarios de acercarse a las potencias occidentales. Los militares rusos no ven con buenos ojos el ateísmo nazi.

—Y tampoco nuestra procedencia plebeya. Lo sé. A los militares rusos les gusta la sangre azul, la hemofilia, los nombramientos por linaje y todas esas porquerías decadentes que les llevaron al desastre —apuntaló Heydrich.

—Yo no he dicho tal cosa... En su partido también hay personas...

—No se preocupe: lo he dicho yo. Y sí, en mi partido hay personas de muy alta alcurnia, pero están todos muy abajo. Yo puedo decir lo que quiera y usted puede repetirlo donde le plazca. No hay problema.

Skoblin frunció los labios, convencido de que era mejor abandonar aquella línea.

—En todo caso, tal vez fuera conveniente algún gesto para inclinar la balanza hacia el lado alemán. A nadie se le oculta que es posible un futuro enfrentamiento entre Alemania y los soviéticos, y es a ustedes a quienes más les puede interesar contar con el apoyo de la ROVS y sus contactos interiores.

Heydrich esbozó una sonrisa.

—Para hablar con los contactos de la ROVS dentro de Rusia haría falta un médium espiritista, en la mayor parte de los casos. ¿O es que queda alguno vivo? Pero claro que estamos dispuestos a inclinar la balanza a favor de Alemania. Porque se refiere a dinero, ¿verdad?

Skoblin se sintió ofendido por la brutalidad con que le hablaba el líder nazi, pero no tenía más remedio que aguantar.

—Dinero o cualquier clase de apoyo.

—Bien. Le ofrezco dinero, como de costumbre, y la posibilidad de trasladarse a Berlín si sus miembros son acosados por los servicios de inteligencia soviéticos con demasiada energía. Aquí no vendrán a buscarlos. ¿Quieren una oficina en este edificio? —se burló Heydrich.

—No sería muy conveniente, me temo —trató de seguir la broma Skoblin.

—Eso mismo creía yo. Pero si las cosas se ponen difíciles, piense en ello. Por lo demás, estoy con usted en que tarde o temprano entraremos en guerra con Rusia. Sin embargo, a día de hoy, Stalin es un buen aliado que nos está ayudando en la reconstrucción de nuestras fuerzas armadas, y preparando a nuestros oficiales, que hacen maniobras conjuntas con los suyos en su territorio, para

salvar así las restricciones de Versalles. Hoy por hoy estamos encantados con Stalin. Lo que nos gustaría saber es cuándo Stalin dejará de estar encantado con nosotros.

—Sabemos que está muy irritado por la participación alemana en la guerra de España.

—Estamos convencidos de ello. Pero Stalin es un buen jugador y sabe que no se puede tener todo. O al menos, no se puede tener todo a la vez. Para poder rearmarnos, tenemos que ir a España. Y Stalin necesita que nos rearmemos para que desgastemos lo suficiente a las democracias occidentales antes de que pueda lanzarse él sobre Europa entera. ¿Sabe cómo llama Stalin a nuestro Führer?

—Ni idea —menospreció Skoblin.

—El rompehielos. En su mente, seremos nosotros los que le abramos el camino. Y es posible que tenga razón si esos idiotas ingleses y franceses se presentan aquí para intentar cobrar los atrasos de Versalles. Ya ve que tenemos nuestros propios informadores en Rusia. Gente que habla con Stalin y le escucha. Así que, por favor, ofrézcame algo original... —concluyó Heydrich con un amago de sonrisa.

—También ellos tienen espías aquí. —Ganó tiempo Skoblin.

—Estamos seguros de que es así. Y casi me alegro, porque en caso contrario me quedaría sin empleo... ¿Es eso todo lo que tiene que contarme?

Skoblin vio que la reunión se le escapaba de las manos y decidió dar un salto hacia adelante.

—Eso y que las cosas andan revueltas por Rusia. La represión en Ucrania no ha sentado bien y crece el descontento contra Stalin.

El líder nazi miró fijamente a Skoblin, que se sintió perforado por sus ojos grises.

—El descontento nunca deja de crecer en Rusia. Lo mismo que las purgas. Pero nunca sucede nada real. ¿O esta vez se trata de algo real? —preguntó Heydrich.

—Aún es pronto para saber en qué se materializará ese descontento, pero hemos recibido contactos de militares en activo interesándose por la actitud que tomaría la ROVS en caso de que se materializara alguna opción contra Stalin y qué clase de ayuda podríamos recabar en el exterior.

Heydrich cruzó las piernas y tamborileó con los dedos sobre sus botas, mientras su mente se movía a toda velocidad.

—Bien. Eso es algo que debe ser estudiado con detenimiento. De momento, la ROVS seguirá contando con todo nuestro apoyo,

incluso con un aumento sustancial de nuestra ayuda. Esperaremos acontecimientos y decidiremos, todos, según se vaya desarrollando la cuestión.

—Esperábamos su apoyo incondicional —se quejó Skoblin.

—No hay nada incondicional en esta vida. Además, ¿qué apoyo puede prestar Alemania mientras no tenga un ejército?

—Hay mil maneras de prestar apoyo.

—Cuente al menos con quinientas, entonces —repuso Heydrich, levantándose de su asiento.

Luego abrió la puerta e hizo un gesto a su secretario, que esperaba en un despacho aledaño.

—Acompañe al señor Skoblin y asegúrese de que recibe la ayuda acordada para su organización.

—Sí, señor.

—En esta ocasión, un veinticinco por ciento más que de costumbre. O el doble, mejor dicho.

—Gracias —murmuró Skoblin.

—Nos mantendremos en contacto por los cauces habituales. ¡Heil Hitler! —se despidió Heydrich.

Skoblin dudó un instante, medido milimétricamente por el líder nazi.

—¡Heil Hitler! —respondió al fin, alzando el brazo derecho sólo tímidamente.

XII

En cuanto Naujocks, secretario de Heydrich, acabó de cumplir su cometido junto a Skoblin, regresó al despacho de su jefe.

Heydrich estaba a punto de bajar a comer y le pidió a su secretario que le acompañase. Heydrich era profundamente clasista, pero su escrúpulo no se refería a la procedencia social de la gente con quien se dejaba ver, sino a lo que él solía llamar su categoría intelectual. En ese sentido, Alfred Naujocks estaba perfectamente a la altura de la categoría mínima exigida para mantener un trato personal, fuera del trabajo, y a menudo compartía mesa con su subalterno, o seguía charlando con él en cualquier cervecería, fuera del trabajo.

Naujocks se había afiliado al Partido en 1930 y era conocido como un tipo duro que se metía en todas las peleas. Aunque había estudiado mecánica de precisión, nunca llegó a ejercer el oficio, y todos sus empleos habían estado relacionados de algún modo con el Partido, especialmente como chófer y guardaespaldas. Su primera misión importante para Heydrich había sido, sólo un año atrás, el ataque en Checoslovaquia a una emisora de radio antinazi. Durante aquel suceso murió un hombre y Heydrich se había encargado de tapar el asunto, cerrando así el círculo de lealtades y afianzando entre ellos algo similar a una amistad.

—¿Qué tal con ese idiota? —preguntó Heydrich, ya en la cervecería a la que a veces acudían a comer. El menú no era una maravilla ni la bebida tampoco, pero al menos allí no iba el resto de jerarcas de la Prinzalbrechtstrasse y los dejaban en paz.

Naujockos entendió de inmediato que su jefe se refería a Skoblin.

—Imagínese: contó dos veces el dinero.

Heydrich se echó a reír.

—¿Y qué hubiera hecho si hubieran faltado cien marcos? ¿Denunciarnos?

Naujocks rio también.

—No lo sé. Parecía nervioso. Cuando salió, mandé que le siguieran y no dejaba de mirar hacia todas partes, como si se sintiera amenazado.

—Quizás se dio cuenta.

—Es posible. Y muy probablemente no quisiera que supiéramos a dónde se dirigía. Estoy seguro de que se verá con alguien más antes de marcharse de Berlín —desconfió Naujocks.

—Estamos convencidos de que es agente doble. Trabaja para nosotros y para los rusos al mismo tiempo.

—Triple, entonces, si contamos a la ROVS.

—¡Esos no le importan a nadie! —desdeñó Heydrich.

—Para no importales a nadie nos cuestan un buen dinero... —se quejó Naujocks.

Heydrich empezó a dar cuenta del filete que acababan de servirle.

—Tampoco conviene olvidarlos del todo. Aún no sabemos para qué, pero pueden ser útiles. La ROVS está cuajada de espías soviéticos.

—¿De veras? ¿Tenemos informes sobre eso?

—No hay ningún informe, pero es así, sin duda. Piénsalo: una asociación de exmilitares rusos, en el exilio, llorando por su patria. Puede que al principio pensaran realmente en derribar a Stalin, pero ahora, después de un tiempo en Francia, o incluso aquí, en lo único que piensa esa gente es en el modo de poder regresar a su amada Rusia, que tanto echan de menos. Aquí no son condes ni aristócratas, ni siquiera militares: aquí son puñeteros emigrantes, extranjeros a los que todo el mundo mira con desprecio y nadie tiene en cuenta. Y si Stalin se afianza, ¿cuál es la única manera segura de regresar? Ponerse de su parte y ofrecerle un buen bocado a cambio del perdón. Eso está claro. Los agentes soviéticos lo saben y tratan con mimo ese caladero de informadores.

A Naujocks nunca dejaba de sorprenderle la perspicacia de su jefe.

—Sí, claro. Tiene sentido.

—No hacen falta informes. No hace falta nada: basta con reflexionar un poco. Nunca me fiaría de una organización como la ROVS. Confiar en ellos es dar por hecho que las personas ponen su ideología por delante de sus intereses, y no soy tan idiota como para creer tal cosa. Eso pueden hacerlo uno o dos, individualmente, pero nunca un grupo de quinientas personas.

—¿Y por qué les seguimos escuchando?

—Pues para enterarnos de qué es lo que los soviéticos quieren que sepamos, y para que los soviéticos se enteren de lo que queremos que sepan. Son una especie de enlace extraoficial —bromeó Heydrich.

—Ya —reconoció Naujocks acometiendo también su plato.

—Hoy, por ejemplo, ese tipo me ha contado que el ambiente está revuelto en Rusia, y que la represión contra los campesinos ucranianos ha generado un gran descontento entre los militares.

—Posiblemente sea cierto.

—Sí, desde luego. Pero nosotros no podemos meternos en esa historia. ¿Qué podemos ofrecerles nosotros?¿Armas, cobertura?

Naujocks meneó la cabeza en señal de disgusto.

—No tienen ninguna oportunidad. Stalin es un maldito neurótico que ha fusilado o enviado a Siberia a todo el que podía oler siquiera a opositor. ¿Cuántas purgas lleva? Los popes, los ingenieros, los intelectuales, los socialistas, los campesinos... ¿En quién se apoyarán los militares que se le opongan? No tienen nada que hacer.

Heydrich dejó los cubiertos sobre el plato y miró fijamente a su secretario.

—Espera. Se me acaba de ocurrir una idea...

XIII

Moscú, 12 de diciembre de 1936

En tanto en cuanto no se reciban instrucciones posteriores, no se citarán nombres, fechas, ni lugares.

Las pesquisas en torno a la búsqueda de la persona indicada se han desarrollado conforme al protocolo habitual. En primer lugar se inspeccionó el lugar de los hechos, pudiéndose constatar:

–Que las personas que estaban dentro del edificio tuvieron que escuchar necesariamente lo que sucedía fuera.
–Que las personas que estaban dentro del edificio vieron, muy probablemente, que se acercaba un camión.
–Que la orografía del terreno permitió, sin duda, ver cómo se alejaba el camión con posterioridad.

Un análisis más detallado de las circunstancias en torno a los hechos, nos llevaron a las siguientes conclusiones:

–Que por la naturaleza de las actividades del grupo, bien pudieron suscitarse enemistades o resquemores que hicieran pensar en algún tipo de represalia por parte de grupos locales o individuos personalmente ofendidos, tanto en sus personas como sus haciendas o sus familias.
–Que el edificio en el que sucedieron los hechos fue una simple parada circunstancial, y que nadie, salvo los superiores directos de la persona desaparecida, estaba al corriente de que el grupo pernoctaría allí.

Interrogados los cinco individuos que se encontraban en el lugar de los hechos, declararon, sin lugar a dudas:

–Que efectivamente vieron llegar el camión.
–Que al encontrarse en la calle la persona que nos ocupa, no se interesaron por la identidad de los recién llegados, al no considerarlo de su competencia.
–Que por los retazos de conversación escuchados, los recién

llegados parecían ser conocidos, o incluso amigos, de la persona que nos interesa. Que se saludaron con grandes muestras de afecto, y que la persona que nos interesa se fue con ellos en el camión, aparentemente en buenos términos y aparentemente por su propia voluntad.

–Que no observaron rasgo particular alguno en los hombres que fueron a buscar al individuo que nos interesa, ni siquiera, y muy especialmente, acento regional alguno que les llamase la atención. Entendemos, por tanto, que siendo de procedencia moscovita los integrantes del grupo, debían de serlo también los recién llegados, pues en caso contrario hubiesen detectado el acento en su habla, sobre todo en la hipótesis de que se tratase de población local.

–Que el camión en el que se marchó la persona objeto de este informe era un GAZ de los que normalmente usa el ejército, pero con la peculiaridad de que no llevaba inscripción ni insignia alguna, y lo que aún nos pareció más importante, tampoco marcas de uso o abolladuras. Los interrogados hicieron especial hincapié en que se trataba de un camión totalmente nuevo, lo que nos pareció especialmente extraño en aquella región. Comprobado este dato, resultó que, efectivamente, ninguna unidad militar de la zona había recibido camiones nuevos en los últimos meses, razón por la que nos trasladamos a M. en busca de más información sobre el particular.

En las proximidades de M., nos dirigimos a la fábrica de camiones de N., donde tras algunas complicaciones, nos facilitaron la lista de unidades militares a las que se habían enviado vehículos nuevos en los últimos tres meses.

Revisada en detalle esa lista, resultó que los envíos, en su totalidad, se habían realizado a las provincias orientales para abastecer al ejército de Asia, y a varias unidades de M. y L., ciudades ambas muy alejadas del lugar de los hechos.

Con mayores dificultades aún, nos entrevistamos con los oficiales al mando de estas unidades, y todo ellos negaron que se hubiese enviado camión alguno a la región que nos interesa. Comprobar la veracidad de sus palabras queda más allá de nuestras fuerzas, pues los oficiales al mano de estas unidades militares cuentan con medios sobrados para ocultar cualquier tipo de información que se les pida, y no está a nuestro alcance entrevistar a los miles de posibles responsables de controlar las entradas y salidas de estos vehículos.

No obstante, proponemos comprobar el cuentakilómetros de todos los camiones entregados en los últimos tres meses, de modo que pueda saberse si alguno ha realizado trayectos muy superiores a la media o si alguno de ellos no aperece físicamente donde lo sitúa el inventario de su unidad.

Conclusión:

Nuestra conclusión provisional es que podemos descartar como autores de los hechos a rebeldes locales, y recomendamos continuar las pesquisas en las unidades militares que en su momento se detallarán.

Fdo.
A. L.

Lukhin repasó el informe y decidió enviarlo tal cual estaba. Podían añadirse muchas cosas, pero seguramente Molotov valoraría más su discreción que cualquier información que confiara al papel.

Los informes semanales anteriores habían sido simples llamadas de atención sobre el hecho de que continuaba con su trabajo, pero en esta ocasión había que andarse con cuidado.

Lukhin llamó al número que le habían indicado y pocos minutos después se presentó un soldado a recoger el sobre.

Ya estaba hecho.

Ahora faltaba saber cuál sería su destino, y el de Ivanenko, una vez que Molotov se convenciese de que habían llegado a una vía muerta.

El secuestro había sido obra, con toda probabilidad, de algún enemigo político de Molotov. El modo en que lo recibieron en algunos cuarteles le hacía pensar que allí estaba sucediendo algo más de lo que él podía manejar, pero era inútil tratar de averiguar los móviles o incluso las implicaciones de unos y otros. Si Molotov, que podía manejar todos los datos del país, había acabado por llamarlo a él, ¿qué podían hacer dos viejos policías caídos en desgracia para enfrentarse al silencio del ejército?

Ivanenko se había portado bien. Estaba seguro de que volvía a beber, pero cumplía perfectamente con su trabajo y le resultaba de verdadera ayuda a la hora de poner en orden sus ideas. Cuando le contó en qué consistía la misión y quién lo había llamado, frunció el ceño, como si no fuera capaz de creerlo, pero la evidencia era él mismo. ¿Por qué iban a soltarlo si no?

Luego, durante las entrevistas a altos jefes del ejército, hombres como Budenni o Tujachewsky, que no hubiesen recibido a

cualquiera, Ivanenko mostró toda la audacia, o la inconsciencia, de quienes no tienen nada que perder.

Lukhin se sintió cohibido al principio, pero enseguida siguió su ejemplo.

—¿Cree usted que es necesario mantener todas las puertas abiertas, por lo que pueda suceder? —se atrevió a preguntarle a Voroshilov, máximo jefe de todo el Ejército Rojo, en una de esas breves entrevistas.

—Por lo que pueda suceder, es mejor mantenerlas todas cerradas —contestó el mariscal.

Pero el simple hecho de que se hubiera molestado en darle una contestación en vez de mandarlo al diablo fue lo que realmente interesó a Lukhin. Aquella simple anécdota podía tener más valor que una semana entera repitiendo siempre las mismas preguntas para escuchar las mismas invariables repuestas.

No había duda: estaba ocurriendo algo.

XIV

La única cosa que Lukhin había pedido para sí mismo aprovechando sus recién estrenados privilegios era un reloj.

Hacía ya dos horas que se habían llevado el informe para Molotov y seguía sentado en su cama, reuniendo fuerzas para lo que estaba a punto de hacer. Escribir a un hombre como Molotov. Volver a Solovki... todo era más fácil que presentarse en casa de María Iorevna.

Más que el miedo a que ella lo rechazara, lo que más le atemorizaba era su propia reacción. Si la encontraba vieja y cansada como él mismo, ¿en qué se apoyaría luego en los interminables días del cautiverio?, ¿qué recuerdo le permitiría evadirse?, ¿por qué razón iba a seguir viviendo?

El que arriesga sus recuerdos es a veces más valiente que el que arriesga su vida, porque el que se pone en peligro y fracasa, muere de una vez, pero el que pierde el único lugar amable al que volver la memoria, muere cada día, como si cayera en un pozo eterno, sin fondo contra el que estrellarse.

En el año diecinueve Lukhin tenía cincuenta y un años y ella treinta y cuatro. Ahora él tenía sesenta y ocho y María seguía teniendo diecisiete menos, pero de treinta y cuatro a cincuenta y uno se produce un cambio mayor que de cincuenta y uno a sesenta y ocho. Él ya era casi un viejo entonces y seguía siendo un viejo ahora. ¿Pero ella? ¿Qué habría sido de ella?

Tenía su dirección y sabía que trabajaba revisando billetes en el tranvía. Sabía que estaba divorciada. No tenía ni idea de con quién se había casado, ni si había tenido hijos, ni cuáles habían sido las causas de la separación.

Sólo sabía que en Solovki recordaba cada día sus ojos y su pelo, y se agarraba a aquellas imágenes como la única patria a la que guardar alguna lealtad.

Cada vez que se intentaba poner en pie para adecentarse ante el espejo y salir de la única habitación que constituía su vivienda, se sentía atenazado por una debilidad extrema, como si llevara meses convaleciente y estuviera a punto de intentar caminar por primera vez en mucho tiempo.

Pero iba a ir a verla. Tenía que hacerlo. Después de enviar el informe a Molotov podía suceder cualquier cosa. Podían devolverlo a Solovki, o enviarlo a cualquier lugar remoto, o recetarle los nueve gramos habituales.

¿Y qué ganaba yendo a ver a María? La ganaba a ella, al menos en su corazón. Fue lo bastante cobarde para no separarse de su esposa, que lo detestaba, y tenía que reparar al menos eso.

Tres tenues golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

Lukhin se puso en pie de un salto, aterrorizado por la idea de que fuesen a buscarle.

—Está abierto —respondió.

Era Ivanenko.

—Perdone que le moleste, comisario. Vengo a preguntarle si va a mandar alguna cosa más.

Lukhin resopló.

—No. Puedes ir donde quieras, Ivanenko, siempre que regreses por tu propio pie.

Ivanenko se ofendió.

—¿Cuánto tiempo hace que no me ve borracho?

—Veinte años, creo. Pero ten en cuenta que esta vez no podremos resolverlo todo con un expediente y una expulsión. Esta vez nos vamos los dos a picar hielo al Báltico.

—¿Y qué tiene de malo el hielo del Báltico?

—Mira, Ivanenko, por favor...

—Sólo intentaba bromear. En el campo aprendí a bromear.

Lukhin sonrió.

—Tienes razón, hay sitios muchos peores que el Báltico. Las minas de cobre, por ejemplo...

—O las de cobalto. Pero no se preocupe, comisario: algunas cosas han cambiado.

—¿Ya no bebes? —se burló Lukhin, que en los últimos días había olido el vodka en el aliento de su ayudante.

—Bebo. Pero ahora sé que bebo. Y ahora le digo a usted que salgo a beber. Es un gran cambio, aunque no lo parezca.

Lukhin inclinó la cabeza. Los años no habían erosionado la indiferencia de Ivanenko, pero parecían haberle añadido algunas razones sobre las que asentarse, en vez de ser la indiferencia del simple.

—Pues bien. Yo tenía una querida. Estoy aquí sentado porque debo ir a verla, pero no me atrevo. Me da miedo que no quiera saber nada de mí y no soy capaz de salir de esta habitación. Soy un

maldito cobarde.

Ivanenko abrió mucho los ojos.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Porque entiendo el cambio del que hablas. Y si me acompañas hasta su casa, para que no pueda echarme atrás, yo te invito a un par de copas, que tampoco me vendrán mal.

Ivanenko sonrió.

—Vengan esas copas, comisario. Y si usted me da permiso, le aseguro que llegará hasta allí, aunque sea a patadas en el trasero, con todos los respetos.

—Te ruego que lo hagas si ves que me echo atrás.

—Pues en marcha, entonces.

Lukhin se puso el abrigo y el gorro de piel.

Ya no había marcha atrás.

XV

Ivanenko cumplió su cometido sin necesidad de las dos copas ni las patadas en el trasero. Cuando media hora después llegaron a la puerta del edificio gris donde residía María Iorevna, se alejó unos pasos y se quedó esperando.

—Venga, jefe: no me falle usted también —dijo solamente.

Lukhin respiró hondo, se identificó ante el portero con su tarjeta del NKVD, preguntó si María Iorevna estaba en casa y al recibir respuesta afirmativa comenzó a subir las escaleras.

Eran sólo tres pisos, pero le dio tiempo, peldaño a peldaño, a recapitular los últimos meses que pasaron juntos, los años en Solovki, y la tremenda masacre que suponía el cementerio de días perdidos, hijos que no tuvieron y palabras que no llegaron a decirse.

Cuando llegó ante la puerta, llamó tres veces con los nudillos, al estilo policial. Se había marchado como policía, y como policía regresaba.

Le abrió la puerta una mujer gorda y canosa, vestida con una simple bata.

—¿Qué quiere? —preguntó sin reconocerle.

Lukhin, en cambio, la reconoció al instante. Tenía mucho peor aspecto del que se había atrevido a imaginar nunca, pero en ese momento no le importó. Sólo con verla se rio de sí mismo por pensar que podía importarle el aspecto que ella tuviera.

—María...

La mujer dio dos pasos atrás y estuvo a punto de caerse.

—¡Nikolai!

Lukhin la abrazó con todas sus fuerzas. Luego tomó su cabeza entre sus manos y fue palpándola lentamente.

—Deja que aprenda de memoria tus huesos...

—Para que pueda reconocerte el día del Juicio Final. Eso decías siempre —respondió ella dejando que las lágrimas le corriesen por las mejillas.

—Sí. No he dejado de repetirlo. —Haciendo un enorme esfuerzo por no llorar también. Nunca pensó que lo conseguiría, pero los años de prisión lo habían endurecido más de lo que pensaba.

—Y el Juicio Final llegó, pero no nos encontramos. Nos habían enterrado en cementerios diferentes —dijo María—. Hay tantos cementerios aquí que es casi imposible que te toque en el mismo que tus seres queridos.

Lukhin le puso un dedo sobre los labios.

—Todos morimos de la misma muerte y no tememos ni al diablo ni al Infierno...

—También muere cada noche el púrpura del atardecer y resucita radiante cada mañana... —completó ella.

—¿Lo recuerdas?

—Sí, pero no lo creo. Al atardecer no le salen canas y arrugas cada mañana. Estoy hecha un desastre.

—Mírame a mí. —Se señaló Lukhin. Y en ese momento deseó parecer mucho más viejo y más desdentado. Cualquier cosa con tal de que ella se sintiera mejor.

—Tú no has cambiado tanto. Estás mucho más delgado, pero te sienta bien...

—Algo sí he cambiado: estoy aquí.

María asintió con la cabeza. Realmente ese sí era un cambio importante.

—Pasa. ¿Qué dirán los vecinos? Pueden denunciarte...

Lukhin sacó la identificación del NKVD y la mostró a su público invisible, al que probablemente escuchaba tras las puertas o espiaba por alguna rendija.

—¡Agente del Estado en misión de servicio! ¡Vuelvan a sus asuntos! —exclamó con voz autoritaria.

María no pudo evitar echarse a reír.

—¿Qué ha pasado? No puedo entenderlo.

—Yo tampoco...

—Entra.

Lukhin la siguió al interior del diminuto piso, también de una sola habitación, y cerró la puerta tras él. Ella volvió a abrazarlo y se besaron durante un minuto entero.

—Es imposible que estés vivo —dijo después—. Muchos han muerto por casi nada, y en cambio tú...

—A mí me han salvado mis enemigos. Es mejor que no te cuente más, pero créeme: ha sido así. Y he vuelto. Estaba en Solovki, y he vuelto. Pero háblame de tu vida.

—¿Qué vida? Un buen comunista sabe que no hay vida después de la muerte. Pero lo que de veras nos gustaría saber es si hay vida antes de la muerte.

Lukhin sonrió. Seguía siendo la misma que escribía artículos

satíricos en la prensa y los firmaba como Baba Yaga, la vieja bruja de los cuentos tradicionales.

—Te casaste, te divorciaste, trabajas ahora para el tranvía...

María frunció el ceño.

—¿Cómo sabes todo eso?

—El carné que enseñé antes no es falso.

—¿Trabajas para el NKVD?

—Hoy sí. Mañana si quieres vengo con uno de la GPU, o de la inspección de vivienda. Puedo traer el que quieras. Auténtico. ¿Hay alguien que te esté fastidiando? Puedo ser un individuo tiránico si quieres, al menos durante unos días... —bromeó Lukhin.

María lo abrazó de nuevo.

—Me da igual. Quítate el abrigo. Cuéntamelo despacio....

—No puedo contarte nada.

—Da igual. Invéntatelo. Lo único que quiero es oírte.

XVI

Cuando Lukhin volvió a su casa eran ya las siete de la de la mañana y todo Moscú comenzaba a pelear contra la nieve y la ventisca. Seguramente ya nevaba la tarde anterior, mientras se dirigía a casa de María, pero Lukhin era incapaz de recordarlo. Aunque se hubiese producido una erupción volcánica bajo el Kremlin no se habría dado cuenta.

Sin embargo ahora, al amanecer, todos los sentidos se habían despertado en él. La primera señal que percibió de que se había operado un cambio en su interior fue que, por primera vez desde abandonar Solovki, echaba de menos un arma.

Ya no era el hombre resignado que esperaba regresar cualquier día a su celda para morir de una vez en un derrumbamiento, o descuartizado por el frío. Todos los días inútiles, con sus inútiles ensoñaciones, se acumulaban tras él, como una jauría de caza, manteniéndolo alerta y azuzándolo hacia adelante. Si se dirigía a una salida o a un precipicio no le importaba en absoluto.

Lucharía. Buscaría la manera de hacer que aquella misión fuese eterna. Crearía expectativas imposibles en la búsqueda de aquel canalla desaparecido, y si llegaba a encontrarlo lo mataría con sus propias manos si era necesario, pero la búsqueda no podía concluir nunca. Intentaría huir al extranjero llevándose a María con él, aunque no fuese capaz de imaginar siquiera el modo de conseguirlo. Convertiría en personas y hechos el cúmulo de extrañezas que se iba encontrando en cada pregunta que formulaba, porque fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo ya no eran hechos y vidas ajenas, sino oportunidades de continuar la suya.

Rusia entera se había materializado ante él en una noche. María era real, tan real como él mismo, y la emoción de los primeros abrazos había dejado paso al rencor por todo el tiempo perdido. Y al mirarla, en lugar de sentir lástima por ambos, en lugar de condolerse de la vejez que los había alcanzado mientras permanecían atados a un poste siniestro, se había convencido de que tenía que existir una salida a aquel laberinto de dolor, silencio y miedo.

Lo primero era conseguir una nueva identidad para María. Ella

había dudado, pero sólo unos instantes. Tenía que buscar el pretexto justo para hacerle un pasaporte y enviarla a América, o a Francia, con alguna misión que no levantase sospechas. ¿Un congreso sobre Pushkin? ¿una traducción al inglés de la poesía rusa? Cualquier cosa. Un tema cualquiera en el que ella pudiese salir airosa de cualquier interrogatorio superficial. María era profesora de lengua y literatura y había sido apartada de la enseñanza cuando se purgó a todos los intelectuales sospechosos de afinidad al viejo régimen. Le había costado años de sufrimiento conseguir que la permitieran afiliarse al sindicato. Y si no eras miembro del sindicato no podías trabajar, y si no tenías un trabajo, no podías ser miembro del sindicato.

Por eso se había casado con un mecánico del tranvía y él le había conseguido aquel puesto de horas interminables en pie, pasando frío en un vehículo bamboleante. Pero era algo. Y no había sido mal hombre aquel Yuri con quien había vivido tres años antes de que se fuese con otra.

No le dejó contar más. ¿Para qué iban a hablar del pasado? ¿Cuánto tardaría él en describirle las palizas, el hambre, el trabajo infinito y embrutecedor en el canal del mar Blanco? Lo único que importaba era que estaban juntos, y que sus cuerpos se reconocían, atravesando las cicatrices del tiempo.

—Si no vuelvo, es que estoy en Solovki, sin derecho a correspondencia. Vendrá a verte todos los días o te avisaré si tengo que irme por un tiempo. Si en una semana no aparezco ni tienes noticias mías, es que he muerto o me han llevado de regreso a uno de eso lugares donde ni vives ni mueres —le había dicho.

—Ahora ya no podré pensar que has muerto. Ahora pasaré mi vida entera pensando que aparecerás cualquier día —le había respondido ella, medio en serio medio en broma.

Y Lukhin no supo si con aquel cambio la ayudaba a vivir o le había hecho un daño irreparable. Eso es lo que sucede siempre con la esperanza: que es un arma de guerra y no siempre es posible volverla contra el enemigo.

Intentaba decidir si era mejor vivir con una esperanza o enfrentarse a la realidad cuando, ya cerca de la vivienda que le habían asignado, se le acercaron dos hombres.—Acompáñenos, por favor —le pidió el más alto mostrándole un carné del NKVD. Los dos eran jóvenes y con aspecto de haber pasado algún tiempo en el campo, además de en la academia.

Lukhin pensó en echar a correr, aunque no tuviera ninguna oportunidad.

Luego recordó que no llevaba un arma y se maldijo de nuevo por ello. Sólo le quedó sacar su propia identificación, también del NKVD.

—¿Qué ocurre, camaradas?

—Si eres un compañero, ya sabes cómo va esto. No hagas preguntas.

Lukhin trató de congraciarse con ellos.

—Vamos a donde haya que ir. ¿Puedo preguntaros a dónde tenéis órdenes de llevarme?

—A Lubianka. Sube al coche —le respondió amablemente el otro.

Y Lukhin se sintió caer por un inmenso sumidero recién abierto bajo sus pies, arrastrado por las aguas torrenciales del destino, de la historia y de su puta mala suerte.

XVII

Lukhin no había pasado nunca por el edificio de Lubianka, el cuartel general de la policía secreta, pero había escuchado testimonios de sobra de otros prisioneros para saber que estaba a punto de entrar en una especie de antesala del Infierno.

En Lubianka entraba la gente para desaparecer eternamente, o para regresar diez o quince años después, sin haber disfrutado del derecho a correspondencia y sin que nadie informase a sus familiares del destino de la persona retenida. Allí era donde se cocinaban previamente los procesos judiciales públicos, mediante amenazas, mediante torturas, privando del sueño al prisionero durante semanas enteras, o hacinando veinte o treinta presos en una celda de seis metros cuadrados hasta que les preocupase más el modo de darse la vuelta mientras dormían que la posibilidad de ser ejecutados al día siguiente.

Las ventanas de las celdas hacía años que habían sido cubiertas para que no entrase la luz y hasta se habían tapado los respiraderos, que sólo se abrían una hora al día, para que el enrarecimiento del aire privase de fuerzas a los presos. Eso era Lubianka.

Cuando a Lukhin le mandaron bajarse del coche, contempló el hermoso edificio barroco, construido para una antigua compañía de seguros, y no pudo evitar un suspiro. Había esperado que la ilusión de libertad y resistencia durase algo más.

Luego lo llevaron a la tercera planta y lo dejaron en un despacho vacío en el que sólo había una mesa, una silla, y un banco pegado a la pared. Lukhin se sentó en el banco, sin querer emplear ni un gramo de su energía en preguntarse lo que pasaría a continuación.

Veinte minutos después entró Molotov en persona y Lukhin se puso en pie de un salto.

—¿Le sorprende verme? —preguntó Moltov risueño.

—No esperaba...

—Perdone si le he sobresaltado con el procedimiento, pero no se me ocurrió ninguna manera mejor de vernos —se disculpó el presidente de los Comisarios del Pueblo tendiéndole la mano a Lukhin con toda franqueza.

Lukhin le devolvió el saludo.

—No es buena cosa que te traigan a Lubianka dos agentes del NKVD... —trató de justificarse.

—Lo entiendo. Y lo lamento, de veras. ¿Pero qué quería?, ¿que fuera yo a verle a su casa?, ¿que nos viésemos en un despacho del Ministerio?, ¿o en el Kremlin? Nadie pregunta una palabra sobre lo que pasa aquí, pero en cambio, en otros lugares, hay demasiados ojos. Incluso aquí, estoy seguro de que el camarada Yezhov se ha enterado ya de que me reúno con alguien. De hecho, tiene su despacho aquí al lado, en esta misma planta, y por eso he preferido que nos veamos aquí.

—Veo que hay cierta tensión... —comentó Lukhin.

—Yezhov es un buen tipo. Debería haber conocido usted a Yagoda...

—Oí hablar de él.

Molotov sonrió. Todo el mundo había oído hablar de Yagoda, el antiguo jefe de la GPU y del NKVD, responsable de algunas de las purgas más virulentas dentro y fuera del Partido. Y pronto oirían hablar de él de nuevo. Cuando lo ejecutasen.

—Bien. Debemos ser breves —cambió de tema Molotov dando por concluidos los formalismos casi sociales que nunca evitaba—. En primer lugar, quiero felicitarle por su trabajo. Estaba seguro de que a pesar de los años seguía siendo usted el mejor y no ha defraudado mis expectativas. Estoy sinceramente impresionado por lo que ha sido capaz de avanzar. Usted solo ha conseguido mejor información que todo el resto de la Seguridad del Estado junta. Lo del camión ha sido brillante.

—Gracias.

—No me dé las gracias. Se las doy yo a usted. Sólo con lo que tenemos hasta ahora sabemos mucho más, sobre este y otros asuntos, que antes de que empezara su investigación.

—Me alegro de veras. Hice lo que pude y con su ayuda ha sido fácil conseguir hablar con gente que nunca me hubiese recibido en otro caso.

Molotov asintió.

—Bien, pues infórmeme ahora de todos los nombres que, con tan buen criterio, no incluyó en su informe.

Lukhin detalló durante un cuarto de hora todos los lugares que había visitado, los nombres de los ingenieros y gestores de la fábrica de camiones, los militares de alta graduación y hasta los tres o cuatro mariscales de campo con los que había hablado, pues nadie estaba dispuesto a responsabilizarse de ofrecerle una información tan sensible como la de los camiones.

—Blücher, Tujachewsky, Voroshilov, Yegorov... —enunció Molotov impresionado—. Sólo le ha faltado Budionni.

—No vi la necesidad de hablar con él. No ha recibido camiones en los últimos meses...

—Perfecto. ¿Y cuál es su impresión general?

Lukhin tragó saliva.

—Mi impresión general es que su sobrino ha sido secuestrado por razones políticas relacionadas con usted. Por supuesto, no tengo prueba alguna de lo que digo y le ruego que tome mi franqueza como un intento de ser útil...

—Por supuesto. Continúe.

—Aunque se trate de una simple corazonada, creo que alguna gente está al corriente, tanto de la desaparición de su sobrino como del hecho de que me haya encargado a mí esta investigación.

—Eso es inevitable.

—Por eso mismo, creo que su sobrino está retenido en alguna parte y puede ser usado como testigo o como acusado de algún proceso futuro.

Molotov no pudo evitar un gesto de crispación.

—¿Por qué dice eso?

—El trato que observé en los cuarteles entre oficiales del mismo rango me pareció lejos de la cordialidad normal entre compañeros de armas. Es una vaga impresión, y quizás las cosas hayan cambiado mucho en el tiempo que he estado alejado del mundo, por decirlo de algún modo, pero noto demasiada tensión en el ambiente. Sé que no es asunto mío, pero si se prepara otra purga, lo sospechan, y si no se prepara, lo temen.

Molotov aplaudió tres veces.

—Es usted realmente un individuo extraordinario. No puedo ser más explícito, pero hay algo de verdad en lo que cuenta. Y precisamente por eso estoy tan preocupado. No quisiera pensar que sé lo que pasa y enterarme después de que no lo sabía, como le ha ocurrido a Yagoda...

—Eso mismo trataba de insinuarle. Sé que se guarda muy bien las espaldas, y mi deber es recomendarle que se las guarde aún mejor.

—Muchas gracias. Lamento de veras que no podamos ser amigos. En estos momentos, confío más en usted que en mucha de la gente con la que llevo años trabajando.

—Eso nos sucede a todos en un momento u otro —arriesgó Lukhin—. ¿Cuáles son sus instrucciones a partir de este momento?

—Coja a su cargo media docena de hombres y supervise el

kilometraje de los camiones, como propuso en el informe. Anote las matrículas y las unidades de los que se salgan de lo común y prepare un informe. Quizás no encontremos a mi sobrino, pero sí descubramos que se está usando el material militar para fines particulares. Estas cosas nunca son inútiles del todo...

—Son muchos camiones. Pueden ser dos mil... Quizás tres mil...

—No tenga prisa, pero sea discreto, o es posible que hagan desaparecer el que nos interesa.

Lukhin frunció el ceño.

—Si le parece bien, solicitaré la colaboración de media docena de mecánicos de la fábrica GAZ y diremos que es necesario un pequeño ajuste en todos los que se han entregado en los últimos meses. Una revisión, o un pequeño cambio. Eso no levantará sospechas, aunque será un poco más lento.

—Me parece una gran idea —aprobó Molotov.

—Puede llevar un mes, o quizás dos, si alguna de las unidades se ha desplazado.

—Confío en que lo hará lo mejor y más rápido que sea posible. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle? —preguntó Molotov levantándose de su asiento. Lukhin se levantó también. Iba a contestar que no, pero decidió convertir en algo práctico la avalancha de felicitaciones que había recibido.

—Si me lo permite, quisiera pedirle un favor personal. Algo al margen del trabajo...

Molotov se sorprendió.

—Si está en mi mano, considérelo hecho.

—Verá... Estoy muy contento con el lugar que se me ha asignado como vivienda. Pero hace veinte años, antes de la guerra civil, conocí a una mujer, aquí en Moscú, y me gustaría que viniese a vivir conmigo. ¿Podría conseguirme una vivienda un poco más grande, aunque fuese sólo para estas semanas que dure el trabajo en Moscú?

Molotov se echó a reír con toda franqueza.

—Claro que sí. Por supuesto. Esta misma tarde pasarán a verle. Pensaba que me preguntaría si podía traer a su esposa de San Petersburgo...

—¿Aún vive? —preguntó Lukhin en tono neutro. Molotov frunció el ceño.

—¿No ha tratado de averiguar su paradero ahora que puede?

—Teníamos algunos problemas... —quiso explicar Lukhin.

—Si puedo ayudarle, cuente conmigo...

—Para arreglar lo de mi esposa, creo que ni usted tiene poder

suficiente... —repuso Lukhin con una sonrisa.

—No me infravalore. A veces basta con unas flores —siguió la broma Molotov, que estaba de excelente humor.

—En cuanto a los informes semanales...

—Olvídese de ellos. Y cuando vuelvan a detenerle, no se preocupe, le lleven donde le lleven. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Muchas gracias.

—Gracias a usted. —Se despidió Molotov con otro fuerte apretón de manos.

XVIII

En principio se había pensado asignar varios despachos del Bendlerblock, en Tiergarten, al Servicio de Inteligencia del Ejército, pero Canaris había insistido en que prefería un lugar independiente, un poco más apartado, donde pudiese trabajar con mayor autonomía. Canaris desconfiaba ante todo de la infiltración de elementos nazis en las filas del ejército y al final había conseguido su objetivo.

Los números setenta y cuatro y setenta y seis de la berlinesa Tirpitzufer, en el barrio de Kreuzberg, formaban parte de un único edificio, destinado finalmente a la sede del Abwehr. Los nazis lo llamaban despectivamente «la guarida de los Papá Noel», refiriéndose a su carácter un tanto aristocrático y alejado del movimiento político, pero no les quedaba más remedio que reconocer que el ejército, como institución, no aceptaba al nazismo como equivalente del Estado.

Aunque no tan notorio como el imponente Bendlerblock, se trataba de un edificio sobradamente conocido y vigilado por distintos centinelas. Sin embargo, aquella noche de diciembre, al amparo de la niebla, un grupo de seis hombres con el rostro cubierto había penetrado por la fuerza en el recinto, encañonando a los vigilantes y desarmándolos antes de que pudieran dar la voz de alarma. Era tan impensable que alguien pudiese asaltar las oficinas del Abwehr, que la guardia fue completamente cogida por sorpresa.

Uno de los hombres se quedó en la planta baja, encañonando a los vigilantes. Los otros cinco subieron por la escalera principal, siguiendo al líder del grupo, que parecía conocer muy bien las instalaciones.

—Aquí es —indicó el cabecilla en cuanto llegaron a una recia puerta de roble.

Los cuatro que le acompañaban se pusieron inmediatamente manos a la obra para derribar la puerta, y en menos de un cuarto de hora lograron su objetivo.

Sin encender las luces, se movieron rápidamente por el despacho de Canaris, forzaron los cajones de su escritorio y eligieron los documentos que les interesaban, desechando el resto.

—¿Lo tenemos? —preguntó el jefe.

—Aún no —contestó uno de ellos.

La caja de seguridad se encontraba en la parte posterior del despacho, encastrada en la pared. No había ninguna posibilidad de moverla, y volarla, como uno propuso, no parecía prudente.

Entonces, uno de los encapuchados pidió que le dejaran sitio y sacó de su petate un pesado soplete de soldador, no mucho más avanzado de los que se usaban en los años veinte para las grandes construcciones metálicas. El equipo pesaba alrededor de cincuenta kilos, pero era considerado portátil porque a menudo había que elevarlo a grandes alturas para las labores de remache y soldadura en los grandes rascacielos, o en los puentes, donde no se podía acceder con otro tipo de material.

El trabajo iba lento y los otros comenzaron a ponerse nerviosos, pero el que manejaba el soplete impuso silencio, incluso al jefe del grupo.

—Todo lleva su tiempo. ¿De qué tenéis miedo?

—Puede venir cualquiera...

—Seguid buscando en los archivadores. Lo que buscamos no tiene por qué estar aquí —indicó el jefe del grupo.

Quince minutos después, la caja fuerte estaba abierta, pero algunas chispas habían prendido en los papeles desparramados por el suelo y los asaltantes tuvieron que emplearse a fondo para apagar el fuego.

—¡Mierda! Sólo faltaba que le prendiésemos fuego a toda la maldita oficina —lamentó el cabecilla cuando al fin consiguieron apagarlo.

Luego revisaron detalladamente las carpetas que había en la caja fuerte y cogieron la media docena que les interesaba. Las demás las dejaron en la propia caja fuerte, sin molestarse siquiera en revisarlas.

El que manejaba el soplete iba a guardar de nuevo todo el equipo, pero le ordenaron que lo olvidase.

—No vamos a cargar otra vez con eso en la huida —dijo el jefe del grupo.

—Es una pista demasiado clara.

—¿Y a ti qué más te da, si hoy mismo desayunarás en Francia?

—Soy un profesional.

—Pues si eres un profesional, agarra lo que has venido a buscar y lárgate. Vámonos de aquí —ordenó el jefe.

Bajaron las escaleras a toda prisa, avisaron al compañero que mantenía retenidos a los guardias, y salieron a toda velocidad.

En la calle los esperaba una camioneta con dos hombres armados. Eran los refuerzos que debían intervenir si algo salía mal, pero no habían sido necesarios.

—Larguémonos de aquí —dijo el cabecilla, tras subirse a la cabina del camión, junto al conductor.

—A la orden —repuso el conductor, poniendo en marcha el vehículo.

El cabecilla se quitó el pasamontañas que le cubría la cara. Era Alfred Naujocks.

XIX

Aunque los soviéticos no celebraban la Navidad, Gorev y Berzin abrieron aquella noche la mejor botella de vodka que habían recibido de Rusia. La ofensiva de Franco había sido detenida y el material soviético comenzaba a fluir con regularidad.

Una vez que los sublevados fascistas habían perdido la iniciativa y el frente se hallaba estabilizado, pronto se podría comenzar a dar la vuelta a la situación.

Había sido difícil, pero los dos jefes de los asesores soviéticos habían conseguido la mayor parte de sus objetivos: imponer a la República una verdadera organización militar, coordinar el mando de las tropas y eliminar a los elementos socialistas y anarquistas, dando total preponderancia a las milicias comunistas.

Esa última tarea había causado importantes disensiones dentro del bando republicano, y en algunos lugares como Valencia, Asturias o Cataluña habían concluido en enfrentamientos armados o en fusilamientos. La víctima más notable de esta purga había sido el líder anarquista Buenaventura Durruti, muerto por un comisario comunista de un disparo por la espalda. Los anarquistas intentaron revolverse, pero privados de su líder y en medio de la batalla, optaron por enfrentarse a los fascistas, cubriendo un importante frente de la batalla de Madrid.

—Deberíamos acabar con todos —gruñó Berzin cuando salió a relucir el tema de los anarquistas.

Gorev no estaba tan seguro.

—Sin duda, pero más adelante. Es mejor usarlos como fuerza de choque y que los mate el enemigo. Aún es pronto para prescindir de ellos.

Sólo un par de meses antes no se hubiera atrevido a llevarle la contraria en un asunto de índole política, pero desde que habían llegado los primeros blindados de Rusia, Gorev se había mostrado muy superior a los generales españoles sublevados y Berzin reconocía ya sin reservas su brillantez militar. Lo cierto era que, en aquel momento, nadie o casi nadie podría enfrentarse a Gorev con blindados en un campo de batalla.

Berzin apuró su vaso y rellenó de nuevo tanto el suyo como el

de su compañero.

A principios de noviembre los sublevados habían conseguido avanzar hasta Madrid, conquistando incluso la base aérea de Getafe, lo que había sido un gran contratiempo, pues desde allí comenzaron a operar con mortal eficacia los aviones nazis que apoyaban a Franco.

La situación llegó a ser tan grave que el Gobierno de la República abandonó la ciudad, dirigiéndose a Valencia. Esto fue providencial para los asesores rusos, que se vieron completamente al mando de la situación y con libertad para dar preferencia a los comunistas sobre el resto de formaciones y milicias. Sólo se interponían en sus planes el general Miaja, jefe de la Junta de Defensa de Madrid, y Vicente Rojo, pero su dependencia de la ayuda soviética era demasiado grande como para imponer sus puntos de vista en el terreno político.

El 8 de noviembre, el general Varela, al frente de los sublevados, ordenó que se diera inicio el asalto contra Madrid, comenzando desde la Casa de Campo hacia el río Manzanares. Los combates en torno a la Casa de Campo y el puente de Castilla duraron tres días enteros y concluyeron con la voladura del puente.

Ese fue el primer triunfo de los comandantes republicanos Líster, Barceló y Galán, apoyados por varios asesores soviéticos. En aquellos días, y en lo más crudo de la batalla, se sumó a la defensa de Madrid la Brigada Internacional de Lázaro Stern, lo que elevó la moral de los defensores. Se les recibió con un desfile por la Gran Vía entre gritos de ¡vivan los rusos!

Los brigadistas de Stern se asentaron en la Ciudad Universitaria, y se ocuparon de la defensa del Manzanares desde su cuartel general en la Facultad de Filosofía y Letras.

La aviación de Franco, confiada en sus superioridad, bombardeó con dureza las posiciones del Manzanares, Gran Vía y las estaciones de Atocha y del Norte, pero entonces entraron en acción los Polikarpov I-15 e I-16 soviéticos (llamados Chato y Mosca), que lograron imponerse, dejando por primera vez los cielos en manos de los republicanos.

—Más aviones. Necesitamos más aviones y acabaremos con ellos en tres meses —dijo Berzin.

—Yo prefiero más tanques —se opuso Gorev, desviando la conversación hacia las batallas de blindados de mediados de noviembre.

El día quince de noviembre, Varela había lanzado un ataque con blindados sobre el puente de Castilla, pero la nula pericia de los

militares insurrectos en el manejo de aquellas máquinas hizo que casi veinte de ellos quedaran embarrancados en el lecho arenoso del río.

Gorev aún se reía al recordarlo. Allí, sin poder retroceder ni avanzar, los tuvo durante varios días, desangrándose en el río mientras intentaban recuperar los tanques.

Sin embargo, los regulares de Tetuán consiguieron cruzar el Manzanares y entrar en el campus universitario. Los anarquistas huyeron en desbandada, y tuvieron que ser sustituidos a toda prisa por lo que los defensores pudieron encontrar. El propio Gorev, personalmente, mandó el contraataque desde Caravaca al frente de los blindados soviéticos y llevando consigo a los anarquistas, que sufrieron la peor parte de las bajas.

La batalla por la Ciudad Universitaria fue larga y cruenta, pero Gorev logró imponer su mayor pericia al frente de los blindados y la situación se estabilizó, especialmente con la llegada de la Segunda Brigada Mixta del comandante Gallego.

Al día siguiente los asaltantes, partiendo de la Escuela de Agrónomos, tomaron el asilo de Santa Cristina y atacaron el Clínico. Aquel día se produjeron nuevas desbandadas en las milicias obreras, pero Vicente Rojo, en persona, consiguió contenerlos y llevarlos de nuevo a la batalla.

—Es un católico de mierda, pero los tiene bien puestos —reconoció Gorev, mientras repasaban los hechos de aquellas semanas.

—Los generales zaristas también eran valientes, y acabamos igual con ellos —opuso Berzin, ya un poco amoscado por el vodka.

Aquel día, en un desesperado intento por quebrar a los defensores, Madrid sufrió el peor bombardeo aéreo, a pesar de la resistencia de los aviadores rusos. Los pilotos alemanes eligieron bombas incendiarias para el ataque, más deseosos de causar pánico que verdadera destrucción.

Aquel día fue cuando mataron a Durruti.

—No se podía esperar más —aseguró Berzin.

—Casi nos cuesta el desmoronamiento del frente —se quejó Gorev.

—Pero el frente se mantuvo. Evacuaron a esa basura anarquista que nos dejaba siempre con el trasero al aire, y el frente se mantuvo. Eres demasiado blando —recriminó Berzin.

A partir de aquel momento los combates continuaron, pero fueron perdiendo intensidad a media que empeoraba el clima y los sublevados comprendían que no iban a poder tomar la capital.

Los líderes comunistas de las brigadas internacionales fueron haciéndose con el control del frente y su superior disciplina mantuvo a raya a los insurrectos, que carecían ya de fuerzas para una nueva ofensiva.

—¡Los frenamos y no avanzarán más! —brindó Berzin.

—¡No pasarán! —se sumó Gorev, repitiendo la consigna de los defensores españoles de la ciudad.

XX

Lukhin había trazado un plan para cumplir a la perfección con el encargo de Molotov y, al mismo tiempo, dilatarlo cuanto fuera posible.

Su larga permanencia en el campo le había enseñado que bajo el nuevo sistema la corrupción no sólo no había disminuido, sino que se había multiplicado por cinco, por diez, por cien. A eso era a lo que en el campo se le llamaba dinero de dos pisos: tarifas ridículas para los trabajos oficiales, pero posibilidad de robar material con el que seguir trabajando por cuenta propia los fines de semana y, ahí sí, cobrar precios de mercado o tarifas abultadas por la escasez.

Él mismo había trabajado en varias ocasiones con una brigada de pintores libres, como refuerzo. La tarifa por metro cuadrado no les llegaría siquiera para llevar pan a sus familias, pero en la obra oficial robaban aceite de linaza, estopa, pintura, yeso y todo lo necesario para poder realizar luego obras a particulares a un precio veinticinco veces superior al que les pagaba el Estado. ¿Y de dónde sacaban el dinero esos particulares que encargaban los trabajos? De una operación semejante en otro campo. De vender en el mercado negro la producción agrícola. De reparar vehículos, y hasta de robar acero en barras.

Cuando Lukhin propuso repasar el kilometraje de los camiones era perfectamente consciente de que eso no le permitiría averiguar gran cosa sobre el sobrino de Molotov. Estaba seguro de que en muy pocos casos coincidirían los recorridos oficiales con el cuentakilómetros del vehículo, y precisamente por eso se sintió seguro.

¿Perjudicaría a un montón de gente que sólo trataba de ganarse la vida? Sin duda. ¿Y qué hacían todos aquellos rusos libres por los que, como él, se pudrían en los campos? Mirar para otro lado y repetir las consignas del partido. Pues bien: eso haría también él.

En cierto sentido, Lukhin se sorprendió de sentir aquel rencor. Desde el primer momento pensó en alargar la misión lo máximo posible y tratar a toda costa de no regresar a Solovki, o a otro campo aún peor, pero una vez en libertad no se conformaba ya con tan poco. No iba a ser uno más de los que callan y bajan la cabeza.

No iba a sumarse a la gran mentira, a esa corriente de adoración al régimen en la persona de Stalin que algunos llamaban el culto a la personalidad y otros, en los campos y sólo en voz baja, el culto a la doble personalidad.

Todo el mundo trataba de buscarse la vida. Revienta tú hoy, que yo reventaré mañana, era la máxima más repetida de los campos y del país entero. Lukhin llevaba dieciséis años reventando: ahora les había tocado el turno a otros, a los miembros del Partido, a los militares, a todos los que se sentían calientes y seguros en sus abrigos y sus botas, sin tener que cortar leña ni acarrear capazos llenos de piedras.

Ahí estaba su plan y era bien claro: se trataba de pedir a la fábrica de camiones que solicitara una revisión de todos los vehículos entregados en los últimos meses, anotando en cada caso la unidad a la que habían sido entregados, matrícula, número de bastidor y kilómetros recorridos. El propio Lukhin acompañaba a veces a los técnicos, pero la mayor parte de las veces pasaba el tiempo recorriendo los cuarteles, tratando de averiguar, por los oficiales de intendencia, quiénes habían enviado alguna unidad a Ucrania durante los días de la represión campesina y a qué localidad concreta habían sido destinadas las tropas. Casi siempre le contestaban con vaguedades, o lo remitían a un superior, pero a Lukhin no le importaba en absoluto. Las respuestas eran lo de menos: lo único que contaba era seguir preguntando, husmeando, hasta hacerles sentir que se aflojaba el suelo bajo sus pies.

Ivanenko se encargaba luego de analizar uno a uno esos datos, un trabajo rutinario y aburrido para el que estaba especialmente capacitado. No se daba prisa alguna, pero no se le escapaba tampoco ni un detalle. Por lo pronto, habían descubierto que más del ochenta por ciento de los vehículos habían recorrido más kilómetros de los esperables, y mucha gente tendría que inventarse complicadas explicaciones y justificaciones para ello. Quizás Manchev no apareciese nunca, pero estaba claro que Lukhin y su ayudante estaban realizando un buen trabajo. ¿Basado en la pericia? No, basado en el rencor.

Lukhin pensó algunas veces en detenerse, para permanecer a salvo de aquel sentimiento que se volvería contra él cuando regresase al campo, pero ni de eso fue capaz. Pasara lo que pasase, no regresaría. Ya nunca más sería un preso intentando sobrevivir una tarde, una obra, un invierno más. Si allí se dejaba los últimos jirones de su identidad y su integridad humana, que fuese en buena hora.

Por lo demás, su situación se acercaba más a una plácida jubilación que a una misión especial, y Lukhin trataba de disfrutar al máximo de las posibilidades que le brindaba. Molotov había cumplido escrupulosamente su promesa y, desde la misma tarde en que se había reunido con él en Lubianka, disfrutaba de una vivienda de dos habitaciones que compartía con María Iorevna. Como único comentario al respecto, María alzó las cejas y comenzó a empaquetar sus cosas.

Desde entonces trataban de reconstruir su vida, como si los años anteriores no hubiesen existido. Ella seguía acudiendo a su puesto de trabajo en el tranvía y Lukhin pasaba casi todo el día fuera de casa, pero al atardecer se sentaban frente a frente en la cocina, tomaban tres o cuatro tazas de té y comentaban las pequeñas cosas del día, con buen cuidado de no hablar nunca del pasado ni del futuro.

Alguna vez, por error, Lukhin recordaba el nombre de algún conocido común y preguntaba por él, o por ella, pero sólo en raras ocasiones obtenía alguna respuesta distinta de un leve movimiento negativo de cabeza. Todo su mundo había sido barrido. No estaban ya ni los dependientes de las tiendas, ni los porteros de los edificios que conocía, ni siquiera las secretarias de la Policía que había tratado. No había nadie.

—¿Dónde está toda esa gente? —preguntó Lukhin—. No pueden haberlos matado a todos. A muchos sí, pero no a todos.

—La mayoría siguen viviendo, pero en otro lugar, y prefieren no ver a sus antiguos conocidos. Si ahora los buscases, ni siquiera te dirigirían la palabra y correrían al primer puesto de la milicia a denunciarte.

—¿Han cambiado todos de trabajo? No me lo puedo creer. Era gente que tenía una experiencia...

—Y la siguen teniendo. Muchos siguen en puestos similares, pero en otras ciudades. Y a otros, como a mí, se les ha enviado a trabajar a cualquier parte. Lo importante era destruir cualquier confianza que pudiese existir entre vecinos o compañeros. Lo importante era que todo el mundo estuviese en un ambiente nuevo donde le fuera imposible saber quién era un pobre hombre como él y quién un chivato de las autoridades. Donde todo el mundo es nuevo, todo el mundo calla, ¿no lo entiendes? Se supone que eres tú el que sabe de esas cosas —bromeó María.

—También ocurría en Solovki. Cada cierto tiempo te cambiaban de celda. Por eso era casi imposible escapar y por eso no había revueltas. Y en cada celda había un soplón, que a veces reconocías

al primer golpe de vista y a veces te llevaba semanas o meses descubrir...

—Pues en Moscú sucede lo mismo. Y supongo que en todas partes, aunque en las ciudades pequeñas se conservan mucho mejor ciertos lazos. Por eso odian tanto a los campesinos: porque se conocen desde que nacieron. Pero los campesinos no necesitan el comunismo para desconfiar constantemente unos de otros... —concluyó María con una sonrisa.

Lukhin suspiró. Iba a llenar de nuevo sus vasos de té, cuando sonó el teléfono. Para él seguía siendo un aparato que se usaba rara vez y aunque había tenido uno en su despacho antes de la guerra civil, le parecía impensable tener uno de esos trastos en casa.

—Seguramente sea para mí. Otro cambio de turno... —se quejó María, levantándose a cogerlo.

Intercambió una breves palabras al aparato y llamó a Lukhin.

—Anatoli, es para ti —dijo.

A Lukhin le sorprendió que le llamara Anatoli, en vez de Tolia, como hacía siempre y fue hasta el cuarto que hacía las veces de sala de estar. María estaba pálida y le temblaba el teléfono en la mano.

—Es el camarada Stalin —le respondió.

Lukhin había oído decir que a Stalin le gustaba llamar de vez en cuando a un ciudadano cualquiera y preguntarle por la marcha de las cosas, pero siempre pensó que era una leyenda. Algunos aseguraban que Mijail Bulgakov, el novelista, le había escrito a Stalin personalmente pidiéndole que se le permitiera emigrar y, en lugar de la Policía política para llevárselo a Siberia, recibió una llamada personal de Stalin, preguntándole por qué no estaba a gusto en Rusia. Todo eso contaban en Solovki, pero él nunca lo había creído.

—¿El camarada Stalin, dices? —preguntó intentando ganar los segundos que necesitaba para ordenar sus ideas.

—Sí, ponte, por favor.

Lukhin tomó el auricular.

—Sí, dígame...

—¿Cómo está, Anatoli Ivanovich?

—La voz era idéntica a la que había oído demasiadas veces por la radio y por los altavoces del campo.

—Muy bien. Muchas gracias. Volví de trabajar hace un rato y estaba tomando un té —acertó a responder Lukhin.

—No le molesto más que un momento. He oído decir que trabaja usted mucho...

—Hago lo que puedo, pero ya soy muy viejo.

—Ya sé que debería estar usted jubilado, pero el país aún le necesita —repuso la voz de Stalin.

—Seguiré trabajando, entonces.

—¿Tiene tiempo para tomar mañana un té conmigo?

—Por supuesto, camarada Stalin —repuso Lukhin, más tranquilo. El tono de la conversación era idéntico al que le habían narrado.

—Entonces, pasarán a buscarle a las tres en punto.

—Muchas gracias. Aquí estaré.

—Hasta mañana, entonces. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Lukhin.

Luego se quedó alelado, con el teléfono en la mano.

—Yo creo que de veras era Stalin —le dijo a María.

—Lo era. Puedes estar seguro. ¿Qué quería?

—Que fuera mañana a tomar el té con él.

María se sentó en el único sillón del salón.

—¿Al Kremlin?

—Ni idea. Pasarán a buscarme a las tres de la tarde y me llevarán a donde sea.

—Dios mío...

—Espero que me dejen volver... —se desahogó Lukhin.

—Dio mío... —repitió María.

Y aquella noche hicieron el amor con la misma furia que veinte años atrás.

XXI

Lukhin había pasado toda la mañana buscando algo decente que ponerse, a medio camino entre la elegancia que debía rehuir y el excesivo descuido de sus ropas habituales. Finalmente se decidió por un uniforme policial sin ningún tipo de distintivo pensando que era lo más apropiado. Stalin sabía de sobra que había sido policía, y quizás aparecer como tal le concediera un toque de veracidad.

A las tres en punto se presentaron dos hombres en su casa, se identificaron y le pidieron amablemente que los acompañase. Lukhin no hizo ninguna pregunta, pero pronto comprendió que no iban al Kremlin, sino que se dirigían a las afueras.

Cuando llegaron a la zona ajardinada de Kuntsevo, el automóvil se detuvo y los dos hombres cachearon brevemente a Lukhin, disculpándose por ello. La excesiva amabilidad de sus guardianes le ponía nervioso, pero comprendía que la guardia personal de Stalin no podían portarse como rufianes con los invitados del gran Koba.

Luego le hicieron entrar en el jardín y a continuación en la dacha propiamente dicha, que más que una cabaña era un pequeño palacio de campo, aunque sin ninguna ostentación.

—El camarada Stalin le recibirá enseguida —anunció un oficial de uniforme.

Lukhin asintió y comenzó a pasear por el recibidor, pero no tuvo tiempo ni de admirar los pequeños cuadros paisajistas: en menos de un minuto se abrió de nuevo la puerta y le indicaron que pasara.

Allí, delante de él, estaba el propio Stalin en persona, que le tendió la mano, mientras le sonreía abiertamente.

—O sea que usted es el comisario Lukhin...

—Sí, yo soy.

—Oí hablar mucho de usted en otros tiempos —comentó Stalin, mirándolo fijamente. Su mirada era risueña, pero hacía perfecto honor a su acerado apodo.

Lukhin hizo un esfuerzo por no tragar saliva, que era lo que realmente deseaba.

—En todo momento he tratado de cumplir con mi deber, pero eso no me ha librado de cometer errores.

Stalin se rio brevemente.

—Una magnífica respuesta de un comisario de la Ojrana...

—Es la pura verdad, camarada Stalin.

—Siéntese, por favor —invitó el líder soviético, sentándose a su vez ante una pequeña mesa de madera rojiza—. ¿Cómo le gusta el té?

—Solo y sin azúcar.

—Igual que a mí. Es un buen comienzo.

Stalin hizo una señal a un ordenanza, que apareció poco después con una tetera. El propio Stalin sirvió las dos tazas.

—Bueno, pues cuénteme cómo le fue por Solovki. Porque tengo entendido que ha pasado un tiempo allí.

Lukhin suspiró. Era el momento de elegir cuál sería su actitud en aquella conversación, y decidió que no podía mostrarse ni servil ni apocado. Hombres serviles y apocados los podía encontrar Stalin por millones en todo el país, y su única opción era que lo considerase único.

—Pues mal, francamente. Mucho trabajo, mala comida, mal trato de los guardianes y un clima horrible —respondió.

—Le aseguro que lamento que existan lugares como ese.

Lukhin alzó brevemente las cejas. Cuando intentó rectificar el gesto ya era demasiado tarde.

—Sí, de veras —insistió Stalin—. Yo preferiría que todo el mundo pudiera estar en su casa ofreciendo lo mejor de su talento y de su esfuerzo, pero piense una cosa: alguien tiene que construir el canal del mar Blanco, y alguien tiene que explotar los inmensos recursos del norte y de la estepa. No podemos renunciar a toda esa riqueza ni permitirnos que las obras necesarias no se lleven adelante. Y como alguien tiene que hacerlo, y nadie lo haría por gusto, es preferible que se envíe allí a los que en otro lugar podían ser más peligrosos.

—Entiendo.

—Por eso no nos tomamos demasiadas molestias en comprobar si algunos de los acusados de distintos delitos son culpables o inocentes. Alguien tiene que ir allí de todos modos... —explicó Stalin.

Lukhin pensó que la energía personal de aquel hombre debía de ser inmensa cuando estaba a punto de convencerlo de que los campos de trabajo eran la mejor opción posible.

—Yo no era inocente.

—Lo sé, lo sé. Pero creo que era y es usted un buen ciudadano. Creo que Molotov ha tenido una magnífica idea al contar con usted.

Lukhin le dio un sorbo a su taza de té para evitar responder a

aquella frase.

—¿Cómo va la búsqueda del sobrino de nuestro amigo? —preguntó Stalin.

—Seguimos trabajando en ello. Estamos averiguando cuántos camiones nuevos han hecho más kilometraje del debido, y quizás así podamos llegar a saber a qué unidad pertenecían los hombres que lo secuestraron.

Stalin dio una pequeña palmada en la mesa.

—Perfecto. Siga con ello. Pero debe saber que Manchev no va a aparecer. En estos momentos, con otro nombre, dirige una fábrica de calzado en Tynda. ¿Sabe dónde está Tynda?

—No tengo ni idea —reconoció Lukhin, desconcertado por lo que acababa de oír.

—En el distrito de Amur, a unos ocho mil kilómetros de aquí. Él no va a ir a ninguna parte ni va a hablar con nadie, y allí no lo encontrarán nunca. Tampoco usted.

—Está perfectamente claro —acató Lukhin, tratando de ordenar sus ideas.

—En su momento, se le hará saber al camarada Molotov que su sobrino está vivo, pero a menos que sea necesario, nadie volverá a verlo.

—Entendido —repuso Lukhin, intentando no pensar en las implicaciones de lo que estaba escuchando. Ya tendría tiempo para eso más tarde.

—¿Otro té? —preguntó Stalin.

—Sí, por favor. Es excelente.

—Pues es ruso. Nada de té turco, ni indio... Puro té ruso.

—Gracias.

A Stalin le gustaba tomarlo muy caliente, así que se acabó el suyo casi inmediatamente.

—Por lo demás, le aseguro que me parece muy interesante su trabajo con los camiones —dijo Stalin tras dejar de nuevo su taza sobre la mesa.

—Seguiré con él, aunque no sé muy bien con qué objetivo —contestó Lukhin.

—Hasta ahora ha encontrado usted demasiados camiones que habían recorrido demasiados kilómetros, ¿no es así?

—Así es.

—Siga buscando, y no se limite a los que pudieron participar en la desaparición del sobrino de Molotov. Y vaya personalmente a los cuarteles: me interesa su opinión sobre el ambiente que se respira en las unidades militares.

Lukhin frunció el ceño.

—Con permiso, creo que no soy muy bien recibido por allí, y comprendo perfectamente las reservas que mantienen conmigo.

—¡No les haga caso! Hable con quien quiera, entreviste a quien quiera... Y ya me contará luego lo que ha visto.

—¿Qué debo buscar?

—Lo que ellos oculten. Así de simple.

—Entiendo.

Stalin se frotó brevemente las manos.

—¿Qué impresión le ha dado el ambiente en los cuarteles de Moscú?

—Hostil. Pero como digo, lo atribuyo a mi persona.

—No se infravalore. Quizás a alguien le pueda llegar a parecer buena idea hablar con alguien como usted. Y cuando eso suceda, quiero estar seguro de que hablarán precisamente con usted y no con otro cualquiera.

Lukhin respiró hondo.

—¿Desconfía de alguna persona o algún grupo en particular?

Stalin sonrió.

—Por supuesto que no. Si desconfiara de alguien ya habría tomado las medidas oportunas. Sólo quiero que esté usted ahí por si llega el día en que llego a desconfiar.—Entiendo.

—Si necesita alguna cosa, pídasela a Molotov. Al fin y al cabo, trabaja para él.

Esta vez fue Lukhin el que esbozó una sonrisa, pero la borró enseguida.

—Así lo haré.

—Y si surge algún problema con Molotov, llame al jefe de guardia de esta dacha. A la salida le darán el número.

—Gracias.

Stalin se puso en pie.

—Gracias a usted. ¿Puedo ayudarle yo en alguna cosa?

Lukhin iba a responder negativamente, pero decidió arriesgar un envite.

—Pues quizás sí, si me lo permite.

—Dígame.

—En principio, se me eligió a mí para este trabajo por mis posibles contactos con militares y simpatizantes zaristas. O eso es lo que se supone que deben creer todos los que hablan conmigo, porque en realidad no hay ni rastro de toda aquella gente.

—Eso debe preguntárselo a Molotov, pero es probable, sí.

—Como digo, aquí no queda casi nadie de los que trabajaron

comigo en aquellos tiempos, y si trato de acercarme a alguno de ellos lo más probable es que me denuncie.

—Le han denunciado ya una docena de veces, por si no lo sabía —informó Stalin con un gesto de burla.

—Era de esperar. El caso es que hace veinte años, cuando trabajaba en la Ojrana, conocí a una mujer, que aún se acordaba de mí cuando regresé. Ahora vivo con ella.

—Le felicito. No todo el mundo encuentra una mujer así.

—Gracias. No merezco tanta suerte. Me preguntaba si sería posible enviarla a ella a París o a Berlín...

Stalin entrecerró los ojos.

—Me está diciendo que quizás ella sí pudiera entrar en contacto con los elementos antisoviéticos en el extranjero...

—Exactamente eso, y también que así no viviré con el temor de que ella llegue a pagar mis errores si algo sale mal. Ya ve que no pretendo engañarle.

Stalin celebró la frase con una risa sincera.

—No es lo habitual. Su presencia aquí le ayudará a usted a poner todo el empeño en no cometer errores.

Lukhin apretó los labios.

—Ya sé que no es lo habitual. Por eso precisamente me permito pedírselo a usted —insistió sin llegar a saber de dónde había sacado el valor para ello.

Stalin se acarició el bigote.

—De acuerdo. Que se vaya preparando. En unas semanas huirá del país por la frontera de Polonia. Le dispararán por la espalda y todo eso —aceptó Stalin tendiéndole la mano a Lukhin.

Y cuando Lukhin devolvió el saludo sintió que lo hacía de todo corazón.

XXII

Cuando Lukhin regresó a casa, María no había llegado aún. Le había dicho a Ivanenko que se tomara libre el resto del día, así que tenía algún tiempo para reflexionar.

Pensó en tomar un trago, pero enseguida rechazó la idea. Quería estar completamente lúcido.

Se quitó el abrigo, la chaqueta y los zapatos y se tumbó sobre la colcha azul de la cama que ahora compartía con María.

¿Había hecho bien en enviarla al extranjero? No era momento de pensar en eso. Más tarde lo hablaría con ella.

Lo importante era todo lo demás. Stalin sabía donde estaba Manchev y a todas luces lo pensaba utilizar contra Molotov en caso necesario. Eso no era extraño. ¿Pero por qué quería entonces que siguiera investigando?, ¿qué pensaba encontrar? Y sobre todo, ¿qué pensaba encontrar él?

Los hechos parecían claros: Molotov se había buscado a alguien ajeno al aparato para enterarse de qué se estaba tramando contra él, y Stalin acababa de captar al mismo agente para tener controlado doblemente a Molotov y seguramente a alguien más.

¿Y por qué lo habían elegido a él? Un antiguo comisario de la Ojrana no podía pasar desapercibido de ningún modo, y menos aún si tenía poderes casi ilimitados. ¿No le hubiese valido cualquier otro?

Si las lealtades no estaban claras seguramente no serviría cualquiera y cualquier otro podía pertenecer a algún bando, o ser chantajeado, o ser tentado con un ascenso, pero nadie podía ofrecerle a él más de lo que le había ofrecido Molotov. Sólo Stalin estaba por encima de él, y Stalin le había llamado.

¿Qué diablos se estaba cociendo en el Kremlin?

Seguramente lo de siempre. Algún enfrentamiento interno, una lucha por el poder o algo similar. ¿Temía Stalin que Molotov se revolviese contra él? Quizás, o tal vez tratase de asegurar su lealtad con la amenaza del palo además de con la zanahoria.

¿Y por qué había tantos camiones con exceso de kilometraje? ¿Se estaba produciendo de veras algún movimiento de tropas o era que todo el mundo usaba esos camiones para asuntos particulares?

Lo mas probable era que los conductores se olvidaran de rellenar los partes correspondientes, pero también era posible que de veras hubiese movimiento de tropas.

Lukhin ató cabos.

Desconfianza y movimiento de tropas. Juntos. Eso era temor a un golpe militar.

De pronto Lukhin había empezado a sudar a pesar de que en la habitación no había más de doce o trece grados.

Un posible golpe de Estado y él estaba en medio, con permiso para entrevistar a todos los militares y tratar de saber qué ambiente se respiraba en los cuarteles. Por eso le había dicho Stalin que tal vez alguien sintiese en un momento dado la necesidad de hablar con un hombre como él.

Lo enviaban de cebo. Y él había sido lo bastante idiota para pedir que dejasen emigrar a María...

Los pensamientos de Lukhin combatían a espada y maza en su cabeza, con gran estruendo de contradicciones.

¿Lo bastante idiota o lo bastante listo? ¿Había sido su instinto el que le había impulsado a aquella maniobra?

No había sido consciente de ello cuando lo hizo, pero ahora que pensaba de nuevo en ello se daba cuenta de que lo que había hecho, simplemente, era amenazar a Stalin. Nunca se hubiese atrevido a ello, pero visto con distancia era justo lo que había hecho.

Si quieres tener unos ojos y unos oídos fieles, deja salir del país a mi chica o de lo contrario tendrás un maldito esbirro como todos los demás. Eso significaba justamente su solicitud y Stalin lo había comprendido.

Lo había comprendido y le había concedido el favor porque sabía que ni en París ni en Berlín ni en ninguna parte estaría fuera de su alcance. Lo que le concedía era una victoria aparente a cambio de su lealtad.

¿Pero debía ser leal?

Intentaba responder a esa pregunta cuando oyó que alguien introducía una llave en la cerradura. Era María, que se lanzó a abrazarlo en cuanto lo vio.

—Esperaba que regresaras, pero no he podido dejar de preocuparme.

—Te vas a París —repuso Lukhin. Prefería decirlo cuanto antes y de golpe, antes que darle mil vueltas, como solía hacer años antes.

María dio dos pasos atrás, como si la hubiesen golpeado.

—¿A París? Ahora que volvemos a estar juntos no quiero irme.

Era justamente lo mismo que había pensado y rechazado él para

no ser egoísta.

—Lo sé. Y me duele más que a ti esta separación, pero no sé cuánto va a durar esta misión, y no sé qué será luego de mí. Sabes que pueden tomar represalias contra ti si algo sale mal...

—Me da igual.

—Gracias. Lo sé. Por eso me recibiste en tu casa y por eso has venido aquí conmigo. Lo sé —reconoció Lukhin—, pero a mí no puede darme igual. Siempre has querido ir a París, y yo intentaré reunirme allí contigo, o rogaré que vuelvas si todo sale bien, pero es un asunto endiabladamente complicado. No me atrevo a tenerte aquí —respondió Lukhin con la mirada baja.

Cuando levantó la cabeza en busca de una respuesta que no llegaba, vio que María estaba llorando.

—No quiero irme.

—Siempre quisiste conocer París.

—Pero ahora no —respondió ella abrazándose contra Lukhin.

—Será dentro de unas semanas. Nadie sabe lo que puede ocurrir en unas cuantas semanas. O lo que podía haber ocurrido. Te irás por la frontera de Polonia como si fueses una fugitiva. Es posible que hasta te disparen por la espalda, pero tranquila. Tú no dejes de correr. ¿De acuerdo?

—No quiero irme.

—Se lo he pedido a Stalin en persona. No me dejes mal...

—¿Se lo has pedido a Stalin? —se espantó ella.

—Sí. Y ha aceptado. No sé cuáles serán sus intenciones, pero espero que cumpla su palabra.

—¿Y qué harás si no la cumple?

Lukhin no había contemplado esa posibilidad y se dio de bruces con ella. Prometerle que mandaría fuera a la mujer con la que vivía, pero sin darle fecha concreta, podía ser el mejor modo de asegurarse su lealtad sin necesidad de cumplir su promesa nunca.

—Pues ir y reclamárselo —bromeó Lukhin.

María sonrió.

—Sí. Ya te imagino en el Kremlin: oye, camarada Stalin, que no has cumplido una promesa que me hiciste. ¿Qué clase de hombre eres? Eso le dirás, ¿verdad? —se burló.

—Eso le diré, más o menos, pero no será en el Kremlin, sino en su casa de campo. Allí es donde he estado esta tarde.

—¿Te ha llamado a su casa?

—Sí, y me ha invitado a un té que sirvió él mismo sin nadie más en la habitación. Ni ordenanzas ni guardias.

María se puso seria de pronto.

—¿Quién demonios eres, Anatoli Ivanovich?
—Ni yo mismo lo sé —respondió Lukhin con un suspiro.

XXIII

En el cuartel general del Führer tampoco se celebraban las fiestas navideñas. Hitler detestaba aquellas fiestas cristianas y continuaba la actividad corriente, como si se tratase de un día cualquiera. Aquella mañana, además, había reunido a los jefes de los distintos organismos de seguridad del Reich para decidir si se tomaba alguna medida tras el asalto a las oficinas del Abwehr.

El almirante Canaris estaba indignado. Llevaba veinte minutos acusando a todo el mundo y pidiendo que se depurasen responsabilidades.

—Estas cosas no suceden en ningún país serio. Si permitimos que se repita algo así, o que quede impune lo que ya ha sucedido, no sólo seremos el hazmerreír del mundo, sino que nuestra capacidad operativa se verá comprometida. ¿Saben ustedes qué expedientes y qué tipo de información maneja el Abwehr? Se trata de asuntos claves para la seguridad nacional y nadie puede saber ahora qué es lo que ha caído en manos de los asaltantes y qué consecuencias tendrá.

—Es grave, ciertamente —le apoyó Hitler.

—Es grave, mi Führer, pero he necesitado tres puñeteros días para conseguir que se celebre esta reunión.

—Tres días, sí. Ahora resulta que aquí estamos y aún no sabemos qué es lo que quiere —repuso Heydrich con gesto casi aburrido.

—¿Que no lo saben? Usted lo sabe demasiado bien. Quiero que se sancione a los responsables. Quiero que se les expulse de la Administración, del Partido y de todos los órganos del Gobierno y de la Policía. Quiero que se me garantice que no va a ocurrir de nuevo nada semejante.

Hitler miraba alternativamente a Heydrich, Canaris y Himmler, tratando de averiguar qué estaba pasando allí. Su instinto político, que raras veces le fallaba, le alertaba de que detrás de lo que estaba viendo y oyendo había algo más. Mucho más, en realidad. Sin embargo, prefería guardar silencio, reservando su opinión como sentencia final.

—Si tiene alguna acusación que lanzar, déjese de medias tintas y

hágalo de una buena vez —casi exigió Himmler.

—Sabe de sobra a lo que me refiero. No somos una pandilla de aficionados. Somos el Servicio de Inteligencia del Ejército... —comenzó Canaris.

—Y sin embargo, un grupo de maleantes ha entrado a robar en su despacho, ¿no es así? —fustigó Heydrich.

—Usted sabe perfectamente quiénes fueron los culpables, Heydrich.

—Esa es una acusación gravísima —defendió Himmler a su subordinado.

Heydrich ni se inmutó.

—Le voy a decir lo que yo sé, almirante Canaris. Yo sé que cinco hombres, cinco, fueron capaces de entrar en las oficinas del Servicio de Inteligencia del Ejército. Sé que usted, en lugar de hacer la oportuna autocrítica, nos acusa a los demás de lo sucedido. Sé que semejante asalto sólo es posible cuando el responsable es un incompetente. Porque hay algo que no puede ocultar: sea quien sea el que organizase el asalto, nunca debió ser posible, y mucho menos tan fácil. Y eso es única y exclusivamente responsabilidad suya.

—¡No le consiento que...! —gritó Canaris.

—Caballeros... —llamó la atención Hitler—. No permito broncas cuarteleras en mi despacho. Lo que yo veo es que tenemos unos gravísimos hechos delante. El almirante Canaris hace hincapié en buscar a los autores, y tiene razón, mientras que el servicio de seguridad de las SS prefiere remarcar cómo fue esto posible. Ambas partes tienen razón. ¿Quieren explicarme las dos vertientes del asunto, por favor?

Canaris recuperó su compostura habitual.

—El edificio estaba vigilado por cuatro guardianes en el exterior y dos en el interior. Los del exterior dicen haber sido encañonados por varios desconocidos que se les acercaron, pero yo no me lo creo y voy a llevar la investigación hasta el final. No te encañonan por sorpresa varios encapuchados en una calle despejada. Al menos tiene que parecerte raro que vayan encapuchados... En cuanto a los del interior, uno de ellos salió a ver lo que sucedía y fue neutralizado, y al otro le golpearon una vez dentro del edificio. El dispositivo de seguridad era perfectamente adecuado, pero los asaltantes conocían la identidad de los guardianes, estaban perfectamente de acuerdo con ellos, conocían el edificio, los lugares que debían buscar y muy concretamente lo que debían buscar: los expedientes de nuestras maniobras conjuntas con el ejército soviético. Ha sido algo planeado y realizado desde dentro, no por

agentes exteriores. Diré más: sabemos que un subordinado directo del *Gruppenführer* Heydrich estaba entre los asaltantes. Ese rufián: Alfred Naujocks.

Cuando Canaris acabó su exposición, Heydrich tomó la palabra con el mayor aplomo.

—Estamos seguros de que creyó adecuada la vigilancia y estamos persuadidos de que consideraba que la seguridad era suficiente. Sin embargo, los hechos demuestran lo contrario. Eran sus guardianes, era su edificio y era su oficina. Sin embargo, cuando afirma que se trata de una acción interior y señala incluso a uno de mis subordinados, no aclara por qué un servicio de inteligencia del Reich podría dedicarse a robar documentos a otro, a no ser que reconozca que no se da la debida colaboración del ejército con la inteligencia de las SS. Lo que viene a decir el almirante es que el ejército mantiene sus actividades de espaldas al gobierno y al Partido y que por ello sospecha que el Partido, a través de las SS, ha querido hacerse con documentos que no se quisieron compartir de buen grado.

—¿Es así? —preguntó Hitler a Canaris.

—El Ejército debe mantener su autonomía de acción, por encima de consideraciones políticas —repuso Canaris.

Hitler dio un golpe en la mesa.

—Entiendo entonces que es así. No toleraré divisiones ni rencillas internas, y mucho menos por parte de grupos que pretendan organizarse al margen del Estado. He dejado claro muchas veces que no hay diferencia ni separación entre el Partido y el Estado. Somos un movimiento nacional con un solo corazón y quiero pensar que con una sola cabeza. Y me da igual que a sus aristocráticos amigos con monóculo y nariz alzada no les guste el Partido. Me da absolutamente igual. Somos un movimiento nacional y un movimiento obrero, además, y el tiempo de la aristocracia ociosa y con privilegios ha terminado. Exijo colaboración entre los distintos órganos de seguridad del Reich. ¿Me he explicado bien, almirante?

—Perfectamente, mi Führer.

—Pues asegúrese de que no vuelva a suceder. Puede retirarse.

Canaris respondió con un taconazo y abandonó el despacho de Hitler visiblemente enfadado.

—Y ustedes dos, explíquenme qué está pasando aquí. No quiero bandoleros entre mi gente. Hubo un tiempo en que era necesaria la audacia, el coraje y trabajar al borde de la ley o incluso al margen. Pero ahora somos el Gobierno, no una pandilla de salteadores.

Röhm tuvo que morir porque no era capaz de entender que ya no es tiempo de rufianes. Era amigo mío, y tuvo que morir de todos modos. Si alguno más tiene que seguir sus pasos no me temblará el pulso ¿Está claro?

—Muy claro —respondió Himmler, impresionado por que saliera a relucir un hecho considerado habitualmente tabú. Todos lo sabían pero nadie se atrevía a mencionarlo.

—¿Es cierto eso de que uno de sus hombres participó en el asalto? —preguntó Hitler dirigiéndose a Heydrich.

—Me temo que sí, mi Führer. Los demás eran presos comunes que sacó de la cárcel para la ocasión, a cambio de ponerlos en libertad y llevarlos hasta la frontera francesa.

Hitler se pasó una mano por la cara.

—¿Qué tengo que hacer para meterles en la cabeza que ahora nosotros somos la ley y no podemos actuar como matones y delincuentes? ¡¡¡¿¿¿Qué demonios tengo que hacer???!!! —gritó Hitler.

—Creo que debería conocer mis motivos, mi Führer. Si no le convencen, quedo con gusto a su disposición para el destino o el castigo que crea oportuno.

—Hable de una vez, maldita sea... —concedió Hitler.

II Parte
Enero de 1937

Me dijo una vez un ruso que sólo Dios y el artículo 58 pueden saber lo que hay en el interior de los hombres. En teología no me meto, pero el artículo 58 he podido conocerlo a través de Solzhenitsyn y algunos autores más, y lo cierto es que nada escapa a su dominio.

El famoso artículo 58 constaba de catorce puntos.

Según el primero de ellos, se considera contrarrevolucionaria cualquier acción u omisión destinada a debilitar el poder. El ejemplo típico es el del prisionero que, a punto de reventar, se niega a seguir trabajando. Eso debilita el poder del Estado y se castiga con fusilamiento.

Los apartados de traición a la patria: 1-a, 1-b, 1-c, 1-d.

El punto segundo habla del daño contra el poder militar y la pena era también el fusilamiento. Se consideraban circunstancias atenuantes la derrota ante el enemigo y el hecho de que quien lo cometiese pudiera ser un civil, y para esos casos la pena prevista era de diez años. Por eso hubo quien tomó por enorme indulgencia que se condenase sólo a diez años a los soldados rusos que, en la guerra, cayeron prisioneros de los nazis.

Punto tercero: prohíbe favorecer por el medio que fuera a un Estado extranjero que se encontrara en guerra con la URSS. Parece normal en principio, pero se utilizaba para condenar a cualquier ciudadano que, durante la ocupación alemana de media Rusia, le hubiera prestado una cuchara a un militar alemán o vendido un manojo de berzas.

El punto cuarto trataba de la ayuda que se prestase a la burguesía mundial. ¿Y en quién pensaban cuando pusieron esto? Pues en todos los emigrados que se fueron de Rusia antes de 1920, o sea, mucho antes de que se redactase el Código Penal. Diez años o fusilamiento, porque, ¿qué ibas a hacer en el extranjero si no era ayudar a la burguesía internacional?

Punto quinto: inducir a un Estado extranjero a declarar la guerra a la URSS. Según dicen, a un carpintero de Arkhangelsk lo condenaron a veinte años por esto, pero jamás logré averiguar los detalles ni soy capaz de inventármelos con un mínimo de verosimilitud. Como escritor, daría algo por conocer al juez instructor de aquel caso.

Punto sexto: espionaje. Se interpretó esto del espionaje con tanta manga ancha que a juzgar por el número de personas condenadas por este delito, la principal actividad comercial, industrial y mercantil de la URSS en tiempos de Stalin debía de ser el espionaje para una potencia extranjera. Lo peor del asunto era que se condenaba también por sospecha de espionaje, o espionaje no demostrado, e incluso por relaciones conducentes a sospecha de espionaje.

Punto séptimo: sabotaje contra la industria, los transportes, el comercio, la circulación monetaria y las cooperativas. Ante la sorpresa de que las cosas no funcionaran, o funcionasen fatal, justo cuando todo era propiedad del pueblo, hubo que buscar culpables. Saboteadores. Todos eran saboteadores.

Punto octavo: terrorismo, aunque considerado de una manera peculiar. Ponerle una bomba a un gobernador del zar no era terrorismo, pero partirle la cara a un tipo que pellizcaba el trasero de tu mujer era terrorismo si el tipo en cuestión era miembro del Partido. Si el tipo no era del Partido, todo correcto: dos días en el calabozo por desórdenes.

Punto noveno: la destrucción o deterioro de bienes públicos. Al final, cualquier error en el trabajo se convertía en destrucción de bienes públicos...

Punto décimo. Me lo han traducido así: «La propaganda o agitación que incitase a derribar, socavar o debilitar al régimen soviético... así como la difusión, impresión o tenencia de publicaciones o impresos con este contenido». La palabra incitación llegaba a una conversación entre amigos o entre cónyuges, a una carta privada o a un simple consejo.

El punto undécimo era una simple agravante para los demás, y consistía en que todo era peor si se hacía mediante una organización. Si hablaban dos, eso ya era organización criminal.

El punto decimosegundo causó especiales problemas: era el que condenaba la no delación de cualquiera de los actos enumerados en los puntos anteriores. Y la pena no tenía límites, quedaba a capricho del juez.

El punto decimotercero era haber servido en la Policía secreta zarista. Por este punto podían haber condenado a Lukhin, y seguramente a muchos otros altos cargos soviéticos. Por algo, en cuanto se hicieron con los archivos secretos de los zares, los quemaron. ¿Por qué tanta prisa, con lo que se podría encontrar allí?

El punto decimocuarto castigaba «el deliberado incumplimiento de determinadas obligaciones, o su cumplimiento

intencionadamente negligente», y la condena podía llegar al fusilamiento... Este punto se aplicaba a los campesinos que no entregaban alimentos, a los koljosianos que no cumplían el número necesario de jornadas laborales y a los reclusos de los campos que no cumplían la cuota de trabajo establecida.

I

Aunque cada uno tenía su alojamiento y no dormían en la unidad militar a la que se habían adjuntado, Ivanenko y Lukhin se citaban cada mañana en el salón de oficiales del cuartel, como si fuesen dos miembros más de la guarnición moscovita.

El edificio de oficiales era una buena construcción, y en enero resultaba uno de los mejores lugares posibles para detenerse a hablar un rato antes de comenzar a recorrer despachos. En lugar de los agrietados muros de otras dependencias militares, se trataba de una construcción de ladrillo revestido, con doble pared y cámara de aire interior de veinte centímetros, para mejorar el aislamiento.

Los techos, altos e inclinados, estaban pintados de blanco brillante para mejorar la iluminación. Las paredes, pintadas de azul, aportaban cierta sensación hogareña, con la ayuda de los cuadros, casi todos paisajes rusos, y las gruesas cortinas de las ventanas. A pesar de la austeridad reinante, había unos cuantos juegos de ajedrez, y hasta una mesa de billar, que se arrimaba a la pared los días que se organizaba algún evento, o incluso algún baile.

Había además un modesto escenario donde a veces actuaban pequeñas compañías teatrales, o alguna orquesta. Pero lo que más le gustaba a Lukhin de aquel lugar era que los cuartos de baño tenían puerta, algo impensable en el resto de instalaciones del cuartel, y un verdadero lujo para él, después de los años de cautiverio.

Por el ambiente casi cómodo y por los baños era por lo que prefería desayunar allí, en lugar de en cualquier otro sitio de la ciudad. Además, tras el desayuno, no les llevaba ni cinco minutos conseguir un coche con conductor para que los llevase a cualquier lado.

Lukhin había reflexionado mucho sobre si debía contar o no a Ivanenko todo lo que sabía sobre el paradero del sobrino de Molotov. Finalmente decidió darle a entender lo que sucedía, pero sin llegar a decírselo.

—Creo que Manchev está muerto. A eso apuntan mis informes —le dijo aquella mañana, nada más encontrarse para comenzar la jornada diaria.

Ivanenko se quedó un par de segundos mirando a su jefe, como si esperara que añadiera algo más. Al darse cuenta de que eso era todo, se vio en la obligación de preguntar.

—¿Y qué hacemos?

—No creo que sea buena idea dar el caso por resuelto. Ni siquiera me han pedido eso.

Ivanenko mantuvo su mirada aparentemente bovina.

—¿Y qué le han pedido, entonces?

—Que sigamos investigando lo de los camiones. Que nos dejemos ver. Que estemos en todas partes interrogando a los altos mandos a ver qué sucede con lo de los camiones, y con lo de los otros suministros. Ya sabes: gasolina, provisiones, municiones incluso.

—Ya sabemos lo que sucede con eso. Algunos se lo han llevado a casa, y otras partidas ni siquiera se han recibido de las fábricas. Ya oyó lo que nos dijeron el otro día: cuando no se cumple la cuota de producción de alguna fábrica, hay dos opciones: o reconocerlo, y asumir las consecuencias del artículo 58, o enviar unas cuantas cajas vacías y plantear luego la discusión de quién robó el contenido, por el camino o en destino. Los de la fábrica juran que el material salió de allí, y los de la unidad correspondiente juran que el material no llegó.

—No parecen estar tan seguros de eso por ahí arriba —repuso Lukhin indicando hacia el techo para referirse a las altas esferas.

—Para esa gente todo es más fácil que el sentido común.

—Tienes razón. Pero piensa algo: ¿cómo es posible que un hombre como Uborevich nos contara eso a nosotros? ¿No te das cuenta?

—Sabe que tenemos amplios poderes.

—Ya. ¿Y sabes tú quién es Uborevich?

—Un jefazo. Es todo lo que tengo que saber —respondió Ivanenko—. Lo demás no importa.

Lukhin agitó la cabeza negativamente.

—Te equivocas —repuso abriendo su cartera de cuero—. Escucha: Ieronim Petrovich Uberovih, nacido en Lituania, militar profesional de la escuela de artillería del zar...

—¿Ya era militar con los zares? —se sorprendió Ivanenko.

—Lo era. Participó en la Gran Guerra y luego, durante la Revolución, se unió al Ejército Rojo. Tuvo el mando del 9º, el 13º y el 14º ejércitos. Participó en la guerra ruso-polaca y estuvo al frente del aplastamiento de la rebelión de Tambov. Ha sido jefe de la región militar del Cáucaso, y de la de Moscú, nada menos. Ha sido

jefe de armamento de todo el ejército y ahora preside el Consejo Militar Revolucionario. ¿Te parece un cualquiera?

—Pero estuvimos con él...

—O sea que no tenías ni idea de quién era. Viniste conmigo, y eso fue todo.

—Ese, ese tipo... está muy arriba.

—Muchísimo, Ivanenko. ¿Y recuerdas cómo nos miraba?

—Parecía estar buscando un lugar por el que escaparse cuando le habló usted de los camiones...

—Eso es. ¿Comprendes ahora a lo que me refiero? Si un hombre como Uborevich se avino a contarnos que había a veces trapicheos con las fábricas y que el material llegaba finalmente en unas semanas, ¿qué demonios está pasando? No es simple *tujta*.[4]

—Ya —reconoció Ivanenko—. O quizá es que hemos llegado al corazón de la *tujta,* donde todo se junta.

—No lo creo. Y te diré más: si un hombre como Uborevich aceptó recibirnos y hablar con nosotros, ¿qué demonios está pasando?

Ivanenko salió de su abulia habitual. Sus ojos brillaban cuando puso su mano sobre la del comisario Lukhin.

—Temen un golpe, jefe.

Lukhin ya había pensado en ello pero ni siquiera se había atrevido a aceptar esa hipótesis. Miró a su alrededor antes de responder. Todo el mundo estaba ocupado en sus asuntos, con muy buen cuidado de no sentarse cerca de aquellos dos agentes del NKVD a quienes nadie conocía.

—Puede que sólo estén tratando de atajar la corrupción y quieran dar un escarmiento. También podría ser eso.

—Temen un golpe —insistió Ivanenko en voz más baja—. Y esperan que tarde o temprano alguien nos ofrezca participar. Por eso estamos aquí. Por eso está usted aquí, jefe.

Lukhin frunció el ceño. Eso era justamente lo que le había dicho Stalin, pero nunca había hablado de ello con Ivanenko. La perspicacia del que para él sólo era un pobre borracho, pero fiel y eficaz, lo dejó sin palabras. ¿Tan bloqueado estaba por su propio miedo que no se había atrevido a llegar a una conclusión tan evidente? Había pensado en ello, estaba seguro, pero no había tomado en serio la idea, arrumbándola en el rincón de las quimeras. Una idea que no se valora racionalmente es sólo una ocurrencia, y el posible golpe había sido solamente una ocurrencia para él. Pero Ivanenko, al ponerla sobre la mesa, le había obligado a tenerla en cuenta.

—Es posible, pero no es asunto nuestro.

Ivanenko apretó la mano de su jefe.

—Sí que lo es. Un día puede llegar alguien a hablar con usted y contarle más de lo que quisiera saber. ¿Qué hará entonces? ¿Redactar un informe?

Lukhin compuso un rictus que no llegaba a sonrisa.

—¿Qué harías tú?

—Eso no tiene importancia, jefe. Yo nunca he sido el hombre que toma las decisiones, pero usted tiene que estar preparado para saber cómo responder si llega ese día. ¿Hará un informe y los entregará?

—No lo sé. ¿Qué harías tú? —insistió Lukhin.

Ivanenko se inclinó hacia la mesa.

—¿Qué es lo que podemos sacar de este trabajo, en el mejor de los casos?, ¿un permiso de emigración? Y en el peor, un disparo en la cabeza, ¿no?

—Más o menos. Aunque yo espero poder sacar de aquí a una mujer...

—No piense en eso. La dejarán marcharse o no según sus intereses o sus caprichos. No se vanaglorie si sale bien ni se culpe si sale mal. Todo sigue igual que en el campo de trabajo: digan lo que digan, tu camarada no ha muerto porque tú hayas trabajado menos. Muere porque hay un canalla que lo elige para pegarle un tiro, un canalla que fija las cuotas de producción y un gran canalla que mantiene en pie todo el sistema.

Lukhin respiró hondo.

—Bien, pues estamos aquí. Podemos conseguir la libertad y tal vez un permiso de emigración.

Ivanenko negó con un gesto.

—¿Y vale la pena? ¿Qué vale más, un permiso de emigración en la situación actual o medio kilo de pan cuando estábamos en el campo?

—¿Me estás preguntando si he sido soplón? —quiso saber Lukhin.

—Yo sí lo he sido. Procuraba denunciar a los perras[5], pero no me sirvió de nada. Lo he sido. No estoy orgulloso de ello...

—No importa lo que hemos sido —disculpó Lukhin.

—Es lo único que importa. Es lo que nos ha traído hasta aquí.

Lukhin se pasó la mano por la cara. Estaba acostumbrado a pensar en Ivanenko como un tipo capaz de cualquier trabajo rutinario, pero esencialmente simple. Aquel ya no era el hombre que había conocido.

—Yo no he sido soplón, pero en mi caso no ha tenido mérito. Pensaba que había sabido resistirme y que mi firmeza había sido suficiente. He ido de puesto de enchufado en puesto de enchufado, pensando que mi firmeza había bastado, y ahora me he enterado de que estaba recibiendo, sin saberlo, la protección de un pez gordo. De un pez gordísimo. Ya ves qué porquería de heroicidad la mía...

—No es culpa suya.

—O sí. Eso nunca lo sabes.

—¿Se siente culpable de haber sobrevivido? Eso es una tontería.

Lukhin se pensó la respuesta un instante.

—A veces creo que sí. Cuando has estado en uno de esos lugares infernales donde la mortalidad es del uno por ciento diario, terminas por creer que es más importante averiguar por qué sobrevivieron los supervivientes que por qué murieron las víctimas. Es fácil saber por qué murieron las víctimas: hambre, palizas, ejecuciones, extenuación por el trabajo, accidentes... ¿Pero por qué sobrevivieron los supervivientes? ¿Suerte?, ¿una fortaleza especial?, ¿o trato de favor a cambio de cosas que no reconoceremos nunca?

—Habrá de todo... —menospreció Ivanenko.

—Hay de todo, claro que sí. Pero es difícil vivir con ello. Y más difícil aún salir fuera a dar lecciones. En el canal del mar Blanco, por ejemplo, los que sobrevivieron a los trabajos generales fue porque consiguieron no extenuarse. ¿Y cómo lo lograron? Escurriendo el bulto de las tareas más duras o más peligrosas...

—Nadie puede acusarles de nada...

—¿No? ¿Estás seguro? ¿Y quién tenía que trabajar el doble por ellos? Los que murieron. Cada grupo tenía asignada una tarea, una cantidad de metros cúbicos que excavar, y los que no hacían su parte obligaban al resto a trabajar más.

—¿Tenemos entonces que ser esclavos sumisos? ¿Podemos permitir que se use en nuestra contra el respeto a los demás y la camaradería? ¿Podemos entregar de ese modo lo mejor de nosotros? Entonces seremos peores que las bestias...

—No lo sé, pero esa es la idea central del trabajo en grupo. Cuando trabajas en un equipo ya no engañas a los carceleros, sino a tus compañeros. A los carceleros les da igual quién ha partido las rocas, y si el cupo no se cumple le quitan el pan, o le amplían la jornada de trabajo a todo el equipo. Y los que más se esfuerzan más se desgastan, y mueren antes. El trabajo en equipo está pensado para exterminar a los mejores.

Ivanenko negó con la cabeza. Sabía que todo lo que decía Lukhin era cierto, pero no le convencía el punto de vista desde el

que su jefe abordaba el tema.

—Y aun así, sobrevivir no es una opción: es un deber. Si te golpean, tienes que resistir. Y si golpean a tu vecino, también, aunque pueda ser más difícil aguantar los golpes en espalda ajena, al menos al principio.

—¿Revienta tú hoy, que ya reventaré yo mañana? —preguntó Lukhin, recordando una de las máximas más repetidas en todos los campos.

—No queda más remedio. Y por eso precisamente, por forzarme a elegir esa opción como la menos mala, no les perdonaré nunca, aunque me dieran ahora todo lo que pueda desear. Me da igual lo que me ofrezcan: no les perdonaré jamás.

—No creo que les importe —despreció Lukhin.

—Pero nos importa a nosotros, porque a nuestro alrededor se cuece algo y ahora podemos decidir lo que haremos si llegamos a enterarnos de lo que sucede. ¿Nos han metido la esclavitud en la sangre hasta el punto de que incluso aquí sigamos contando migas y gramos de pan, escudillas de gachas y horas de trabajo?

—No lo sé —repuso Lukhin, asustado por la agresividad de su compañero. O quizás por su propia falta de ella.

—Pues piénselo. Piense en lo que podríamos hacer si fuera cierto lo que sospecho. Ellos tienen sus razones para enviarnos aquí, y nosotros debemos tener las nuestras, las que sean, para trabajar a su servicio. Y no quiero que sea sólo pan y libertad. No voy a estar agradecido a los que me metieron en prisión aunque luego me sacaran. ¿Y usted?

—No lo sé, Ivanenko. Prefiero no pensar en ello. He querido siempre mirar hacia adelante y ahora tengo al fin una oportunidad de hacerlo. Tú, en cambio, miras atrás.

—Con sesenta y nueve años hay mucho más que mirar atrás que adelante, comisario.

—No sé qué es lo mejor, Ivanenko. Te juro que no lo sé.

—De acuerdo. Pues entonces yo tampoco. Con su permiso, volveré a ser el idiota de siempre.

---

4 Tujta es el modo en que los presos de los campos denominan a la contabilidad doble, utilizada para falsear las cuotas de producción exigidas. En general, se trataba de un sistema en el que todo el mundo se apuntaba excesos de producción que no existían en ninguna parte, de modo que las autoridades pudiesen hablar del cumplimiento de los planes económicos sin que estos llegasen a cumplirse nunca. El procedimiento incluía mermas sistemáticas en cada fase, desde por ejemplo la tala de árboles hasta su instalación final en forma de vigas, y todo el mundo salía ganando. A los presos se les anotaban más árboles de los que derribaban, después algunos se perdían, pero a los transportistas se les anotaban

más de los que transportaban, a las serrerías se les anotaban más de los que aserraban, y así sucesivamente, de modo que todo el mundo aparentaba trabajar más de lo que realmente trabajaba, cobraba cantidades superiores a las producidas realmente y transmitía al siguiente la merma. El último se las apañaba como mejor podía, normalmente utilizando menos cemento, menos ladrillos o menos vigas a pie de obra. La consecuencia obvia era que todas las obras eran de ínfima calidad, pero todo el mundo cumplía con sus cuotas y recibía sus pagos por cumplir los planes productivos.

5 Los presos denominaban «perras» a los delincuentes comunes, nunca políticos, que colaboraban con las autoridades de los campos de trabajo. En general, el sistema carcelario soviético nombraba para los puestos de confianza dentro de los campos a ladrones y asesinos, excluyendo de estos puestos a los presos políticos, que quedaban así a merced de los comunes, convertidos en guardianes y celadores. Mediante este procedimiento, y al permitir a ladrones y criminales profesionales robar y maltratar a los presos políticos, las autoridades penitenciarias se ahorraban los costes de la supervisión, pues cada preso común debía buscarse sus propios medios para «obtener beneficio» de los presos políticos a su cargo. La justificación teórica de este mecanismo se basaba en que los presos políticos eran enemigos del pueblo, mientras que los comunes eran «allegados sociales», que habían delinquido únicamente por culpa de la sociedad, pero sin ser enemigos del pueblo.

II

El despacho de Kliment Voroshilov parecía austero, pero cada pieza y cada mueble habían sido cuidadosamente escogidos.

Desde 1934, Voroshilov era Comisario Popular de Defensa, lo que lo convertía en jefe supremo de todas las Fuerzas Armadas de la URSS. Un año después, y para reforzar su autoridad entre los militares, fue nombrado mariscal a pesar de que su única formación castrense procedía de su participación al mando de algunas unidades durante la guerra civil y la posterior guerra ruso-polaca.

Como miembro del Politburó, sus actividades no se limitaban exclusivamente a la gestión del Ejército, y su perfil político crecía de día en día apoyado en su estrecha relación con Stalin. Una de sus misiones, quizás la más importante, consistía en imponer disciplina política dentro de las Fuerzas Armadas, y eso era lo que trataba de hacer aquella mañana en su reunión con el también mariscal Mijail Tujachewsky, una reunión informal sólo en apariencia.

—No te quito la razón, Mijail Nikolayevich. Lo que digo es que tu postura es imprudente, y políticamente dudosa. Conmigo no vas a tener ningún problema. Es más: votaré a favor de tu borrador y emplearé mi influencia para que sea aprobado con los menores cambios posibles, pero debes entender que algunas de las cosas que propones podrían ser mal interpretadas —advirtió Voroshilov.

Tujachewsky balanceó levemente la cabeza, lamentando la parte de razón que tenía su compañero.

Mijail Tujachewsky había sido el mariscal más joven de la URSS. Procedente de la escuela militar profesional de los zares, huyó de un campo alemán de prisioneros en 1917 para unirse al Ejército Rojo. Tenía entonces sólo veinte años. Los comunistas, intentando aprovechar sus conocimientos militares, lo colocaron al mando de algunas unidades, y tras sus brillantes victorias contra los checoslovacos en 1918 y su victoria contra las fuerzas del zarista almirante Kolchak, obtuvo el mando de un grupo de ejércitos. En 1919, con veintidós años, fue elegido para dirigir la ofensiva que aplastó a las fuerzas blancas del general Denikin, y sólo un año después mandó el grupo de ejércitos del centro en la guerra contra Polonia. Todo el mundo sabía que Tujachewsky, a pesar de su

juventud, era el favorito de Lenin, que le encargó también el aplastamiento de las revueltas de Kronstadt y Tambov. Con la llegada de Stalin y el ascenso de Voroshilov al puesto de Comisario de Defensa, se había convertido en número dos de las Fuerzas Armadas soviéticas.

—Yo me limito a ofrecer juicios operativos —respondió Tujachewsky.

—Y ese es tu trabajo. Y se te agradece. ¿Quién ha sido más condecorado que tú? Pero has mencionado la palabra exacta: limitarse. No te limites. Mira un poco más allá. Estamos elaborando el reglamento de campaña, y todo el mundo reconoce tu trabajo en ese campo. Hasta ahora, todo era improvisación y has sido tú quien ha impulsado la nueva planificación que nos permitirá, en caso de emergencia, seguir unas directrices claras. Pero no es aceptable lo que propones. No desde el punto de vista político, al menos. Y hay que tenerlo todo en cuenta para que el conjunto cuaje.

Tujachewsky juntó las manos, tratando de centrar la cuestión.

—Vamos a ver. Hay un asunto que hay que decidir en uno u otro sentido, y aquí no valen soluciones de compromiso, o eso es lo que yo creo. Seguir la teoría militar de Frunze y fiar nuestra defensa a un ejército popular armado, no es la mejor solución si en un momento dado tenemos que enfrentarnos contra el fascismo. No niego que la guerrilla por todo el territorio sea una buena idea, pero es inmensamente peligrosa, porque no sabemos cómo reaccionará el pueblo. Debemos construir un ejército regular...

—Ahí está el primer peligro de tus afirmaciones —señaló Voroshilov.

—¿Dónde?

—En señalar ese peligro. No puedes sugerir que es dudoso que el pueblo entero se levantaría en armas contra los fascistas. Eso es un hecho. Tiene que ser un hecho tan claro como que el sol sale por las mañanas. ¿O acaso dudas de que el pueblo esté contento con el comunismo? ¿O es que pones en duda que la Revolución es de todos y cada uno de los ciudadanos de la Unión?

Tujachewsky reflexionó unos instantes.

—De acuerdo. Eso habrá que mostrarlo desde otra óptica. En estos momentos, nuestro Ejército es tan moderno y tan capaz como el de cualquiera de las potencias burguesas. Tenemos tanques, piezas artilleras y aviones que nada envidian a los suyos. ¿Crees que es normal, Kliment Efremovich, que dispersemos todo ese potencial, escondiéndolo por los bosques? ¿Debemos renunciar a la superior capacidad científica del comunismo a la hora de planificar la

producción? Nuestra industria y nuestra ciencia también son armas y es nuestro deber aprovecharlas.

Voroshilov sonrió.

—¿Lo ves? De ese modo sí que podemos presentarlo.

Tujachewsky sonrió también.

—Y puedo añadir más. Un ejército de partisanos puede ser muy útil, y sin duda sabremos explotar sus posibilidades si llega la necesidad, pero contemplar semejante cosa en el reglamento de servicio es un acto de derrotismo, porque los partisanos sólo actúan cuando has perdido parte del propio territorio. ¿Reconoceremos, por escrito y en un documento oficial, que estamos decididos a dejar que el enemigo devore una parte de nuestro territorio antes de poner en marcha todas nuestras posibilidades defensivas? Es derrotista.

Voroshilov se echó a reír.

—De acuerdo. Te explicas maravillosamente, pero olvidas que los partisanos podrían y deberían actuar también en la retaguardia enemiga. No se trata solamente de poner sobre las armas a los rusos, sino a los obreros de las naciones fascistas para que, desde dentro, luchen con conciencia de clase. Eso es lo que pareces negar. Niegas que exista semejante cosa y llegas a decir que los obreros de los países burgueses no se levantarán nunca contra sus gobiernos. Y eso no es derrotismo militar, sino derrotismo político. ¿Te das cuenta?

—Los obreros alemanes no se van a levantar contra Hitler. No podemos soñar con eso —rechazó Tujachewsky.

—¿Y por qué no?

—Porque el campesino bávaro está muy contento de poder vender sus cosechas, y el obrero del Ruhr está muy contento de tener empleo, después de lo que ha sufrido. Quizás en el futuro podamos conseguir que cobren conciencia de clase, pero no ahora, cuando un movimiento como el nazismo ha puesto el sentimiento nacional por encima del sentimiento de clase.

Voroshilov chasqueó la lengua.

—Bien, bien... Pero ahí es donde te has extralimitado: te centras demasiado en la Alemania nazi. No puedes decir en una reunión de Estado Mayor que lo más probable es que nos aliemos con las potencias occidentales frente a los nazis. Eso no está entre tus competencias. Ni entre las mías siquiera. Has hecho una valoración política fuera de tus atribuciones, y muy peligrosa además. ¿Te das cuenta? —preguntó Voroshilov, entrando en el tema que verdaderamente le interesaba.

—Y si no hablamos de ese tipo de contingencias en el Estado Mayor, ¿dónde demonios esperas que lo hagamos?

—En ninguna parte. Nosotros debemos estar preparados para actuar dónde y cuándo se nos ordene. Pero no podemos ni debemos condicionar nuestra preparación al enemigo que más nos apetezca.

—La naturaleza del enemigo condiciona la naturaleza de la planificación.

—Grave error. De semejante actitud lo único que se puede deducir es que nuestra planificación condiciona y dirige las decisiones políticas, pues somos nosotros los que hacemos que elegir uno u otro enemigo sea posible.

—Somos nosotros los que debemos indicar ese tipo de cosas...

—No es así. Nosotros debemos poner nuestros medios al servicio del cumplimiento de los fines políticos. Y te diré más, Mijail Nikolayevich: cuando expusiste la evolución de la producción militar alemana, diste a entender que estamos perdiendo el tiempo mientras ellos se rearman.

—Eso es, en cierto modo, lo que creo. En poco tiempo Alemania superará a Francia, Inglaterra y la URSS juntas en producción militar. Si no hacemos algo por impedirlo nos veremos en un aprieto muy serio.

—Pues no es de tu incumbencia. Y una reunión de Estado Mayor no es lugar para plantearlo.

—Los militares discutimos asuntos militares, y luego obedecemos a nuestros superiores. ¿No es así? —insistió Tujachewsky—. Plantéalo tú en el Soviet Supremo.

—Puedes estar seguro de que lo haré. Pero quiero que te des cuenta de que tu exposición era tanto como pedir una guerra preventiva como Alemania.

—Lo era —reconoció Tujachewsky—. Y eso creo que debemos hacer, antes de que sea demasiado tarde. Ahora no tienen medios para resistir ni siquiera diez días. Los checos podían haber invadido Alemania el año pasado sin dificultad, pero se negaron a hacerlo... Y lo pagarán. Ya lo verás.

—El problema de invadir Alemania no reside en su ejército, que es ridículo, sino en que su condenado Partido Nazi puede poner sobre las armas a cinco millones de civiles, como hicieron contra la revolución obrera en los años veinte.

—Ahora podemos aplastarlos —insistió Tujachewsky.

—¿Y si Hitler decide atacar primero a los occidentales? ¿Te das cuenta de que una victoria sobre ellos nos permitiría extender la revolución proletaria al continente entero?

—Una victoria de Hitler sobre Occidente sólo serviría para que emplease su capacidad industrial en nuestra contra. No podemos esperar.

Voroshilov respiró hondo.

—Esas son las cosas que deben sopesar los políticos. Yo lo propondré al Partido, y tú procura mantenerte dentro de tus atribuciones. No quiero que nadie piense que miras demasiado arriba. ¿Me entiendes?

Tujachewsky apretó los labios.

—A tus órdenes.

III

A Naujocks le hubiese apetecido encender un cigarrillo, pero sabía que su jefe no sólo no fumaba sino que además no toleraba que otros lo hiciesen en su presencia. De hecho, nadie fumaba en aquella planta de la Prinzalbrechtstrasse, y casi en ninguna otra, desde que los nazis iniciaran su cruzada contra el tabaco.

—Al Führer no le acaba de gustar la idea, pero nos da vía libre. ¿Tienes a tu gente trabajando en ello? —preguntó Heydrich.

—Está todo listo, *Gruppenführer*.

—¿Y es gente de fiar?

Naujocks entendió de inmediato la recriminación velada. El incidente del asalto a las oficinas de Canaris se había resuelto con una investigación abierta y un expediente que moría de aburrimiento en un archivador, pero de todos modos Heydrich se había interesado por el modo en que el Abwehr se había llegado a enterar de su participación. No podía haber más deslices.

—Totalmente de fiar. Son delincuentes profesionales —se permitió bromear Naujocks.

—Bien. Yo ya he hablado del asunto, en el máximo secreto, con indiscretos e idiotas profesionales. En pocos días, durante alguna fiesta o alguna recepción, alguien hablará más de la cuenta y se pondrá en marcha toda la maquinaria.

—Parece muy seguro de eso... —dudó Naujocks.

—Lo estoy. Para poner en marcha un gran artefacto no hacen falta gigantes ni titanes. Es mejor un par de idiotas. El poder destructivo de los idiotas es insuperable —aseguró Heydrich, mientras paseaba por el despacho, con las manos en la espalda. Sus botas marcaron el paso del tiempo durante un par de minutos de silencio—. Sin embargo, a veces me quedan algunas dudas. ¿Qué es lo que cree la gente, Naujocks? ¿Dónde llega la credulidad y dónde comienza la desconfianza? —preguntó, siguiendo algún profundo hilo mental.

—Depende. Algunos se creen cualquier cosa y otros no están dispuestos a creer en nada —respondió Naujocks, que intuía la naturaleza de las dudas de su jefe.

—De acuerdo: la mayoría de las personas necesitan creer en

algo, y cuando no lo encuentran, lo inventan. En caso contrario se volverían locas o se tirarían por un balcón. Los que no creen en nada, sin embargo, ya se han tirado por un balcón pero ni ellos mismos lo saben. No se puede contar con ellos ni para vivir por algo ni para morir por algo. Son gente superflua.

—Es posible.

—¿Y qué clase de hombre es Stalin? —se preguntó Heydrich en voz alta.

—Ese sólo cree en sí mismo —repuso Naujocks.

—Algo así pienso yo. Stalin tiene tanto poder que sólo cree en sí mismo, y pertenece por tanto a un tercer grupo: los que sólo creen lo que quieren creer. Es muy común entre los marxistas, ¿sabes? Los hechos no les importan en absoluto: las cosas deben ser de una manera y la realidad no afecta a sus creencias. Lo hemos visto en Ucrania y la terrible hambruna a la que han sometido a su propia gente: con la colectivización tenía que aumentar necesariamente la producción, y si no sucedía así era porque los campesinos estaban ocultando sus cosechas o saboteando la producción. Había, por tanto, dos hechos innegables: uno, que la producción debía aumentar, y dos, que no aumentaba. La conclusión, en su lógica, era evidente: había un sabotaje. El clima, la sequía o las plagas no entraban en su argumento.

—Hay mucha gente que sólo cree lo que le conviene —apuntaló Naujocks.

Heydrich detuvo su paseo por el despacho.

—No. No he dicho eso. No me refiero a los que creen lo que les conviene, sino lo que quieren creer. Es curioso, pero a veces no es lo mismo. A menudo la gente quiere creer en cosas que no le convienen en absoluto. Ese es el detalle difícil de apreciar y, por tanto, el que puede rendir algún fruto.

—Ya. Pero a Stalin le convenía creer que se podía producir más y también quería creerlo...

—Cierto. Pero a Stalin no le conviene creer que su posición en el poder se ha debilitado y, sin embargo, me parece que quiere creerlo.

—No estoy seguro.

—Tampoco yo, pero esa es la carta que vamos a jugar. La diferencia entre el éxito y el fracaso suele estar en algo tan sutil como esto. Stalin, en su mente racional, prefiere pensar que lo tiene todo controlado, pero cada vez que se confía hay algo en él que dispara una alarma. Por tanto, en lo más hondo de él, y para mantenerse alerta, quiere creer, lo quiere de veras, que a muchos

les gustaría traicionarle. Las infinitas purgas que ha llevado a cabo hasta ahora dan a entender eso. Sobre todo la última, la del caso Kirov. Cuanto más cerca están de él, más desconfía.

—En nuestro cesto también hay manzanas podridas —señaló Naujocks, que hablaba siempre con total libertad.

—Sí, pero salvo Röhm, Strasser y pocos más, nadie ha sido eliminado. Y de todas maneras, no es de eso de lo que hablo, y la diferencia es muy importante: el Führer desprecia a los militares aristocráticos, pero ni les odia ni les guarda rencor. La razón es muy simple: nuestro Führer combatió en la Gran Guerra, ganó personalmente su Cruz de Hierro y pasó unos cuantos meses en hospitales de campaña como herido de guerra. Era cabo, de acuerdo, pero como cabo cumplió con su deber y dio el todo por el todo. Los militares con monóculo y apellidos interminables piensan de él que es un pelagatos, pero no un cobarde. ¿Me sigues?

—No muy bien.

—Stalin, en cambio, ni siquiera hizo el servicio militar. Tiene un defecto en un brazo y no ha empuñado un arma en su vida. Eso le hace sentirse horriblemente inferior en las reuniones de viejos combatientes en las que se habla de las viejas batallas, y en las que el que más y el que menos, en un día malo, tuvo que echar mano del sable o del fusil para batirse por sí mismo. En la Rusia soviética ya no se asciende por clase social, sino por méritos, y resulta que Stalin no tiene ni lo uno ni lo otro, ¿te das cuenta?

—Ya...

—En esa situación, no puede fiarse de los militares, y menos aún de la vieja guardia. Y un hombre con un defecto físico siempre sospecha que los demás se burlan de él a sus espaldas.

—Seguro que a Goebbels le gustaría escuchar eso —bromeó Naujocks refiriéndose a la cojera del ministro de Propaganda.

—No, no le gustaría, pero es igualmente verdad. ¿O dirías que Goebbels es un tipo confiado?

—¡Para nada! —rechazó Naujocks.

—Pues ahora júntalo todo: desconfianza enfermiza, resentimiento de tullido, se siente excluido y los demás participaron en los hechos heroicos de los que él sólo supo de oídas. ¿Crees que puede fiarse de ellos?, ¿crees que quiere fiarse de ellos? Posiblemente no lo sepa ni él mismo, ¡pero los odia! ¡Y cuanto mayores sean sus méritos, más los odia!

—Pero los necesita... —trató de oponer Naujocks.

—En absoluto. Necesita a hombres que se lo deban todo a él. Los combatientes de la vieja guardia, los héroes de la guerra civil y los

primeros tiempos deben su posición a sus méritos, no a Stalin. Y lo que nuestro amigo Koba necesita es gente obediente, que no tenga la más mínima fuerza moral para discutirle y que no le recuerde las batallas en las que no estuvo. Y odia a los viejos veteranos porque son todo lo contrario de lo que él quiere y lo que él necesita.

—Pero son los únicos militares bien preparados con los que cuenta.

Heydrich sonrió.

—Un tipo que piensa que la producción agrícola aumentará matando de hambre a los campesinos, puede sentirse capaz de prescindir de cualquiera. Un hombre que no tiene amigos, y que teme a los pocos que tiene más que a sus enemigos, acaba cometiendo una tontería.

—¿Teme a sus amigos? —dudó Naujocks.

—Teme a todo el mundo. El terror que esparce proviene, estoy seguro, de que es un hombre que vive absolutamente aterrorizado. Esa es nuestra mejor carta —concluyó Heydrich chasqueando los dedos.

IV

Moscú, 19 de enero de 1937

La continuación de las pesquisas que se nos han ordenado requirió entrevistar a Boris Feldman, actual jefe de administración del Estado Mayor del Ejército Rojo.

Por la naturaleza del puesto que ocupa, consideramos que era una de las personas que podía estar mejor informada sobre los métodos de distribución del material, su empleo, su destino, y las razones por las que siguen apareciendo decenas de vehículos con un kilometraje recorrido muy superior al esperado.

En cuanto a Feldman, personalmente, y aunque suponemos que su historial es de sobras conocido, queremos remarcar lo siguiente, a modo de resumen:

Boris Mironovich Feldman. Bielorruso. Judío.

Ingresa en el Partido Bolchevique en 1920.

Diversos cargos militares y administrativos. Correcto pero sin brillantez, por lo que he podido deducir de algunos documentos que he consultado.

Nuestra primera impresión fue que esperaba nuestra visita, pues había reunido de antemano abundante documentación sobre camiones, automóviles y otros medios de transporte. El análisis posterior de esa documentación ha revelado que algunos vehículos fueron manipulados con posterioridad a nuestra revisión, pues figuran kilometrajes muy inferiores a los que habíamos comprobado previamente.

La desaparición de ciertas cantidades de material diverso, la atribuyó a diversas averías y a ciertos robos menores que combatía con todas sus fuerzas.

Preguntado por una larga lista de nombres, reconoció haberse tratado con todos en uno u otro momento, pero lo atribuyó a su cargo.

Fue imposible conseguir que respondiese a la pregunta de quiénes eran sus amigos personales de entre los mencionados.

Se le solicitó la lista de sus proveedores, y los nombres de las personas con las que trataba directamente en cada caso. Tras varios

intentos de retrasar la entrega de esos datos, nos los ofreció incompletos. Llama particularmente la atención su incapacidad para dar un solo nombre respecto a los responsables de proveer combustible. Finalmente llamó a un subalterno y le pidió el nombre de la persona con la que habitualmente hablaba de carburantes y, en solamente unos minutos, obtuvimos dos nombres. Probablemente Feldman tiene algún tipo de acuerdo aparte con uno de ellos o con un tercero que no ha salido a relucir.

Nuestra impresión general fue que nos hallamos ante un hombre bastante asustado, a pesar del importante cargo que ocupa. Sería de gran interés saber si había sido presionado antes por otros agentes del Estado, y si su actitud responde a esta experiencia anterior.

En caso afirmativo, suspendemos temporalmente nuestras conclusiones. En caso negativo, creemos que Feldman está al corriente de algún asunto ilegal, turbio, o manifiestamente delictivo. O quizás bajo la presión de un chantaje, ya sea interior, o por parte de algún servicio secreto extranjero.

Recomendamos su seguimiento estrecho, no tanto de su actividad, que creemos que será absolutamente irreprochable a partir de este momento, como de sus contactos, visitas y comunicaciones.

Por eso mismo, no recomendamos su destitución ni su traslado.

Se recomienda asimismo una discreta vigilancia a sus proveedores, en especial los de piezas de recambio y combustibles.

No hay pruebas para acusarle de nada concreto.

Fdo. A. L.

Lukhin firmó el informe con una sonrisa maliciosa. Era igual que en los viejos tiempos: después de haber cargado de sospechas a un hombre, se dejaba constancia de la falta de pruebas en cuatro palabras que a nadie le importarían.

Feldman no le había gustado nada. Sólo había dos opciones: o era un traidor, o era un cobarde, completamente aterrorizado por que hubiesen ido a preguntarle a él sobre un tema que consideraba dudoso.

Lo más probable era que se tratase de algún caso de corrupción económica a gran escala, pero si quería mantener la confianza de Stalin, y la de Molotov, tenía que arrojarles algún hueso de vez en cuando.

Le había costado dar el paso, y de hecho pasó un par de días durmiendo poco mientras reflexionaba lo que había hablado con Ivanenko, pero la decisión estaba tomada. Todos aquellos

comisarios, generales, secretarios y subsecretarios habían llegado a sus puestos pasando por encima de un montón de vidas ajenas. ¿Por qué no iba él a hacer lo mismo, actuando además contra sus enemigos?

¿Eran enemigos? Lo eran. No había nada más que pensar: él siempre sería un comisario de la Ojrana para ellos, y todo lo que fuera perjudicar o perseguir a un comunista era parte de su única identidad. Pero no a cualquiera. No a los hombres íntegros y valientes que acabaron en las filas bolcheviques por error o por convicción.

Sólo a los miserables, en el amplio sentido de la palabra. A miserables como Feldman, que habían llegado al puesto que ocupaban aplastando a moribundos y temblaban como pajarillos al verse ante cualquier amenaza.

Haría lo que siempre había hecho. Haría lo mismo que había visto hacer: acercarse a un hombre y pedirle una lista de diez, quince, veinte nombres. Y si no estás en un complot, te los inventas. Así, durante las torturas, caían equipos enteros de fábricas, bloques de vecinos, familias completas. ¿Qué nombres podía mencionar si no un pobre diablo?

¿Hablaste con tu mujer sobre lo mal que va la cosecha? ¡Conspiración para derribar al Gobierno soviético! ¿Tienes un diario íntimo en el que dices que va todo muy mal? ¡Propaganda contrarrevolucionaria! ¿Y quién más está contigo?, ¿quién te ayuda?, ¿quién te escucha? Así caían aldeas enteras.

No podía evitarlo: se había divertido interrogando a Feldman, viéndolo dudar, empequeñecerse tras su escritorio. ¿Tenía algo que ocultar? Seguramente, pero no se asustaba por eso, sino porque sabía que no era necesario ocultar nada para que pudiesen acabar contigo de todos modos.

Fuertes con los débiles, débiles ante cualquier señal de fortaleza... ¡Como había odiado siempre a aquella clase de gente!

En eso tenía razón Molotov: se cambia de amigos, pero de enemigos, nunca.

V

Praga repasaba el censo de sus torres sobre el gélido Moldava. La ciudad entera había amanecido bajo un espeso manto de nieve que amortiguaba los sonidos de la actividad diaria, confiriendo cierto toque fantasmal al ambiente, más melancólico que siniestro.

Eduard Benes, el presidente checoslovaco, releía por cuarta o quinta vez los documentos que le había transmitido su servicio secreto. Lo que se decía en ellos era de tan extrema gravedad que ni siquiera se atrevían a consultarlo con sus ministros o con el jefe de su Estado Mayor.

La decisión tenía que ser política y además, inmediata, o de lo contrario comprometería gravemente la posición del país y la suya propia, al tiempo que desaprovechaba una buena baza en posteriores negociaciones.

En aquellos tres escasos folios se decía que había razones de peso para pensar que un grupo de importantes militares soviéticos preparaba un golpe de Estado contra Stalin. Aún no estaba claro si los planes incluían derrocar el comunismo o se trataba sólo de un cambio de dirigentes dentro del mismo régimen, y ahí era donde se encontraba la razón principal de sus dudas.

Aquello completaba el círculo, confirmando los rumores que venía escuchando desde hacía algún tiempo y a los que había preferido no dar crédito.

Sólo unas semanas atrás se había presentado en Praga el conde Maximilian Trauttmansdorff, enviado del Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich. Su principal misión era ofrecer a Checoslovaquia un pacto de no agresión, lo que permitiría a los nazis deshacerse de la vieja preocupación de un ataque preventivo checoslovaco y crear un perímetro de seguridad por el este. Benes había rechazado el ofrecimiento alegando que ya formaba parte de una alianza con Francia y la Unión Soviética, que muy posiblemente resultara incompatible con las pretensiones alemanas. Irritado, el conde Trauttmansdorff llegó a decir que Alemania mantenía también otras negociaciones secretas, y que si los checoslovacos no aprovechaban la ocasión no tardarían en arrepentirse de ello, en cuanto en Rusia cambiase el panorama, lo que estaba más cerca de

lo que Benes podía prever.

A Benes le intrigó aquella respuesta, que atribuyó al despecho del diplomático alemán, pero se mantuvo atento. Poco después, en el curso de unas negociaciones comerciales, el industrial alemán Fritz Thyssen le comentó, rogando el mayor sigilo, que el Estado Mayor alemán disponía de información de que altos mandos del Ejército Rojo intentaban llegar a un acuerdo con los alemanes para llevar a cabo un golpe de Estado en la Unión Soviética.

Thyssen era un hombre prudente y cabal, pero podía estar mal informado. Sin embargo, aquella carpeta que tenía en sus manos había terminado de despejar sus dudas.

Por una parte, Benes no era comunista ni veía con buenos ojos al régimen bolchevique, con su violencia, sus purgas, sus expropiaciones y su expansionismo proletario.

Por otra, sin embargo, sabía que la fuerza de Stalin era el único contrapeso posible contra las ansias imperialistas de los nazis, deseosos de recuperar los territorios que ellos consideraban parte del Reich alemán y que ahora pertenecían a la República Checoslovaca.

Benes hubiese preferido ir capeando el temporal sin tener que llegar a soluciones extremas. Cuando le propusieron dirigir una invasión preventiva de Alemania acabó rechazando la idea por considerarla una aventura. Por mucho que Alemania careciese de ejército que pudiera recibir tal nombre, y por mucho que otras naciones prometieran su apoyo, lo cierto era que no se podía estar seguro del resultado de la operación, sobre todo después de la llegada de los nazis al poder y el más que probable rearme clandestino de sus milicias. ¿Quién podía asegurarle que no pondrían sobre las armas cinco o seis millones de hombres? ¿Quién podía asegurarle que luego, cuando no hubiese marcha atrás, no le darían la espalda los que juraban ser sus aliados? ¿Y si los nazis organizaban una movilización general, a gran escala, y armaban a quince millones de hombres con todo lo que pudiesen encontrar o fabricar en pocos meses? Esa gente era perfectamente capaz de hacerlo, y los franceses y británicos perfectamente capaces de abandonarle a su suerte. Le insistieron, trataron de convencerlo, pero Benes no lo vio claro: un país de trece millones de habitantes no ataca a uno de casi setenta. «Prusia lo hizo», le dijo el embajador francés, recordando la amarga derrota de los suyos en 1870. «Razón de más para no atacar Prusia, por mucho que parezca desarmada», había respondido entonces.

Quizás fue un error, pero el paso no se había dado en su

momento y Alemania era una amenaza cada día más real. Los nazis no se resignarían nunca a perder lo que ellos llamaban los Sudetes y los checos se encontraban cada día más solos frente a esa posibilidad, abandonados por la indiferencia de los franceses y sobre todo de los ingleses.

Su única defensa real era la potencia rusa. Mientras los rusos permaneciesen agazapados reuniendo fuerzas para acabar con los nazis, o incluso para enfrentarse a Occidente en una extensión de su propia revolución, Checoslovaquia permanecería libre. Su destino, como nación pequeña, estaba en manos de las alianzas de los más fuertes, pero la inestabilidad en Rusia no podía traer nada bueno para los checoslovacos.

Si el golpe de Estado triunfaba y el comunismo permanecía en el poder, todo podía quedar como estaba o incluso podía empeorar: no había nada que ganar en aquella opción y sí mucho que perder. Si el golpe de Estado triunfaba y acababa con el régimen comunista, sólo podía ser perjudicial para la independencia checoslovaca.

Benes no simpatizaba con Stalin, pero mantenía buenas relaciones con él, sabedor de que las preferencias personales no debían pesar sobre el ánimo de un político a la hora de defender los intereses de su país.

La decisión era difícil.

Benes se levantó de su sillón y fue hacia la ventana de su despacho, desde el que se veía parte de la catedral y una amplia panorámica de la ciudad. La nieve continuaba cayendo lentamente, disfrazando de inocencia a una ciudad tan vieja como para haberlo visto casi todo, desde los brujos y alquimistas del rey Carlos a las revueltas de aquel siglo, pasando quizás, sólo quizás, por el Gólem del rabino Löw.

Una ráfaga de viento levantó un remolino de nieve.

Estaba decidido. Se lo contaría a Stalin.

Benes llamó a su secretario y le indicó que concertase una reunión cuanto antes con el embajador ruso.

—Si es hoy, mejor que mañana —precisó.

VI

La reunión de los máximos dirigentes de la ROVS se había convocado con el máximo sigilo, fijando incluso distintas puertas de acceso y diferentes horas de llegada de los presentes, pero todos tenían la impresión de que lo que allí se discutía era casi público.

—Este es el momento de plantear un ideario —propuso el general Miller.

—Ya hemos discutido eso cien veces —se opuso Turkul— y es estratégicamente inapropiado. Cualquier intento de concretar las ideas acercará a unos y alejará a otros. Es mucho mejor mantenernos en una línea de sombra que todo el mundo comprenda y no pueda discutir: amor a Rusia, restauración del orden, implantación de la justicia. Cosas así...

—¿Y por qué no recuperamos la doctrina de Wrangel? —propuso el general Abramov.

Wrangel había sido el más carismático y competente de los generales del Ejército Blanco. Su muerte en Bruselas, seis años atrás, había sido atribuida a agentes soviéticos, pero aún no estaba claro si la responsabilidad correspondía a los bolcheviques, a algún compañero celoso, o a simples causas naturales.

—¿Volver a Wrangel? —dudó Skoblin.

—Sí. Simple y efectivo: liberación de Rusia de la tiranía bolchevique y del resto de fuerzas anárquicas y antipatrióticas, establecimiento de un gobierno justo y honrado, restauración de la Monarquía, fin de cualquier persecución religiosa y respeto a todas las confesiones, derecho de los campesinos a ser dueños de la tierra y sufragio universal para todos los rusos. Sólo siendo claros podremos obtener claros apoyos. Hasta ahora hemos sido difusos y sólo hemos obtenido apoyos tibios —insistió Abramov.

—Olvidan, caballeros, que los apoyos que podamos obtener dependen más de los intereses de quienes pueden optar por apoyarnos o no que de lo que nosotros digamos defender. Si a los franceses les conviene apoyarnos, nos apoyarán, y si no, nos entregarán a nuestra suerte. Y no digamos ya los ingleses... —rebatió Skoblin—. La restitución de la monarquía parece, por ejemplo, muy conveniente en Inglaterra, pero no gusta tanto a los

franceses, orgullosos de su república. Y así podría seguir pasando lista con todas esas ideas. ¿A quién pretendemos convencer?, ¿a los nuestros? Los nuestros están sobradamente convencidos, porque su deseo más fuerte es volver a Rusia. Tened en cuenta, compañeros, que tras la evacuación de Crimea hay más de ciento cincuenta mil rusos blancos dispersos por medio mundo, y a esos les da igual que se ofrezca restaurar la monarquía o el derecho de que los campesinos posean tierras. Esos, como muchos de nosotros, lo único que quieren es volver, y ya se verá después lo que se hace.

—¿Y la resistencia interior? —preguntó Miller, ejerciendo su papel de presidente.

—La resistencia interior, como tal, o está oculta o ha sido aniquilada. Si en un momento dado logramos que el conflicto reviva, entonces sí será el momento de plantear un ideario, pero no ahora. No creo, además, que nos hayamos reunido aquí para volver al tema del ideario —repuso Skoblin.

—Eso es cierto —se sumó Arkhangelsky, otro alto mando blanco, partidario de las soluciones concretas.

—Entremos en materia, entonces —invitó Miller— aunque posiblemente eso nos lleve a regresar al ideario.

—Bien, caballeros —comenzó Skoblin—. El caso es que hay una posibilidad de que al fin se esté fraguando una verdadera resistencia interior. Varios mandos, de los que no conocemos los nombres, recaban apoyos en Occidente, muy especialmente en Alemania, para desalojar a Stalin del poder...

En la sala se alzó un breve murmullo. Skoblin esperó a que desapareciese para continuar.

—Si nuestras informaciones son correctas, y proceden de más de una fuente y de más de un ámbito, los militares involucrados podrían reunir un importante apoyo, suficiente para derrocar al régimen, pero no podemos estar aún seguros ni de cuál sería el resultado final de la acción ni de cuáles son sus intenciones: podría tratarse de un cambio de régimen o de un simple relevo en la cúpula de los bolcheviques, con lo que no estaríamos ganando gran cosa. Por tanto, no conocemos aún el alcance de esa resistencia, pero tenemos que decidir cuál será nuestra actitud si llega a materializarse la rebelión contra Stalin.

—¿Y cuál va a ser? Apoyarles, por supuesto —exclamó Turkul.

—Eso no está tan claro —dudó Skoblin—. Y permítame, general, que se lo explique: si los apoyamos demasiado pronto, puede ser contraproducente. Si los apoyamos de un modo demasiado directo, puede ser perjudicial.

—No estoy de acuerdo —se opuso Abramov—. Si nos mantenemos a la expectativa tendremos que aceptar la posición que se nos conceda. Se trata de lograr, desde el principio, ocupar nuestra propia posición, sean cuales sean los riesgos. No estamos en condiciones de rehuir los riesgos. Debemos apoyar a aquellos que nos sean más cercanos, precisamente para evitar que se trate de un simple cambio en la cabeza del régimen.

—¿Y quiénes cree usted que son los más cercanos? —preguntó Miller.

—Si no sabemos quiénes participarán es inútil decantarse por unos u otros, pero yo estaría dispuesto a apoyar a Tujachewsky antes que a Voroshilov. Eso lo tengo claro —explicó Abramov.

—Permítanme que insista en la prudencia y permítanme que explique mi punto de vista —terció Skoblin, atrayendo la atención de nuevo sobre él—. Decía que si actuamos demasiado pronto puede ser contraproducente porque nuestro apoyo puede ser visto desde el interior como una injerencia, o un retorno a los viejos tiempos, y eso podría restar apoyos a los insurrectos. Recuerden, caballeros, que precisamente porque no nos apoyó todo el mundo estamos donde estamos, y no debemos caer en la tentación de creer que ahora la gente nos recibirá con los brazos abiertos. La facción que diga que cuenta con el apoyo de los militares blancos puede recibir nuestra ayuda, es cierto, pero puede también granjearse la enemistad de muchos que estén dudando. Somos lo que somos y representamos lo que representamos, y eso hay que tenerlo en cuenta, para bien y para mal.

—Y ahí regresamos al ideario —dijo Miller con cierto gesto de triunfo.

—Quizás, pero más tarde, si me lo permite, señor presidente —rogó Skoblin.

—Prosiga, por favor.

—En segundo lugar, un apoyo temprano demasiado directo puede ser perjudicial para nosotros. Si se trata de solamente una más de las pequeñas revueltas que hemos visto estos años, podríamos ser aplastados de manera definitiva. Propongo, por tanto, que esperemos y veamos el desarrollo de los acontecimientos, y cuando se concrete la relación de fuerzas decidamos si es conveniente apoyar directamente a alguien, y a quién.

Arkhangelsky se puso en pie para hablar.

—Señores, a mí todo esto me parece absolutamente prematuro. El hecho de que nosotros sepamos que se está cocinando algo así quiere decir que los bolcheviques también lo saben.

Algunas exclamaciones de protesta se alzaron del grupo.

—Ruego que no se ofenda nadie, pero saben que es muy posible que así sea. En ese caso, lo que debemos decidir ahora es en qué consistirá nuestro apoyo para que la rebelión llegue a materializarse, y no tanto en lo que haremos después. Yo propongo que hagamos saber, del modo que sea preciso, a las autoridades de Francia, Inglaterra y Alemania, nuestra disposición a colaborar en un cambio de régimen en Rusia, y que sean ellos los que decidan el mejor modo de emplear nuestras fuerzas. Puede ser triste, pero lo cierto es que no tenemos medios para actuar de manera autónoma y cada vez estamos más aislados. Hace unos años nos recibían en cualquier lado, y a día de hoy resulta cada vez más complicado llegar incluso al despacho de un subsecretario. ¿Qué apoyo real podemos prestar?

—Apoyo político, mientras estemos aquí, y la capacidad para liderar una fuerza militar cuando estemos allí —respondió Miller.

—Bien. Pues propongo que empecemos a hablar con los políticos que estén a nuestro alcance. Aunque Stalin se entere, sólo podrá ponerse nervioso. Y además está claro que se trata sólo de una hipótesis.

—Es mucho más que una hipótesis —aseguró Skoblin—. Los alemanes disponen incluso de algunos nombres.

—Trate de averiguarlos y veremos cual es nuestra situación real —resolvió Miller.

La reunión se prolongó durante tres horas más.

VII

Nadezhda Plevitskaya se estaba haciendo un vestido nuevo y debía visitar a la modista al menos dos veces por semana. Aunque habían pasado algunas estrecheces en los últimos tiempos, las recientes diligencias de Skoblin, su marido, habían conseguido que el dinero volviese a fluir para alejar la cada vez más pesada sordidez de aquel exilio sin visos de concluir a corto plazo.

Cuando Skoblin se fijó en ella, durante la guerra civil rusa, se dedicaba a recorrer las distintas unidades del frente con su compañía de música y baile. Frecuentaba casi por igual los dos bandos, pero prefería a los militares blancos, más refinados, que a los toscos camaradas del Ejército Rojo, más inclinados a creer que trabajaría por un par de tragos, un par de frases amables y el sentimiento de haber colaborado a la revolución elevando la moral de la tropa.

Por eso, cuando Skoblin le propuso quedarse con él, aceptó de inmediato, y lo siguió luego al exilio en París tras la derrota de las fuerzas zaristas.

París no era un mal destino para una mujer como ella, señalada de manera unánime como una mujer bellísima, pero con algunos rasgos gitanos que provocaban cierto rechazo en la sociedad elegante. Podía haberse quedado en Rusia, y aunque a veces echaba de menos su patria, o verse rodeada de gente que hablase su idioma, prefería ser pobre en un país donde era posible dejar de serlo que vivir cómodamente en una tierra donde el resto pasaba hambre.

Además, le gustaba Skoblin. Estaba bien con él y, a su manera, podría decirse que también lo amaba. Los constantes desprecios del entorno de Skoblin no habían hecho mella en su tenacidad, que había acabado por imponerse a medida que el tiempo y las circunstancias relajaban la rigidez de las viejas costumbres aristocráticas.

Nadezhda estaba contenta, y además, tenía su secreto.

Durante las visitas a la modista, también de origen ruso, se veía con un hombre con el que quedaba a solas en una de las habitaciones de la modista, que seguramente pensaba que era su

amante.

Él se llamaba Boris Pertsukov, y era un apuesto joven de unos veintiocho o treinta años, siempre bien vestido y con un fino bigote a la moda americana.

—¿Cómo va todo? —le preguntó él al encontrarse aquella tarde.

—Muy aburrido. Ser una dama respetable es terriblemente fastidioso —repuso ella, sirviéndose un poco de licor en una copa. Luego le sirvió también a él.

—De momento es lo mejor que podemos ofrecerte.

—¿Hay alguna posibilidad de volver a Rusia?

—Por supuesto, querida, pero aún no. ¿Tienes alguna novedad que contarme?

Nadezhda apuró su copa de un sorbo.

—Ayer hubo una reunión de la ROVS en la que se discutía lo que deberían hacer en caso de que triunfase un golpe de Estado en Rusia. Parece que esta vez puede haber algo serio.

—¿Nombres?

—Ninguno. Sé que se mencionó a algunos altos mandos, como Tujachewsky y Yakir, pero no puedo añadir nada concreto, ni si se busca su implicación o ya están implicados.

—Bien. Muchas gracias —intentó despedirse Pertsukov.

—¿No es demasiado pronto para que te vayas? ¿Qué pensará de ti la modista si sales tan pronto? —preguntó ella con gesto divertido.

—Es cierto. Se supone que somos amantes. Quizás no fuese mala idea...

—Es mala idea, créeme.

—Una lástima.

—Cuéntame cómo van las cosas por Rusia... —rogó ella.

Pertsukov se encogió de hombros y comenzó a describir los avances del comunismo en producción y en construcción de carreteras y ferrocarriles. Sabía que no era eso lo que más podía interesarle a la Plevitskaya, pero no sabía qué decirle sobre otros temas.

Boris Pertsukov era agente del NKVD y ejercía de enlace con Nadezhda desde hacía seis meses. Ella había sido reclutada para el servicio secreto bolchevique ya durante la guerra civil, y eso era lo que le había permitido bailar para ambos bandos durante la guerra.

Al NKVD le pareció una figura inmejorable para llevar a cabo sus planes: cerca de la ROVS, esposa de Skoblin, y mujer bella que podría acercarse a otros hombres si era necesario.

Era una agente perfecta.

Su marido, además, la consideraba un simple objeto decorativo y no podía sospechar nada.

Ella, en cambio, sospechaba que su marido jugaba a dos bandas.

Sería gracioso que algún día se encontraran en alguna misión encargada a ambos por el NKVD. Sería muy gracioso.

Pero hasta ese momento lo mejor era mantenerlo en la ignorancia de quién era realmente su bella e inocente esposa, la bailarina.

VIII

La reunión del Estado Mayor del Ejército Rojo se había convertido en algo completamente distinto a lo previsto en un principio. Los datos sobre armas, despliegue y capacidad productiva habían dejado paso a las inquietudes de todos los militares presentes, que observaban con creciente preocupación el enrarecido clima político que los rodeaba.

—Somos todos compañeros. Hablemos con libertad —invitó Voroshilov como comandante en jefe.

En la sala sonaron unos cuantos carraspeos, más por el nerviosismo de cada uno para decidirse a ser el primero en hablar, que por que dudasen de la sinceridad de Voroshilov al pronunciar aquellas palabras.

—El caso es que aquí se está cocinando algo y no sabemos lo que es —dijo Budionni, que al ser el más viejo después del comandante en jefe se sintió en la obligación de exponer a las claras la preocupación común.

—¿De dónde sacas esa idea? —preguntó Voroshilov.

—Si empezamos por hacernos los tontos, entonces más vale que nos callemos todos, Kliment Efremovich. Ya sabes a lo que me refiero. Está creciendo la desconfianza. Han mandado a un comisario de la Ojrana a investigar qué sucede con el material, se escuchan rumores de todo tipo. Aquí está pasando algo y me temo que nosotros vamos a ser los últimos en enterarnos, y quizás lo sepamos cuando sea demasiado tarde.

—Rumores de golpe de Estado, para ser más claros —se sumó Blücher.

—Eso es algo gravísimo —advirtió Voroshilov.

—Lo es. Pero resulta que estamos aquí reunidos los cinco mariscales de la URSS, y exijo que si alguien tiene algo que decir lo diga ahora, antes de que nos tengamos que encontrar en el campo de batalla si eso fuera cierto. Sé que es inútil pedir tal cosa, pero debo hacerlo.

Los cinco mariscales se miraron entre ellos.

—Pongamos en común lo que sabemos, por favor —pidió Voroshilov.

Yegorov tomó aire.

—Seamos claros. Te señalan a ti, Mijail Nikolayevich —dijo, apuntando con el dedo a Tujachewsky.

—Tujachewsky se echó a reír.

—¿A mí? ¿Y por qué diablos me señalan a mí? Ya había oído esas estupideces y no les hice el menor caso. ¿Qué iba a hacer?

—Deberías preocuparte y deberíamos preocuparnos todos. Te señalan a ti como cabecilla y seguramente piensan en alguno más de nosotros, porque no puedes hacerlo solo. Nos jugamos mucho en esto... —repuso Blücher.

—Me señalan a mí, a Feldman, a Yakir, y a una docena más. Y cierto: seguramente se hable también de otros, cómo tú mismo, Blücher, y algunos más. Pero es una completa estupidez. ¿De dónde ha podido salir tal cosa?

Voroshilov chasqueó la lengua.

—De tus viajes, Mijail. Cuando fuiste a Inglaterra a los funerales del rey hablaste con mucha gente...

—Y en algunos casos lo hice con gusto y en otros completamente asqueado, porque esa fue precisamente la misión que se me asignó, ¿no es así? Entablar contactos militares con otras potencias europeas —explicó Tujachewsky

—Cierto. Pero también es cierto que te viste con ingleses, franceses, alemanes... y que sólo es posible saber lo que hablaste con ellos por tus propios informes.

—Pues sí. Y el ministro Molotov habla a todas horas con los nazis y con los norteamericanos, porque para eso es ministro de Exteriores, y en eso consiste su trabajo para el pueblo. A todos nos toca hacer lo que corresponde a nuestro cargo o lo que nos mandan. ¿O es que desconfías de mí?

—Si tuviera la más mínima desconfianza ya estarías arrestado. No digamos estupideces. Te explico solamente por qué se te señala como cabecilla: porque eres el que más oportunidades de ello ha tenido, sobre todo si la idea parte del exterior —repuso Voroshilov.

—¿Y de veras parte la idea del exterior? Porque ahí está el problema —preguntó Budionni.

Todos guardaron silencio unos instantes. Aquella pregunta les llevaba rondando algún tiempo por la mente y no tenían clara la respuesta.

—No lo sé —respondió Blücher—. El caso es que un buen día aparece un comisario de la Ojrana con permiso para husmear donde le dé la gana, empieza a escribir informes sobre camiones que no aparecen y gasolina que nadie sabe dónde se consumió, y acto

seguido se habla de la posibilidad de un golpe de Estado. No sé si detrás está una potencia extranjera, que quiera debilitarnos, o el propio NKVD, que quiera obtener un control más férreo sobre el Ejército. No lo sé. Y tampoco sé cómo podemos defendernos de esta infamia, porque si perdemos la confianza del Partido, o la de Stalin, será muy difícil convencerlos de que no sabemos nada.

—Te advertí de que no sobrepasaras tus funciones, Mijail Nikolayevich —le dijo Voroshilov a Tujachewsky.

—Me preocupa que después de advertírmelo haya sonado mi nombre, Kliment Efremovich —respondió Tujachewsky con rabia mal contenida.

—¿Crees que tengo algo que ver con esos rumores? —se encaró Voroshilov mirándolo muy fijamente.

—No. Para nada. Me disculpo si es preciso. Pero quizás tengas mejores medios que ninguno para saber qué está pasando y no nos estés hablando con toda la claridad que podrías.

—Sé tanto como vosotros. Os doy mi palabra.

—Habla con Stalin. Habla con Yezhov... En el NKVD tienen que saber algo.

—Quizás sea peor —dudó Voroshilov.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Blücher—. Si ese comisario de la Ojrana sigue husmeando por ahí, puede señalar a cualquiera. El solo hecho de que lo hayan nombrado a él significa que no se fían de nadie.

—¿No se fían de nadie y confían en un policía del zar? —preguntó Budionni—. ¿Pero qué estáis diciendo?

—Esa quizás sea la mejor prueba de que no va a importar nada lo que podamos alegar —repuso Tujachewsky—. Si no confían en el NKVD para una investigación interna, menos se van a fiar de nosotros, que somos sospechosos.

—Por lo pronto, que no desaparezca ni un camión más, ni una manta, ni un maldito litro de gasolina. Eso es lo primero —atajó Voroshilov—. Luego ya veremos lo que se puede hacer. De momento, hay que extremar la prudencia hasta saber de dónde proceden esos rumores, y si hay algún traidor entre nosotros, porque eso siempre es posible, hay que acabar con él antes de que la sospecha se extienda al resto. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—Y comprendo que no es esta la mejor situación ni este el mejor momento para hablar en privado, pero mi despacho está siempre abierto para ustedes, y mi casa. Quien sepa algo, debe hablar conmigo de inmediato. Yo trataré de averiguar qué opina Stalin

sobre ello, porque podéis estar seguros de que ya le ha llegado algún rumor. Intentaré que se olvide de esta tontería, pero para ello necesito estar bien informado y que nadie cometa imprudencias. ¿Alguno de vosotros ha hecho algo en los últimos meses que pueda despertar sospechas?

—Todo puede despertar sospechas si se quiere sospechar —respondió Blücher.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, Vasili Konstantinovich.

—No. Te aseguro que no. ¿Quieres decir si alguno ha hablado con representantes o con militares extranjeros? Yo creo que todos. El que no ha hablado con los alemanes en unas maniobras ha hablado con los ingleses, o con los franceses, o con los japoneses, si estás destinado en Oriente. Todos hemos hablado con alguien, tú incluido. Todos nos hemos visto con otras personas, todos hemos firmado papeles. ¿Qué demonios quieres decir con actividades o contactos sospechosos?

—Si hay una denuncia...

—¿Y qué podemos hacer para evitar una denuncia? —preguntó Yegorov.

—Volver cada cual con su guarnición y meterse exclusivamente en sus asuntos. Eso para empezar. Luego, ya veremos —respondió Voroshilov dando por terminada la reunión.

Ya se hablaría otro día de la capacidad de producción de los alemanes y de la renovación y renacimiento de su fuerza aérea. Ahora, todo eso quedaba en segundo plano.

IX

Naujocks llevaba ya media hora en su puesto cuando, a las ocho en punto, se presentó Heydrich.

—Tengo algo importante que enseñarle, *Gruppenführer* —anunció Naujocks tras los saludos de rigor.

—Deje que por lo menos me quite el abrigo. Hoy hace un frío de todos los demonios —repuso Heydrich, echando no obstante un ojo a la carpeta de tapas negras que tenía su secretario sobre la mesa.

—Eche un vistazo a esto —propuso el ayudante alargándosela.

Heydrich se sentó tras su escritorio y repasó uno a uno los documentos con atención. No dijo una palabra en cinco minutos, pero en su rostro se notaba que estaba muy satisfecho con lo que veía.

—Notable —alabó al fin—. Veo que no fue en balde el pequeño fiasco del asalto a la osera de Canaris.

—Ya le dije que valdría la pena. Allí tenía de todo: cartas manuscritas, recibos, tarjetas postales, notas para sus ordenanzas. Una verdadera mina. Era imposible hacer una buena falsificación sin contar con originales de primera calidad, y sólo Canaris tenía esos originales, procedentes de las maniobras conjuntas entre nuestra Wehrmacht y el Ejército Rojo.

—Realmente excelente. ¿Qué ha sido de los autores de este material?

—A los que estaban entre rejas, les he prometido la libertad en unos meses. A un par de ellos que estaban fuera, les he prometido no saber nada de sus andanzas en un par de años. Pero los acontecimientos dirán qué es lo más conveniente. Todas las opciones están disponibles...

—Cumple lo prometido. Es más: a los presos, ponlos en la calle hoy mismo —ordenó Heydrich.

—Como diga, pero quizás fuera buena idea mantenerlos bajo control...

—Hay más posibilidades de que hablen con quien no deben en la cárcel que en la calle. O se les mata o se les libera de inmediato, sin término medio, y estos tipos pueden sernos útiles más adelante. Ponlos en libertad, págales generosamente y diles que estén

localizables por si se les vuelve a necesitar. Eso bastará para que mantengan la boca cerrada. No lo olvides: miedo al palo y promesa de zanahoria. Y en cuanto a la zanahoria, no está de más un anticipo para los que cumplen.

—Sí, *Gruppenführer*.

—Y estos han cumplido.

—Ya le dije que eran verdaderos profesionales.

Heydrich abrió de nuevo la carpeta.

—Tenemos a Yakir, Gorev, Feldman y Tujachewsky... La pieza principal es Tujachewsky, y ya hemos empezado a hacer correr noticias sobre él, pero estos papeles serán definitivos. Es el militar más capaz de que disponen, pero fue cadete zarista aunque se pasara inmediatamente a los rojos. Stalin no le perdonará nunca eso, por conciencia de clase, y menos aún el informe que redactó sobre la incompetencia de Stalin en la guerra contra los polacos.

—No sabía nada de eso.

—Tujachewsky mandaba un cuerpo de ejército y dio órdenes a las fuerzas comandadas por Stalin de que se movieran hacia Varsovia para apoyar su ofensiva, pero Stalin creyó ser más listo y prefirió atacar Leópolis para apuntarse un tanto personal. Hizo lo que le vino en gana y se perdió la ocasión. Y con ello la guerra, en cierto modo. Cuando Lenin pidió informes de qué demonios había sucedido, Tujachewsky señaló claramente a Stalin como insubordinado e incompetente. ¿Crees que se lo ha perdonado? ¿Crees que se lo perdonará alguna vez?

—Son cosas que pasan en la guerra.

—No son las cosas, Naujocks. Son los hombres. Una vez, en los postres de una comida, el Führer contó que su sargento le había dado bastantes patadas en el trasero durante la Gran Guerra. ¿Y crees que le guarda rencor? Si mañana se te ocurriese detener a ese sargento con cualquier pretexto, te faltarían mejillas para recibir todas las bofetadas que te caerían.

—Me lo imagino. —Sonrió Naujocks, pensando en el enorme aprecio que Hitler les tenía a sus excompañeros de armas.

—Pero es que el Führer estaba allí, igual que su sargento, pasándose los piojos unos a otros, sufriendo la misma lluvia y atacando las mismas malditas trincheras. Y cuando se perdía el rancho, se quedaban todos sin comer, y cuando atacaba el enemigo, era el compañero, con galones o sin ellos, el que te cubría la espalda. Pero Stalin no: Stalin tenía un brazo inútil y prestaba servicio en la retaguardia, ejerciendo de comisario, lo que equivale a decir que soltaba discursos e imponía sanciones. Él lo sabe y sus

compañeros lo saben. Y él sabe que todo el mundo lo recuerda. Cuando llegó al poder, todo el mundo escribió grandes alabanzas a su papel durante la guerra, pero nadie podía borrar ya aquel famoso informe de Tujachewsky a Lenin. Y por eso, ahora es nuestro.

—Es el mejor que tienen...

—Por eso vamos a acabar con él. Y con Gorev, su mejor mando de blindados...

—Ese está en España... —opuso Naujocks.

—No importa. Lo dejaremos para más adelante. Y acabaremos con Yakir, su mejor talento táctico. Y con Feldman, el único capaz de coordinar los suministros de todo el Ejército Rojo. Feldman será el primero.

—¿Por qué Feldman?

—Es judío. Y los soviéticos son aún más antisemitas que nosotros —se burló Heydrich.

—Se pueden hacer más documentos como esos... —aseguró Naujocks.

Heydrich se pasó los brazos por detrás de la nuca.

—Poco a poco. Desde hace unas semanas estamos pasando pequeños documentos, cuentas, comunicados sin nombre... Tienen que estar sobre aviso. Ahora, despacio, comenzaremos a dar nombres. Escribe.

Naujocks retiró la funda de la máquina de escribir y se dispuso a tomar nota de lo que su jefe tuviera que dictarle.

—Al almirante Canaris, jefe del Abwehr, etc, etc...

Naujocks tardó unos instantes en concluir el largo encabezado.

—Máximo secreto. Nuestros agentes en el exterior han obtenido la documentación que se acompaña, relativa a la actual situación interna del Ejército Rojo. Entendemos que puede ser de su interés, además de corresponder a asuntos de su exclusiva competencia. Un cordial saludo. ¡Heil Hitler! Reinhard Heydrich, etc., etc.

—¿Cree que se lo tragará? —preguntó Naujocks en cuanto concluyó la carta.

—¡Claro que no! ¡Echará espuma por la boca! Canaris tiene todos los defectos salvo ser idiota. Pensará que hemos estado jugando a sus espaldas y se limpiará el trasero con la carta y con las copias de los documentos. Porque le enviaremos copias.

—¿Entonces, qué sentido tiene? —quiso saber Naujocks, que no entendía que se pusiera en riesgo una operación tan importante sólo por dirimir rencillas personales.

Heydrich sonrió levemente.

—Piénsalo, Naujocks. Puedes jugarte el cuello a que en este

edificio hay una docena de espías rusos. Y en el de Canaris, otra docena, al menos. Canaris no se lo va a creer, pero quién sabe por qué manos pasarán estos documentos antes de por las suyas, o después. Los rusos son muy buenos en eso del espionaje, y han aprovechado que el comunismo es una doctrina universal para conseguir que algunos alemanes, por razones ideológicas, traicionen a su país en favor del marxismo internacional.

—Seguramente. Es un problema que conocemos...

—Pues bien: cuantos más espías tengan y mejor trabajen, más jodidos estarán. Porque vamos a emplear su red de inteligencia a nuestro favor. Serán sus espías los que hagan llegar estos documentos, y todos los que elaboremos en el futuro, a las manos del mismísimo Stalin. Nosotros nos limitaremos a pasarnos estos papeles entre nosotros y ellos ya se encargarán de interceptarlos, copiarlos y enviarlos en secreto a donde deban llegar.

—Puede funcionar —reconoció Naujocks impresionado.

—Funcionará. Dale ahora esa carta a una secretaria, dile que es asunto del máximo secreto y ordénale que la pase a limpio.

—¿A una secretaria?

—¿Quién sabe? No se puede perder ninguna ocasión... —se burló Heydrich.

X

No había nada anormal en la calle, pero su instinto le indicó que se mantuviera alerta. Lukhin se detuvo un instante en la acera y miró a ambos lados, en busca de lo que fuera que su subconsciente había percibido sin dar tiempo a que lo racionalizara la lógica.

A unos cincuenta metros de su casa había un coche negro aparcado, con dos hombres en el interior.

Lukhin avanzó tranquilamente hacia el coche y los saludó con la mano.

El que ocupaba el asiento del conductor hizo un gesto de contrariedad y se bajó del vehículo.

—Buenos días, camaradas. ¿Vamos a alguna parte? —se adelantó Lukhin.

—Debe acompañarnos —respondió el hombre.

—Sí, ya supongo. Vamos a Lubianka, ¿no?

—No haga preguntas.

—No lo pregunto. Lo afirmo. ¿Se apuesta conmigo cinco rublos? —desafió Lukhin.

El conductor apretó los labios con desagrado mientras su acompañante reprimía la risa.

Lukhin sabía que cualquier día no regresaría de una de aquellas reuniones, pero era inútil preocuparse. Además estaba de un humor excelente y no iba a permitir que se lo estropease una visita a Lubianka, donde seguramente lo esperaría Molotov para preguntarle por la marcha de las investigaciones. Tenía perfectamente preparado lo que le diría y, mientras Stalin en persona le agradeciera el contenido de sus informes, su posición era segura. Más o menos...

Tal y como Lukhin esperaba, los dos hombres lo llevaron a Lubianka, sólo que esta vez lo condujeron al tercer piso. Y allí no lo aguardaba Molotov, sino Yezhov, el todopoderoso jefe del NKVD.

—Siéntese —le ordenó solamente, sin molestarse en devolver el saludo.

Lukhin obedeció, tomándose unos instantes para analizar a aquel hombre, que seguía escribiendo sin hacerle el menor caso. No sabía gran cosa de Yezhov, pero todo lo que había oído de él le

inducía a considerarlo un hombre inquietante, aunque menos brutal que Yagoda, su antecesor. Al menos exteriormente.

En el último encuentro, el propio Molotov le había prevenido de que debía contar con que Yezhov estaba al tanto de todo, pero a Lukhin no se le ocurría el modo de evitarlo, ni tampoco la razón para hacerlo, cuando cumplía órdenes superiores. Sin embargo, comenzaron a sudarle las palmas de las manos y para evitarlo intentó recordar la sensación de agarrar un tronco en medio de la nieve.

—¿Me recuerda, Lukhin? —preguntó Yezhov de repente, alzando la vista de sus papeles.

—Pues no. Creo que no.

—Nos conocimos en Leningrado, cuando aún se llamaba San Petersburgo. Yo era obrero del metal. Trabajé en Nedermeier y Putilov. ¿Sigue sin acordarse?

Lukhin se encogió de hombros.

—Lo lamento, pero no le recuerdo.

—Yo sí le recuerdo a usted. Su nombre figura al final del informe por el que me deportaron.

Lukhin suspiró. Definitivamente, había trabajado más de la cuenta en una época de su vida.

—¿Y cómo le fue? —preguntó sin pensárselo mucho. No podía parecer acobardado. Había aprendido que eso era lo más importante con aquella clase de hombres: gente ruda, sin instrucción, y con un poder muy por encima de su capacidad. Casi todos los que había conocido tenían la tendencia a confundir la buena educación, o la cordialidad, con miedo y debilidad. Que un hombre como Yezhov tuviese cuentas pendientes con él a nivel personal no era una buena noticia, pero tenía que mantener la calma. O aparentarlo.

—Me llamaban «Nicolasito el de los libros», ¿se acuerda ahora?

Lukhin alzó las cejas.

—¡Caray! ¡Ahora sí! Me alegro de que haya prosperado uno de los pocos que sabían leer.

—El Partido Comunista sabe premiar el esfuerzo —repuso Yezhov, indeciso entre tomarse las palabras de Lukhin como un cumplido personal o como un ataque a sus camaradas.

—No me queda más remedio que darle la razón, puesto que usted y yo estamos aquí.

—De eso quería hablarle. ¿Cómo demonios sobrevivió usted en Solovki, cómo llegó aquí, y qué está haciendo?

Lukhin carraspeó. Aquellas preguntas podían ser un modo de

ganar poder sobre él, o podían también significar que no sabía nada. Lo segundo era lo más peligroso.

—Sobreviví en Solovki con mucha suerte y con fuerza de voluntad. Sabe usted perfectamente cómo llegué aquí y sabe también de dónde proceden las órdenes que cumplo. Por lo demás, está también perfectamente al corriente de que no puedo hablar de ellas.

—Como agente del NKVD, soy su superior directo.

La respuesta estaba clara: Yezhov sabía algo, pero no todo lo que querría.

—No soy agente del NKVD. Solamente simulo serlo por razones operativas. Si se opone a ello, solicitaré instrucciones sobre el particular.

Yezhov dio una palmada sobre la mesa.

—Falso. En este país no se permiten las simulaciones. Es usted realmente un agente del NKVD. Téngalo en cuenta por si no lo sabía. Y como está cometiendo usted una serie de errores, le llamo para advertirle de lo imprudente de su actuación.

—¿Puedo ser miembro de un cuerpo de seguridad sin saberlo yo siquiera?

—Por supuesto. Todo es posible para los órganos del Partido. Lo que no puede usted ser de ninguna manera es un agente de la Ojrana que va por libre. Ni existe la Ojrana ni existen las personas que van por libre.

—Entendido —aceptó Lukhin, sintiendo que el sudor de las manos se extendía lentamente al resto del cuerpo. Nadie sabía que estaba allí. Podía hacerlo desaparecer y ni Stalin ni Molotov se enterarían nunca. O quizás sí...

Yezhov guardó en un cajón la carpeta con la que trabajaba y sacó otra.

—Ahora hablemos de lo que está haciendo. Ha interrogado a mucha gente y ha hecho muchas preguntas en lugares poco habituados a responderlas...

—Tengo autorización para ello. Trato de averiguar qué sucede con ciertas cantidades de material del Ejército.

—Sus investigaciones afectan a algunas operaciones del NKVD. Deben cesar.

—¿Mi trabajo afecta a sus operaciones?

Yezhov dio un puñetazo en la mesa.

—¡Por supuesto, maldito idiota! ¿O se cree que cuando el NKVD se lleva un vehículo para una operación especial, o un traslado de indeseables, hace un parte con el kilometraje y firma un recibo

informando de dónde estuvo el camión? ¿Se cree acaso que vamos dejando recibo del material que empleamos? Su curiosidad está poniendo al descubierto algunas facetas de la seguridad del Estado que deben permanecer en secreto.

Lukhin tragó saliva. Era el momento de tomar una decisión: si retrocedía, Yezhov pensaría que su poder provenía de alguien de segunda fila y no dudaría en acabar con él. Tenía que controlar su nerviosismo, ocultar el miedo, y enfrentarse con él. A Yezhov había que tratarlo como a un lobo o a un perro salvaje: si permitías que olfatease el miedo, estabas perdido.

—Lo entiendo perfectamente —repuso tras un instante de reflexión—. Pero tenga en cuenta que yo no desvelo ni juzgo nada. Recopilo los datos y redacto los informes correspondientes, pero son otros los que deben decidir si ese material es útil o no. Cuando usted reciba mis informes, porque en su puesto debería recibirlos, sabrá enseguida si el material que falta lo emplearon ustedes o se ha desviado a otros fines. Usted lo sabrá y usted decidirá si debe intervenir o simplemente arrojar el informe a la papelera.

—Cubrir de sospechas al Ejército Rojo también es una forma de sabotaje y derrotismo.

Lukhin sintió que le faltaba el aire, pero se obligó a no acelerar su respiración.

—Le recuerdo que sospechar también es la base de su trabajo. Yo no estoy en condiciones de sospechar nada por mi cuenta, y lo estaba menos aún en Solovki. Eso puede contárselo a quienes albergaron esas sospechas y me encargaron investigarlas.

—Quiero que abandone esas pesquisas. De inmediato. Sin discusión. No quiero oír una pregunta más sobre camiones, combustible, uniformes ni mantas de campaña.

—¿Y sobre oro?, ¿y sobre obras de arte incautadas a los nobles rusos? ¿Y sobre la relación entre ese material y algunos viajes al extranjero? Tengo también algunos hilos sobre esos temas y puedo tirar de ellos —preguntó Lukhin, embriagado de su propia ansiedad. Esperaba que en cualquier momento entrase un guardia para golpearle y llevárselo a alguna mazmorra.

—Todo eso debe finalizar inmediatamente. Está perjudicando a la operatividad del NKVD y por tanto a la defensa de la patria.

Estaba claro que su osadía no había sido suficiente, y no podía dar ni un paso atrás. Lukhin decidió jugar aún más fuerte.

—¿Insinúa que ni siquiera usted puede justificar completamente el destino de todo el material desaparecido?

Yezhov se levantó de su asiento, salió de detrás de su escritorio

y agarró a Lukhin por las solapas del uniforme.

—No esté tan seguro de sus fuerzas, viejo loco —lo amenazó.

—No estoy nada seguro, y precisamente por eso soy tan temerario en las preguntas que hago como en las respuestas que doy. Ya debería haberse dado cuenta —se sinceró Lukhin dando por sentado que aquel tipo de actitud sería considerada como una especie de burla.

—Si sigue así, no tardará en echar de menos Solovki. Y puede que esta vez no vaya solo.

A Lukhin se le encendió una alarma en la cabeza. Luego sintió que toda su sangre entraba en ebullición. A partir de ese momento, le bastaba con dejarse guiar por la rabia, rabia verdadera, en vez de simularla.

—Camarada Yezhov, no voy a apartarme de sus asuntos porque no acepto sus órdenes. Y quiero que entienda que no rechazo su autoridad por motivos personales, sino porque eso es lo que me impone el cumplimiento de mi obligación.

—Usted ni sabe dónde está ni sabe con quién habla.

—Estoy en Lubianka y hablo con el jefe del NKVD. ¿Puede hacer usted una declaración tan simple como esa?

Yezhov dudó.

—No me interesan sus estupideces. Tiene que abandonar inmediatamente...

—No voy a hacerlo. ¿Sabe dónde está y sabe con quién habla? —dobló Lukhin la apuesta, convencido de que en un régimen como el soviético nadie podía estar seguro de nada.

—Está usted completamente loco.

—Pero le he dicho dónde estoy y quién es usted. Y puedo decirle quién era y dónde está su antecesor —apretó Lukhin—. Se llamaba Yagoda y está...

—¿Se atreve a amenazarme?

—Sí. Por supuesto. Porque me ha pedido que abandone mis pesquisas sobre el material desaparecido y eso, por sí solo, lo deja a usted en una posición incómoda. Estoy investigando algo muy grave y usted pretende entorpecer mi trabajo.

Yezhov se calmó de pronto y sonrió.

—Bien. Le doy un par de días para reflexionar.

—Le propongo una cosa: empecemos de nuevo y olvidaré que hemos mantenido esta conversación.

Yezhov abrió mucho los ojos.

—No puedo creer que exista alguien tan rematadamente imbécil como para permitirse...

—Me tiene en su oficina. Soy un antiguo oficial zarista. Mande que me detengan, que me peguen un tiro en la nuca y me entierren en cualquier agujero. Es fácil, sólo atrévase.

—Acabará obligándome a hacerlo —repuso Yezhov. Pero su voz ya no sonaba tan segura.

—Pues hágalo en los próximos dos minutos, porque me marcho.

—No sea idiota y piense en lo que le he dicho. Aún es posible que lleguemos a entendernos —se despidió Yezhov.

Lukhin aún permaneció sentado unos segundos antes de despedirse. El tiempo justo para asegurarse de que no le temblarían las piernas al ponerse en pie.

XI

Lukhin regresó a su casa a las siete y media. Aún no era hora de que María hubiese regresado, pero la encontró sentada en la cocina, con una botella de vodka por la mitad y ojos de borracha.

—¿Qué diablos ha pasado? —le preguntó alarmado, intentando quitarle la botella.

Ella se resistió.

—Nada. Aún no ha pasado nada. Poco después de que te fueras esta mañana vinieron dos hombres...

—¿Qué sucedió? ¿Te han hecho algo?

—Nada en absoluto. Se quedaron aquí, hablando conmigo, y me dijeron que no saliera de casa en todo el día. He llamado a mi trabajo y les he dicho que estaba enferma. Cuando les llamé era mentira, pero ahora creo que ya es verdad —repuso ella con lágrimas en los ojos, pero sin permitirse romper a llorar.

—¿Qué demonios querían? —gritó Lukhin, aunque creía conocer la respuesta.

—Querían saber qué hacías, de qué te conocía, por qué estaba contigo. Me dijeron muchas cosas... cosas horribles... pero no importa. He escuchado muchas historias parecidas.

Lukhin se dejó caer en una silla. Pensaba que algo así podía suceder, pero no estaba preparado realmente para ello. Cuando decidió intentar volver con María se llamó cien veces egoísta por involucrarla en su vida, pero al mismo tiempo pensó que era algo que se debía a sí mismo y que le debía también ella, después de los años que había pasado siendo «la otra» mientras su esposa ocupaba el lugar preferente.

—¿Qué les has dicho?

Que trabajas para el NKVD y que no me cuentas nada de lo que haces. Pero insistieron y les dije que estabas buscando camiones perdidos por los cuarteles. ¿He hecho mal?

—No. Lo has hecho perfecto.

—Me amenazaron. Me preguntaron cuánto tiempo sobreviviría en Siberia una mujer como yo... Tolia, yo... Yo no soy tan valiente como creía...

Lukhin resopló.

—¿Quieres que me vaya?, ¿quieres volver a tu vida de antes?

—¡No!, ¡claro que no! Prefiero morirme de una vez a esa especie de vida sin esperanza. ¿No te das cuenta? Me mandaron a trabajar al tranvía como castigo, para embrutecerme. Me casé con un hombre que me embruteció y vivo en una ciudad que embrutece. Me falta poco para convertirme en un animal. Llegaste justo a tiempo para evitarlo...

—Supuse que habría problemas. Te dije que era arriesgado estar conmigo, que cualquier día podían enviarme de vuelta a un campo de internado y a ti lo mismo. Te lo dije, pero creo que no fui prudente.

—Cállate —rogó María.

—¿Que me calle? ¿Cómo quieres que me calle?

—Cállate. Hemos pasado demasiados años esperando no sé qué. Hemos consumido media vida esperando un momento que no llegaba nunca. Ahora estamos juntos y tenemos ese momento, así que lo demás no importa.

—Pero vuelvo a casa y te encuentro medio borracha y llorando.

—Me encuentras igual que he pasado tantas y tantas tardes cuando no estabas. ¿O te crees que antes no bebía y no lloraba?

Lukhin se sirvió un vaso de vodka y lo apuró de un trago.

—¿Qué más te dijeron?

—Nada. No querían decirme nada. Querían solamente asustarme. Que supiera que estaban atentos y que yo estaba vigilada. Supongo que querían que lo supieras tú también.

—Eso es lo que entiendo.

—No cedas, Tolia. Haz lo que tengas que hacer.

Lukhin se levantó, la besó con rabia, y sacó un folio de la cartera de cuero que siempre llevaba consigo al trabajo. Luego destapó la pluma y comenzó a escribir.

Apreciado camarada:

Es mi deber informarle de que, a instancias del comisario del Pueblo de Asuntos Interiores, camarada Nikolai Ivanovich Yezhov, he recibido en mi casa una visita intimidatoria contra la mujer con la que vivo. Asimismo, he recibido órdenes directas del camarada Yezhov, en su calidad de superior directo mío, de que abandone de manera inmediata todas las investigaciones que me han sido encomendadas, en especial aquellas referidas a la desaparición de material militar, joyas incautadas y otras piezas de valor material y artístico.

Me disculpo de antemano por el conducto elegido, pero entiendo que la urgencia del asunto lo requería.

Solicito instrucciones.

N. L.

Luego se levantó, fue hasta el teléfono y llamó al número que le había dado Stalin.

—Soy Lukhin. Tengo que enviar un importante comunicado al camarada Stalin. Que alguien pase a recogerlo por mi casa cuanto antes, por favor.

Cuando volvió a la mesa, María estaba leyendo la nota.

—¿Vas a enviar eso?

—Exactamente. Vendrán en media hora a recogerlo. Búscame un sobre, por favor. Creo que los dejé en el armario.

—¿Pero a quién se lo vas a enviar? ¿No será a...?

—Sí. A Stalin.

—¿Y crees que va a hacerte caso?

Lukhin se echó a reír. Era una risa cruel, desprovista de cualquier alegría.

—¡Para nada! Lo más que espero es que me diga que me olvide del asunto y que siga con mi trabajo. Eso, en el mejor de los casos. ¿Pero sabes una cosa, Marushia? Es algo que aprendí en los viejos tiempos: cuando te quejas de un funcionario, lo normal es que su jefe lo defienda y no te hagan ni caso. Pero un día, tarde o temprano, ese funcionario tiene un problema con su superior, uno cualquiera, y ese día salen a relucir todos los papeles viejos que amontonaban polvo en un archivador. No sé cuándo, pero esa nota, tarde o temprano, acabará con Yezhov.

XII

El propio Hitler había diseñado la decoración de su despacho en la cancillería, y aquella tarde había preferido usar la zona más íntima, amueblada con un par de sillones y una mesa baja de café. Se trataba de una reunión de trabajo, pero la elección de aquel ambiente pretendía remarcar el carácter informal de lo que allí se hablara. Todo el mundo sabía que en la mesita de café se podía hablar con mucha más libertad que ante el imponente escritorio del canciller.

—Yo creo que la cosa marcha bien. Por lo que sabemos, hay movimiento en Moscú. Aún no han detenido a nadie pero hay movimiento —informó Himmler.

—¿Qué es lo que se ha hecho, concretamente? —preguntó Hitler.

—Primero, difundir generalidades. Y desde hace un par de días, empezar a mencionar nombres. Feldman y Tujachewski, concretamente —repuso Heydrich.

—Me suena Tujachewsky, pero no conozco de nada a ese Feldman...

—Tujachewsky es el mejor mariscal que tiene la URSS. Lo elegimos porque nos pareció que si conseguíamos hacerlo caer, el daño sería mayor. Y porque es una presa más fácil que otros. En cuanto a Feldman, además de judío, es el encargado de intendencia y suministros de todo el Ejército Rojo. Se ocupa de la organización y modernización. Si conseguimos la cabeza de los dos, el daño será importante. Pero no pensamos detenernos ahí. O por lo menos, el plan inicial es no detenernos —explicó Heydrich.

—Hay que llegar hasta donde llegue Stalin —se mostró de acuerdo Hitler.

—¿Y hasta dónde cree que puede llegar Stalin? —preguntó Himmler.

—No lo sé... Yo de buena gana fusilaría a veinte o treinta generales, pero me tengo que aguantar porque se supone que soy un presidente democrático que tiene que caer simpático a los inversores americanos... —bromeó Hitler, refiriéndose a las recientes negociaciones con diversos industriales de Estados Unidos

que apoyaban el rearme nazi.

—Ese Schacht nos acabará metiendo en un lío —comentó Himmler refiriéndose a las extrañas maniobras financieras de Hjalmar Schacht, el ministro de Economía. A todos los jerarcas del Partido les había sorprendido el nombramiento, para un ministerio tan importante, de un individuo que no sólo no era nazi cuando llegó al Gobierno sino que había continuado negándose a pedir el ingreso en el NSDAP.

—Deje a Schacht en paz, que lo está haciendo de maravilla —lo defendió Hitler—. Es posible que nos meta en un lío, ¿pero qué es lo que no nos mete en un lío? Hace veinte años que estamos en un lío, y por eso estamos aquí, hablando de la manera de convencer a Stalin de que destruya su propio ejército. Necesitamos tiempo, y cada día que se gana es una oportunidad más. Por eso no estoy de acuerdo en que se involucre, de momento, a los militares rusos que participan en la guerra de España. Eso deben aplazarlo.

—Gorev es muy importante, mi Führer —insistió Heydrich.

—Le creo. Y he preguntado a algunos de nuestros generales y son de su misma opinión, pero déjenlo en paz, de momento.

—Sería una pena perder esta ocasión... pero haremos lo que se nos ordene, por supuesto.

Hitler apretó los labios en un gesto de concentración.

—No se trata sólo de que cumplan órdenes. Quiero que lo entiendan, por si surge otro nombre similar. Necesitamos ante todo ganar tiempo. Cada día que pasa somos más capaces militarmente de resistir una invasión francesa, como la de hace trece años, y más capaces de oponernos a una guerra preventiva por parte de los checos, los polacos, los rusos o cualquiera de esos miserables eslavos. Pero la amenaza permanece en ambas fronteras. Los aliados occidentales, franceses, ingleses y americanos sobre todo, parecen haberse calmado un tanto con sus reclamaciones del dinero de Versalles desde que empezó la guerra de España. En el este, ustedes pueden tener entretenido a Stalin una temporada... Bien, pues esa es la consigna: que Stalin siga entretenido y que la guerra de España dure lo bastante como para que nos hayamos rearmado completamente antes de que concluya. Mientras dure la guerra de España nos necesitarán allí, conteniendo el comunismo, y no se preocuparán demasiado de si construimos aviones, tanques o submarinos. Pero esa situación no se mantendrá cuando la amenaza de una pinza comunista haya desaparecido. Si Franco pierde la guerra, será un desastre; pero si la gana demasiado pronto, también. De hecho, es peor que Franco gane demasiado pronto a que termine

perdiendo, porque si termina perdiendo es posible que las democracias occidentales prefieran aliarse con nosotros contra Stalin. Pero si gana antes de tiempo, entonces sí que las pasaremos canutas...

—Entiendo —asumió Heydrich.

—Los asesores soviéticos son una pieza fundamental de las fuerzas de la República, y Gorev es probablemente el más competente de todos ellos. Eliminar a Gorev demasiado pronto podría ser fatal para la República y también para nosotros. En el ejército republicano hay muy pocos militares que valgan la pena. Franco no es un genio, pero es un profesional, y si se le quita su contrapeso en el otro bando, puede resolver la guerra en pocos meses. Así que dejen en paz a Gorev y al resto de asesores militares en España.

—A sus órdenes —respondieron Himmler y Heydrich a la vez.

—En cuanto a los que están en Rusia, tengo entendido que nos convendría un hombre como Voroshilov al frente del Ejército Rojo. O quizás Budionni. A esos no los toquen.

—Yo había pensado involucrar a Voroshilov más tarde... —explicó Heydrich.

—Manténgalo al margen. Según me cuentan, es un idiota integral. A los hombres como él hay que cuidarlos como a verdaderas joyas.

—A sus órdenes —repitieron Heydrich y Himmler.

XIII

En España continuaba la guerra, con constantes altibajos. Había terminado el tiempo de los rápidos movimientos envolventes y los frentes se parecían cada vez más a las operaciones de trincheras y desgaste que viera Europa durante la Gran Guerra, pero con una ínfima parte de los hombres y material que se enfrentaron en aquel conflicto.

Tras el fracaso del ataque frontal sobre Madrid, los sublevados planearon envolver la capital por el noroeste, concentrando sus esfuerzos en bloquear la carretera de La Coruña para usarla luego como principal vía de penetración, ya que el noroeste era su principal esperanza de conseguir refuerzos.

Así, a primeros de noviembre del año anterior, tuvo lugar la primera batalla de la Carretera de La Coruña, en la que las tropas de Franco sólo consiguieron avanzar algo más de tres kilómetros de los siete que habían planeado. Un mes después, en diciembre del treinta y seis, redoblaron sus esfuerzos para desbloquear el frente, pero los republicanos mantuvieron sus posiciones.

En enero del treinta y siete tuvo lugar la tercera batalla de la Carretera de La Coruña. Para esta ocasión, los sublevados pusieron en juego un conglomerado militar, la División Reforzada de Madrid, que contaba con tanques italianos y algunas baterías antitanque con que poder contrapesar los temidos T-26 soviéticos, comandados por Gorev y otros asesores militares rusos. Los republicanos desplegaron un ejército compuesto de cinco divisiones, aunque no contaban con militares profesionales para mandarlas y tuvieron, para ello, que sacar de la reserva a algunos oficiales jubilados por Azaña o encomendarlas a comisarios comunistas, como Juan Modesto, con el beneplácito de los soviéticos.

Entre los días 6 y 9 de enero se desarrolló lo más duro del enfrentamiento, pero el frente quedó finalmente estancado el día 10, con lo que Franco se convenció de que el ataque por el noroeste era mucho más complicado de lo que inicialmente suponía y abandonó sus planes en favor de un nuevo intento por el sureste.

En esta ocasión, en lugar de utilizar las posiciones propias más potentes, se trataba de cortar la carretera de Valencia, de donde

llegaba la mayor parte de los suministros y refuerzos de los republicanos después de que el Gobierno huyera a Valencia tras la primera batalla de Madrid.

Con este objetivo, se inició la batalla del Jarama el 4 de febrero. Varias unidades de la legión apoyadas por fuerzas regulares marroquíes atacaron a lo largo del río Jarama. El 11 de febrero tomaron el puente de Pindoque, defendido por la compañía André Marty de la XII brigada internacional, pero no pudieron resistir el contraataque de los blindados republicanos mandados esta vez por el general Rodimtsev, apodado general Pablo entre los milicianos. Las fuerzas soviéticas, especialmente los blindados y los aviones «chato», obligaron a los insurrectos a abandonar su idea inicial de alcanzar la línea Arganda-Morata de Tajuña. Sin embargo, tras largos combates, los republicanos tampoco pudieron consolidar el terreno ni recuperar lo perdido, con lo que el frente quedó estabilizado una vez más. El 23 de febrero del 37 se dio así por terminada la batalla del Jarama.

Al mismo tiempo, y mientras se luchaba en las proximidades de Madrid, se produjo un ataque de los sublevados en el sur. Con el importante apoyo de las unidades militares italianas que Mussolini había enviado para apoyar a Franco, el 8 de febrero se produjo la toma de Málaga. El ataque había comenzado tres semanas antes, con un movimiento combinado: por el lado norte se inició el ataque desde Ronda, desde el oeste atacaron partiendo de Marbella (con el apoyo de los dos modernos cruceros Baleares y Canarias que bombardeaban desde el mar sin que pudiese oponerse la débil escuadra republicana), y desde el noreste se inició el asalto desde Granada hasta Alhama.

La milicias republicanas resistieron valerosamente retrocediendo lentamente hacia la capital malacitana, pero allí sucumbieron debido a la falta de jefes competentes y de cualquier apoyo desde el mar. A los pocos días, los sublevados llegaron a Motril haciendo numerosos prisioneros y capturando grandes cantidades de material.

Esta derrota supuso un grave enfrentamiento entre el Gobierno de Largo Caballero y los dirigentes comunistas, encabezados por los comisarios soviéticos. La completa falta de eficacia, el abandono de la lucha a pesar de la abundancia de hombres y material y la total descoordinación de las fuerzas, indujo a los rusos a amenazar con abandonar a la República a su suerte si no se corregían aquellas carencias. A instancias de los rusos, varios jefes militares de la defensa de Málaga fueron procesados por cobardía o incompetencia.

Animadas por este éxito, las fuerzas expedicionarias italianas propusieron un nuevo intento de asalto a Madrid. El Corpo di Truppe Volontarie fascista italiano atacaría Madrid. Esto fue lo que dio origen a la que luego sería la batalla de Guadalajara.

La idea italiana de la ofensiva era atacar Madrid dirigiéndose a Guadalajara, y una vez tomada esta ciudad cortar la carretera de Valencia y entrar en la capital.

El día 8 de marzo comenzó el ataque y en la noche del 9 al 10 de marzo la 3ª división italiana tomaba Brihuega, y el día 11 Trijueque, encontrando una fuerte resistencia de las fuerzas republicanas, entre las que se encontraban la XI y la XII brigadas internacionales, encuadradas también por italianos, pero en este caso antifascistas. El mal tiempo y la pericia de los asesores rusos en el mando de los blindados detuvieron en seco el ataque italiano. El 12 de marzo las tropas republicanas lanzaron una contraofensiva que hizo huir desmoralizada a la 3ª división italiana y permitió recuperar en los días siguientes Trijueque y Brihuega, apoderándose del material abandonado por los italianos. El día 19 de marzo las fuerzas republicanas detuvieron su avance y organizaron sus líneas de defensa. El 23 de marzo terminó la batalla de Guadalajara que la prensa liberal y de izquierdas llamó la «primera victoria contra el fascismo».

La prensa internacional lo celebró como un cambio de inflexión en el rumbo de la guerra:

Con la ayuda rusa, la República ha podido responder a la amenaza que suponía la llegada de armamento desde Italia y Alemania para el bando nacional. El Ejército Popular ya no consistía en bandas sueltas de milicianos con improvisados mandos...

Tras este fracaso, los sublevados decidieron dejar de lado Madrid y lanzarse a la campaña del norte, de vital importancia para controlar sus importantes recursos mineros e industriales.

La guerra no sería breve.

XIV

Lukhin pensaba que después de ver cómo lo sacaban de Solovki para pedirle que trabajara al servicio de las más altas instancias del Partido ya nada podía sorprenderle. Pero estaba equivocado: le resultó aún más sorprendente que tras ser conducido de nuevo a Lubianka y escoltado hasta el tercer piso, Yezhov le recibiera sonriente y le estrechara la mano para felicitarle.

—Camarada Lukhin, tengo que decir que estaba completamente equivocado y usted tenía toda la razón. Le felicito por su trabajo y por su temple, y le ruego disculpas por las molestias que le ocasionó mi equivocación.

Aquello era más de lo que Lukhin podía esperar de su queja a Stalin, pero decidió que en esta ocasión lo mejor era mantener una actitud sumisa y respetuosa. La tentación de preguntar a Yezhov por qué había cambiado de opinión era muy fuerte, pero su prudencia de siempre, reforzada y blindada por los años de presidio, consiguió imponerse. ¿Qué necesidad había de humillarlo? Si lo hacía lo pondría inmediatamente en su contra y, además, le daría a entender que aún era un presidiario sacado por unos días de su cuchitril. En cambio, si hacía como si todo hubiese sido una bagatela, lo dejaría pensando en qué clase de hombre era aquel que acaba de salir de Solovki y hablaba personalmente con Stalin.

—Estoy siempre a sus órdenes, camarada comisario, aunque a veces no pueda demostrarlo como quisiera —repuso Lukhin, sin pasar por alto la sonrisa irónica con la que el jefe del NKVD recibió sus palabras—. ¿Puedo preguntarle por qué me felicita?

—¿No lo sabe aún?

—No he recibido información alguna. Me disponía a acudir a mi puesto cuando se me ha indicado que viniera hasta su despacho.

Yezhov se echó a reír, divertido.

—O sea que se le indicó... Dos hombres armados se presentan en su casa y le traen hasta aquí, y usted dice que se le indicó... ¡Ustedes los oficiales zaristas son una gente increíble!

—Yo ya no soy zarista y seré solamente oficial mientras usted lo decida... —se mantuvo Lukhin.

Yezhov se levantó de su asiento y pasó a la parte delantera del

escritorio. Sacó un cigarrillo de una pitillera metálica y ofreció otro a Lukhin, que dudó un instante antes de aceptar. Su papel requería aceptar y así lo hizo.

—No pretendo que seamos amigos, por supuesto, pero le confieso que he aprendido a admirar su modo de trabajar.

Lukhin pensó que era ya la segunda vez que escuchaba la misma frase de un alto dirigente soviético y dudó si sería buena noticia o le faltaba un sólo golpe para dar con sus huesos de nuevo en Solovki, o en una fosa común en cualquier lado.

—Gracias. Siempre me he limitado a cumplir con mi trabajo lo mejor que he sabido —respondió, repitiendo lo que le había dicho en su momento a Molotov.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Sesenta y seis.

—Yo tengo cuarenta y uno. Cumpliré cuarenta y dos el mes que viene, si no hay órdenes en contra de estamentos superiores —explicó Yezhov con una sonrisa que Lukhin se permitió secundar.

—Está claro que su carrera es mucho más brillante que la mía —se atrevió a responder Lukhin, calculando los límites en los que debía mantenerse.

—Es posible, sí, pero a mí no se me hubiese ocurrido revisar los cuentakilómetros de diez mil camiones del Ejército. Se le ocurrió a usted, y ahora hemos encontrado un almacén con más de cien camiones, unas diez mil raciones militares, varios centenares de mantas y un buen montón de suministros más. Es un gran éxito que va más allá de la lucha contra la corrupción, que ya sería suficiente. Pero va mucho más allá, y debo felicitarle personalmente. ¿Cómo se le ocurrió?

Lukhin echó cuentas mentalmente de lo que podía contar y lo que no. Tenía que elegir algo que no podía contar pero que Yezhov ya supiera.

—En realidad no sé si debo hablar de esto —comenzó—. Pero si es usted mi superior directo, y no lo dudo, tampoco creo que deba callarlo.

—Estamos todos en el mismo bando, al fin y al cabo —lo animó Yezhov.

Lukhin pensó que no había oído una mentira tan enorme en toda su vida, pero simuló tragarse el anzuelo.

—Desde luego. Recibí instrucciones para buscar a una persona desaparecida en extrañas circunstancias. El comisario político Manchev, concretamente —explicó Lukhin, seguro de que era un dato conocido por el jefe del NKVD.

—Y sobrino del camarada Molotov —confirmó Yezhov.

—Exactamente. Se lo llevaron unos hombres con acento moscovita en un camión completamente nuevo, sin distintivos ni insignias. Todo el mundo se centró en interrogar a los testigos o en buscar grupos o facciones con suficientes motivos para capturar a esa persona, pero yo preferí centrarme en los camiones.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque a lo largo de mi vida he oído mentir a miles de seres humanos, pero jamás oí mentir a un camión —repuso Lukhin muy serio.

Yezhov se echó a reír.

—Brillante. Absolutamente brillante. Y a partir de ahí trató de averiguar dónde podía haber un camión completamente nuevo que hubiese realizado el camino de ida y vuelta a Ucrania. ¿No es así?

—Un trayecto que, además, no hubiesen hecho el resto de vehículos de su unidad. Porque estaba seguro de que no habían desplazado una unidad entera, sino sólo un par de camiones, o una docena a lo sumo.

—¿Qué ambiente se encontró en los cuarteles?

Lukhin sabía que era el momento de tomar una decisión. Y la tomó mientras aplastaba la colilla de su cigarrillo en el cenicero.

—En general, de desconfianza. Al principio la atribuí a mi procedencia zarista. A la gente, en general, no le gusta que la interroguen, y menos aún que lo haga un enemigo del régimen al que nadie sabe por qué han rehabilitado de pronto. Luego, poco a poco, me di cuenta de que además de mi persona les inquietaba lo que pudiese encontrar. Y por eso mismo me extrañó tanto su orden del otro día, si me permite...

—Por supuesto, por supuesto: yo estaba equivocado. Escuché las quejas que no debía escuchar y quise frenar lo que pensaba un movimiento desmoralizador, pero ahora sé que actuaba usted correctamente. Uno de los altos mandos a los que usted interrogó está actualmente bajo sospecha y muy probablemente será detenido en las próximas horas, días, o semanas, dependiendo de la marcha de las investigaciones.

Lukhin pensó inmediatamente en el informe que había redactado contra Boris Feldman, y trató de saber si era él.

—¿Puedo preguntar de quién se trata?

—Ya debería saber que no puede preguntar nada. Sea prudente y no cometa mis errores... —bromeó Yezhov, conciliador.

—Le ruego que me disculpe —se excusó Lukhin.

—¿Pero qué más da? ¿Cómo voy a ocultarle eso a usted? Se

trata de Boris Feldman. Por lo pronto, es el responsable de la intendencia y aprovisionamiento del Ejército, y quien debe aclarar qué ha sucedido con los mecanismos de control del material que ha ido desapareciendo durante meses. Hoy mismo se ha cursado su ascenso como subjefe del Distrito Militar de Moscú.

—¿Ascenso? —se extrañó Lukhin.

Yezhov sonrió.

—Por supuesto. Si se va a dar un escarmiento, es bueno que sea contra un personaje lo más alto posible. Cuesta lo mismo, y el efecto disuasorio se refuerza. La idea de degradar a un hombre antes de encausarlo es intolerablemente burguesa: retiran al culpable de su cargo para que el cargo permanezca limpio, dicen ellos, pero lo único que en realidad consiguen es dar a entender que el cargo ofrece cierta impunidad y esa impunidad sólo desaparece cuando se pierde el cargo. Los comunistas preferimos ascender a los sospechosos para que todo el mundo vea que nadie, en ningún puesto, está fuera de las manos de la ley.

Lukhin se pasó la lengua por las puntas del bigote que se había dejado crecer en las últimas semanas. La idea le parecía magnífica.

—Ya... Bueno... Cuando hablé con él alegó que a veces eran las propias fábricas las que no cumplían puntualmente con los envíos —aclaró.

—¿Y a qué esperaba ese idiota para denunciarlo? No es sólo una calumnia, sino también una mentira derrotista que además no lo exculpa, porque sabe de sobra que conocer un acto delictivo y no denunciarlo lleva aparejada la misma pena que el delito en sí. Más le vale ofrecer otra excusa cuando sea detenido. Los responsables de las fábricas firmaron los envíos. Los responsables de las unidades militares firmaron los recibos. ¡Y ahora viene un encubridor a decir que toda esa gente mentía porque él es el único que dice la verdad!

—Intolerable, por supuesto —se sumó Lukhin, mientras continuaba sus cavilaciones. Su cabeza podía empezar a echar humo en cualquier momento.

—Pero hay más. Mucho más. Casi cien mil litros de combustible. Los hemos encontrado en un antiguo pozo, en una casa de las afueras.

—Eso es muy grave —reconoció Lukhin.

Yezhov esbozó una sonrisa.

—Había pensado que fuera usted esta tarde a formalizar la requisa y practicar las detenciones.

—¿Yo? —se extrañó Lukhin, demasiado sobresaltado para su propio gusto.

—Sí, usted. A solas o con ese compañero que se ha buscado. Como quiera. Es una forma de reconocer sus servicios. Levantará las actas, ordenará las detenciones, dirigirá el traslado del combustible a los depósitos del Ejército y firmará el informe correspondiente. Es mi manera de reconocer sus esfuerzos y... bueno, un modo de traerle de vuelta al mundo real. Puede que incluso le asciendan o le condecoren por esto, y ya no seguirá siendo una especie de anomalía que circula por ahí mientras se supone que sigue en Solovki, hasta que un día se le ocurra a alguien devolverle allí.

—Muchas gracias. Le aseguro que se lo agradezco de todo corazón, pero me pueden devolver allí de todas maneras.

—Por supuesto. Como a cualquiera que cometa una infracción grave o no cumpla con su trabajo. Pero ya no será posible sin papeles ni explicaciones, ni bastará con decir que era usted un oficial enemigo hace veinte años —explicó el jefe del NKVD.

—No se arrepentirá —repuso Lukhin mientras pensaba justamente lo contrario.

XV

Aquella tarde Lukhin se hizo gracia a sí mismo al mirarse en el espejo antes de salir de casa: traje oscuro, abrigo negro y un sombrero que de puro anticuado parecía salido de un baile de disfraces.

—¿Dónde vas con esa pinta? —le preguntó María.

—A trabajar.

—¿Y el uniforme?

—Hoy será este mi uniforme.

—Pues no sé. Pareces... Pareces... —dudó ella.

—Parezco un comisario de la Ojrana. Así era como me vestía entonces. ¿O ya no lo recuerdas?

María lo tomó por los hombros, preocupada.

—No sé lo que pasa ni a qué juegas, pero ten cuidado, ¿de acuerdo?

Lukhin la besó.

—Eso hago: jugar. Y necesito este tipo de cosas para darme ánimos. Cuando dejas de saber quién eres, estás perdido. Ellos saben muy bien quién soy aunque te envíen un ramo de rosas como desagravio por el susto del otro día. Tengo que saberlo yo también.

—Sólo te falta el carné de la Ojrana.

—Si lo tuviese, lo llevaría —respondió Lukhin antes de salir.

La operación de recuperación del combustible robado marchó exactamente según lo previsto. A las tres en punto Lukhin se presentó con doce hombres en el lugar señalado y mandó detener a los dos hombres que halló en el lugar. El resto serían detenidos aquella misma tarde en distintos puntos de Moscú.

Inmediatamente, otro grupo de soldados comenzó a bombear la gasolina desde el pozo donde estaba oculta. Se trataba de un pozo de unos cincuenta metros de profundidad completamente revestido de cemento. Aquello no podía ser obra de unos delincuentes de poca monta.

—Un buen botín —comentó Ivanenko, contrariado por no poder fumar.

—¿El suyo o el nuestro? —preguntó Lukhin.

—¿Qué ganamos nosotros aquí?

—Yo firmaré estas detenciones. Y tú conmigo. Con esto, dejamos de ser oficialmente prisioneros a los que se ha dejado en libertad temporal por interés del Estado y pasamos a ser verdaderos agentes del NKVD.

—Muchas gracias —aceptó Ivanenko sin ningún entusiasmo.

—¿No te alegras?

—Mucho. Estoy a punto de tirarme al pozo de puro contento.

Lukhin se llevó aparte a su ayudante, mientras el personal militar seguía trabajando con los camiones.

—La cacería se ha puesto ya en marcha —comenzó—. Y nosotros somos parte de esa cacería. No sé lo que pretenden ni por qué están tan interesados en que participemos en esto, pero creo que esperan que alguien se dirija a nosotros buscando apoyo. O quizás quieran tener a quien echarle la culpa de lo que salga mal. Sea como sea, estamos aquí y no en un campo de trabajo perdido del mundo.

—Yo haré lo que usted me mande.

—Encierra al idiota un rato, Ivanenko, que quiero hablar contigo —pidió Lukhin recordando la doble personalidad que su ayudante le mostrara unas semanas atrás.

—Dígame comisario. Pero sea rápido, porque no puedo tener al idiota encerrado mucho tiempo.

Lukhin sonrió.

—Ahora sabemos ya que temen un golpe de Estado. Y puede que haya algo de eso, pero no estoy seguro. Y lo cierto es que tampoco me importa. Creo que nos van a señalar las presas, y al mismo tiempo nosotros se las señalaremos a ellos, o ayudaremos a señalarlas.

—No entiendo lo que se gana, pero estoy de acuerdo. Cuando me emborracho, hablo demasiado sobre lo que veo en los cuarteles. Dígame nombres y me iré de la lengua con el primero que quiera escucharme. ¿Voroshilov?, ¿Tujachewsky?

—No. Mejor ese otro... El que nos habló de que las fábricas no enviaban completos los lotes.

—¿Feldman?

—Feldman ya no le importa a nadie. El otro: Yakir —aclaró Lukhin.

—Bien. Bastará su nombre y un guiño —asintió Ivanenko—. Pero sigo sin saber lo que ganamos.

—Descubriremos el golpe de Estado.

Ivanenko apretó los labios.

—Si de veras existe, ¿de veras quiere que lo descubramos?

—Si nosotros podemos descubrirlo es que no existe. ¿no te das cuenta? Es imposible que dos piojos como tú y yo podamos descubrir nada que no nos estén mostrando de antemano. Lo de los camiones fue una buena idea, si quieres, pero se puede explicar de mil maneras si quieren aceptar la explicación: pequeños viajes, algún trabajo con fines particulares, tonterías, faltas leves... Si no dejan de lloverme felicitaciones es porque estamos encontrando lo que quieren que encontremos. ¿O tú sabías algo de esta gasolina?

—Nada en absoluto.

—Yo tampoco. Y nos atribuyen el éxito. Ellos quieren ver el golpe de Estado y nosotros iremos más allá en la investigación. Veremos lo que ellos quieran, pero aumentado. Donde ellos señalen a uno, nosotros señalaremos a cinco.

—¿Y desactivar la investigación por exceso de sospechosos, como en el caso Grigorov? —preguntó Ivanenko refiriéndose a un asunto en el que habían trabajado veinte años atrás y que debieron abandonar por la apabullante cantidad de enemigos que tenía la víctima.

Lukhin miró a los lados para comprobar si seguían solos.

—No, nada de eso. He pensado mucho en ello y creo que no existe tal golpe, sino un simple estado de terror. Y a medida que el terror se extienda y se haga más amplio, puede que haya algunos que estén dispuestos a convertir el golpe en realidad sólo por librarse de la cacería. Investigar una conjura puede acabar por crearla. ¿Te das cuenta? Si involucramos al número suficiente de altos mandos, un día pueden hablar entre ellos y decidir que más vale intentar de veras el golpe que desfilar uno a uno al matadero. No hay golpe, pero vamos a darles buenas razones para que lo organicen. O a intentarlo, al menos.

Ivanenko se frotó la nariz como si le quisiera sacar brillo.

—No funcionará. Dos piojos como nosotros, tal como usted dice, no pueden aspirar a tanto.

—Depende de lo que estemos dispuestos a arriesgar.

—¿Un techo sin goteras, dos comidas calientes y una botella de vodka? Eso es todo lo que yo arriesgo. Y sí, estoy dispuesto. Pero usted...

Lukhin alzó la comisura de los labios.

—Yo tengo sesenta y seis años y no aguantaré mucho más. ¿Sabes lo que arriesgo? Una vejez puñetera, estorbando a la mujer que quiero, media vida tosiendo y una muerte miserable. Tenemos que intentarlo.

—Yakir, me dice...

—Yakir, Feldman, los que se te ocurran...

Ivanenko se encogió de hombros, anunciando con ese gesto el regreso del idiota.

XVI

Heydrich llevaba toda la mañana trabajando y no estaba de buen humor. Echaba de menos el mar, o los tiempos en que podía dedicar unas cuantas horas al día a la esgrima, o a tocar el violín. Ahora, ni siquiera lo tocaba ya en su despacho para relajarse: todo se había convertido en una especie de océano de papeles, problemas, luchas internas y asuntos urgentes que podían conducir a la catástrofe si no eran atendidos de inmediato.

Por eso, cuando alguien llamó a la puerta de su despacho, contestó con una especie de gruñido autorizando a entrar a quien quiera que fuese.

Era Franz Josef Huber, uno de los policías bávaros que se había llevado consigo a Berlín para aportar un poco de eficacia y experiencia policial a su nueva organización. Huber ni siquiera era nazi y acababa de afiliarse al Partido, obligado, después de que el propio Himmler tuviera que amenazarlo personalmente con retirarlo del puesto si no se hacía miembro del Partido de una maldita vez. Con Müller, el jefe de operaciones de la Gestapo, aún había sido peor: ni siquiera Himmler había conseguido que se afiliase.

—Pase. No se quede ahí en la puerta —lo conminó Heydrich.

—Lamento molestarle, *Gruppenführer*, pero se trata de un asunto de la máxima importancia.

—¿Ve todo este montón de papeles? —preguntó Heydrich señalando una pila de carpetas que reposaba sobre su mesa—. Pues todos, sin excepción, son asuntos de la máxima importancia.

—Algún día se normalizarán las cosas y habrá algo menos de trabajo... —quiso conciliar Huber.

—Ni lo sueñe. Dígame: tengo sólo un par de minutos.

Huber carraspeó. Le hubiera gustado tener tiempo para abordar el asunto con la debida calma, pero trató de ordenar sus ideas para resumir lo mejor posible el preocupante asunto que tenía entre manos.

—Seré breve: hemos verificado que hay fugas de información. Aún no conocemos completamente su alcance, pero es seguro que una red de espías soviéticos actúa delante de nuestras narices y en

nuestras propias oficinas.

—Nada que no sospechásemos —repuso Heydrich con frialdad.

—Por lo que hemos podido averiguar, es mucho más grave de lo que pensábamos —insistió Huber—. Algunos de nuestros agentes en su campo han recibido información sobre nuestros movimientos menos de veinticuatro horas después de que se tomasen aquí ciertas decisiones. La rapidez y alcance de esas filtraciones hacen pensar en una penetración muy profunda en nuestra estructura.

—Bien. Traten de localizar esa red —repuso Heydrich con tono fatigado, como si se hubiera visto en la obligación de mandar reparar una gotera al encargado del mantenimiento de los tejados.

—Ya tenemos algunos nombres, aunque no estamos completamente seguros —anunció Huber alargando un folio a Heydrich.

El jefe de la SD repasó la lista rápidamente y marcó un par de nombres con su pluma.

—A estos dos, asciéndalos. Y en cuanto a la secretaria que figura al final de la lista, envíela al archivo.

—¿Al archivo? Pero en el archivo tendrá acceso...

—Haga lo que le digo. Y siga buscando más nombres. En cuanto tenga algo, venga a verme. Pero no detenga a nadie ni entorpezca sus actividades.

—A sus órdenes —repuso Huber sin poder ocultar su estupefacción. Sabía que era imposible adivinar qué pensaba un individuo como Heydrich, pero aquello superaba cualquier rareza que hubiese visto antes.

—Y si se encuentra un espía ruso por la calle, o donde sea, tráigalo aquí y ofrézcale un empleo. De cualquier cosa. Como si es de fontanero para que revise las cañerías del edificio. ¿Me entiende?

—Creo que sí... —respondió Huber frunciendo el ceño.

—Y no comente con nadie estas instrucciones. Con absolutamente nadie. Ni superiores, ni subalternos. De hecho, usted ni siquiera ha venido hoy a verme.

—Por supuesto.

—Si alguno de sus subordinados decide hacer méritos desenmascarando a algún espía ruso, dígale que la detención es prematura y que hay que provechar esa información para descubrir a otros. Pero impida a toda costa que haya detenciones. Por el momento.

—A sus órdenes.

Heydrich estiró los brazos para relajarse y su expresión pareció descongelarse también con aquel gesto.

—Hay algo que vamos a enseñar a los rusos: que no tener ojos te convierte en topo, y que tener demasiados te convierte en mosca —explicó con una sonrisa torcida antes de regresar a su trabajo, dando por terminada la conversación.

XVII

Édouard Daladier no era ni mucho menos un principiante.

Hijo de un panadero y militante izquierdista desde su juventud, había iniciado su carrera política en 1911, cuando fue elegido alcalde de Carpentras, su localidad natal, con tan sólo veintisiete años.

En 1914, con el inicio de la Gran Guerra, dejó la política para alistarse en el Ejército y regresó cuatro años más tarde, como veterano, habiendo logrado la Legión de Honor por su valor en el frente. Nada más regresar a la política fue elegido diputado por el Partido Radical y fue ministro en varios Gobiernos izquierdistas de los años veinte. En 1924 se le nombró ministro de Colonias, un campo especialmente delicado, y en 1925 fue nombrado ministro de la Guerra. El año siguiente se convirtió en ministro de Instrucción Pública y en 1930 ocupó la cartera de Obras Públicas para convertirse finalmente en presidente en los años 1933 y 1934.

En 1936 organizó la coalición de izquierdas que hizo posible en Francia el Gobierno del Frente Popular, y desde entonces ocupaba la cartera de Defensa Nacional, una cartera cada vez más compleja, necesitada de un hombre de su experiencia, que supiera lidiar con los distintos problemas que crecían por toda Europa.

Aquella tarde, mientras se arreglaba para una recepción diplomática, no dejó de darle vueltas a los últimos informes del servicio secreto francés: los alemanes preparaban un golpe de Estado en Rusia, en colaboración con varios generales soviéticos, para eliminar a Stalin y firmar una alianza germano-soviética que rompiera de una vez por todas las restricciones de Versalles.

De camino al Elíseo, en el coche oficial, aún seguía reflexionando sobre ello. Stalin no era un tipo que le cayera simpático, pero cuanto más agresiva se mostrara Rusia, más tranquilos estarían los franceses en cuanto a las intenciones de los nazis. La sustitución de Stalin por un Gobierno soviético más proclive a pactar con los alemanes, o simplemente más inclinado a ofrecerles garantías de que no serían atacados, liberaría a la Alemania nazi de una importante presión, dándole alas a su política de reclamaciones territoriales y revisión de los acuerdos de

Versalles.

También podía tratarse de una patraña, pero la información procedía de fuentes fuera de toda duda. Al parecer, la esposa de un importante general alemán había hablado de la posibilidad de viajar a Rusia próximamente, en cuanto cambiara el Gobierno. Había pasado algunos de los mejores momentos de su juventud en un balneario del mar Negro y estaba muy ilusionada pensando que pronto podría regresar. Era una simple charla de mujeres que hacían vida social, pero si una afirmación semejante procedía de la esposa de un alto oficial del Estado Mayor alemán, no cabía poner en duda que había algo de real en todos los rumores que circulaban desde hacía un par de meses.

Demasiados industriales alemanes tomando posiciones comerciales en asuntos relacionados con el Este. Demasiados empresarios americanos asociándose con ellos. Demasiados empresarios franceses, incluso, interesados en la reprivatización de los bienes confiscados por los bolcheviques durante la Revolución Soviética.

Además, la ROVS, desde su sede principal de París, parecía estar envuelta en un movimiento muy poco habitual. Eran demasiadas coincidencias para pasarlas por alto.

—¿Pero qué hacer? —se preguntó en voz alta Daladier mientras se bajaba del automóvil y respondía al saludo de la escolta.

Si sólo fueran aquellos espantapájaros de la ROVS, o los informes llegados de extraños agujeros de toda Europa, podía seguir pensando que se trataba de rumores sin fundamento. Pero cuando el dinero, en grandes cantidades, comenzaba a tomar posiciones, ya no cabía pensar en un espejismo. Lo peor, de todos modos, había sido la indiscreción de aquella mujer. Lo más probable era que su marido le hubiese dicho que Stalin estaba a punto de caer y que pronto podrían viajar de nuevo a aquel balneario. Una charla intrascendente, por supuesto, pero es en esas charlas, o en esas palabras que la gente no vigila, donde se esconde la información de verdadera importancia.

—¿Qué hacer? —se preguntó de nuevo Daladier, mientras comenzaba a saludar a los invitados de la recepción diplomática.

Se trataba de una decisión importante.

Cuando le llegó el turno de saludar al embajador soviético, Daladier dio el gran paso.

—Me gustaría hablar con usted unos instantes, en cuanto sea posible —le dijo.

—Cuando guste. No faltaba más —repuso el embajador ruso.

—Se trata de unos simples rumores que han llegado a mí. Tonterías mayormente, ya sabe. Pero una relación de buena amistad obliga a poner en común esas cosas.

—Por supuesto. Quedo a su disposición, como siempre.

Daladier se entretuvo otros tres cuartos de hora hablando con el resto de invitados. Luego dedicó tres minutos en privado al embajador soviético, que acto seguido abandonó precipitadamente la recepción para solicitar una conferencia con Moscú.

XVIII

—Venga, chicos... No me digáis que nunca habéis enterrado un cadáver —animó Naujocks a sus cuatro acompañantes.

—Mejor no responder a eso —contestó un tipo alto, con la nariz torcida.

—Dime ahora que siempre que has estado en la cárcel eras inocente. Dímelo y te devuelvo a casa, porque yo no trabajo con inocentes —replicó Naujocks, provocando las risas del grupo.

Estaban unos cincuenta kilómetros al este de Breslau, la capital de Silesia. El viaje desde Berlín había sido largo, pero aunque el resto pensaba que corrían un gran peligro, Naujocks sabía que en caso de necesidad podía sacar el salvoconducto que le había dado su jefe y no habría ningún problema, por mucho que llevaran un camión con trece ataúdes cubiertos de paja.

De momento no les había dado nadie el alto y habían llegado a su destino, una zona boscosa a la que sólo se podía acceder por un camino vecinal más que medio embarrado. Había anochecido hacía un par de horas y no se veía un alma, pero de todos modos tenían que trabajar casi a oscuras, iluminados tan sólo por la luna, a un par de días de llenarse.

—Trece muertos es demasiado, de todos modos. Yo no suelo trabajar al por mayor —se quejó otro de los hombres que cavaba.

—Piensas como un maldito derrotista —se burló Naujocks—. Hay que trabajar a lo grande. Se acabaron las tonterías de poca monta.

—Nadie nos dijo que se tratase de esta clase de trabajo —volvió a quejarse el de la nariz torcida.

—¿Cómo que no? Se os dijo que se os necesitaría para hacer un trabajo nocturno, lejos de casa. Discreto y bien pagado. Esas eran las condiciones, ¿no?

Los cuatro hombres gruñeron.

—Bien, ¿y en qué es en lo que no coincide el trabajo con lo acordado? ¿No es de noche? ¿No estamos lo bastante lejos de casa o no está lo suficientemente bien pagado?

—Yo me imaginaba otra cosa —repuso otro, desde el fondo de la fosa. Cada diez minutos bajaba uno distinto a ocupar ese puesto.

Naujocks encendió un cigarrillo.

—¿Y qué te imaginabas? ¿Otro asalto?, ¿un robo en un chalé? ¿Un atraco? Venga hombre... Ahora somos gente respetable. Ya no hacemos esas cosas.

Los cuatro se echaron a reír. Trabajar con Naujocks podía ser más o menos peligroso, pero estaba siempre bien pagado y terminaba resultando divertido.

—Trece ataúdes son muchos ataúdes —repitió el cuarto hombre, gordo y calvo, mientras se disponía a bajar a la fosa.

—A ti lo que realmente te jode no es que sean ataúdes, sino que haya que cavar. Cuando te dije que había que trabajar te imaginaste cualquier cosa menos doblar el espinazo. ¿Me equivoco? —bromeó Naujocks.

—Ahí tienes toda la razón —reconoció con una mueca el de la nariz torcida.

—Y dad gracias que no se ha puesto a llover, o que estos días ha hecho buen tiempo y no está la tierra congelada —les recordó Naujocks.

—Lo que peor llevo es trabajar a oscuras —dijo el gordo.

—¿Y qué pasa? ¿necesitas apuntes para cavar un maldito agujero? ¿no sabes cavar de memoria? —se chanceó Naujocks provocando de nuevo las risas de todos.

—Mucho bromear, pero tú no cavas... —señaló el de la nariz torcida.

—Dame una puta pala, venga... —se ofreció Naujocks.

—Dádsela. Seguro que de esa manera se conforma con un agujero mucho menos profundo —recomendó el gordo.

Naujocks bajó a la fosa y cumplió con su turno ante la satisfacción del resto. Cuando salió, estaba sudando.

—¿Sabéis una cosa? Es cierto: no hace falta hacerlo más profundo —anunció, provocando una nueva ronda de risas.

—Si los encuentran en un sitio como este, de nada servirá enterrarlos a cien metros —se sumó el gordo.

—Vamos a descargar el camión —ordenó Naujocks.

Uno de los hombres acercó el camión tanto como pudo a la fosa. Luego se bajó, se frotó las manos y pidió ayuda a un compañero para bajar el primer ataúd.

—Pesa como un verdadero hijo de puta —se quejó el gordo.

—Estamos en plena campaña contra los gordos. Luego ya seguiremos con los comunistas y los judíos, pero acabar con los gordos es lo primero —bromeó Naujocks, mientras acudía para echar una mano.

—¿Y para qué coño los hemos traído en ataúdes? ¿Ya no se entierra a la gente directamente en la tierra, como en la guerra? —preguntó el de la nariz torcida.

—No sé. A lo mejor es que no quieren que los veamos porque quizás sepamos quiénes son, o algo así. Yo hago lo que me mandan y me callo. Así que tú...

—Vale, vale... Entendido.

—Pues vamos allá —animó Naujocks.

Meter los trece ataúdes en la fosa les llevó otra media hora larga y al final estaban todos exhaustos.

—Venga, chicos: echamos tierra por encima, cubrimos el lugar con unas cuantas ramas y ya está hecho. Dadme una pala, que quiero acabar cuanto antes y largarme de una puñetera vez —dijo Naujocks.

En pocos minutos habían cubierto la fosa y acumulado ramas y hierbajos sobre el lugar. Aunque de noche no podían estar seguros de que el resultado fuese impecable, Naujocks lo dio por bueno y se subió al camión.

—¿Volvemos a Berlín o paramos en Breslau? —preguntó el gordo.

—Yo tengo que volver a Berlín. Vosotros, como queráis.

—Tres de los hombres prefirieron quedarse en la ciudad a tomarse unos tragos y gastar algo del dinero que les habían pagado por el trabajo. Regresarían en tren al día siguiente o en un par de días. Naujocks se quedó sólo con el gordo, pero se ofreció para conducir él mismo.

—¿En serio, jefe? —preguntó.

—Claro. No quiero que te quedes dormido y nos tires por algún barranco.

—Gracias. Duermo una horita y te relevo.

—Tú duerme tranquilo, que ya te despierto yo —repuso Naujocks, atento a la carretera.

En menos de cinco minutos, Naujocks comenzó a escuchar los ronquidos de su compañero. Conducir de noche le resultaba relajante y le traía siempre buenos recuerdos.

Todo había salido a la perfección. Diez ataúdes llenos de fusiles, uno con granadas, y dos con los cuerpos de dos agentes soviéticos a los que habían echado mano. Ahora sólo faltaba que los bolcheviques se enterasen de que todo aquello lo recogerían los golpistas y se adelantasen para ir a buscarlo.

Y se enterarían. Y con las instrucciones detalladas que se enviaban a los golpistas, encontrarían el lugar sin problemas. Y

verían los fusiles, las granadas y a sus camaradas muertos.

Y acabarían con cualquier rastro de duda o de incredulidad que pudiese quedar en ellos.

Se lo creerían todo.

Vaya que se lo creerían...

XIX

Mijail Tujachewsky había pedido un permiso de diez días por enfermedad y se había trasladado con su mujer y su hija a Gagry, en la costa del mar Negro, para disfrutar de una de las villas de descanso que el Estado Mayor ofrecía a sus oficiales.

Era un simple malestar, que le impedía dormir por las noches y concentrarse en el trabajo. Si el médico le hubiese preguntado qué le dolía o qué otros síntomas tenía, no hubiese podido responderle. Sólo sentía que necesitaba descansar y tomarse un tiempo de reflexión para ordenar su ánimo y sus ideas. Ya no eran sólo rumores aislados: su nombre había sonado en el proceso contra Radek, y cada vez estaba más claro que lo consideraban involucrado en algún tipo de complot. Su única salida era mantener la confianza de Voroshilov, o tal vez encontrar el origen de aquellas patrañas.

Lo primero era posible, aunque quizás acabase por resultar inútil, pues no contaba con que Voroshilov comprometiese su posición defendiendo a un compañero. En realidad, nadie contaba con ello. Lo segundo pasaba por concertar una entrevista con Yezhov, el jefe del NKVD, o por hablar con aquel extraño agente de la Ojrana que husmeaba por todas partes. ¿Pero no era precisamente eso lo que esperaban que hiciese? Hablar como Yezhov era como ponerse en sus manos: si había testigos, se podía considerar una simple representación de cara a la galería, y si no los había y todo había partido de Yezhov, bastaba con que Yezhov declarase algo vagamente cuestionable contra él para sellar su destino. Y en cuanto a aquel agente de la Ojrana, nadie sabía de dónde había salido ni qué pretendía en realidad, pero parecía un cebo demasiado obvio para siquiera acercarse a él.

Sin embargo, con la situación política pasaba algo parecido a lo que ocurría con su malestar físico: no había una enfermedad concreta, sino la simple y desagradable sensación de que algo no marchaba bien.

—Quizás el sistema soviético también ha comido demasiado, o algo que no le ha sentado bien, o necesita dormir un poco más —se dijo Tujachewsky a sí mismo.

Cuanto más pensaba racionalmente en su situación, más firmemente se convencía de que no tenía nada que temer, pero la preocupación seguía ahí, atenazando su mente, como una sombra demasiado parecida al miedo para que un hombre como él pudiese permitírsela.

El miedo no estaba en su carácter. Afrontaba las decisiones con el aplomo del que confía en su juicio y su energía.

Cuando sólo era un cadete en la escuela de oficiales se burlaba por igual del trabajo duro, de las marchas con quince grados bajo cero y de las matemáticas. Era cuestión de apretar los dientes o de apretar los codos. Luego, poco después de graduarse como teniente, comenzó la Gran Guerra, y tampoco le temblaron las piernas al encabezar a sus hombres en los asaltos contra las filas alemanas.

Cuando la incompetencia de los mandos obligó al ejército ruso a retroceder, fue hecho prisionero y se escapó tantas veces que lo acabaron recluyendo en la fortaleza de Ingolstadt, famosa por su seguridad, de la que de todos modos también consiguió escapar. No había temido ni a la guerra ni a las represalias de los alemanes.

Aquel fue el primer momento realmente duro, porque acababa de comenzar la guerra civil y había jurado lealtad al zar. Procedía de una familia aristocrática. Era un caballero. Sabía también que la Rusia de los zares era un cadáver corrupto, necesitado de modernización, de nervio y de coraje. ¿Qué debía hacer? Y tomó una decisión: aun a sabiendas de que colaboraría en arruinar y perseguir a los suyos, se unió a los bolcheviques porque pensó que eso era lo mejor para Rusia. Nunca se había detenido a pensar en su propia conveniencia...

—O quizás sí —dijo el mariscal en voz alta a las estrellas de aquella noche ya primaveral.

Quizás había calculado que la obsoleta máquina bélica zarista no podría resistir contra el empuje del recién creado Ejército Rojo y prefirió estar en el bando ganador. Quizás se miró a sí mismo y pensó que en el Ejército Blanco había ya demasiados aristócratas y demasiados caballeros, y que allí no podría utilizar toda su capacidad para hacer avanzar su carrera militar. Quizás pensó que los bolcheviques necesitarían militares profesionales, gente que entendiera los mapas y tuviera los conocimientos técnicos necesarios para dirigir un ejército. Quizás se unió a ellos porque nunca, ni siquiera dormido, podía dejar de ser un estratega y ver las cosas en conjunto. Para otros, quizás, el resultado de la guerra era incierto, pero a él no le cupo ninguna duda de que los blancos no tenían nada que hacer.

¿Había sido sincero? Creía que sí. ¿Había sido tan desinteresado como se decía a sí mismo? Seguramente no. La guerra había arrasado su mundo. La Revolución había arruinado a su gente, y a su familia, y muchos de ellos habían muerto o se habían visto obligados a marchar al exilio, pero a él no podía haberle ido mejor. Tomó la decisión correcta, por conveniencia y por convicción, y ayudó con toda su fuerza y su pericia para que la decisión tomada fuese la correcta.

Trotsky, al mando entonces del Ejército, le había confiado la conquista de Siberia para los revolucionarios y lo había conseguido. Luego también había rendido a los blancos en el Cáucaso. ¿Qué más podían pedir? Nada. Y nada le habían pedido, sino todo lo contrario: era el militar con más prestigio de Rusia y el mariscal más joven de su país. No había dudado. Nunca había dudado...

—Pero ahora... —Suspiró Tujachewsky.

Había llegado el momento de pensar qué deseaban o qué creían realmente todos aquellos a los que había combatido por traidores. Cuando se enfrentó a ellos lo hizo con la rabia del que tiene fe en una causa y no comprende la cerrazón y el egoísmo de los disidentes y los rebeldes, pero él mismo estaba ya bajo sospecha y quizás los otros, todos ellos, habían pasado por las mismas dudas y la misma convicción de inocencia por la que él estaba pasando.

¿Quiénes eran los marinos de Kronstadt? Soldados como él, a los que aplastó sin contemplaciones por atreverse a protestar. Verdaderos y buenos comunistas que se habían dejado el pellejo en la Revolución y que fueron masacrados por oponerse al dominio absoluto de los bolcheviques cuando ellos habían creído luchar por la libertad. ¿Y dudó cuando delineó los planes para exterminarlos? Ni un segundo.

Aún recordaba sus demandas, que ellos no sólo consideraban justas, sino también plenamente revolucionarias: elección de los soviets en voto libre, libertad de expresión y de prensa para obreros y campesinos, libertad de reunión, libertad sindical también para socialistas y anarquistas, liberación de los obreros y campesinos presos y deportados, permitir a los campesinos criar ganado, permitir a los artesanos que eligieran libremente su producción y su trabajo. Había más. Hasta quince. O hasta veinte. Y por eso los mataron a todos, en un baño de sangre. ¿Se creían realmente contrarrevolucionarios los marinos de Kronstadt?, ¿pensaban de verdad que luchaban contra el comunismo y la dictadura del proletariado? A nadie le importó, y menos a él: traidores. Bastaba esa palabra: traidores.

¿Y qué sucedió con los campesinos de Tambov, a los que también reprimió él mismo? Los campesinos se negaban a la requisa forzosa de las cosechas, y para combatirlos se creó la Comisión Plenipotenciaria del Comité Ejecutivo Central Ruso del Partido Bolchevique para la Liquidación del Bandidaje en la Provincia de Tambov. Un nombre enorme para el organismo y un nombre propio para encabezar la matanza: el suyo. Mijail Tujachewsky cumplió, como siempre. Pero no cumplió contra burgueses, ni contra tropas extranjeras, sino contra pobres campesinos arruinados. ¿Se sentían ellos traidores? ¿Qué había pasado por sus cabezas?

—Ese ha sido siempre el problema —lamentó Tujachewsky en voz alta—. ¿Qué piensan los demás? No se puede estar pendiente de lo que piensan los demás... —musitó pasándose la mano por el pelo.

¿Qué había pensado su familia cuando se unió a los que requisaban sus tierras? Nunca le importó. ¿Qué pensaban sus compañeros de armas cuando le elegían para representar a la Unión Soviética en actos sociales del exterior, como el entierro del rey de Inglaterra? ¿No lo señalaban como un viejo aristócrata muy del gusto de ingleses y franceses, por mucho que se vistiera de comunista? Ni siquiera se tomaba la molestia de bromear sobre ello. ¿Qué pensaban de él los generales alemanes cuando lo invitaban a sus cuarteles durante las maniobras conjuntas y lo trataban como si no supiesen que más temprano que tarde se encontrarían en el campo de batalla? Se limitaba a cumplir con su deber, a desempeñar lo mejor posible las órdenes recibidas y a no hacer política por su cuenta.

¿Qué había pensado su primera esposa cuando se suicidó, incapaz de soportar sus devaneos con otras mujeres? Nunca lo supo. Ella dejó una nota, pero la arrojó al fuego sin leerla. ¿Qué pensaba Nina, su esposa actual, que procuraba no enterarse de nada y disfrutar de su familia? Tampoco lo sabía.

¿Qué pensaban los otros mariscales, celosos seguramente de que hubiese conseguido en tan poco tiempo lo que a ellos les había costado la vida entera? ¿Habría alguno que realmente planease forzar un cambio en el poder? Y en ese caso, ¿de qué lado lo imaginaban a él?

¿Y qué pensaba de él Stalin? Lo sabía aún menos.

Sabía que Stalin necesitaría a sus mejores militares en poco tiempo, y eso le tranquilizaba, pero también necesitaba a sus marineros cuando ordenó aplastar a los hombres de Kronstadt, y a todos los campesinos que pudieran trabajar en el campo, cuando acabó con la revuelta de Tambov primero y luego con los *kulaks* de

Ucrania.

—¿Qué pensará Stalin? —repitió en voz alta Tujachewsky mientras se levantaba de su silla para entrar en casa.

Quizás debería hablar con Yezhov. O con el agente de la Ojrana...

O con nadie.

Aún no lo había decidido.

XX

Lukhin miraba tranquilamente las calles de Moscú desde el asiento trasero del coche que le llevaba de nuevo a la dacha de Stalin. En esta ocasión, su mayor preocupación consistía en decidir si debía insistir en el permiso de salida del país para María o era mejor dejar correr el asunto otra temporada.

Volver a pedirlo era tanto como suponer que Stalin se había olvidado, y no se puede pensar que dios olvida algo. No sin blasfemar. Si el permiso no había llegado aún era porque Stalin no lo había considerado oportuno, y entonces era mejor no volver a hablar de ello. Sin embargo, no tendría muchas más ocasiones de lograrlo y su posición, la posición real, era tan mala que poco podía importale que a Stalin no le gustara su insistencia.

Cuando se bajó del coche y le hicieron entrar la misma sala en que había aguardado la ocasión anterior, ni siquiera estaba nervioso. Eso le preocupó: no podía sentirse tan tranquilo cuando estaba a punto de hablar con el dueño de la vida y de la muerte de millones de personas, incluida la suya.

Esta vez Stalin se demoró más de un cuarto de hora, pero cuando lo recibió se mostró tan cordial como la primera vez.

—¿Cómo le va, Lukhin? Siéntese —lo saludó el líder de la URSS.

—Muy bien, gracias. En cuanto empieza a calentar algo el sol me encuentro mucho mejor. Mis huesos son ya demasiado viejos para el frío y la humedad.

—Debería jubilarse.

—Lo solicitaré a las autoridades, a ver lo que me dicen —se encontró Lukhin respondiendo.

Stalin se lo tomó con una sonrisa.

—No creo que se lo concedan, de momento —le avisó.

—Eso me temía.

—¿Y cómo va su trabajo? —entró en materia Stalin.

—Bien. Como ya sabrá, hemos encontrado algunos depósitos de material...

Stalin rechazó con un gesto.

—Eso es importante, por supuesto, pero preferiría saber qué clase de ambiente ha encontrado.

Lukhin se lo pensó un instante antes de responder.

—De momento nadie se ha dirigido a mí específicamente para tratar ningún asunto que pudiésemos llamar oscuro, pero el ambiente está tenso, como si se esperase o se temiese algo. El problema es que no soy capaz de decidir si es el temor o la espera lo que produce esa tensión.

—¿Temor?

—Sí. Temor a alguna purga —repuso Lukhin con toda claridad.

—Los que tienen algo que temer suelen saber por qué —apuntó Stalin con dureza. Su mirada había cambiado en menos de un segundo.

Lukhin conocía aquel cambio de expresión. No concretamente en Stalin, pero sí en otros muchos que había conocido a lo largo de los años, y decidió seguir el camino que se había trazado.

—Discúlpeme por no estar de acuerdo, pero considero mi deber hablar con claridad.

—Por supuesto.

—Los tiempos han cambiado. Han cambiado las necesidades interiores del país y han cambiado las amenazas exteriores. El tiempo que he pasado aislado me ha permitido verlo con mayor claridad que los que han permanecido todos estos años en su casa o en su puesto. Y precisamente por todos los cambios que el país ha afrontado y por los que todavía debe encarar, hay mucha gente que cree que su posición peligra, ya que a nadie se le escapa que los nuevos desafíos requerirán a menudo de nuevos rostros y nuevos nombres. Eso será una oportunidad para muchos, pero para otros es una enorme amenaza, y cualquier amenaza creíble causa temor. ¿No le parece?

Stalin frunció el ceño.

—Es usted un hombre sorprendente, Lukhin. En el fondo pensamos lo mismo, con la diferencia de que yo llego un paso más allá. El temor puede proceder de la culpa o de la amenaza, como bien dice, pero no hay que detenerse ahí: cualquiera que sea su causa, ¿a qué da lugar el miedo? Posiblemente a la traición. Muy posiblemente. Cuando un bombero teme quedarse sin trabajo, ¿no es posible que se le pase por la cabeza causar algún incendio?

Lukhin tenía previsto aquel razonamiento. Justa y exactamente aquel, y se felicitó por su buena previsión.

—Muy posible, sí. Pero para que esa idea se convierta en un acto hacen falta una serie de condiciones que yo, francamente, no he encontrado en los cuarteles. Hace falta un líder, hace falta decisión, y es necesaria la seguridad de que las tropas no se amotinarán

contra sus jefes directos para ponerse del lado del gobierno legítimo. Porque hablamos de la posibilidad de un golpe de Estado, ¿no es cierto?

Stalin se removió incómodo en su asiento. Llevaban unos minutos hablando y ni siquiera había servido el té, así que llenó las dos tazas y dio un sorbo a la suya. Lukhin le imitó.

—Hay muchos puntos intermedios entre la lealtad y el golpe de Estado —apuntó Stalin.

—Sin duda, pero quizás yo no haya sabido observar esos puntos con la debida precisión.

—Hay muchos pasos intermedios y todos son igualmente indeseables —insistió Stalin.

Lukhin respiró hondo.

—¿Pero hay alguno que realmente importe? —se atrevió a preguntar.

Stalin entrecerró los ojos.

—La respuesta depende de cuál sea el significado de su pregunta. Si se refiere a que ninguno tiene importancia hasta que el malestar se manifieste a través de los hechos, le diré que semejante mentalidad es tan imprudente como pasar por alto los síntomas de cualquier enfermedad. Si se refiere a que todos los síntomas son importantes, entonces estamos de acuerdo: ninguno de esos puntos intermedios importa realmente, porque la obediencia y la lealtad se han perdido.

—He visto tensión y temor, pero no insumisión. Nada que pueda parecerse, ni de lejos, a la determinación de enfrentarse al Partido —aclaró Lukhin.

Stalin se acabó su té. Luego chasqueó la lengua.

—Lo que me está usted diciendo, Lukhin, es que muchos militares tienen miedo, pero les falta coraje para tratar de convertir ese miedo en una acción. Estamos, por tanto, ante la peor situación posible. Ya no se puede confiar en ellos, sea porque un día decidirán dar el paso o sea porque son demasiado cobardes para darlo. El Ejército necesita hombres leales y valientes, y muchos no son ni lo uno ni lo otro.

—Algunos simplemente se sienten desorientados porque no son capaces de desentrañar lo que está sucediendo a su alrededor —apuntó Lukhin.

—Añadir a los incompetentes a la lista puede terminar de completarla, ciertamente.

—La lealtad también duda de lo que pasa a su alrededor...

Stalin sonrió.

—En el fondo, no dejar usted de ser un sentimental. Todos los de su clase lo son. Eran leales al zar por sentimentalismo y disculpan a cualquiera por esa misma razón. A mí también me gustaría poder ser sentimental de vez en cuando, pero no me lo puedo permitir. Ni yo ni este país nos podemos permitir tal cosa.

Lukhin pensó que si escuchaba demasiadas cosas sería siempre peor para él, y trató de poner fin a la conversación, o al menos a aquel tipo de conversación.

—¿Y cuáles son sus órdenes para el futuro?

Stalin se encogió de hombros.

—Siga haciendo lo que ha hecho hasta ahora. Hable, pregunte, interrogue, busque material extraviado. Y manténgase disponible si alguien quiere tener una confidencia con usted —repuso Stalin levantándose de su silla.

Lukhin se levantó también.

—Desde luego.

Stalin le tendió la mano a Lukhin, que se la estrechó con firmeza, a modo de despedida.

Se dirigía ya a la salida cuando oyó que Stalin lo llamaba de nuevo.

—Disculpe.

Lukhin volvió a acercarse.

—Ya casi me olvidaba. En cuanto a esa mujer con la que vive, habrá un puesto para ella en Dinamarca o en Portugal a principios de este verano. Tenga un poco de paciencia, por favor.

—Muchas gracias —respondió Lukhin sin ocultar su satisfacción.

XXI

A las seis de la tarde, Reinhard Heydrich aún estaba en su despacho de la Prinzalbrechtstrasse. No tenía nada que hacer, salvo esperar una llamada telefónica. Podía haber ordenado que le llamasen a su casa, pero prefería esperar allí, dedicado a esa parte de su trabajo que casi nadie salvo él se tomaba en serio: pensar.

De entre todos sus colaboradores había dos a los que consultaba con más frecuencia: Huber y Müller, y además por la misma razón: ninguno de los dos era nazi. En el caso de Müller, incluso tenía un pasado antinazi sobradamente conocido por todos, y le había costado terriblemente que lo aceptasen entre los nuevos jerarcas de la seguridad. «¿No era duro y peligroso persiguiéndonos a nosotros? Pues bien: que lo siga siendo ahora en la persecución de nuestros enemigos», había dicho Heydrich el día que propuso su nombramiento y todos se opusieron. Sólo pudo conseguirlo porque Hitler, que tenía incluso motivos personales para detestar al antiguo comisario de asuntos políticos de Múnich, dio el visto bueno diciendo que lo primero era el interés del Estado y todos, empezando por él, tenían que renunciar a sus preferencias personales.

Así fue como Müller llegó a director general de la Gestapo, después de haber disparado contra Hitler y solicitado tres veces su expulsión a Austria por extranjero indeseable, después de haber obligado a Göring a huir del país, después de haber golpeado personalmente a Hess, el vicepresidente del Gobierno, y después de haber arrojado escaleras abajo, a fuerza de patadas en el trasero, al propio Himmler. Por eso confiaba más en su opinión que en la de cualquier otro colaborador o subordinado.

Heydrich echó un vistazo a su reloj y pensó que quizás Müller aún estuviese trabajando. Descolgó el teléfono, dio un par de instrucciones, y poco después se presentó en su despacho el jefe de la Gestapo, que tenía su oficina en la misma planta.

—A sus órdenes —saludó Müller, con la habitual formalidad.

Müller era un tipo de estatura media, algo calvo, con aspecto de campesino al que nunca llega a sentarle bien el uniforme.

—Siéntese, Müller. La operación contra los rusos de la que le

hablé está casi a punto. De hecho, estoy esperando que uno de nuestros agentes regrese de Suiza. Le he ordenado que abra una cuenta con veinte mil marcos oro a nombre del mariscal Tujachewsky.

—Magnífica idea —alabó Müller.

—Verá como por mucho secreto bancario del que presuman los suizos, los servicios secretos soviéticos se enterarán de que Tujachewsky tiene esa cuenta. Él no va a saberlo, pero ya verá como Stalin sí que lo sabe.

Müller sonrió abiertamente.

—Realmente brillante, si me permite.

—Con esto, creo que nadie podrá salvarlo —remachó Heydrich.

—Stalin, quizás. Pero no creo que Stalin quiera salvarlo.

Heydrich se alejó del escritorio y cruzó las piernas.

—¿Sigue tan escéptico con esta operación? Si sale bien, descabezaremos completamente al Ejército Rojo. Quedarán tan destrozados que tardarán años en recuperarse, si es que se recuperan alguna vez.

—Escéptico no es la palabra... —repuso Müller, manteniendo las piernas juntas y las manos sobre los muslos, en actitud de máxima formalidad.

—Pues dígame cuál es la palabra. Por eso le he llamado.

Müller respiró hondo.

—No soy escéptico porque creo que funcionará. Ha sido perfectamente planeada y ejecutada de manera impecable. Todos sabemos la clase de hombre que es Stalin y por eso funcionará. La palabra exacta creo que es suspicaz. Me muestro suspicaz.

—¿Sospecha que nos estén engañando?

—Sí. Sospecho que nos tomamos un montón de molestias para permitir a Stalin hacer lo que quería hacer de todos modos.

—¿Nos utiliza? —dudó Heydrich.

—Eso creo. Por neurótico que sea, y no dudo que lo es mucho, no creo que sea tan estúpido como para acabar con la cúpula de su propio Ejército si no planease ya hacerlo por su cuenta. Nos necesita para darle un mínimo barniz de legitimidad a la purga que planeaba hace tiempo y evitar que el golpe de Estado se convierta en realidad si esta purga se percibe como algo arbitrario. Tenemos montones de informes sobre lo que se mueve en Rusia, y desde el caso Kirov, media cúpula militar está viviendo sobre el alambre del funambulista. Por eso creo que funcionará a la perfección, con señuelos, sin señuelos, con cuentas en Suiza y sin cuentas en Suiza. Va a funcionar porque Stalin quiere que funcione.

Heydrich se levantó de su asiento, fue a un armario y sacó un estuche de violín. Extrajo tranquilamente el instrumento y aplicó resina al arco. Luego lo dejó cuidadosamente sobre su mesa.

—¿Sabe, Müller? He pensado infinidad de veces eso mismo que usted me cuenta. Stalin detesta a la vieja guardia y no se fía de ellos. Odia a Tujachewsky porque lo puso en ridículo en la campaña de Polonia, y porque piensa que en el fondo sigue siendo un aristócrata que mira al resto por encima del hombro. Y odia también a los demás por haber estado en los sitios donde él no estuvo y por hablar de cosas que él no vio. Tiene usted toda la razón, pero creo que se le escapa algo.

—Muchas cosas, seguramente —acató Müller.

—En primer lugar, el alcance de la purga que, según usted, tenía ya prevista. ¿No cree?

—Mi opinión es que pensaba hacer una reforma en la cúpula, expulsando a los elementos más díscolos y a los más significados, para poder construir el Ejército a su medida —repuso Müller.

—Exacto. Y ahí entramos nosotros. Dígame: ¿Qué nos importa que Stalin nos utilice si nuestros fines y los suyos son los mismos?

—¿Lo son? A nosotros quizás nos interesaría más que permanecieran al frente del Ejército Rojo los viejos generales, unos carcamales obsoletos, que promover una renovación.

Heydrich acarició el violín.

—No se lo niego, pero creo que tenemos que ser conscientes de nuestras fuerzas. A nosotros lo que nos interesa es ganar tiempo como sea, porque con generales anticuados, o incluso sin ellos, los rusos tardarían veinte minutos justos en aplastarnos si se les ocurriera atacarnos mañana. A nosotros nos interesa el gran desbarajuste y que tarden meses o años en reorganizar su Ejército, porque lo que tenemos que ganar a toda costa es tiempo.

—Ese gran desbarajuste, en mi opinión, ya lo estaba organizando Stalin por su cuenta.

—Bien, ¿y qué? ¿Qué problema hay en echarle una mano a un enemigo cuando se quiere suicidar?

—Yo desconfío siempre de los enemigos que se quieren suicidar, si me permite —se obstinó Müller.

—Usted desconfía hasta de su sombra, Müller —bromeó Heydrich.

—Muy especialmente de mi sombra, *Gruppenführer*.

—Perfecto. ¿Pero qué tenemos que perder ayudándole a hacer lo que nosotros queremos que haga?

Müller apretó los labios.

—Podemos perder la posibilidad de que en el futuro sea efectivamente posible ese golpe de Estado que ahora nos inventamos, por ejemplo. Si en lugar de darle nosotros el pretexto, hecho y servido, tiene que volver a tirar de desviacionismo político o cualquiera de esas monsergas que tanto gustan a los comunistas para hacer picadillo a sus adversarios, no podrá librarse con tanta facilidad de quien quiera. Si le ayudamos a extender el terror por haber hablado con nosotros, ¿quién hablará con nosotros en el futuro, cuando realmente lo necesitemos?

Heydrich asintió.

—Cierto. Pero ahora nosotros podemos señalar a quien nos plazca. Veremos si funciona o no, pero nuestra participación en el asunto nos permite, volviendo a lo que hablamos al principio, señalar a sus mejores generales y dejar inmaculados a los más torpes, los más inútiles y los más incompetentes. No podrá deshacerse de todos a la vez y tenemos la oportunidad de acabar con los mejores, dejando su Ejército en manos de zoquetes. Porque no intentaremos acabar con todos, sino solamente con los que sean gente capaz e inteligente.

—Eso sería perfecto —reconoció Müller—. ¿Pero funcionará?

—Funcionará, porque la gente como Stalin detesta con toda su alma el talento. Funcionará porque cuando se pone a rodar el alud de la violencia, ni siquiera el que lo desencadenó es capaz de detenerlo. Quizás Stalin tenga ahora mismo la intención de hacer una purga en su Ejército, pero a medida que vayan apareciendo nombres se preguntará si no es buena idea incluir a un par de mariscales más, o a una docena de generales, y seguirán apareciendo nombres sin parar, hasta que él se dé cuenta de que ha llegado demasiado lejos. ¿Y sabe cuánto tarda un lobo en plena ebriedad de sangre en darse cuenta de que ya ha matado demasiadas ovejas y es mejor largarse?

—Eso es imposible de saber... —reconoció Müller.

—¡Pues eso quiero desatar! —exclamó Heydrich—. Una vez que la purga haya empezado le costará distinguir a los que había señalado previamente de los que nosotros vayamos marcando. Y se le irá la mano. Es muy posible que Stalin hubiese pensado ya en la purga, pero no en su alcance. Y sustituirá a militares con experiencia por otros que han ascendido por razones políticas. Muchos de los que están ahora al mando proceden de la academia o de los frentes de batalla, y muchos de los que vendrán procederán de las asambleas del Partido y todo su mérito consistirá en saber más marxismo que el resto.

—Incluya entonces también coroneles y comandantes. No se limite a los generales —aconsejó Müller—. Y en todos los niveles a los mejores, no vaya a ser que jubilemos prematuramente a las momias de sus fuerzas armadas para que sean sustituidas por oficiales con conocimientos frescos.

—Ahora estamos de acuerdo —celebró Heydrich.

—Y en cuanto a los mariscales, si me permite darle mi opinión... —dudó Müller.

—Por supuesto.

—Salve a toda costa a Voroshilov y Budenny. Tengo entendido que son unos auténticos majaderos.

Heydrich iba a contestar algo, pero sonó el teléfono. Lo cogió de inmediato y respondió con media docena de monosílabos.

—Enhorabuena —dijo antes de colgar.

Müller se había puesto en pie.

—¿Ordena alguna cosa, *Gruppenführer?* —preguntó, sorprendiéndose de que la conversación hubiera sido tan corta.

—No. Ya está todo hecho. Ya sólo falta esperar. Puede retirarse. Y váyase a casa, que no son horas de estar por aquí. A este paso vamos a ser un edificio de divorciados —respondió Heydrich de excelente humor.

Müller respondió con un taconazo y se marchó.

Heydrich tomó su violín, probó si estaba afinado y comenzó a tararear.

—Tarará-ta-ta-ta tan, tarará-ta-ta-ta tan, tarará-ta-ta-ta tan...

Cuando en la partitura que tenía en su cabeza le tocaba entrar al solista, comenzó a tocar.

Era la *Sonnerie de Sainte Geneviève du Mont de Paris*, de Marin Marais, su pieza para las grandes ocasiones.

III Parte
Marzo de 1937

Un día los burócratas del Partido decidieron que los técnicos eran demasiado orgullosos y que su orgullo intelectual iba también contra la igualdad de clases, así que los consideraron enemigos del pueblo.

A los trabajadores manuales nunca les gustaron mucho los intelectuales, y la dictadura del proletariado era una buena ocasión para ajustarles cuentas. Al principio los técnicos y los ingenieros eran necesarios, pero a medida que pasaba el tiempo y los planes quinquenales se iban sucediendo, pareció llegada la hora de ponerlos en su sitio.

Porque estaba claro que si las cosas funcionaban mal era por culpa de los técnicos. No había más que echar un ojo alrededor: en los ferrocarriles había sabotajes y de ahí que fuera difícil coger un tren, o los altibajos en el abastecimiento de mercancías. En la Red de Centrales Eléctricas de Moscú había sabotaje, y esa era la causa de las interrupciones en el suministro eléctrico. En la industria del petróleo había sabotaje y por eso era imposible encontrar queroseno en las tiendas. En el sector textil había sabotaje y por eso los obreros no tenían con qué vestirse. En la minería el sabotaje ya era colosal, y por eso se pasaba frío en invierno…

¡Por todas partes había enemigos, provistos de tablas de logaritmos e instrumentos raros! La Policía no daba abasto a detener a tanto saboteador, y cada mañana había más.

¡Y qué astuta era la maldad de los ingenieros!

Un ejemplo: en el Comisariado del Pueblo para los Transportes, Nikolai Karlovich von Meck fingía dar lo mejor de sí mismo para la mejora del ferrocarril y luego redactaba informes. En uno de eso informes propuso formar trenes de mercancías más largos porque el peso no era peligroso. Los altos cargos enseguida se dieron cuenta de que pretendía conseguir el desgaste de las vías, de los vagones y de las locomotoras, y dejar a la república sin ferrocarriles en caso de una intervención extranjera. Fue inmediatamente detenido y fusilado. Copio exactamente su nombre para que lo compruebe quien quiera.

Poco tiempo después, el nuevo Comisario de Transportes que lo sustituyó, el camarada Kaganovich, dio exactamente la misma

orden, o sea la circulación de convoyes incluso dos y tres veces más pesados. Y por esta gran idea lo condecoraron con la Orden de Lenin. Entonces los antiguos gerifaltes repitieron la queja de que eso conduciría al desgaste del material, y fueron condenados a un campo en Siberia por derrotismo y por no creer en las posibilidades del transporte socialista.

Mala suerte, amigos.

I

Hacía justamente un mes que Boris Feldman había sido nombrado subjefe del Distrito Militar de Moscú. Todo el mundo interpretó aquel nombramiento, que lo apartaba de la administración del Estado Mayor del Ejército Rojo, como un intento de mantenerlo al margen de los turbulentos asuntos relacionados con la desaparición de vehículos, combustible y otros suministros.

El propio Feldman había suspirado de alivio cuando recibió la noticia y cuando Stalin, en persona, le dio las gracias por sus esfuerzos y le pidió que siguiera manteniendo el mismo celo y la misma profesionalidad en el trabajo.

Por eso, aquella tarde, cuando Lukhin se presentó en su casa con Ivanenko, se permitió pedirle que fuese a verlo a su despacho al día siguiente.

—Me temo que no será posible, Boris Mironovich —respondió Lukhin tranquilamente.

Feldman apretó los labios. Había hablado ya algunas veces con Lukhin y sabía que era un antiguo comisario de la Ojrana al que, nadie sabía por qué, se le había dado carta blanca para interrogar a quien quisiera.

—Pasen, entonces —ofreció.

—Tampoco será necesario. Sólo quiero hacerle una pregunta.

—Dígame.

Lukhin abrió una carpeta.

—En 1926, en Briansk, el sastre Miron Restrovich, para que no se le perdiera la aguja, la clavó en un periódico. Según él, fue una pura casualidad que la aguja atravesara la fotografía del camarada Kalinin, coincidiendo con el ojo, pero fue condenado a quince años por terrorismo. ¿Qué tiene que decir de esa condena?

—¿A mí que me cuenta? —se encaró Feldman.

—¿Lo aprueba o le parece exagerado?

—No comento las decisiones de los órganos ni los dictámenes judiciales.

—¿Está seguro de eso? —insistió Lukhin.

—Completamente.

—Pues bien. Acompáñeme, entonces.

Feldman frunció el ceño. Iba a responder algo referente a su cargo cuando tras Lukhin e Ivanenko aparecieron cuatro hombres y lo agarraron con violencia, llevándolo a rastras hasta un coche. Feldman intentó levantar la cabeza para decirle algo a su esposa pero se lo impidieron con dos puñetazos en el estómago. Aquello era sólo el principio de lo que le sucedería en los días siguientes.

Feldman no se sintió con fuerzas para resistirlo y comenzó a sollozar.

—Cállese, por favor —le rogó Lukhin, sentándose junto al conductor. Ivanenko se colocó al lado de Feldman y le puso las esposas.

—¿Pero qué ha pasado? —gritó el general.

—Eso mismo se preguntó el sastre. ¿Ha clavado usted una aguja en alguna parte?

—¡Pero... pero... qué demonios! ¿Qué está pasando?

—Eso es lo que creo que quieren preguntarle a usted.

—¿Es algo en relación con los suministros? Maldita sea... Eso ya tenía que estar aclarado...

—Más bien en relación con su amigo el mariscal Tujachewsky —respondió Lukhin, sabiendo que el conductor estaba escuchando y que en su papel de agente del NKVD no debería haber dicho nada.

—¿Y qué tengo yo que ver...?

—Espero que no me diga que no lo conoce...

—Claro que lo conozco, ¡pero yo no sé nada! —aseguró Feldman.

—¿Y qué importancia tiene? Si no lo sabe, ya lo sabrá. Tengo más experiencia que usted, tanto en dirigir interrogatorios como en sufrirlos, y le aseguro que no tardará en saber algo. Además, debe pensar en el sastre...

—Me quejaré a sus superiores...

—Cállese o mandaré que le lleven en el otro coche. ¿Prefiere ir en el otro coche? —amenazó Lukhin.

Feldman guardó silencio los veinte minutos que duró el trayecto hasta Butyrki. Allí lo llevaron casi a rastras hasta el interior y Lukhin despidió al conductor, diciendo que prefería volver caminando.

—¿Lo has visto? Ese ya está listo —le comentó a Ivanenko

—¿De dónde demonios ha sacado lo del sastre? —preguntó Ivanenko.

—Es un caso real. Estaba en mi mismo barracón y he pedido su expediente. He estado, de hecho, revisando muchos expedientes de gente que conocí en el campo. La mayoría han muerto ya, pero no

quería que se olvidaran completamente.

—Y quería que Feldman se diese cuenta...

—Quería que Feldman supiese con quién ha estado colaborando, si no lo sabía ya, y si no ha firmado alguna sentencia parecida. Quería que pensase en toda esa pobre gente a la que llevan veinte años tratando como a insectos. Y pensará en ello.

—Seguro.

—Ya viste cómo se derrumbó. Todo un general, un comandante de cuerpo del Ejército... ¿Los nuestros eran tan cobardes? Sí, yo creo que sí —se contestó a sí mismo Lukhin.

—Esperaba un poco más de entereza. Hasta yo fui más digno que ese tipo el día que me detuvieron.

Lukhin respondió con un sonido gutural y siguió caminando. Era un día brillante, con sólo unas pocas nubes recorriendo el cielo y un sol fecundo y primaveral repintando las sombras. Los edificios parecían un poco menos tristes y hasta podía verse sonreír a algunos paseantes.

—Pero tú y yo lo esperábamos —comentó después de un par de minutos de silencio—. Tú y yo sabíamos que nos iban a detener y habíamos ensayado mil veces lo que haríamos y lo que diríamos. Además, ¿qué podía importar lo que dijésemos en nuestros interrogatorios? Yo me declaré culpable cien veces de todo lo que me dijeron. Me pidieron nombres y se los di: ¿qué podía importar ya?, ¿a quién podía yo mencionar que ellos no conociesen de sobra? Pero Feldman no lo esperaba, y tiene que medir cada palabra y cada nombre. Y, ¿sabes una cosa?

—Dígame.

—Aún hay algo peor: Feldman tiene esperanza. Cree que todo será un malentendido que se arreglará inmediatamente. En estos momentos está pensando en llamar a su mujer para decirle que llegará tarde a comer, pero que sin duda estará en casa para la cena. Y si le permiten hacer una llamada eso es lo que dirá, y añadirá que le ha salido un asunto de trabajo urgente y que por eso han pasado por casa a buscarle. Feldman aún cree que tiene una mujer, y una casa, y una vida por delante. Y eso acabará con él, Ivanenko; tú y yo sobrevivimos en los campos de trabajo porque no teníamos nada, absolutamente nada por lo que sufrir. ¿O tú tenías a alguien fuera?

—No, comisario. A nadie. Ni mujer, ni hijos, ni familia. Todos murieron.

—No me habías hablado nunca de ello.

—¿Para qué? —menospreció Ivanenko.

Lukhin le pasó el brazo por encima del hombro a su subordinado. Era la primera vez que lo hacía en treinta años.

—Yo tampoco. Mi hijo murió y mi mujer me culpó de ello. Me odia. Y yo a ella nunca la he amado, lo que quizás sea aún peor, porque ella me muestra sus verdaderos sentimientos y yo la he engañado siempre. Tenía un hermano y dos sobrinos, pero murieron también en el año veinte. Y por eso sobreviví. Por eso hemos sobrevivido: cuando te pasas el día entero pensando en la vida que malgastas no tardas en morir, pero Solovki no era para mí un lugar mucho peor que cualquier otro. Eso es lo que acabará con Feldman. En estos momentos está pensando qué dirá, si es mejor indignarse por la injusticia o reconocer alguna pequeña negligencia. En estos momentos está repasando su interminable carrera de servicios al Partido y a la nación, sopesando cada uno y buscándole la cara que pueda ser utilizada como escudo en su defensa. Y no le servirá de nada, porque a nadie le importa si es culpable o no. Sólo a él, que hace una hora estaba en su casa y ya no volverá allí, ni volverá a ver a su familia, ni a sus amigos. Lo han arrancado como se arranca una hierba del campo o como se dispara a un ciervo que pasta tranquilamente en los lindes de un bosque, y ningún ser humano puede aceptar eso. ¿O es que crees que alguien piensa en los planes del ciervo?

Ivanenko encendió un cigarrillo y ofreció otro a su jefe, que lo aceptó. Sus cabezas se juntaron en el momento de compartir el fuego de una cerilla y por primera vez se miraron fijamente como dos hombres cualquiera, sin que los separara ningún rango.

—Pero usted tiene a María... —apuntó Ivanenko.

—Y la amo de todo corazón.

—Por eso pensé que no se arriesgaría. Aún lo pienso, y le ruego que me disculpe...

Lukhin sonrió.

—¿Me has visto? Mírame bien, hombre...

Ivanenko se detuvo para hacer lo que su jefe le pedía.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Lukhin.

—A un resucitado. A una especie de fantasma que ha venido de otro tiempo.

Lukhin meneó la cabeza.

—Te agradezco que lo hayas intentado, pero la verdad es siempre más prosaica. Lo que ves es un viejo, con sesenta y seis años y dolores en todos los huesos. Por las palizas, por la humedad, por el frío... ¿No me has visto las manos? ¿Crees que los dedos de un hombre normal pueden estar así de retorcidos? Artritis,

artrosis... ¡Dolor! Me duele todo. ¿Crees que puedo regresar después de veinte años para cargar a María con esto? La he buscado para ayudarla. Para que sea libre de toda esta mugre y se libere también de mí.

—Estoy seguro de que no es eso lo que esperan —ironizó Ivanenko.

—Por eso voy a arriesgarme. ¿Qué tengo ya que perder? ¿A María? No soy tan miserable como para unirla a mí mientras me hundo. Sólo me mantiene en pie la rabia. Pero tú eso no puedes entenderlo. O quizás sí... —se corrigió Lukhin.

—No podía entenderlo hasta que no salí. ¿Y sabe una cosa? No les guardo rencor por lo que me han hecho a mí. Les guardo rencor por lo que han hecho con mi país, que era una bella nación, y por el modo en que han despilfarrado el entusiasmo de millones por conseguir un mundo mejor. Yo nunca fui bolchevique, pero los miraba con simpatía...

—Lo sospeché. No te habías pasado aún a su bando, pero estabas a punto de hacerlo. Por eso, y no por la bebida, hice que te expulsaran. Si hubiera expulsado a todos los borrachos de la Ojrana hubiese tenido que pasarme yo mismo a máquina las cartas... —bromeó Lukhin.

Ivanenko se encogió de hombros.

—Pues acertó. Éramos millones los que pensábamos que Rusia tenía que cambiar. Y esto han hecho con nuestra voluntad de sacrificio.

—Te creía capaz de matar, pero no de odiar.

—Yo tampoco me creía capaz. ¿Cuántas veces me ha visto borracho desde que me sacó del campo de trabajo? ¿Cuántas veces me ha visto de resaca a la mañana siguiente?

—Ninguna.

—Sigo bebiendo, pero sólo por placer. Porque me gusta. Ya no tengo necesidad de emborracharme hasta olvidarme de cómo me llamo. Odiaba mi vida y el país en el que vivía, y me emborrachaba para alejarme. Ahora también odio mi vida y este país, pero ya no me emborracho. Y lo que ha cambiado es que ahora sé que podía haber sido de otro modo, y eso no me siento capaz de perdonarlo.

—Al final resultará que eres un poeta —bromeó Lukhin.

Ivanenko se detuvo.

—Lo soy. He llenado de poemas más de veinte cuadernos. Quizás estén aún en alguna parte, durmiendo en algún archivo. Se lo llevaron todo cuando me detuvieron y tengo entendido que nunca queman nada.

—¿Quieres recuperarlos? Puedo pedírselos a Yezhov, o más arriba incluso —ofreció Lukhin, sorprendido.

—No. Déjelos donde están. Es más posible que sobrevivan allí que conmigo. Ellos no sentirán todos los días la tentación de quemarlos.

—¿Y si caen? ¿Qué pasará si cae el Gobierno? —intentó ironizar Lukhin.

—¿Qué haremos nosotros para que caigan? —se encaró Ivanenko deteniéndose en medio de la acera.

Lukhin se frotó las manos. Casi hacía calor, pero él no era capaz de librarse del frío.

—Feldman ha caído. Eso significa que la fiesta, la gran fiesta, ha comenzado ya. Busca al ordenanza de Tujachewsky y dile que su jefe debe hablar conmigo.

—¿No sería mejor que buscara usted a Tujachewsky, comisario?

—No. Debe venir él a hablar conmigo. No tardará en enterarse de lo de Feldman, y quiero que sea él quien se dirija a mí. Si le convenzo, le diré a Stalin que le llamé yo. Si no le convenzo, le diré que me llamó él. La diferencia es importante.

—Entiendo.

—Si puede ser hoy, mejor que mañana. Y estoy seguro de que vendrá.

—Todo un mariscal de la Unión Soviética hablando con un antiguo oficial zarista... —dudó Ivanenko—. No es muy difícil darse cuenta de que es una trampa...

—Y se dará cuenta. Lo difícil de esta trampa no es verla, sino evitarla —respondió Lukhin pisando la colilla de su cigarrillo.

—Voy para allá inmediatamente —se despidió Ivanenko sin más trámites.

II

Mijail Tujachewsky recibió la noticia de que Lukhin quería hablar con él y se lo pensó un día entero antes de tomar una decisión. Lo primero que hizo fue informar de ello a su superior inmediato, el mariscal Voroshilov, que le restó importancia al asunto y le aconsejó que se viese con él en cualquier momento.

—Ese tipo está husmeando por todas partes. Casi es peor que se niegue a verlo... —le aconsejó su superior.

Tujachewsky, sin embargo, no compartía la despreocupación de Voroshilov y seguía dudando. Después de la detención de Feldman, la situación se había vuelto mucho más alarmante para todos y no era prudente reunirse con el antiguo comisario de la Ojrana que se había llevado personalmente a Feldman. ¿Pero por qué no, si trabajaba para Yezhov y, según decían, se veía a veces personalmente con Stalin? Quizás ese encuentro fuese una oportunidad. ¿Y si llamaba también a Yezhov? Llegó a tener dos veces el teléfono en la mano, pero al final decidió que la llamada no serviría de nada. Sucediera lo que sucediese, sólo serviría para que Yezhov tomase nota de su nerviosismo sin necesidad de contarle nada.

Al final, confiado en su capacidad estratégica para manejar la situación, el mariscal Tujachewsky citó a Lukhin para las nueve de la mañana en su despacho, y allí lo esperaba ya desde las ocho, preguntándose qué podría querer decirle aquel hombre extraño y enigmático, parapetado tras un bigote canoso más propio, como todo él, de otra época.

A las nueve y dos minutos, llegó Lukhin. Tujachewsky lo recibió con frialdad, sin levantarse de su asiento ni tenderle la mano.

—Siéntese, por favor.

—Gracias —respondió Lukhin— aunque creo que voy a ser breve.

—Usted dirá.

Lukhin se lo pensó mejor y tomó asiento.

—Esta es la tercera vez que nos vemos, creo... —comenzó.

—Sí. Y celebro mucho que sus investigaciones sobre el material desaparecido hayan resultado un éxito —respondió el mariscal.

Lukhin sonrió.

—Muchas gracias, pero sabe igual que yo que ese material no le importaba realmente a nadie. Por lo demás, por mucho que se diga que su desaparición iba encaminada a organizar una revuelta o un golpe de Estado, usted y yo sabemos que no tiene nada que ver con eso. Se trataba de simple corrupción: desaprensivos que robaban material del Ejército para venderlo en el mercado negro o que utilizaban los vehículos militares para fines personales.

—No me consta tal cosa. Y me parece extraño escuchar semejate valoración de labios de quien consiguió resolver el problema. La gente, normalmente, añade importancia a sus éxitos, pero usted parece querer restarle relevancia al suyo.

Lukhin respiró hondo.

—Mariscal... esto no es una reunión oficial. Lo mejor será que hablemos con franqueza: ¿Cree de veras que los víveres, las mantas, las tiendas de campaña, las botas y la gasolina se iban a destinar a formar un ejército insurgente?

—A esa conclusión parecen haber llegado los encargados de investigarlo, usted entre ellos.

Lukhin esbozó nuevamente una sonrisa, esta vez más fría.

—Las conclusiones se fabrican con la misma facilidad que las pruebas. Y las causas o las intenciones de las personas son lo más fácil de fabricar de todo. Imagine que encuentra usted un charco de agua en un pasillo...

—No sé dónde quiere ir a parar... —interrumpió Tujachewsky, molesto. Su instinto de estratega no había encontrado todavía un patrón sobre el que trabajar.

—Espere. Encuentra usted un charco en un pasillo. Eso es lo que tiene, real y objetivamente. ¿Y qué lo ha causado? Puede ser una gotera del techo, y seguramente sería lo primero que comprobase. ¿No es así?

—Probablemente —repuso el mariscal con sequedad.

—Pero también puede ser una tubería rota en alguna parte, o que se le haya caído un vaso de agua a alguien que pasaba por allí, o una meada de perro...

—Es posible. Sí.

—Pues yo tuve que investigar ese caso en 1905 y era el arma del crimen. Habían golpeado a un hombre en la cabeza con un pedazo de hielo y se había derretido dentro de la casa. ¿Se da cuenta? Sólo llegué a saberlo cuando capturamos al criminal por otra prueba y confesó lo que había sucedido.

—Interesante...

—Pues eso mismo ha ocurrido con los suministros que desaparecían, sólo que la conclusión a la que se ha querido llegar es completamente absurda, porque da a entender que en Rusia hay más golpistas que ladrones. ¿No le dice esto nada?

—Lo único que me dice es que el NKVD toma todas las precauciones posibles contra los traidores —respondió Tujachewsky sin destensar su rostro.

Lukhin meneó la cabeza, lamentando la actitud del militar.

—En absoluto, mariscal. La conclusión que debería sacar de este asunto un hombre de su sagacidad es que alguien desea ver golpes de Estado donde no los hay. Y cuando un poder absoluto desea ver algo, sea lo que sea, ese algo acaba por existir, porque esa es la esencia del poder absoluto. Alguien, muy arriba, quiere ver conspiraciones por todas partes, y las va a encontrar o va a buscar a gente como yo para que las invente. ¿Cuántos militares y jefes del Partido han sido detenidos desde la muerte de Kirov? —preguntó Lukhin refiriéndose al asesinato de un importante líder soviético, dos años y medio antes. El hecho había dado pie a una importante purga.

—Se trataba de infiltrados trotskistas...

Lukhin ensayó una risa falsa.

—Ya. Por supuesto. Zinoviev, Bujarin, Kamenev, Yagoda... ¡Todos trotskistas! ¿Y usted, mariscal, no será también trotskista?

Tujachewskyi dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡No le consiento esa clase de estupideces, sea usted quien sea y le envíe quien le envíe!

Lukhin alzó las cejas.

—¿No me lo consiente? Está en su perfecto derecho. Repasemos un poco su historial —dijo sacando una revista de su cartera—. La lucha contra las insurrecciones contrarrevolucionarias, *Guerra y Revolución*[6]. ¿Conoce esta obra?

—Sí, la escribí yo.

—¿La leemos un rato?

—No me avergüenzo de nada de lo dicho ni menos aún de lo hecho.

—Entiendo, por tanto, que usted considera justificado disparar contra obreros que piden mejoras en el trabajo. Usted cree adecuado asesinar a marinos y trabajadores que piden mejoras en las condiciones de producción. Usted cree que es justo acabar con los campesinos que quieren gestionar su propia tierra.

—No se pueden permitir movimientos contrarrevolucionarios.

—Si dispara contra obreros y campesinos que defienden sus

derechos, ¿puede explicarme en qué se diferencia usted de un fascista?

—¡No le consiento...!

—Ya van dos veces que no me consiente... —interrumpió Lukhin —, pero el caso es que sus actividades en el pasado bien pueden ser consideradas servicio al enemigo, traición al pueblo, debilitamiento del poder soviético y sabotaje. ¿O no es así?

—Cumplí precisa y minuciosamente las órdenes que me dieron.

—Justamente como yo en la Policía del zar —repuso Lukhin con media sonrisa—. ¿O se cree que yo era un mal policía que actuaba por su cuenta? Cumplía escrupulosamente las órdenes que me daban mis superiores.

—Pero usted era un enemigo del pueblo.

—Sí, por supuesto, y un represor. Usted, en cambio, mató a millares sin dejar de ser un benefactor.

—No tengo ningún interés en discutir ese tema con usted. Es completamente absurdo —desechó Tujachewsky.

—De acuerdo. ¿Quiere que hablemos entonces de su informe a Lenin sobre la valía militar del camarada Stalin? —preguntó Lukhin.

Tujachewsky enrojeció.

—He tenido ocasión de aclarar el asunto personalmente con el camarada Stalin.

—Seguro que sí, y los dos sabemos, usted y yo sabemos que también es absurdo discutir ese tema, porque Stalin no le perdonará nunca. Una pregunta más, sobre un proceso en el que usted participó.

—Yo casi no he participado en procesos —repuso Tujachewsky con suavidad, agradecido de que se dejase de lado su informe sobre el mando militar de Stalin en la campaña polaca.

—En 1928, en Moscú, en el mercado de la verdura, la vendedora Anika Sergevna discutió con un miembro del Partido sobre el precio de las patatas. Al final de la disputa dijo: «¡Que te parta un rayo!» al miembro del Partido. Usted estaba en el tribunal que la condenó a quince años por estos hechos, por delito de terrorismo. ¿Lo recuerda?

—Vagamente. Estaba allí de suplente...

—Y dígame: ¿es una sentencia justa? —preguntó Lukhin.

—Había que dar un escarmiento a los que no respetaban al Partido.

—¿Es una sentencia justa? —repitió Lukhin.

—Quizás un poco exagerada —reconoció el mariscal.

—Bien. Un poco exagerada, digamos. Pues ponga eso por escrito y solicite una revisión de la condena. La acusada aún está en prisión.

—No voy a hacer semejante cosa.

Lukhin miró fijamente al mariscal y guardó silencio unos segundos. Al final, Tujachewsky, bajó la vista.

—Eso quería oír. Ahora me quedo mucho más tranquilo. Hablemos claro, entonces.

—Hace un cuarto de hora que espero que hable claro.

—Ayer detuvimos a Boris Feldman.

—Lo sé.

—Se le acusa de participar en un complot militar para derrocar al poder soviético.

Tujachewsky no pudo ocultar su sorpresa.

—Pensaba que tenía que ver con el asunto de los suministros...

—Y quizás tenga que ver, pero se trata de la organización de un complot militar. Sedición, nada menos. Y vengo a avisarle de que su nombre sonará como jefe de ese complot.

Tujachewsky se puso en pie.

—¡Márchese inmediatamente, antes de que le pegue dos tiros! —gritó echando mano a su pistola.

Lukhin no se movió de su silla.

—Adelante, mariscal. Eso no haría más que agravar su situación, ya muy grave de por sí. Será mejor que se calme y que me escuche, porque he venido a ayudarle.

Tujachewsky permaneció en pie unos segundos y se volvió a sentar.

—Diga lo que tenga que decir.

—Feldman declarará lo que quieran que declare. Y le anticipo que le va a citar a usted como cabeza de la rebelión. Su nombre ya ha aparecido en más ocasiones.

—Es absurdo. Nadie lo ha tomado en serio hasta ahora y nadie lo hará tampoco en el futuro.

—Acabo de contarle por qué condenaron a quince años a una vendedora de hortalizas, así que no tiene sentido discutir si es absurdo o no. Acaba usted de responderme que no moverá un dedo por ella, y otros muchos en los que usted confía ahora harán lo mismo con usted, porque lo cierto es que su nombre aparecerá y sólo será el primero de una lista.

—Es usted un miserable intoxicador. No quiero saberlo.

—¿Firmará la solicitud de revisión de condena para esa mujer?

—¡Deje ya esa estupidez!

—¿Lo ve? Ni siquiera usted confía realmente en la justicia. Lo único que ve, como la mayor parte de la gente que vive en este país, es una máquina trituradora. No soy un intoxicador: es la pura verdad. Aparecerá su nombre y muchos otros.

—Prefiero que no me lo cuente.

Lukhin apretó los labios.

—Es mejor que lo sepa, para que compruebe la veracidad de mis palabras a medida que los vayan deteniendo. Primakov, Uborevich, Gamarnik, Putna, Yakir... y muchos más.

—¡Se ha vuelto loco! Se ha vuelto completamente loco...

—A algunos los detendré personalmente en menos de diez días, y a usted puede que en menos tiempo aún. ¿Y sabe por qué? Porque estoy seguro de que es inocente. Y porque he visto que incluso usted cree que eso carece de importancia. Cuando se habla de los demás, su culpabilidad o inocencia no tiene sentido, pero se permite creer que las cosas serán de otro modo si se habla de usted... ¡No se puede ser más majadero!

—Márchese, por favor —ordenó el mariscal.

Lukhin se levantó.

—Todos caerán porque todos son inocentes. Su única salvación es dejar de serlo. Creo que me he explicado bien.

—¿Me está usted sugiriendo...?

—Le estoy ofreciendo la posibilidad de salvar su cabeza y la de sus compañeros. Si de veras es usted un militar y de veras tiene madera de mariscal de campo, no le será indiferente.

—Un buen militar, un buen mariscal... ¡Escoria!

—Escoria, sí. Como Napoleón. Como Julio César. Hombres que supieron cuál era su lugar cuando llegó el momento.

—Márchese.

Lukhin se despidió con un taconazo. No se le ocurrió una ironía más cruel.

---

6 Tujachevski, «Borbá skontrrevoliutsiónnymi vostániami» [La lucha contra las insurrecciones contrarrevolucionarias], *Guerra y Revolución,* n° 7/8 (1926).

III

La reunión era en Madrid, pero todo el mundo tenía la mente puesta en Barcelona.

El jefe de la misión diplomática soviética, Marcel Rosenberg, había reunido en su residencia a Berzin, Gorev y Kutznesov, los tres principales comisarios que daban apoyo militar a la República, junto con Alexander Orlov, jefe del NKVD y responsable de la inteligencia militar soviética en España. Había sido también invitado el general Dimitri Pavlov, artífice de la victoria del Jarama, a pesar de que hasta ese momento había desempeñado solamente papeles menores.

Tras las últimas victorias y el desgaste sufrido por las fuerzas de Franco, la guerra marchaba mejor que hacía unos meses, o al menos se había conseguido estabilizar los frentes, que era el primer paso para aprovechar la escasez de medios de los insurrectos. Ya no se hablaba de una rápida victoria, pero al menos se había logrado evitar una rápida derrota, como habían temido en algún momento.

Sin embargo, los problemas internos habían crecido hasta límites que difícilmente habían podido prever los más pesimistas.

—Esto no puede seguir así —enunció escuetamente Rosenberg.

Los militares, incómodos, se miraron entre ellos. Habían discutido hasta la saciedad los sucesos de Barcelona y eran los primeros convencidos de que había que buscar una solución, pero aún no estaba claro cuál podía ser la mejor.

Dos semanas atrás, en toda Cataluña, se habían producido fuertes enfrentamientos entre milicias revolucionarias y fuerzas republicanas. Tras el fracaso de la rebelión militar en Barcelona, la ciudad había quedado bajo el control de las milicias obreras, especialmente las de la CNT y la UGT. Inmediatamente se procedió a la colectivización de las industrias y la formación de una junta de izquierdas revolucionarias que impusieron sus puntos de vista al Gobierno central y a la Generalitat de Catalunya, encabezada por Commpanys.

Tanto los anarquistas, como los comunistas, como los socialistas y trotskistas organizaban sus propias patrullas, acopiaban armas en sus propios depósitos y trataban de controlar las fronteras para

imponer fuertes tasas a toda mercancía que entrase o saliese del país.

La tensión se convirtió en enfrentamiento cuando a primeros de aquel mes de mayo, los anarquistas, que controlaban la central telefónica de Barcelona, se habían negado a permitir que hablaran por teléfono el presidente del Gobierno y el presidente de la Generalitat, alegando que las líneas debían usarse para cosas más importantes que el parloteo de dos políticos. Los anarquistas controlaban desde hacía tiempo las comunicaciones, pero aunque todos estaban seguros de que se habían montado escuchas, nunca antes habían restringido las líneas en favor de sus fines políticos. El 3 de mayo, la Generalitat ordenó la toma del edificio de Telefónica por la Policía y se produjo un gran tiroteo, que desembocó en una batalla campal entre anarquistas, comunistas, FAI, POUM, policías de la Generalitat y milicias sindicalistas de otras tendencias.

Es en ese momento, cuando la sección bolchevique leninista distribuye octavillas con un comunicado llamando a la revolución contra la Generalitat y el Gobierno de la República:

Viva la ofensiva revolucionaria - Nada de compromisos - Desarme de la GNR y la Guardia de Asalto reaccionarias - El momento es decisivo - La próxima vez será demasiado tarde - Huelga general en todas las industrias que no trabajen para la guerra, hasta la dimisión del gobierno reaccionario - Sólo el poder proletario puede asegurar la victoria militar - Armamento de la clase obrera – Viva la unidad de acción CNT-FAI-POUM – Viva el Frente Revolucionario del Proletariado – En los talleres, fábricas, barricadas, etc.: Comités de defensa Revolucionaria.

Pronto las revueltas y los tiroteos se extendieron por toda Cataluña, y las columnas anarquistas destacadas en Aragón comenzaron a marchar sobre la ciudad con la intención de apoyar a sus compañeros. La consigna era disparar a todos los coches que circularan para imponer así la efectividad de la huelga general, y se produjeron centenares de muertos por estos tiroteos indiscriminados.

Finalmente, el presidente de la República, Largo Caballero, envió a la Marina desde Valencia y logró calmar la situación tras el desembarco de varios miles de soldados.

—Tendríamos que acabar con todos ellos —dijo Orlov.

—Bien, ¿pero cómo? —opuso Berzin—. Los nuestros no eran lo bastante fuertes para hacerse con el control de la ciudad, y los anarquistas no son de fiar. Si dividimos nuestras fuerzas, los fascistas nos aplastarán, y si nos mantenemos hombro con hombro

con los anarquistas, tanto dará si la guerra se gana como si se pierde, porque será igualmente desastroso.

—No podemos permitir que los trotskistas saquen partido de nuestro esfuerzo —afirmó Rosenberg repitiendo las consignas de Moscú.

Gorev se frotó la cara.

—Esto no tiene remedio: ahora que habíamos conseguido estabilizar los frentes, los nuestros se matan entre sí —se quejó. A pesar de su formación política y sus convicciones comunistas, Gorev era ante todo un militar y no se sentía cómodo tratando cuestiones ideológicas.

—¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó Orlov.

—Por mi parte, sí —repuso Kutznesov.

—Yo también —se sumó Berzin.

—Algo hay que hacer. Voto a favor —dijo Gorev.

Pavlov no había opinado hasta ese momento, poco seguro de tener voto en aquella reunión, pero cuando todos lo miraron no tuvo más remedio que pronunciarse.

—Yo creo que no servirá de nada. Lo que hay que buscar son los cargos donde se concentra la verdadera autoridad. Pero opino que hay que hacer algo.

Rosenberg se puso en pie.

—Bien. Pues entonces, Largo Caballero se va a la calle. Y nombramos a Negrín como presidente de la República. Como dice Pavlov, quizás no sirva de nada, pero al menos causará menos problemas que este fantoche tibio que tenemos que sufrir ahora. Necesitamos a alguien que crea en la Revolución y al que no le tiemble el pulso para tomar las medidas oportunas. Largo Caballero nunca dejó de estar corrupto por las ideas democráticas y burguesas.

—¿Y Negrín? —preguntó Orlov.

—Negrín tendrá que hacer lo que se le diga. Y no es lo mismo llegar al cargo después de lo de Barcelona que antes. No es lo mismo —concluyó Rosenberg.

IV

El interrogatorio de Boris Feldman fue llevado a cabo por el comisario de segunda Leflevsky y el capitán Ushakov, este último especialista en torturas e interrogatorios, ambos del NKVD. Lukhin declinó participar en el interrogatorio, a pesar de que fue expresamente invitado por Yezhov.

A Lukhin le bastaba leer el informe de la declaración de Feldman para saber que lo habían triturado.

Según aquel informe, Feldman se declaraba culpable de la instigación de un complot militar trotskista iniciado en 1932 con la integración de Mijail Tujacheswski en el grupo de conjurados.

En ese punto, se abren comillas para reflejar la declaración literal del Feldman:

«En el complot militar-trotskista yo estuve involucrado desde inicios de 1932 en Moscú, debido a Mijail Nicolaevich Tujachewsky. Mi implicación en la organización fue anterior a mi alineación con Tujachewsky, cuando estuve como jefe del Estado Mayor del Distrito Militar de Leningrado. Allí Tujachewsky repetidamente hablaba expresando su disgusto por la administración del Ejército llevada a cabo por Voroshilov.

Enumeró muchos episodios de agravios personales, sobre la subestimación de su importancia como especialista militar, sobre los hechos de los últimos años de la guerra civil, sobre el mando de los frentes. Enumeró sus grandes méritos así como los de Trotsky, al que tenía en alta estima, y se quejó de que actualmente lo habían relegado.

Poco después de la conversación antes referida, y después de aceptar la participación en la lucha contra el liderazgo del partido, Tujachewsky a principios de 1932 en su oficina, me informó de la existencia de una organización militar contrarrevolucionaria trotskista, contándome el programa y las tareas, y dando una completa serie de nombres de los participantes».

Lukhin no necesitaba mucho más, pero prefirió seguir leyendo el informe. A partir de ese punto, se citaba una larga lista de nombres, entre los que se incluía a Putna, Primakov y casi dos docenas de altos cargos más. Feldman no se había dejado nada en el tintero y

muy probablemente se había inventado también una buena parte de lo que declaraba.

Según Feldman, Tujachewsky le había dicho también que Iona Yakir, jefe del Distrito Militar de Kiev, y Avgust Kork, exjefe del Distrito Militar de Moscú, estaban descontentos, y que los exresponsables de instrucción militar Ugrumov y Chaikovsky habían sido nombrados para sus cargos en la Escuela de Infantería de Kiev, con la intención de que pudiesen continuar con su trabajo antisoviético.

Los doce folios restantes contenían afirmaciones parecidas e implicaban al menos a cincuenta mandos más.

—Ivanenko, por favor —llamó Lukhin a su subordinado, que leía tranquilamente el periódico en una mesa contigua.

—Dígame, comisario.

—Eche un vistazo a esto. ¿Se acuerda de la Baba Yagá?

—¿La Baba Yagá? —se extrañó Ivanenko.

—Sí, la bruja de los cuentos infantiles.

Ivanenko se echó a reír.

—¡Claro que sí! Tenía la nariz azul, los dientes de hierro, y una pierna de hueso. Me asustaban con ella cuando era niño. No me diga que sale a relucir la Baba Yagá...

—No. Pero la superan.

Ivanenko echó un rápido vistazo a la transcripción del interrogatorio y lo acabó arrojando sobre la mesa después de unos minutos.

—Están locos.

—¿No era esto lo que buscábamos? —preguntó Lukhin pidiendo refrendo.

—¿A cuántos cita? ¿A cincuenta, a ochenta, a cien? Es una verdadera majadería. Es la estupidez más grande que he leído en mi vida. Ni siquiera mi propia confesión llegó a tanto.

—Ni la mía. Y yo era un oficial del zar —se sumó Lukhin.

—Y dice además que conspiraban desde 1932. Eran un centenar y conspiraban desde hace cinco años. ¿Y en alguna parte se aclara a qué demonios esperaban, si están ahí todos los jefes militares con mando efectivo de tropas?

Lukhin cogió el informe y pasó unas cuantas páginas en busca de un párrafo concreto.

—Mire esto: «Tujachewsky me dio personalmente indicaciones para la selección de las personas en los puestos de mando y cómo debía colocar a antiguos trotskistas, así como órdenes para el reclutamiento de un pequeño pero efectivo grupo de funcionarios

del aparato central del Comisariado de Defensa, indicando que sería muy útil poner varios funcionarios del control de ingeniaría, química, mecánica-transporte, y Estado Mayor del Ejército Rojo. Yo le prometí hacerlo gradualmente viendo a la gente apropiada y tantearlos e implicarlos en la organización». —leyó en voz alta Lukhin—. ¿Qué te parece?

—Trotskistas. Trotskistas por todas partes. Como si todavía quedase alguno fuera de Siberia...

—Pues parece que los hay a cientos —se burló Lukhin.

Ivanenko dio otro repaso a la declaración del detenido y meneó la cabeza en señal de incredulidad.

—¿Y qué diría Tujachewsky si pudiera leer esto? —sugirió.

Lukhin se dejó caer sobre su silla.

—Ya había pensado en ello, pero es una declaración tan fantasiosa que nunca podremos convencerle de que Feldman ha dicho efectivamente todo eso. Es algo así como cuando venía alguien a declararse culpable de un crimen del que había hablado la prensa y descubríamos a los diez minutos que era un pobre loco que sólo había matado a alguien en su cabeza. ¿Cuántos tuvimos de esos?

—Docenas.

—Y eran un problema. Pues ahora nos sucede lo mismo: la declaración es tan falsa y llena de sinsentidos que no servirá de nada.

Ivanenko negó con la cabeza.

—Permítame que esta vez no esté de acuerdo, comisario.

—¿Quién se va a creer algo así? —preguntó Lukhin, desanimado.

—Cualquiera que hable su idioma. Nosotros no nos lo podemos creer porque pertenecemos a otro mundo y es como si hablásemos otra lengua. Nos sucede con esta declaración como cuando leemos un libro religioso de una religión que no es la nuestra. Nos parecen todo fábulas y cuentos mal encajados, pero no aplicamos el mismo espíritu crítico a nuestras propias creencias. Los que han mamado el comunismo y se han engrandecido a sí mismos en sus purgas, se lo creerán. Tujachewsky reprimió a los marineros de Kronstadt y a los campesinos de Tambov, ¿no es así? Pues si lo hizo fue porque se creyó declaraciones como estas. Sabe lo que son las cosas y le parecerá real. A él le parecerá real. Ha llegado a mariscal por creer en esta religión, y esta religión tiene esta clase de escrituras sagradas.

—Podría funcionar... —aceptó Lukhin—. Seguramente tengas

razón y ya haya leído montañas de idioteces como esta.

—Las ha leído y se ha acostumbrado a tomarlas como dogma de fe —insistió Ivanenko plenamente convencido de lo que decía.

—Vamos a intentarlo —decidió Lukhin.

—¿Y qué pasará si cuenta lo que le hemos enseñado?

—Diremos que buscábamos implicarlo.

—Y como también él pensará eso, no lo conseguiremos —lamentó Ivanenko.

Lukhin reflexionó unos instantes.

—Es posible. Pero depende de qué pese más en su carácter. Si su desconfianza o su miedo. Ya veremos...

V

Voroshilov presidía la reunión del Estado Mayor del Ejército Rojo, pero todas las miradas estaban puestas en Tujachewsky, lo que inmediatamente le dio a entender que no sólo él se había enterado de que su nombre aparecía en la declaración de Feldman.

No estaba del todo claro quiénes habían oído algo y menos aún que las versiones que circulaban coincidiesen entre sí, pero los interesados buscaron la manera de hablar en privado, aprovechando que la próstata de Voroshilov le exigía frecuentes salidas al aseo.

—Son tonterías, no te preocupes —trató de tranquilizar a Tujachewsky el mariscal Blücher.

—Son tonterías porque tu nombre no aparece, Vasili Konstantinovich —repuso Tujachewsky tratando de mantener el buen humor—. Si se te mencionase a ti, entonces serían injurias.

—¡Y así también, por supuesto! ¡Somos compañeros antes que nada! —protestó Blücher.

—Creo que también yo soy todo un personaje en esa conjura —lamentó Yakir, el principal experto soviético en tropas mecanizadas y fuerzas acorazadas.

—¿Sabéis lo que os digo? Mi nombre también aparece, y nadie nos librará —comentó el general Primakov, adjunto del mando del Distrito Militar de Leningrado.

Los cuatro se miraron unos instantes. A todos se les había pasado por la cabeza aquella misma idea, pero sólo Primakov se había atrevido a decirlo en voz alta.

—No dramaticemos, por favor —rogó Blücher—. Yo, personalmente, os doy mi palabra de que haré cuanto esté en mi mano por defender la inocencia de todos los aquí presentes. Sé que estoy diciendo una estupidez, porque todos tenéis una hoja de servicios tan buena o mejor que la mía, pero os doy mi palabra.

—Y conseguirás que te fusilen también, lo que me parece ya el colmo de la necedad —repuso Primakov—. ¿Qué clase de alivio crees que sentiré cuando sepa que te fusilan también a ti, por defendernos?

—Bordeas el derrotismo —gruñó Blücher.

—¿Estamos entre amigos o no? —se encaró Primakov a pesar de

que Blücher era un superior jerárquico.

Todos respondieron afirmativamente.

—Pues entonces sabéis de sobra lo que hay que hacer si queremos evitar nuestra ejecución y la de nuestras familias. Y la de muchos otros.

—Creo que no quiero seguir en esta conversación —se quejó Blücher, alejándose del grupo.

—Quédate, Vasili Konstantinovich. Te lo ruego —le pidió Tujachewsky.

Blücher regresó a regañadientes.

—Debes escuchar lo que se diga, y si llega el caso, repetirlo. No tenemos nada que ocultar —insistió Tujachewsky.

—Hasta este momento, sé que no. Pero...

—Si no ha salido aún, tu nombre saldrá. Y lo sé. Y el de Yegorov. Y muchos más —aseguró Tujachewsky.

—No te creas que no lo he pensado.

—Pues si alguien debe tomar una decisión, sois vosotros, que estáis al mando —dijo Kork, señalando a los dos mariscales. Yo os seguiré, decidáis lo que decidáis.

—Y yo —se sumó Primakov.

—Yo ya he elegido lealtad —aseguró Tujachewsky viendo acercarse a Voroshilov.

—¿Sabes una cosa, Mijail Nikolayevich? Siempre te he considerado un genio militar, pero siempre he creído que no vales para jefe. A los jefes se les llama así porque mandan y se arriesgan, y no sólo obedecen. Perdona que te lo diga hoy con tanta franqueza —señaló Primakov con amargura.

—Me duele que digas eso —se quejó Tujachewsky.

—Más nos dolerá a todos como llegue a demostrarse que es cierto —se sumó Kork, iniciando la disolución del grupo.

VI

Ieronim Petrovich Uborevich no había tenido la más mínima sospecha de que pudiera encontrarse en la lista de sospechosos. De hecho, cuando escuchó rumores sobre la posible implicación de Tujachewski y algunos otros militares en un complot para derribar el poder soviético, ni siquiera se tomó la molestia de averiguar si él mismo había sido mencionado por algún testigo.

De origen lituano, hijo de granjeros y militar profesional, había estudiado en la academia de oficiales de los zares, lo mismo que Tujachewsky.

Después de luchar en el Ejército de los zares durante buena parte de la Gran Guerra, se unió a los bolcheviques poco después de que estallara la Revolución. Su experiencia en combate y sus conocimientos técnicos lo hicieron ascender muy pronto y llegó a mandar tres cuerpos del Ejército.

Durante la rebelión de Tambov, participó junto a Tujachewsky en la represión de los campesinos y posteriormente fue enviado a la Rusia oriental como hombre de confianza de Lenin, ejerciendo el cargo de ministro de la Guerra en la efímera república del Lejano Oriente, una entidad títere utilizada para enfrentarse a los intereses de Japón en Asia.

Posteriormente siguió ascendiendo en su carrera militar, y ocupó distintos cargos, como jefe de armamento del Ejército Rojo, encargado de la modernización y puesta a punto del conjunto de las Fuerzas Armadas, o la jefatura del Distrito Militar de Bielorrusia, un distrito clave para los intereses soviéticos por ser el más cercano a la frontera alemana en particular y a Occidente en general.

Como militar profesional y profundo conocedor de la evolución técnica del armamento, se había enfrentado en numerosas ocasiones a Voroshilov, propugnando el abandono de las viejas tácticas y de las unidades de caballería en favor de la mecanización del Ejército. Junto con Yakir y Gorev, era uno de los principales expertos del Ejército Rojo en unidades blindadas e impulsor de una nueva táctica, la de la división acorazada, que defendía que los tanques debían formar unidades compactas en lugar de dispersarse en simples unidades de apoyo a la infantería, como proponían los

estrategas británicos y franceses.

Cuando fueron a detenerlo, trató de explicar muy pausadamente a los agentes del NKVD que tenían que estar cometiendo un error y que seguramente buscaban a otro Uborevich, porque él era el general de primera, condecorado docenas de veces por el propio Stalin.

El sargento que mandaba la patrulla sonrió brevemente y mandó que lo esposaran y lo subieran sin más contemplaciones al coche.

Tujachewsky se enteró aquella misma tarde de la detención de Uborevich. La esposa del general lo llamó inmediatamente para pedirle ayuda, deshecha en lágrimas. No sabía qué había podido ocurrir, pero el modo en que se lo llevaron le hacía temer que su marido estuviese en grave peligro.

—No te preocupes, Masha. Seguro que es una tontería. Déjalo en mi mano y ya veré lo que puedo hacer —le respondió, tratando de tranquilizarla.

Pero le temblaban las manos de tal modo que casi no acertó a colgar el teléfono.

—Hay que hacer algo —dijo en voz alta.

—¿Qué sucede? —le preguntó su hija pequeña desde el salón.

—Nada, cariño. Nada.

VII

En Berlín, Reinhard Heydrich también se enteró aquella misma tarde de la detención de Uborevich.

—¡Magnífico! —exclamó al teléfono antes de colgar sin despedirse.

Naujocks trabajaba en su escritorio y ni siquiera levantó la cabeza.

—Han detenido a Uborevich. El asunto ruso comienza a funcionar —le informó Heydrich.

—Naujocks levantó los brazos en señal de triunfo, como si su equipo acabase de marcar un gol.

—¡Estupendo! Ya van dos peces gordos, además de los pececillos que han ido cayendo.

—Feldman y Uborevich. Además de Tujachewsky, hay que hacer, como sea, que caigan Blücher, Yakir y Gorev. ¿Tenemos algo de estos?

Naujocks se levantó para buscar una carpeta en un archivador y repasó brevemente su contenido.

—De Yakir tenemos algunas cosas, aunque no muy convincentes.

—Eso es lo de menos. Stalin ya ha metido los pies en el lago de la sangre y no va a saber detenerse. Las primeras pruebas tenían que ser contundentes, pero ahora ya irá aceptando cosas cada vez menos sólidas. Poned en marcha lo que sea, de inmediato. Yakir tiene que caer cuanto antes.

—A sus órdenes. Respecto a los otros dos, Gorev está en España y usted dio instrucciones de dejar en paz de momento a los que estuviesen en España.

—Sí. De momento, dejad a un lado a Gorev, pero id reuniendo material sobre él. Cuando se vaya resolviendo lo de la guerra de España, en una dirección o en otra, hay que acabar con él. Y de momento, parece que no van a ser capaces de poner orden en esas hordas proletarias suyas. El otro día estaban matándose entre ellos en Barcelona.

—No tienen remedio.

—Bien. Pues reunid material sobre Gorev y dadle unos cuantos meses. Si es que Stalin no acaba con él antes, por su propia cuenta.

—También podría suceder. En cuanto a Blücher, no tenemos nada. Nada de nada.

Heydrich frunció el ceño, pero no estaba dispuesto a que la mala noticia le estropease el buen humor del momento.

—Pues id buscando algo.

—Lo hemos hecho, y nada. No hay papeles suyos por ningún lado. No tenemos acceso a su oficina, ni tenemos a ningún agente que trabaje cerca de él. Nada.

—Podemos invitarlo a unas maniobras —se le ocurrió a Heydrich.

—No sé si en estos momentos funcionará, pero lo consultaré con los militares.

Heydrich siguió dándole vueltas al asunto unos instantes. Cuando desataba su imaginación no daba por desechada ninguna idea hasta poder modificarla y convertirla en algo útil.

—Y si no, a que dé una conferencia. Bien pagada, con promesa de mostrarle algún nuevo prototipo, o algo que pueda poner los dientes largos a los rusos. El caso es que venga, luego ya le haremos firmar en el registro de un hotel, o dejarle una nota a una camarera, o lo que sea...

—También lo consultaré —respondió Naujocks tomando nota.

Heydrich alzó un dedo.

—Y toma nota también: hay que enterarse de si ha escrito algún libro, unas memorias, un manual técnico o algo.

—Eso creo que ya lo sabemos —respondió Naujocks intentando demostrar su eficiencia—. Cuando buscamos datos sobre él, dimos con un libro sobre sus experiencias en la guerra civil rusa. Un panfleto bolchevique sobre sus esforzados soldados luchando contra los imperialistas. *La larga marcha*, se titula.

—Estupendo. Pues poneos en contacto con los rusos, o con el propio Blücher, para decirle que hay una editorial alemana que lo quiere reeditar. A veces puede más la vanidad que cualquier otra tentación. Es posible que se niegue a venir a Alemania, o que no le permitan viajar hasta aquí para participar en unas maniobras o dar una conferencia, pero seguro que el propio Blücher estará encantado de que reediten su libro, y sus jefes no tendrán nada que oponer a que se divulgue uno de sus panfletos propagandísticos.

—Quizás fuera buena idea hablarlo con una editorial comercial. Que sean ellos los que pidan el libro y hagan todas las gestiones, ¿no?

—Por supuesto. Y si es una editorial extranjera, aún mejor. ¿Tenemos contactos fuera, no? —quiso asegurarse Heydrich.

—Francia, Inglaterra, Estados Unidos... En el mundo de la cultura tenemos contactos en todas partes. El Ministerio de la Propaganda no descansa ni un momento.

—Bueno, pues en ese caso, mirad a ver lo que se puede hacer en Estados Unidos. Que le pidan el original, que metan unas cuantas tergiversaciones o erratas, y que le pidan a él que lo corrija. Así tendremos su caligrafía, y hasta un par de cosas interesantes, si lo que le pedimos que escriba está bien elegido —ordenó Heydrich.

—Me pongo en marcha con esto.

—Sí. Y deja de momento lo de las maniobras o las conferencias. Es mejor no levantar sospechas.

VIII

Cuando fueron a buscarlo, Avgust Kork no estaba en su casa, pero no tardaron en saber que todas las tardes salía a pasear una hora y que aquella tarde en concreto había ido a ver a su hijo mayor, que vivía cerca de su domicilio.

Kork era también militar de carrera y se había graduado como oficial de artillería en la Academia Imperial de Cadetes de Chuguyevsk, pasando a ser destinado al Estado Mayor del Ejército en 1917. Fue uno de los primeros militares rusos en recibir formación en la escuela de observadores aéreos, y su colaboración fue tan brillante que en 1918 fue desmovilizado con el rango de teniente coronel.

Hijo de unos campesinos letones, no tuvo ninguna duda en unirse a los bolcheviques al comienzo de la Revolución. Durante la guerra civil se le encarga la crucial defensa de San Petersburgo, que logra mantener con éxito frente a las fuerzas del Ejército Blanco comandadas por el general Yudenich. Posteriormente es uno de los más destacados mandos, junto con Tujachewsky, en la guerra ruso-polaca. Poco después es enviado al Turkestán, donde sofoca sin contemplaciones la revuelta de los Basmachi.

A partir de ese momento, ocupa diferentes puestos, todos de importancia, como comandante de la Región Militar del Cáucaso o del Distrito Militar Occidental.

A finales de los años veinte es nombrado agregado militar en Alemania, y de esa época conserva contacto con diversos militares alemanes.

A su regreso, en 1929, se le asigna la comandancia militar de Moscú, cargo que ocupó entre 1929 y 1935, para pasar acto seguido a ser nombrado jefe de la escuela militar Frunze, una institución militar crucial en la formación de nuevas promociones de oficiales y en la modernización del Ejército Rojo.

En su búsqueda de los camiones extraviados, Lukhin no había tenido razones para entrevistarse con él, pero aquella tarde le pidió a Yezhov realizar la detención personalmente. El hijo de Kork trató de oponer resistencia, pero su padre, con voz tajante, le ordenó obedecer.

—Ni tenemos nada que ocultar ni nada que temer —dijo mientras se abrochaba el abrigo ante los dos agentes del NKVD.

En la calle, aguardaba Lukhin.

—¿Me recuerdas, August Ivanovich? —preguntó.

Kork dio un paso atrás, como si le hubiesen dado un golpe.

—¡Lukhin! ¡El comisario Lukhin! ¡No es posible!

—Todo es posible en este maldito país.

—Yo mismo me encargué de que acabaran contigo. Cuando mandaba la defensa de Leningrado...

—Lo sé. Lo sé. Y no te guardo rencor. Cumpliste con tu deber como yo cumplía con el mío. Vosotros ganasteis y yo me fui a Solovki. Así son las cosas. Pero mira, ya ves... Hoy resulta que regreso para detenerte, otra vez, como si hubieras perdido.

El general alargó una mano para tocar a Lukhin. Parecía que le costaba reconocer que era real.

—Había oído hablar de que un antiguo comisario del zar estaba por ahí, husmeando. Hasta escuché tu nombre, pero no me lo creí.

—Pues aquí me tienes. Ninguna guerra se gana para siempre, ya lo ves. Donde no hay coraje, el pasado es impredecible.

—Sin embargo, cuando se pierden, ya no hay remedio —respondió Kork.

—Eso es cierto. Y en las guerras civiles, como la nuestra, los que ganan y los que pierden son a veces vecinos, o parientes, y son otros los que eligen bando por ellos. Es todo una maldita lotería para mucha gente, pero al menos tú y yo no podemos quejarnos de que nos empujasen hacia un lado o hacia el otro. Tú estabas con los comunistas porque querías una sociedad nueva, y yo con los zares porque me repugnaba la gente que quería construir esa nueva sociedad. No me daba asco el comunismo, sino vosotros. Y ya ves: los dos teníamos razón.

—Yo no tengo queja.

—Espera media hora y ya me dirás... —dijo Lukhin con una sonrisa.

—¿Qué está pasando?

—Que al final resulta que te equivocaste de bando, August Ivanovich.

Kork se permitió sonreír también.

—Seguro que a ti te ha ido mejor...

—No. Te aseguro que no. Pero os están deteniendo, uno a uno, a los que hicisteis aquella revolución. Si hubiera triunfado el bando del zar y hubieses luchado en su Ejército, tal vez no hubieses ascendido tanto, pero no tendrías que despedirte ahora de tu hijo y

podrías disfrutar dentro de unos años de tu jubilación, como hicieron otros muchos.

—No vale la pena vivir como un siervo —menospreció Kork.

—Lo que no vale la pena es luchar para quienes no respetan a los suyos. Sube al coche —ordenó Lukhin.

—¿Estoy detenido?

—No debería decírtelo, pero me temo que sí. Considéralo un viejo favor, por no haberte asegurado de que me mataban.

—¿Qué demonios está pasando?

—Dímelo tú. Al fin y al cabo es tu Gobierno, es tu partido y es tu nuevo mundo, recién construido. No el mío.

IX

La orden estaba dada: Andreu Nin debía morir.

Andreu Nin había sido secretario de Trotski en Moscú y posteriormente había ocupado la Consejería de Justicia de la Generalitat de Cataluña hasta finales del año anterior.

Alexander Orlov, responsable en España de los agentes del NKVD, no había consultado aquella decisión con sus compañeros soviéticos, pero estaba decidido a erradicar el mal trostkista por su cuenta, y cuanto antes.

Junto con Nin deberían ser detenidos otros miembros importantes del comunismo antiestalinista: Kurt Landau, Mark Rein y José Robles Pazos, en primer lugar. Y luego ya se vería.

La guerra marchaba mal. A pesar de la superioridad material de los tanques soviéticos, y del hecho de que Franco sólo era capaz de mostrarse como brillante estratega cuando se enfrentaba a desharrapados como los cabileños de África o las milicias populares, el frente no cesaba de traer malas noticias.

Los asesores militares rusos, sobre todo Gorev, vencían a los militares sublevados una y otra vez, pero no podían estar en todas partes, y cada vez que se marchaban de un lugar eran sustituidos por aventureros que parecían sentir la necesidad de demostrar su audacia en lugar de su inteligencia.

Los españoles servían para guerrilleros y bandoleros, pero como ejército regular eran un condenado desastre. De hecho, Orlov pensaba que toda la maldita guerra era un desastre: sin suministros suficientes, con unidades pasando hambre, con los tanques aparcados semanas enteras a la espera de que llegase gasolina, con la munición transportada en carromatos por carreteras embarradas o incluso inexistentes. La guerra civil rusa no había sido mucho mejor, por supuesto, pero cuando lo destinaron a España esperaba encontrarse otra cosa. En España, por no haber, no había ni grandes ejércitos. Le llamaban batalla a una lucha de unos pocos miles contra otros pocos miles, y ofensiva a lanzar diez o quince mil hombres para lograr conquistar un objetivo. Con diez o doce mil hombres no se hacían batallas en Rusia: a eso se le llamaba escaramuza y muchas veces no aparecía ni en el orden del día del

cuartel general.

Lo peor estaba sucediendo en el frente norte, donde ni siquiera Gorev era capaz de detener a las fuerzas nacionalistas. Poco menos de un mes atrás, los alemanes, con el bombardeo de Guernica, habían demostrado que su aviación era un arma mortífera, y la población se había aterrorizado ante la posibilidad de sufrir nuevos bombardeos.

Pero el problema del frente norte no era sólo el miedo de los civiles, sino sobre todo las escasas ganas de luchar de los nacionalistas vascos, que habían tardado casi un mes en elegir bando al inicio de la guerra y ahora defendían su tierra con la tibieza del que no sabe si es mejor estar con los fascistas, burgueses y católicos como ellos, o con los revolucionarios, antifascistas como ellos.

Los informes de Gorev eran desalentadores: los vascos estaban a punto de rendirse sin luchar, o peor todavía, de pasarse al enemigo.

Sin las minas de Asturias y sin las fábricas de armas vascas, la guerra se iba a poner muy difícil.

—Pero por lo menos hay que acabar con los trotskistas. Es lo mínimo —reflexionó Orlov en voz alta.

X

—En España la guerra está ganada —dijo Müller, el jefe de la Gestapo como única respuesta a todos los datos que le acababa de facilitar Heydrich sobre el asunto.

Los servicios secretos alemanes tenían información sobre el inminente pacto con los nacionalistas vascos para que estos fuesen evacuados sin represalias a cambio de que entregasen todas sus posiciones a las fuerzas de Franco. Tras el bombardeo de Guernica y el éxito de la ofensiva sobre Santander, las deserciones en el bando republicano se habían convertido en una cascada, y sólo faltaban un par de toques más para que todas las milicias vascas se derrumbasen. El Lehendakari, con la mediación del Vaticano, negociaba en Santoña con los italianos y muy pronto abandonaría la lucha.

—Los vascos son nacionalistas y católicos, al estilo de los nacionalistas de Baviera. No se sienten cómodos luchando al lado de comunistas, anarquistas y toda esa gentuza revolucionaria. Es cuestión de tiempo —insistió Heydrich.

—Si cae el norte, la República no tiene nada que hacer. ¿Pero conviene que caiga tan pronto? —preguntó Müller.

—Creo que ni nosotros podemos evitarlo. Aunque retirásemos nuestras fuerzas, el norte no tiene salvación. Y tampoco nos conviene evitarlo. Ahí es donde está la principal amenaza de que los revolucionarios se rehagan. Una vez que no tengan ocasión de recuperar el terreno perdido será cuando haya que ralentizar la guerra. En un par de meses, este verano a lo sumo, caerá Asturias, Santander y toda la zona industrial vasca. Después, hay que paralizarlo todo, o retrasarlo tanto como se pueda. El problema ahora no es que la guerra de España acabe mal, sino que acabe demasiado pronto.

—¿Y qué puede hacer Stalin?

—Stalin está muy ocupado con lo que ya sabemos. El baile acaba de comenzar y ya hay algunas parejas en el salón —bromeó Heydrich.

Müller contrajo los labios, pensativo.

—En ese sentido, *Gruppenführer*, me pregunto si no podríamos

haber hecho algo más.

—Dígame qué ha pensado.

—Los detenidos hasta el momento son importantes, pero no cruciales. Casi todos son militares que estudiaron en las academias imperiales y de procedencias nacionales no del todo rusas.

—Hay un poco de todo, pero sí, así es —refrendó Heydrich.

—¿Y qué posibilidades habría de que apoyásemos un verdadero golpe de Estado? Creo que no hemos reflexionado lo bastante sobre esa opción.

Heydrich resopló.

—No sé usted, pero yo me he pasado semanas enteras sin pensar en otra cosa. Y no lo termino de ver claro. En este tipo de operaciones se trata de sopesar lo que se arriesga y lo que se puede ganar para elegir luego la opción más rentable. Si juegas a cara o cruz, puedes ganar tanto como puedes perder, y tienes la mitad de posibilidades de lo uno y la mitad de lo otro. Si juegas a la ruleta, ganas mucho, pierdes poco, pero es difícil acertar. Creo que nuestra responsabilidad no nos permite jugar a cara o cruz, sino buscar la opción más prudente.

—Por supuesto, *Gruppenführer*, yo no me refería... —trató de disculparse Müller.

—Espere, por favor. Deje que le explique: no sabemos si Stalin sigue nuestras pistas o nos usa para justificarse ante los reticentes. No lo sabemos y nos da igual, porque en el fondo lo que queremos es que decapite a su propio Ejército. ¿Cuál es nuestro riesgo? Ninguno. Pues jugamos. Por supuesto, podríamos ganar mucho más si se dieran una serie de circunstancias: que el golpe de Estado se materializase y que triunfara, y que el Gobierno ruso resultante nos fuera más favorable que el actual. ¿Ve usted cuántas y cuán endemoniadas condiciones se necesita para que ganemos el máximo?

—Sí, claro.

—Necesitamos que el golpe de Estado se convierta en real. Necesitamos que triunfe, y necesitamos que los ganadores sean amigos nuestros. Demasiado.

Müller esbozó un gesto de contrariedad.

—En realidad, sólo necesitamos que el golpe se materialice. De que triunfe, y de que quienes sustituyan a Stalin sean amigos nuestros ya nos encargaríamos luego. El caso, si me lo permite, es poner en marcha la ruleta para luego manipularla cuándo y cómo sea necesario. No es todo azar en un enfrentamiento como ese, *Gruppenführer*. Si el golpe de Estado se pone en marcha, es

previsible que no todos lo secunden, y entonces los golpistas necesitarán ayuda exterior, lo que nos vendría doblemente bien: por un lado los rusos se matarían entre ellos, y por otro podríamos apoyar a quien mejor nos conviniera y darle ventaja sobre cualquier otro aspirante, igual que hemos hecho en España. No todo sería azar a partir de ese punto.

Heydrich asintió con un gesto. Le gustaba intercambiar opiniones con Müller precisamente por su capacidad de reunir ideas sueltas hasta convertirlas en un conjunto organizado y coherente.

—Bien, supongamos que tiene usted razón. Supongamos que el golpe triunfa y se ponen a la cabeza los nuevos generales contra el viejo poder de Stalin y sus carcamales uniformados. ¿Cómo nos garantizamos luego que no pacten con los aliados occidentales y nos aplasten? Nuestro enfrentamiento con los soviéticos no sólo es ideológico, sino también, y sobre todo, por un espacio en el centro y este de Europa. Esté quien esté al mando de Rusia, no creo que podamos conseguir un entendimiento sincero con ellos. ¿No estaríamos cavando nuestra propia tumba?

—O igualando fuerzas con Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

—Acabamos de introducir otra variable de azar. Más incertidumbre. ¡Mala cosa! ¡Y peor aún si los vencedores modernizan su Ejército!

—Cierto —reconoció Müller.

—Y aunque tuviese usted razón, dígame una cosa: ¿cómo demonios podemos hacer, después de lo visto, para que los generales rusos se alcen de una vez? Ven su cabeza bajo la cuchilla y piensan que es un nuevo método de afeitado. O son completamente idiotas o están aterrorizados más allá de lo que podemos imaginar.

—Siempre hay maneras. Eso es lo que habría que pensar. Quizás ofrecerle apoyo a Tujachewsky desde aquí, ahora que está al caer.

Heydrich se lo pensó dos minutos enteros antes de responder.

—¿Hacerle llegar un mensaje?

—Sí —respondió escuetamente Müller.

—Sería un grave riesgo —sopesó Heydrich.

—En absoluto. Ya los acusan de preparar un golpe de Estado en connivencia con los alemanes. Si lo vemos desde otro ángulo, lo que sucede en realidad es que nos acusan a nosotros de preparar un golpe de Estado en su país en colaboración con algunos de sus militares. ¿No es así?

Heydrich sonrió.

—No se lo puedo negar.

—¿Dónde está el riesgo entonces? ¿O qué riesgo hay que no estemos corriendo ya? No es muy amistoso, precisamente, lo que ya piensan de nosotros.

—En que provoquemos el golpe y el golpe triunfe.

—Puedo creer que nos falten medios, pero no que nos falte audacia —repuso Müller.

Heydrich miró fijamente al jefe de la Gestapo. Nadie se atrevía a hablarle así. Müller le sostuvo la mirada, sin esbozar gesto alguno.

—Podría intentarse —valoró Heydrich al cabo de unos segundos —, pero no estoy seguro de que esa sea la clase de decisión que nos competa a usted o a mí.

—Por supuesto, *Gruppenführer*. Nosotros sólo trabajamos con hipótesis y yo, de hecho, sólo con elucubraciones que usted admite o no como hipótesis.

—Sí, bueno. Prosiga —desdeñó Heydrich, que conocía de sobra la calculada ambigüedad con que se expresaba Müller.

—Lo que pretendo decir es que si funciona, ya veremos lo que pasa, pero se debilitarán terriblemente. Y si sale mal, estarán aún más convencidos de que existía la conspiración y podremos hacer caer a muchos otros.

—Lo que me pregunto es qué sucederá si funciona. Si los franceses y los ingleses pierden la esperanza de que los rusos acaben antes con nosotros, pueden decidir hacerlo ellos mismos, y enseguida.

—En las democracias no existe la palabra «enseguida» —replicó Müller con media sonrisa—. Antes de lanzarse a la guerra contra nosotros, y aunque estén seguros de que la ganarán en pocas semanas, tienen que revisar sus calendarios electorales, convocar sus parlamentos, hablar entre ellos, hacer cuentas, convencer poco a poco a la población... Ahora mismo, significa un año, enseguida, dos, y la palabra «pronto» es una incógnita, como la X de los matemáticos...

—¿Y qué significa para nosotros «demasiado pronto»? —preguntó Heydrich divertido.

—Eso tampoco está muy claro, teniendo en cuenta la precipitación con que actuamos a veces... Parece que nos persiguiese el demonio.

—Y lo hace. Pensaré en lo que hemos hablado. Y afíliese al Partido, maldita sea —concluyó Heydrich la conversación.

—Si es una orden...

—¡Haga lo que quiera!

Müller se despidió con un taconazo que sonó a tema cerrado.

XI

La conferencia del partido en Moscú estaba siendo más agitada de lo previsto. Asistían a la reunión casi trescientos representantes de todas las regiones de la URSS y se pretendía diseñar un nuevo sistema organizativo, un sistema que acelerase la producción y redujese las quejas de la población sobre la escasez de diversos productos de primera necesidad.

Las posturas se dividían fundamentalmente en dos: los que pedían un mayor espíritu de sacrificio, en aras de la construcción del socialismo, y los que decían que el socialismo se debía construir desde un punto de vista científico, demostrando tanto dentro como fuera de las propias fronteras que no sólo era posible, sino inevitable, un aumento de la producción bajo las directrices del colectivismo.

Uno de los ponentes era Robert Eideman, conocido dirigente de las fuerzas de represión de los campesinos ucranianos, y adalid de la política de dar una vuelta más de tuerca al esfuerzo de los agricultores.

Robert Eideman era hijo de un maestro lituano y cursó estudios en la escuela forestal, aunque no llegó a graduarse. De allí pasó a la escuela militar de Kiev, y una vez graduado combatió en la Gran Guerra. En 1917 se unió a los bolcheviques y fue elegido para el soviet de soldados por el distrito de Kansk, en la Siberia central.

Su carácter implacable lo puso al frente de la represión contra los mencheviques de Irkutsk, y a lo largo de la guerra civil recibió el mando de distintas unidades militares, lo que simultaneó con distintas operaciones represivas contra disidentes y revoltosos dentro de las filas del propio Ejército Rojo.

En 1921 fue nombrado jefe de Asuntos Internos, y a partir de ese año se encargó de la lucha contra los campesinos de Ucrania, destacando por prácticas como la toma de rehenes, ejecuciones de represalia, encarcelamientos preventivos y otras actividades similares.

Su éxito en Ucrania fue recompensado en 1925 con el nombramiento como director de la escuela militar Frunze, cargo que desempeñaría durante siete años. Durante este tiempo fue a la

vez director del periódico *Guerra y Revolución*, presidente de la sección letona de la Asociación de Escritores de la URSS, y miembro destacado del Soviet Supremo Revolucionario.

Su asistencia a la conferencia de Moscú pretendía ser un apoyo al ala dura del partido, más inclinada a presionar a los campesinos para promover los incrementos de la producción que a buscar acuerdo alguno. Esto decía, a grandes rasgos su ponencia:

La escasez de alimentos no es un problema productivo, pues cualquiera puede ver la inabarcable extensión de nuestras tierras, muchas aún baldías, sino un sabotaje deliberado de elementos burgueses que se siguen oponiendo a la explotación colectiva de la tierra, tratando de manera más o menos deliberada de forzar la mano del pueblo para regresar a los viejos tiempos de la servidumbre, el lucro y la especulación.

Nuestro deber está más cerca de combatir estos elementos criminales que de roturar nuevas tierras. Nuestra misión es más erradicar cualquier esperanza de victoria en estos elementos destructivos que esforzarnos en buscar nuevos incrementos a través de otros métodos aparentemente más eficaces. Nada es más eficaz que la destrucción del enemigo de clase, nada más necesario, y nada más útil a la larga para los intereses de la clase trabajadora.

Grandes masas de campesinos siguen trabajando exclusivamente para su propio beneficio, y su negativa a alimentar a los obreros de las ciudades es hoy, como lo ha sido desde hace años, la mayor amenaza que debe afrontar la construcción definitiva del socialismo.

Algunos ejemplares impresos de la ponencia ya habían sido distribuidos. Eideman no llegó a leerla.

El NKVD lo detuvo en la propia sala donde se celebraba el congreso.

Preocupado por mantener la máxima discreción, el propio Eideman guardó silencio, sonrió a sus captores y se fue tranquilamente con ellos, como si hubiesen ido a buscarlo para trasladarlo a una reunión más importante.

Sólo negó su implicación en la conspiración durante un par de horas de torturas. Después se declaró culpable de todos los cargos. Incluso llegó a decir que su bigote, idéntico al de Hitler, era un homenaje de fidelidad al líder nazi.

El fiscal pidió que se eliminase aquel pasaje de su confesión. El juez, menos avispado, no lo permitió.

XII

Mijail Tujachewsky nunca se había puesto nervioso por tener que visitar a Voroshilov, pero aquella mañana se miró dos veces en el espejo de su casa antes de acudir a la reunión, a pesar de que la había solicitado él mismo.

Por el camino habló tranquilamente con su chófer sobre la mejoría del clima y sobre la posibilidad de que volviese a nevar aquel año, pero no consiguió apartar de su cabeza los negros pensamientos que lo abrumaban la última semana, ni tampoco aquel mensaje cifrado de Guderian, el general alemán, que le ofrecía todo su apoyo para lo que pudiese necesitar. No había posibilidad alguna de que alguien más hubiese entendido el mensaje, incluso aunque lo hubieran descifrado, pero a pesar de eso, o precisamente por eso, se había sentido más alarmado que nunca.

¿Quién más le ofrecía su ayuda junto con Guderian? Conocía a aquel general desde las maniobras conjuntas en Alemania y había intercambiado con él algunas cartas sobre temas técnicos, pero su relación no llegaba tan lejos como para esperar de él semejante ofrecimiento. Lo más probable, por tanto, era que se tratase de un aviso oficial del Gobierno alemán y que hubiesen utilizado a Guderian como modo de hacérselo llegar. En ese caso, la situación era aún más grave de lo que pensaba.

—¿Pero puede ser más grave? —se preguntó a sí mismo en voz alta mientras se bajaba del coche.

Avanzó por los pasillos devolviendo maquinalmente el saludo a todos los que se encontraba e incluso intercambió algunas palabras con algunos oficiales, pero cuando se presentó en el despacho de su superior directo se secó las manos contra el pantalón antes de llamar a la puerta.

Voroshilov lo recibió con la cordialidad de siempre.

—Me alegro de verte, Mijail Nikolaevich. Últimamente no teníamos tiempo ni para charlar un rato.

—Lo mismo digo, Kliment Efremovich. Trabajamos demasiado en estos tiempos, y eso que son tiempos de paz.

—No existen tiempos de paz en las naciones revolucionarias —

repuso Voroshilov, encogiendo los labios en señal de disgusto mientras señalaba con una mano hacia una silla.

Tujachewsky entendió que con aquello comenzaba la conversación formal.

—Estoy muy preocupado, amigo mío, si me permites llamarte así...

—Me ofendería que me llamases de otro modo.

—Pues estoy muy preocupado, Kliment. Las detenciones continúan y cada vez escucho más voces que citan mi nombre. Además, en confianza, creo que todo esto es una locura: se está deteniendo a magníficos comunistas de los que yo mismo respondería. Gente que luchó a mi lado, tanto en Polonia como luego, cuando sofocamos las rebeliones de Kronstadt y Tambov. No sólo no me puedo creer que sean culpables de nada, sino que estoy seguro de que son fervientes comunistas.

—Nadie puede saber lo que hay en el corazón humano. Y hay algo de lo que estamos seguros: el NKVD no actúa a ciegas.

Tujachewsky se enderezó en su silla.

—Tú, personalmente, ¿crees que esos hombres organizaban un golpe de Estado, como se comenta? Feldman, Uborevick, Kork, Putna... ¿Cuántas ocasiones han tenido de perjudicar realmente al Partido y no lo han hecho?

—Pero quizás de lo que se trata ahora es de tomar el poder...

—¿Tomar el poder? ¿Sin contar contigo, o conmigo, o con Budionni? Sabes que eso es imposible. Ninguno podríamos hacerlo, ni intentarlo siquiera. ¿Durante cuánto tiempo nos obedecerían las tropas si nos revolviésemos contra el poder popular?

—Eso depende de la disciplina de las tropas, de lo que se les diga, y de lo leales que sean a sus mandos. Lo sabes igual que yo. Y debo insistir en que algunos casos me extrañan tanto como a ti, pero el NKVD y los órganos del Partido no actúan a ciegas ni precipitadamente.

Tujachewsky resopló.

—Dime si seré el siguiente. Como compañero y como amigo te lo pregunto.

Voroshilov bajó la vista.

—No lo sé, y espero de todo corazón que no. Yo, en todo caso, he rechazado ser miembro del tribunal que se formará para juzgar a los implicados.

—Habla con Stalin. A ti te escucha...

Voroshilov frunció el ceño, irritado.

—¡Ese es precisamente el problema, Mijail! A los demás no os

escucha porque vuestra actitud y vuestras actividades en los últimos tiempos os han alejado de la ortodoxia del Partido. Todos habláis de política. Todos sabéis lo que es mejor. Todos queréis desmontar pieza a pieza el Ejército Rojo para construir un monstruo mecanizado sin pies ni cabeza, sin corazón ni voluntad. ¿Cómo queréis que os escuche?

—He actuado siempre según mi conciencia y jamás he discutido una orden, ni tuya ni de los órganos del Partido.

—Por eso estás aquí hablando conmigo.

—Pero no sé si podré volver mañana, o la semana que viene.

—Nadie lo sabe. Los soldados debemos estar dispuestos a morir en cualquier momento —repuso Voroshilov.

Tujachewsky ya había escuchado todo lo que necesitaba.

—Haz lo que puedas, Kliment. Y no sólo por mí, sino por todos los que vendrán después. Porque si de algo estoy seguro es de que, si llego a caer, no seré el último.

—Siempre hago lo que puedo. ¿Acaso lo dudas?

—No. Claro que no. Muchas gracias por recibirme —se despidió Tujachewsky tendiendo la mano a Voroshilov, que se la estrechó con demasiada suavidad, como quien toma la manilla de una puerta que preferiría no abrir.

XIII

Iona Yakir se esperaba su detención.

Cuando fueron a buscarle tenía hecho su pequeño equipaje con tres o cuatro elementos esenciales y se había despedido ya de su familia. El día anterior había llamado a Tujachewsky para preguntarle si proponía alguna alternativa, y ante la negativa del mariscal le respondió con un simple «era esperable» y se despidió de sus amigos con una magnífica cena.

Desde entonces aguardaba en casa, con el uniforme puesto, y se sorprendió de que hubiesen tardado tan poco.

Estaba decidido a confesar cualquier cosa de la que le acusaran, e incluso exagerar cualquier dato que le ofreciesen. En cuanto a los nombres que le pedirían, daría los de los detenidos, y quizás algunos más: todos adeptos al régimen, apocados y temerosos de los órganos represivos del Partido. Quizás así algunos aprendiesen que era tan arriesgado ser cobarde como valiente, y que de nada servía plegarse a todos los dictados de una autoridad que carecía de cualquier límite. Así caerían por igual los dóciles y los díscolos.

Nacido en 1897 e hijo de una familia de farmacéuticos judíos, Iona Yakir no había podido estudiar en Rusia por estar prohibidos los estudios superiores a los judíos. Se graduó en la Universidad de Basilea, en Suiza, y en cuanto comenzó la Gran Guerra regresó inmediatamente a su país, donde trabajó en la industria metalúrgica.

Los desastres de la guerra le hicieron unirse a los bolcheviques, y al comienzo de la guerra civil fue nombrado comisario político de Voronezh. Posteriormente se enfrentó a los cosacos en el Don y ejecutó las órdenes de Lenin de tomar represalias contra la población civil cosaca, en un intento de eliminar a esta temible fuerza, siempre opositora al comunismo, de la guerra civil.

A partir de ese momento, siguió ascendiendo en el mando militar y protagonizó uno de los episodios más brillantes de la contienda al lograr romper el cerco de Odessa. Acto seguido participó en la defensa de Petrogrado y en la guerra contra Polonia, convirtiéndose en el comandante militar más condecorado de la URSS en aquel momento.

En abril de 1924 Yakir fue nombrado jefe del Directorio Principal de las Academias Militares del Ejército Rojo, y estudió teoría militar, llegando a publicar un periódico sobre esta materia. Al año siguiente fue nombrado jefe de los Ejércitos de Ucrania, y en colaboración con Tujachewsky, de quien era amigo personal, desarrolló grandes innovaciones en técnica militar, como el ataque en profundidad.

Entre 1928 y 1929 fue enviado a Berlín, a la academia militar alemana, para completar sus estudios técnicos. Allí destacó tanto que fue felicitado personalmente por Von Hindenburg como número uno de su promoción, por delante de los propios oficiales alemanes.

A su regreso, creó las primeras unidades militares combinadas de infantería, tanques y aviones, siendo considerado el inventor de la guerra relámpago, que también estudió Gorev. Él mismo bautizó su técnica con ese nombre: «guerra relámpago», que pronto fue copiado por muchos otros en los textos de técnica militar.

Durante la gran hambruna de Ucrania, el holodomor, cuando Stalin ordenó la requisa de todos los alimentos de los campesinos para matar a varios millones de ellos de hambre, Yakir presentó una protesta: fue agriamente rechazada por Stalin, que le ordenó limitar sus opiniones a temas estrictamente militares.

En 1935 Yakir dirigió las que luego se convirtieron en famosas maniobras militares de Kiev. El principal objetivo de estas maniobras era poner a prueba la teoría de las operaciones en profundidad, con armamento de nueva generación. Participaron en estas maniobras 65.000 hombres, incluyendo 1.888 paracaidistas, 1.200 tanques y 600 aviones y fue la primera vez en la historia que se creó esta fuerza combinada, ya que los paracaidistas no se habían empleado nunca en combate. Representantes de los mayores Ejércitos de la época presenciaron las maniobras. El general británico Archibald Wavell informó a su Gobierno: «Si no hubiese sido testigo por mí mismo, nunca hubiese creído que tal operación fuese posible». Los alemanes guardaron silencio pero se pusieron de inmediato a instruir a sus propios militares en aquel tipo de tácticas.

En 1935, la reforma iniciada por Frunze y continuada por Yakir y Tujachevski, hizo del Ejército Rojo el ejército más avanzado del mundo.

Cuando comenzaron las detenciones, Yakir escribió a Stalin para quejarse, pero Stalin envió una carta a Voroshilov en la que le decía: «apartad de mi vista a esta prostituta», y Voroshilov, Molotov y Kaganovich respondieron que su detención no podía esperar.

Aquella tarde, se consumó su caída.

—Cumplid vuestras órdenes, camaradas —les dijo únicamente a los agentes del NKVD que fueron a detenerlo.

XIV

Aquella misma noche, cuando Tujachewsky estaba acabando de cenar con su familia, sonó el timbre de su casa. Su mujer se levantó para abrir, pero el mariscal le hizo un gesto para que no se molestara.

—Iré yo.

Cuando abrió, vio a Lukhin completamente solo.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Solamente quería hablar con usted.

—¿Cómo se le ocurre venir aquí?, ¿está loco?

Lukhin miró fijamente al mariscal.

—Para nada. A mí no me perjudica esta visita y todo el mundo sabe que he venido. Mire ahí afuera —dijo señalando un coche en el que iban dos hombres.

Tujachewsky se pasó la mano por la frente, limpiándose el sudor que había brotado de pronto.

—¿Viene a detenerme? —preguntó en un tono de voz menos firme del que había ensayado.

—No. Vendré mañana, según creo. O pasado mañana a primera hora, a más tardar.

—¿A qué viene entonces?

—¿Puedo pasar?

—No sé si es lo mejor.

—No tiene nada que perder. Le doy mi palabra.

—Pase.

Tujachevski fue al salón y pidió a su mujer y a su hija que los dejaran solos un momento. Lukhin las saludó amablemente a ambas, con el sombrero en la mano.

—Tiene una mujer y una hija encantadoras.

—Gracias. Pero no creo que esté aquí para hablar de mi familia.

—Se equivoca, mariscal.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Sabe usted lo que pasa con las familias de los enemigos políticos? Mañana le detendré a usted y muy pronto ellas estarán en Siberia, para quien las quiera. O aún peor. Lo sabe, porque ha asistido a ello, ¿no es así?

—Pero entonces...

—Sí, claro. Pero entonces sus padres y maridos eran culpables y usted no lo es. ¿Iba a decir eso? ¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente pueda a la vez ser tan idiota?

—Si sigue por ese camino, camarada Lukhin, me temo que tendré que echarle.

—Cierto, me repito... Pero tenga en mente que no soy su camarada y no puede echarme. ¿No se da cuenta?

Tujachewsky suspiró resignado.

—¿No se da cuenta? —insistió Lukhin—. Ha dedicado su vida entera a luchar por un régimen que puede mandarle a casa a un viejo comisario del zar para que se ría en sus barbas. Ha luchado por la muerte de su propia familia, porque sabe que lo que he dicho es cierto. Ha luchado por un régimen político que puede detenerle sin explicaciones, torturarle y hacerle desaparecer sin que nadie se atreva a hacer preguntas. ¿No se da cuenta?

—Son los riesgos que se corren cuando se cree en algo.

—No. En absoluto. Míreme a mí. Luché por los zares, y perdí. Me fui a un campo de prisioneros y sobreviví de milagro. Todo en orden. ¿Y sabe por qué? Porque mi bando fue derrotado, y ese, ese sí es el precio que se corre cuando se cree en algo. La verdadera desgracia reside en luchar por un bando donde la victoria puede ser aún más peligrosa y más horrible que la derrota. En alguna parte de su cabeza, o de su corazón, si es que los comunistas creen en algo tan poco científico como el corazón, sabe que se ha equivocado. Reconózcalo y rectifique mientras aún está a tiempo.

—No estoy a tiempo. Es demasiado tarde.

—No lo es. Han detenido a Yakir. ¿Lo sabía?

—¿A Iona Yakir?

—¿Qué otro Yakir hay que usted aprecie?

Tujachewsky se echó las manos a la cara.

—Esta noche estará en Moscú. Esta noche estarán todos en Moscú, y por eso creo que le detendré a usted mañana —explicó Lukhin—. Por eso aún está a tiempo.

—¿Se da cuenta de que yo también puedo contar esto y acabar con usted?

Lukhin se echó a reír.

—No sea idiota. ¿Y qué les va a decir? El tipo que vino era un comisario del zar y me propuso una conjura anticomunista. Y le responderán: por supuesto, y esas eran sus órdenes. A diferencia de usted, ese tipo hacía lo que le mandaban. El solo hecho de hablar conmigo es suficiente para que le fusilen, y por eso he venido, pero

no crea que le odio. He venido porque está perdido de todos modos y quizás pueda aún salvarnos al resto, a todos, a muchos millones. La versión oficial es que le estoy convenciendo de que confiese.

—¿Que confiese el qué?

—Que es un agente nazi y prepara un golpe de Estado contra Stalin.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué terrible estupidez!

—Todos sabemos que tiene usted amigos en Alemania y que le apoyarían.

—Es completamente absurdo.

Lukhin asintió.

—Lo es. Pero déjeme regresar a los hechos: han detenido a Iona Yakir y estará esta noche en Moscú, con el resto. Estarán todos en Lubianka, y muy posiblemente mañana les acompañará usted también. Todos han sido torturados y todos han confesado. Su nombre sale en todos los interrogatorios.

—Entonces estoy perdido y usted ha venido a regodearse.

—Aún no. Tiene el prestigio y el ascendiente suficiente sobre las tropas para organizar, esta noche o mañana por la mañana, un asalto a Lubianka. Puede liberar a sus compañeros, restituirlos al frente de sus unidades y acabar con Stalin. Aún puede hacerlo. O intentarlo al menos. Si sale ahora de casa conmigo, yo le cubriré. Diré que va a ver a otros miembros del complot para entregarse todos juntos y hacer el mínimo daño al Ejército Rojo. Diré que es usted un hombre de honor y se ha arrepentido, y que no quiere que por su culpa sufran camaradas inocentes. Si sale ahora de su casa conmigo, tiene un día entero, y eso es mucho tiempo para un hombre como usted. Puede decir que Stalin ha sido secuestrado. Puede decir que nos han invadido los noruegos y han ocupado el Kremlin. En realidad puede usted decir a sus oficiales lo que le dé la gana, incluso la verdad, porque le seguirían hasta la cocina del Infierno sin dudarlo. ¿Cómo se puede malgastar una fidelidad así?

—Será una guerra civil.

—La única fuerza de Stalin es el miedo. Cuando se demuestre que alguien no le tiene miedo, todo su apoyo se desvanecerá como niebla y veremos todos que estaba desnudo.

—No puedo hacer eso.

—Prefiere morir, que maten a su familia, y que torturen y asesinen a sus camaradas... Ya no se trata de una posibilidad: le aseguro que mañana le detendré yo mismo a usted.

—Tengo que pensarlo.

—No hay tiempo para dudas.

—¿Y si sale mal?

—Si sale mal podrá pegarse un tiro en el campo de batalla, como han hecho tantos. No tiene nada que perder.

—No puedo convertirme en un traidor.

—¿Tanto miedo tiene? ¿Tan aterrorizado está que prefiere que le torturen y le ejecuten a enfrentarse con Stalin? ¿Qué más puede hacerle que lo que le va a hacer de todos modos?

Tujachewsky dio un golpe sobre la mesa.

—¡Lo peor que puede suceder es que Stalin tenga razón al considerarme un traidor! ¡Y no tendrá razón!

Lukhin se levantó.

—No es usted Napoleón. Ni Alejandro. Ni siquiera Pedro el Grande. Es usted don Quijote.

—Lo lamento.

Lukhin se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Sabe una cosa? Ni siquiera es don Quijote. Don Quijote no dio la espalda a los gigantes, aunque fuesen molinos. No huyó de ellos. No se arrodilló ante los gigantes para evitar que lo matasen. Mariscal, es usted menos que Oblomov.

—Hasta mañana —se despidió Tujachewsky.

XV

Mijail Tujachewsky pasó toda la noche en vela.

Por dos veces llegó a ponerse el uniforme y en una ocasión llegó a llamar al puesto de guardia de su unidad, aunque al final sólo preguntó si había alguna novedad.

Aunque era ateo por convicción, había sido educado en el cristianismo y aquella noche comprendió por qué Jesús había sudado sangre en el monte de los Olivos.

Su esposa se levantó a preguntarle qué ocurría y él se lo contó.

—Haz lo que tengas que hacer —le respondió ella solamente, dejándolo solo de nuevo.

A las cuatro de la madrugada, cogió su pistola, la cargó y la puso sobre la mesa. Aquella podía ser la solución para no tener que convertirse en un traidor y evitar una guerra civil, al tiempo que conseguía evitar el proceso y las más que probables represalias contra su familia.

Fue a la habitación de su hija y le acarició el pelo. Dejar de verla era lo que más le dolía.

Cuando la niña se despertó y lo abrazó aún medio dormida, Tujachewsky se puso de nuevo el uniforme, enfundó el arma y se dirigió a la puerta.

Pero se quedó allí, intentando girar la manilla. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero aquella puerta pesaba toneladas, pesaba tanto como todas las llanuras y montañas que había visto a lo largo de sus años de recorrer toda Rusia.

Allí permaneció una, dos horas enteras.

El amanecer de aquel 22 de mayo lo sorprendió pálido y con los ojos enrojecidos.

Poco después llegó Lukhin a detenerlo.

El viejo comisario zarista tampoco había dormido.

XVI

Cuando Lukhin regresó a casa, le esperaba María completamente emocionada. Lo único que Lukhin quería era meterse en la cama a rumiar su desesperación, pero ella estaba tan excitada que no le quedó más remedio que escucharla.

—Tienes que ver esto, Nikolai.

—Dime.

Ella le alargó un papel.

En una escueta hoja le decían que, por necesidades del servicio, debería trasladarse inmediatamente a Lisboa, donde comenzaría a trabajar en la Embajada soviética de inmediato. Una vez en su nuevo destino, recibiría instrucciones. Pasarían a recogerla esa misma noche, aunque no mencionaban una hora concreta.

Lukhin consiguió sonreír.

—¡Maravilloso! ¡Al fin! —le dijo.

Le hubiera gustado reflexionar sobre ello, pero no se sentía con fuerzas. Podía decir que había conseguido justamente lo que deseaba, pero aquella mañana se sentía sin fuerzas para celebrar nada.

¿Se alegraba de que María pudiese irse al extranjero? No lo sabía. No sabía nada. Sólo quería dormir unas horas y tal vez llorar a solas. Ni siquiera en los años que pasó en el campo de Solovki había sentido tantas ganas de llorar.

—Te aseguro que me alegro con toda mi alma, Masha, pero no me encuentro bien.

—No has dormido en toda la noche. No tienes ya edad para pasarte una noche entera sin dormir —le regañó ella.

—Estoy demasiado viejo para todo.

—Eso ya lo veremos —bromeó ella.

Lukhin la besó con todas sus fuerzas. La abrazó con tanta energía que ella se quejó.

—Duerme unas horas, y luego nos despedimos como es debido.

—¿Qué hora es?

—Las diez y cuarto.

—Despiértame a las tres. Y si me llama alguien, aunque sea Stalin, dile que llame más tarde.

—¿Crees que podremos vernos? ¿Podrás venir también? ¿Me permitirán escribirte?

Lukhin respiró hondo.

—No lo sé, Masha. Ninguna pregunta tiene importancia. Esa carta sólo contiene una respuesta y es que te vas. Que al fin lo has logrado. Que lo hemos conseguido.

—Ya, pero si...

Él le puso un dedo sobre los labios.

—No hay ningún pero. Te recuerdo, además, que no te dan permiso para salir, sino que te lo ordenan por razones del servicio.

—Me han deportado a Portugal —bromeó ella.

—Algo así —respondió Lukhin devolviéndole la sonrisa.

XVII

A Lukhin no le permitieron ir a despedirse de María. Un coche pasó a buscarla y se la llevó, dejándole la duda de si realmente viajaría a Portugal o a alguna remota prisión donde desaparecería para siempre, tragada por el sumidero del aparato represivo.

—Te escribiré en cuanto pueda —le prometió ella.

Lukhin se guardó sus dudas y le aseguró que trataría de reunirse con ella lo antes posible, aunque sabía que era muy difícil, si no imposible, que le permitieran a él salir del país. Desde ese mismo instante su mente comenzó a buscar un plan para poder verla de nuevo, aunque era consciente de que no beneficiaría a ninguno de los dos.

Luego, con la casa vacía, se sintió incapaz de quedarse allí un minuto más y se fue caminando hasta el río. Todo seguía igual. No había ningún cambio en la ciudad, ni en los rostros de la gente que caminaba por la calle, ni en los milicianos que hacían su ronda de vigilancia. Nada había cambiado.

Lukhin recordó a un viejo maestro amigo suyo, poeta y ateo convencido, que describía a veces el monte Calvario el día después de la crucifixión de Jesús. No había signos de nada: sólo obreros trabajando en desmontar las cruces, ropas ensangrentadas y cuervos en busca de algo que llevarse a la boca. Abajo en Jerusalén, el principal tema de discusión era el precio de las sandías. Aquella viñeta siempre le había parecido una ingeniosa irreverencia, pero paseando por el Moscú aletargado y tristón de los bolcheviques, comprendió aquella tarde el verdadero alcance de la imagen.

Cuando llegó a casa de Ivanenko subió las escaleras y llamó a la puerta. Su compañero estaba preparándose algo de cenar a pesar de que ya era muy tarde.

—¿Qué le trae por aquí, comisario?

—Me he despedido de María. Y no sé si debo despedirme de ti también. Todo ha acabado y quizás muy pronto prescindan de nosotros. Esta misma noche, tal vez.

Ivanenko puso dos platos en la mesa y repartió el contenido de la sartén sin preguntar siquiera al comisario si le apetecía cenar con él.

—Nada ha acabado. Lo único que ha hecho es empezar.

—Pero ya no nos necesitan.

—Nunca nos necesitaron —menospreció Ivanenko—. Somos una pieza que encaja en el rompecabezas, pero pertenecemos a otro paisaje y alguien se equivocó de bolsa al guardarnos en la estantería la última vez que se compuso el juego.

Lukhin comenzó a comer.

—Hemos estado a punto de conseguirlo. ¿Te das cuenta de lo cerca que hemos estado?

—Mucho.

—Dos viejos contra todo el maldito aparato del Estado y hemos estado a punto de conseguirlo —encareció Lukhin.

—No sabemos quién estaba con nosotros ni quién estaba en contra, pero hicimos lo que teníamos que hacer. Los que no han cumplido han sido ellos.

—No quería ser un traidor, me dijo —explicó Lukhin, refiriéndose a Tujachewski.

Ivanenko se echó a reír.

—No pensó lo mismo cuando traicionó su juramento al zar.

Lukhin frunció el ceño. No se le había ocurrido esa respuesta en su momento y quizás hubiera sido la frase que necesitó para convencerlo.

—No se me ocurrió decirle eso.

—Ya es igual.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó Lukhin, tratando de librarse de la idea de que podía haberlo conseguido.

—Aquí no, pero podemos darnos una vuelta luego. Quizás en alguna parte puedan darnos algo de vodka.

—Hoy necesito emborracharme.

—Lleva mal camino, comisario. Le acabarán echando del NKVD —bromeó Ivanenko—. María se ha ido y no sé a dónde la llevan. Dicen que a Portugal, pero no puedo estar seguro. Nadie puede estar seguro de nada en este condenado país. Me gustaría poder ir con ella.

—Inténtelo.

—¿Cómo? —se preguntó Lukhin.

—Puede ir a ver a Stalin y decirle que quiere ir a la guerra de España, para estar cerca de ella. Seguro que allí también está desapareciendo material.

—No me dejarán salir del país. Y además, me pasaría al bando de los fascistas.

Ivanenko frunció el ceño, extrañado.

—¿Lo haría?

—Por supuesto. Es lo único que me queda. Hoy, cuando vi alejarse el coche que se llevaba a María, sentí una ola de rencor, una ola tan grande que casi me lleva por delante. Veinte años separados, el campo de trabajo, toda la mugre, toda la miseria que he visto al salir, el miedo, y la necesidad de alegrarme porque ella se iba. Odio a estos malditos comunistas mucho más que cuando estaba en Solovki. Es difícil de explicar, pero lo único que me ha mantenido vivo ha sido la posibilidad de acabar con ellos. Tú también entiendes esa clase de rencor, me parece.

Ivanenko dejó el tenedor sobre el plato.

—Yo no tengo a ninguna María de la que despedirme y también los odio. Yo los odio desinteresadamente —bromeó.

—Tú mereces salvarte.

—Nadie se salvará —repuso Ivanenko encogiéndose de hombros.

—¿Intentamos ir a España? —preguntó Lukhin.

—¿Por qué no? Parece imposible, pero si estamos aquí, si hemos estado todos estos meses trabajando para el NKVD, y hemos hecho todo lo que hemos hecho, ¿quién dice que no hay una razón imposible que nos lleve a España?

—No pueden dejarnos salir del país.

—O quizás sí. Tal vez nos necesiten en Berlín, o en París, o infiltrados en la ROVS, o en España para vigilar a los comisarios políticos. Quizás quieran seguir jugando la carta del desconcierto. Hay que intentarlo. Aproveche que Stalin aún le coge el teléfono y pídaselo.

—No sé si me atrevo —confesó Lukhin.

—No tiene nada que perder y sin embargo no se atreve. Era imposible que un hombre como usted convenciera de nada a Tujachewski.

Lukhin enrojeció, no sabía si de vergüenza o de ira. Luego se echó a reír a carcajadas.

EPÍLOGO

El 11 de junio de 1937, y a puerta cerrada, se celebró el juicio secreto contra todos los detenidos. El caso se conoció como el caso del complot contrarrevolucionario dentro del Ejército Rojo.

Los acusados fueron el mariscal Mijail Tujachevski y los altos mandos Iona Yakir, Ieronim Uborévich, Avgust Kork, Robert Eideman, Vitovt Putna, Boris Feldman, Vitaly Primakov y Yan Gamarnik, que se suicida antes del comienzo del proceso.

El tribunal estaba presidido por Vasili Ulrij y estaba formado por los mariscales Vasili Blücher, Semion Budionni y los generales Yakov Alksnis, Boris Shaposhnikov, Ivan Belov, Pavel Dybenko y Nikolai Kashirin.

Todos los acusados fueron condenados a muerte y ejecutados en la noche del 11 al 12 de junio.

En cuanto a los jueces, sólo el presidente Vasili Ulrij, Budionni y Shaposhnikov sobrevivirán a las purgas siguientes. El resto será ejecutado también meses después.

En el caso del mariscal Blücher su caída en desgracia se debió a su insistente negativa a considerar culpable a Tujachewsky. Jamás aceptó el veredicto de culpabilidad, y cuando fue detenido y torturado, soportó las torturas durante tres días, aunque llegó a perder un ojo por los golpes. Murió sin reconocer cargo alguno, ni contra él ni contra ninguno de sus compañeros.

La madre de Tujachewsky fue ahorcada, así como tres de sus hermanos: Alejandro, Nicolás y Sofía. En cuanto a su esposa, sufrió un ataque de locura al día siguiente de la ejecución de Tujachewsky. Fue internada en un manicomio y deportada posteriormente a un campo de trabajo en los Urales, donde falleció. Su hija no pudo soportarlo y se suicidó a la edad de doce años.

La purga continuó durante más de un año.

El general Gorev, asesor militar soviético en España, fue llamado precipitadamente a Moscú y fusilado, al igual que otros comisarios en la guerra de España. Esto tuvo un efecto devastador sobre las posibilidades militares de la República.

En total, fueron purgados y ejecutados setenta y cinco de los ochenta miembros del Consejo Superior de Guerra, y entre treinta y

treinta y cinco mil oficiales especializados, lo que suponía casi la mitad de los oficiales especialistas del Ejército.

Fueron fusilados o deportados trece de los quince jefes de Ejército, cincuenta y siete de los ochenta y cinco jefes de cuerpo del Ejército, ciento diez de los ciento noventa y cinco generales de división, doscientos veinte de los doscientos cuarenta y seis generales de brigada, y tres de los cinco mariscales. Únicamente se salvaron Voroshilov y Budionni.

Entre los muertos en la purga cabe destacar también al general Alksinis, impulsor de las fuerzas aéreas soviéticas, Orlov, jefe de las fuerzas navales, los inspectores generales de paracaidistas, fuerzas blindadas, arma antiaérea, y motorizados, así como el general Belov, jefe de las fuerzas soviéticas de Turquestán, que declaró en público que «toda la conspiración era una soberana estupidez».

Yezhov, jefe del NKVD, fue fusilado al año siguiente.

En cuanto a la ROVS, Skoblin, y los demás militares rusos exiliados, sus peripecias son tantas y tan enrevesadas que se necesitarían dos tomos más para narrarlas. Skoblin descubrió finalmente que su esposa era agente soviética, pero justo después de convertirse él también en agente ruso. Skoblin fue secuestrado por agentes del NKVD, torturado y asesinado. En el colmo de la burla, su esqueleto se regaló a la Facultad de Medicina de Odessa, en Crimea, donde fue utilizado durante décadas por los estudiantes como muestra de anatomía.

Su esposa fue acusada de espionaje y complicidad en la muerte del general Miller, jefe de la ROVS, y condenada a veinte años de prisión. Murió de una dolencia cardiaca en la cárcel de París en 1941.

Por el lado alemán, el almirante Canaris sería ejecutado en abril de 1945 por su implicación en el golpe de Estado contra Hitler.

Reinhard Heydrich y Alfred Naujocks consideraron tan exitosa la operación Tujachewsky que, durante la guerra, decidieron repetirla contra los ingleses, tratando de convencerlos de que apoyasen un golpe de Estado en Alemania para derrocar a Hitler. Esta operación, conocida como «incidente de Venlo», fue nuevamente un éxito, y supuso el desmantelamiento de la inteligencia británica en los Países Bajos y parte de Francia.

Reinhard Heydrich murió el 4 de junio de 1942 a resultas de un ataque de partisanos checos. En represalia por su muerte, los nazis arrasaron completamente la localidad de Lidice y asesinaron a todos sus habitantes.

Alfred Naujocks fue detenido durante la guerra por los propios

nazis por falsificar pasaportes y vendérselos a los judíos para que pudiesen huir. No se trataba de una conducta humanitaria, sino de simple lucro. Tras innumerables peripecias, sobrevivió a la guerra y murió tranquilamente en su casa de Hamburgo el 4 de abril de 1966.

Heinrich Müller permaneció como jefe de la Gestapo hasta 1945. Jamás consiguieron que se afiliase el Partido Nazi. Al finalizar la guerra desapareció sin dejar rastro.

El comisario Lukhin y el subcomisario Ivanenko fueron trasladados a España, y no a Portugal, a finales de 1937. Fueron vistos por última vez junto a una unidad de milicias republicanas en febrero de 1938. A partir de este momento se les perdió la pista y no hay noticia de ellos en ninguno de los dos bandos.

María Iorevna falleció en Oporto en noviembre de 1961.

ENIGMA

XUILYCTFWVUDAGIGCLDMRITSDHASZE
KQUODWSQEZRSVIPJLGUWFWUPGALBTKLW
SUOJGPWRDKYQAONTEXCYTKECCFGKNUM
SZLOEGFMQDJZLRJYIBQQRBMCLIZFBJDWYZ
ZOQGDOPLBUEZEUNZNFAIYTMFQAPIZC
KYWGTTBXVGWSJWKSSVRPJIGXLBENSHZL
GQUSEHVHWKQTCZAYSNPCRDWIFBURYI
YHFYIEESHJNZDTJMUCHBGTQXMOBSSEAI
JMZVVZMDJAERBBPWUJQEHPNXOCEUWWNR
QRHWBZZMYQNLEXMAQAJYWQFGXNRJIPJLD
WBOZQISJIDEOKJZC

AGRADECIMIENTOS

En este tipo de novelas, en las que la documentación supone tres cuartas partes del trabajo, la lista de agradecimientos debería suponer las tres cuartas partes del libro. Como no sería serio, me limitaré a unos pocos nombres, y que los demás me disculpen.

Por tanto, quiero dar expresamente las gracias a Víctor Lorenzo, que me ayudó a podar los ramajes excesivos de la novela, a Antonio Somoza Espigul, militar cubano jubilado, que me ayudó a conocer por dentro las instalaciones militares soviéticas en las que él mismo pasó algunos de sus años de instrucción, a Rudolf Simmerl, excombatiente alemán, que me abrió las puertas a la posibilidad de entender ciertas cosas, y en general a todos los que aguantaron mi vieja obsesión con esta novela.

Edición en formato digital: 2015

© Javier Pérez, 2015
© Algaida Editores, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-176-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es